



TESIS DOCTORAL

MASCULINIDADES, JUVENTUDES Y EXCLUSIÓN SOCIAL EN COSTA RICA

Autora: Zaida Salazar Mora

Tutor: Dr. Claudio Duarte Quapper

Noviembre 2017

DEDICATORIA

.... a Mario, José Pablo, Daniel, Miranda y Sofía; a mi familia ampliada, por darme tanto amor y a quienes entrego este esfuerzo

..... al joven David que murió por la violencia de otros jóvenes y me enseñó que formamos parte de las asimetrías del mismo sistema y todos sufrimos las consecuencias

AGRADECIMIENTOS

A todos los varones jóvenes con los que tuve un encuentro en esta investigación, especialmente a los diez que participaron más activamente en el estudio. Fueron sumamente amables en darme tantos detalles de su intimidad, que permitieron el desarrollo de la investigación.

A mis asesoras en este acontecimiento académico, las doctoras Patricia Alvarenga y Ana Ligia Monge. Al director de la tesis, doctor Claudio Duarte, que fue un guía especial, un maestro, que abrió mi mente a nuevos horizontes.

Al Instituto Costarricense de Masculinidad, Pareja y Sexualidad (Instituto WEM) cuyos dirigentes e integrantes me han abierto sus puertas de manera amplia, permitiéndome participar de su trabajo con los varones en la promoción de masculinidades positivas.

A la Fundación Mente Sana (Fundamentos) que interviene en comunidades de mayor vulnerabilidad psicosocial, por medio de programas de prevención y atención de la salud mental. Un agradecimiento especial a la doctora Laura Chacón, presidenta de esta Fundación, por su apertura y apoyo en la investigación.

A mis queridos colegas psicólogos Jorge Prado y Esteban Navarro por sus intervenciones metodológicas y apoyo intelectual en el desarrollo de la investigación, por estar a la par mía, responder mis inquietudes y darme el afecto y el estímulo necesario para cumplir con esta retadora tarea.

Al doctor Franz Hinkelammert por sus conversaciones, compartir sus sabios conocimientos y abrirme su biblioteca. Él me dijo “tonto es el que presta un libro, pero más tonto el que lo devuelve”, quedamos en paz, los dos tontos, el me los prestó y yo se los devolví.

Al equipo del Programa de Doctorado de la UNA, a sus directores, profesoras, profesores y a la administración, que me han acompañado y compartido sus conocimientos y experiencias.

A mis queridos compañeros y compañeras de generación, en esta travesía desafiante han sido fraternos y alegres, mi gran agradecimiento por ir más allá y compartir también sus vidas con la mía.

En la realización de esta tesis muchas personas me acompañaron con su apoyo y compartieron conmigo sus conocimientos y experiencias, a todas y todos por igual les doy un sincero agradecimiento.

HOJA DE FIRMAS DEL TRIBUNAL EXAMINADOR DE TESIS

Dr. Abelardo Morales Gamboa
Coordinador del
Doctorado en Ciencias Sociales

Dr. Claudio Duarte Quapper
Representante del
Comité Asesor de Tesis

Dra. Ana Teresa Álvarez Hernández
Miembro académico externo

Dr. Alexis Segura Jiménez
Miembro académico interno UNA

Dr. Francisco San Lee Campos
Delegado del
Consejo Central de Posgrado

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	8
I. MOTIVACIONES DE LA INVESTIGACIÓN.....	8
II. CONTEXTO DE LA INVESTIGACIÓN	12
CAPÍTULO PRIMERO. DECISIONES TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL OBJETO DE LA INVESTIGACIÓN.....	30
I. TEORÍAS QUE FUNDAMENTAN LA INVESTIGACIÓN	30
1. EXCLUSIÓN SOCIAL.....	34
1.1 Modernidad, capitalismo y globalización	34
1.2 Asimetría de la exclusión social	38
1.3 Situación en Costa Rica.....	43
1.4 Consecuencias de los PAE.....	44
1.5 Educación y trabajo en la exclusión social	46
1.6 Derechos humanos en la exclusión social.....	51
2. MASCULINIDADES.....	52
2.1 Masculinidades en América Latina.....	55
2.2 Identidad de género y sexo biológico.....	58
2.3 Construcción de las identidades masculinas.....	61
2.4 Masculinidades hegemónicas, tradicionales.....	65
2.5 Tríada de la violencia	70
2.6 Cambios en las masculinidades tradicionales	74
3. JUVENTUDES	78
3.1 Lo joven y la juvenilización	79
3.2 Desarrollo del concepto de juventud	80
3.3 Juventudes como construcción social	82
3.4 Juventudes en la asimetría adultocéntrica	84
3.5 Resiliencia en las juventudes	87
3.6 Juventudes en la investigación	90
II. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	93
1. DEFINICIÓN DEL PROBLEMA	93
2. OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN	94
III. PROCEDIMIENTOS METODOLÓGICOS	95

1.	ESTRATEGIA METODOLÓGICA.....	95
1.1	Tipo de estudio	95
1.2	Diseño metodológico	97
2.	GRUPO DE ESTUDIO	100
2.1	Criterios de selección de la muestra.....	100
2.2	Muestra.....	102
3.	PROCESO DE PRODUCCIÓN DE INFORMACIÓN	106
3.1	Técnica de trabajo.....	106
3.2	Contacto previo con el grupo de estudio.....	109
3.3	Aspectos éticos de la investigación	111
4.	ANÁLISIS DE LA INFORMACIÓN.....	112
	CAPÍTULO SEGUNDO. CONDICIONES DE EXCLUSIÓN SOCIAL EN LOS JÓVENES	114
I.	PRIVACIÓN DE LOS BIENES ECONÓMICOS	115
II.	PRIVACIÓN SOCIOCULTURAL	122
III.	PRIVACIÓN EN LAS CONDICIONES DE LA CALIDAD DE VIDA.....	133
IV.	CARENCIA DE DERECHOS HUMANOS	147
	CAPÍTULO TERCERO. MASCULINIDADES HEGEMÓNICAS EN LAS JUVENTUDES EN EXCLUSIÓN SOCIAL	153
I.	LA IDENTIDAD DE GÉNERO: LA FAMILIA, PAPEL DEL PADRE Y LA MADRE	154
1.	LA FAMILIA	155
2.	PAPEL DEL PADRE: AUSENCIA.....	159
3.	PATERNIDAD	164
4.	PAPEL DE LA MADRE	166
II.	ROLES FEMENINOS Y MASCULINOS	172
1.	IDENTIFICACIÓN DEL ROL DE GÉNERO.....	172
2.	CAMBIO EN LAS MUJERES	174
III.	MANDATOS DE LAS MASCULINIDADES HEGEMÓNICAS	181
1.	LA AUTOSUFICIENCIA PRESTIGIOSA	181
2.	LA BELICOSIDAD HEROICA	184
3.	RESPECTO AL VALOR DE LA JERARQUÍA	187
4.	SUPERIORIDAD SOBRE LAS MUJERES Y LA OPOSICIÓN A ELLAS.....	190
	CAPÍTULO CUARTO. EL PODER VICIADO EN LAS MASCULINIDADES	195

I. RELACIÓN CON LAS MUJERES	195
II. RELACIÓN CON OTROS VARONES	205
III. RELACIÓN CONSIGO MISMO.....	212
IV. ALTERNATIVAS DE CAMBIO EN MASCULINIDAD HEGEMÓNICA.....	219
CAPÍTULO QUINTO. PRESENCIA-AUSENCIA DE JUVENTUDES Y LAS RELACIONES GENERACIONALES DE PODER.....	232
I. SER JOVEN EN LA EXCLUSIÓN SOCIAL	232
1. CARACTERIZACIÓN DE LA JUVENTUD.....	233
2. PERCEPCIÓN DE JUVENTUDES.....	243
3. RESILIENCIA	248
II. ADULTOCENTRISMO COMO EXTENSIÓN DEL DOMINIO PATRIARCAL	257
CAPÍTULO SEXTO. REFLEXIONES FINALES Y RECOMENDACIONES	263
I. REFLEXIONES FINALES.....	263
II. RECOMENDACIONES.....	282
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	296
ANEXOS.....	313
I. GUÍA DE LA ENTREVISTA	313
II. CONSENTIMIENTO INFORMADO	316

INTRODUCCIÓN

I. MOTIVACIONES DE LA INVESTIGACIÓN

En la presente investigación me motivó conocer la experiencia de vida y el sentimiento de un grupo de jóvenes costarricenses que viven en exclusión social, en privación socioeconómica, con las consecuentes carencias sociales y culturales. Este objetivo remonta a la pregunta existencial de Hinkelammert y Mora (2008): ¿Qué sentido tiene en última instancia la vida para el ser humano, frente al devenir histórico de la humanidad, frente a su propia vida y, sobre todo, frente a la muerte? (p. 25). A la que se responden: ¡El sentido de la vida es vivirla!; (p. 25) siendo lo primero el estar vivo, el tener un cuerpo concreto en intercambio con la naturaleza y con otros seres humanos y tener los medios para poder vivirla en todas sus dimensiones. Sin embargo, se cuestionan que en la sociedad actual se da “la cultura de la desesperanza” (p. 26), con los crecientes desarrollos de la desigualdad y la exclusión social, que llevan a negar derechos de las personas para beneficiar las relaciones sociales de producción. Para estos autores, “El ser humano ya no decide su actuación como sujeto autónomo, sino que son las mercancías, el dinero, el capital, transformados en sujetos sociales, los que deciden sobre la vida y la muerte de todos los seres humanos” (Hinkelammert y Mora, 2008, p. 27).

Ocurre así el proceso denominado fetichismo, con el cual se da una personificación de las mercancías, del dinero, del capital y la mercantilización de las personas. Es así como las relaciones que se pueden dar entre los seres humanos valdrían entre las mercancías. Estas, sobre la base de la propiedad privada (mercado que no se puede anticipar) y la división del trabajo, llegan al intercambio de un producto con otro y a la comparación de su valor; las mercancías desarrollan relaciones sociales entre sí y van adquiriendo un carácter arbitrario, comportándose caprichosamente como tales, y alcanzan un punto donde el hombre productor tiene que supeditarse a las mercancías para sobrevivir, es dominado por estas y responde también como una cosa (Hinkelammert, 1978, basado en Marx, 1966).

Esta reflexión me animó a la pregunta de la investigación que trata sobre cómo viven los varones jóvenes en la exclusión social, qué posición tienen en el mundo capitalista, cuál

es el sentido de sus vidas si carecen de derechos humanos y no tienen los medios para vivir dignamente.

Este estudio nació del interés particular por las juventudes con las cuales la historia de mi vida ha tenido que ver por más de treinta años, como docente, investigadora, terapeuta en el campo de la psicología clínica y en la actualidad como madre de jóvenes.

Mis investigaciones se dirigen, principalmente, a las mujeres jóvenes, motivada en las grandes presiones culturales que estas viven para mantener la imagen corporal y social que su medio les impone y que, a su vez, les genera estados psicológicos y físicos que ponen en riesgo sus vidas. En diversos estudios comprobé que las mujeres llevamos las de perder con respecto a los varones (Salazar, 2007, 2008a, 2008b, 2011, 2012). Las jóvenes tienen una autoestima y una imagen corporal más baja que los varones, con mayor identificación de modelos físicos culturales impuestos por la moda y mecanismos de defensa destructivos que las acercan más a la obesidad, la anorexia y la bulimia. Estos trastornos se están volviendo pandemia en ciudades desarrolladas del mundo; por su parte, en Costa Rica se dan índices importantes de estos trastornos (Zeledón, 2004; Salazar, 2011).

Estas investigaciones me motivaron a pensar en los varones jóvenes: ¿cómo están viviendo sus vidas, ¿cómo están lidiando con las presiones sociales del mundo capitalista y burgués? Estas inquietudes se unen al aprendizaje del Doctorado, donde se tratan las líneas epistemológicas que tienen como objetivo producir un conocimiento-pensamiento que enfatice la búsqueda de un saber válido, que otorgue visibilidad y credibilidad a las prácticas de los grupos sociales que han sido históricamente explotados por el capitalismo moderno-colonial en América Latina (Hinkelammert, Pérez, Mora, Salom y Solórzano, 2013). Dicho pensamiento me motivó a reflexionar, de acuerdo con mi experiencia profesional y de trabajo, en cuáles son esos grupos sociales invisibilizados en nuestro país. Encontré así a los varones jóvenes en exclusión social, quienes forman parte de las asimetrías sociales del mundo capitalista (Gallardo, 1990): primero, por ser producto del adultocentrismo, ya que en su condición de jóvenes en sociedad viven en conflicto entre generaciones, pues son los adultos quienes ejercen el control y ellos, los subordinados (Duarte, 2015a). Segundo, por formar parte de la asimetría de género, pues, si bien históricamente como varones gozan

del dominio y privilegios, la manera como se mantienen causa dolor y alistamiento tanto a las mujeres como a los varones (Kaufman, 1997). Tercero, son jóvenes de hogares que viven situaciones económicas adversas, limitando su participación en dinámicas básicas de pertenencia en la sociedad (Pérez-Sáinz, 2012).

Es así como me encontré con una problemática de estudio relevante, los varones jóvenes en exclusión, ya que forman parte de los grupos sociales que podemos llamar ausentes, en el sentido de que no son atendidos adecuadamente por las políticas y los sistemas de salud, educación y otros del país (Ministerio de Salud, 2012; Salas y Campos, 2010; Salas y Campos 2005). Estas personas del estudio son las que Santos (2010) considera como invisibilizadas en la sociedad por razones políticas y económicas y, al respecto, propone realizar proyectos de investigación emancipatorios en la región de Latinoamérica, abriendo espacios analíticos para realidades “sorprendentes” (p. 19), ya sea porque son nuevas o porque hasta ahora fueron producidas como no existentes, donde pueden brotar emergencias liberadoras. Sugiere “pensar lo impensado, o sea asumir la sorpresa como acto constitutivo de la labor teórica” (p. 19), hacer un trabajo “más de testigo implicado y menos de liderazgo clarividente” (p. 19); incita a “asumir nuestro tiempo en el continente latinoamericano” (p. 20) y nos dice que “tenemos problemas modernos para los cuales no hay soluciones modernas” (p. 20). Con esta reflexión partí en la investigación, además de la metáfora de “levantar la piedra y ver qué hay debajo”, qué hay en la intimidad de estos jóvenes varones, cuyas condiciones de vida implican un peso aplastante; como ellos mismos señalan, “la vida es dura”.

En la atención psicológica, en variedad de ocasiones, me encontré con personas que consultaban por sus problemas emocionales, pero rápidamente me daba cuenta de que estaban viviendo situaciones económicas difíciles y su primera necesidad era el alimento, tenían hambre. En estos casos, lo primero que tenía que hacer era darles de comer, había algo más apremiante en sus vidas. Igual con la investigación de las juventudes, hay miles que no tienen sus necesidades básicas satisfechas. Esta situación me motivó también a entrar en la aventura de estudiar las juventudes en la exclusión social, desde un enfoque más profundo, que no es mi habitual conocimiento de la psicología clínica, haciendo propias

las palabras de Pérez-Soto (2009, p. 88): “Pero resulta de muchas maneras obvio que los problemas que implica la pobreza absoluta trascienden la sutileza de las técnicas psicológicas”.

Asimismo, me motiva esta problemática de estudio, el fenómeno que estamos viviendo las y los costarricenses de ignorar o no reflexionar ni actuar sobre los grandes problemas que viven los jóvenes en la exclusión social, principalmente por su integración en la organización de la droga y la consecuente muerte de varones jóvenes de forma cotidiana. Si bien somos un país sin ejército y no estamos en guerra, la inseguridad social es lamentable y podría afirmar que está afectando considerablemente a las familias que viven en la exclusión social. La situación es como la que describe Torres-Rivas (2008) sobre las actitudes de las personas ante los atroces crímenes cometidos contra la población civil que lastiman a la sociedad, responden con lo que ha llamado “la trivialización del horror” o la intrascendencia de los actos de violencia, lo que Balderas (2015) denomina “la banalidad de la muerte cotidiana”. En Costa Rica nos estamos acostumbrando a la violencia, a la muerte de los jóvenes.

Partiendo de estos pensamientos, encontré la importancia de lo que nos puede enseñar el propio discurso de los varones jóvenes en su proceso histórico, como constructores de sociedad. Asimismo, atiné relevante hacer visible sus problemáticas fundamentales, desde sus experiencias de juventud, masculinidad y exclusión social, elaboraciones relacionadas que coinciden con las lógicas fomentadas por el capitalismo contemporáneo. Sigo el pensamiento de Duarte, (2015a, pp. 165-166) de visibilizar las juventudes y “ubicar el proceso de emergencia y presencia de los jóvenes en la sociedad, a partir de las transformaciones económicas y culturales en el país, que permiten el reconocimiento de estos sujetos en la estructura social”; esto considerando su historia, su contexto, otorgándoles “rostros concretos” a las personas que estamos conceptualizando, en este caso a un grupo de varones jóvenes que viven en la exclusión social en Costa Rica.

Por ende, metodológicamente, decidí trabajar en el marco de la investigación que se conoce como inclusiva, ya que este estudio lo ubico de forma particular en la experiencia de la exclusión social de varones jóvenes. Considero que las personas que participan en la

investigación son una fuente activa de conocimiento social; por consiguiente, están implicadas en el estudio y no son consideradas pasivas. Su participación en el proceso de la investigación puede tomar diversas formas o grados, en este caso participando activamente en la construcción y expresión de sus experiencias de vida, lo que legitima y supone un proceso de liberación para los participantes (Parrilla, 2009).

II. CONTEXTO DE LA INVESTIGACIÓN

Hay varias problemáticas sociales que en su análisis se convierten en razones fundamentales para haberme ocupado, en la presente investigación, por las juventudes en exclusión social en Costa Rica. Estos problemas tienen como eje central las asimetrías sociales a las cuales la población joven está expuesta por las formas de dominación y explotación, que en gran medida se asocian con las formaciones y contradicciones económicas-sociales del capitalismo (Gallardo, 1990). Empieza con la asimetría en Latinoamérica que desemboca en la desigualdad social; Costa Rica forma parte de ella y las juventudes se ven afectadas, incluso hasta la exclusión social; asimismo, esta se une a otras desigualdades como las de género y generaciones (Duarte, 2015a), desencadenado condiciones asimétricas que se refuerzan entre sí.

Si bien lo primordial en esta investigación no son precisamente las medidas numéricas del objeto en estudio, sino más bien la caracterización y profundidad de las experiencias en las juventudes de América Latina con un pensamiento del Sur (Santos, 2010), expongo a continuación algunos índices relevantes de la condición de vida en Latinoamérica, Costa Rica y particularmente en la población masculina joven, con el fin de explicar la importancia de investigar en las juventudes las asimetrías de clase, de género y de generación.

Estudiosos de la modernidad como un proceso social e histórico señalan que los problemas de esta época se transformaron en amenazas globales que han afectado la sobrevivencia de los seres humanos, ubicándolos en una situación de desesperanza, destructiva para muchos y que desarticula el sentimiento colectivo (Pérez-Soto, 2009; Hinkelammert y Mora, 2008). En esta sociedad moderna que se desarrolla en profundas crisis globales, América Latina sufre sus consecuencias. Se convierte en la región del mundo

donde se encuentra mayor desigualdad en la distribución de los recursos y en el ejercicio de los derechos, aun cuando se compara con zonas de menor nivel de desarrollo económico o donde hay mayor población en condiciones de pobreza. En América Latina, 165 millones de personas viven en situación de pobreza (28.1%) y 69 millones alcanzan la pobreza extrema (11.7%). El análisis de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe, 2014, p. 5) advierte que estos índices, que corresponden al año 2013, representan un retroceso respecto a los logros alcanzados en los años precedentes. Es decir, si bien no es la región más pobre del mundo, se destaca por ser la más inequitativa, alcanzando una profunda distancia económica y política entre las personas que forman parte del sistema de producción.

El coeficiente de Gini para medir la desigualdad, en el cual el valor cero indica que todos tienen el mismo ingreso o perfecta igualdad y el valor uno, que una persona concentra todo el ingreso y el resto no tiene nada o desigualdad absoluta; este coeficiente indicó que para el año 2014 en América Latina la desigualdad del ingreso se mantuvo estable en comparación con el año 2013, pasó de 0.497 (2013) a 0.491 en el año siguiente. Sin embargo, en comparación con el año 2010, se evidenció una reducción significativa, ya que se situaba en 0.507; hasta el 2014 acumuló una caída de 3.2%. Durante el período 2002-2013, en 15 de los 17 países considerados se evidenciaron mejoras distributivas, reflejadas en la disminución del índice de Gini. Las excepciones fueron Costa Rica y República Dominicana, cuyos índices de Gini fueron superiores en 2013 que en 2002 (CEPAL, 2016). Para el año 2016 el coeficiente de Gini en Costa Rica por hogar fue de 0.515 y por persona, de 0.521 (Instituto Nacional de Estadística y Censo, INEC, 2017).

Esta condición de América Latina representa un obstáculo para el bienestar y el desarrollo de la Región; ha tenido un enorme impacto, pues ha aumentado los grupos excluidos, marginados, pobres, vencidos, humillados, como se les suele llamar, que viven en la desesperanza, son millones de seres humanos en la miseria. Esta situación se convierte en un motivo de suma importancia en esta investigación, para hacer visible de alguna manera con el estudio las poblaciones de la desigualdad social.

Si bien se señala que la integración de la población joven es clave en los procesos de desarrollo para avanzar a una sociedad caracterizada por la igualdad, la condición de este grupo no es la mejor en América Latina. En su desarrollo, la población joven requiere de oportunidades de educación y trabajo, aspectos considerados básicos para la inclusión social (CEPAL, 2014). Sin embargo, las tasas de desempleo en América Latina, en población de 15 a 24 años, son muy superiores a la población total; en algunos países alcanzan el 30%. En el año 2012, aproximadamente 30 millones de jóvenes (entre 15 y 29 años) se encontraban fuera del sistema educativo normal y sin empleo. Esta situación genera preocupación, sus aspiraciones laborales de calidad se ven frustradas y los aparta de participar como ciudadanos con derechos, quedando entonces invisibilizados. Su desafiliación al estudio y al trabajo no implica que son vagabundos o que no quieren insertarse en la sociedad, como se les ha señalado; son las condiciones políticas y socioeconómicas en que viven las que los han excluido (CEPAL, 2014).

La circunstancia de exclusión social se ha asociado con los aumentos de violencia que se expresa en diversos ámbitos de la vida de las personas en la región; esto afecta a la población en general, pero sobre todo a la joven; viven en un contexto de creciente inseguridad. Siete de los catorce países más violentos del mundo están en América Latina y el Caribe (CEPAL, 2014). Se explica que en la exclusión social “el vínculo entre violencia y contexto se retroalimenta, de modo que los entornos sociales, territoriales y familiares pueden llegar a propiciar resoluciones violentas en los jóvenes. La estigmatización de la juventud por su supuesta condición violenta quiebra la solidaridad y exagera la exclusión” (CEPAL, 2014, p. 30).

En los ambientes de exclusión social las pandillas emergen; estas son una organización que le provee a la población joven poder, ingresos económicos, un espacio y un sentido de pertenencia, algo que ninguna otra institución social les ofrece en su condición de excluidos de los mecanismos de participación social. Pero como señala Perea (2008, 2015, p. 13) “la pandilla no es otro, es un extremo de nosotros”, no es un acontecimiento ajeno, extraño, que se da solo en ciertos espacios reclusos; son parte de la sociedad, del mercado, aunque no respeten las leyes instituidas y funcionen de acuerdo con prácticas ilegales. Están

conectadas a la sociedad, “son un extremo conflictivo del proyecto de la contemporaneidad”; es decir, no son organizaciones aisladas, sino que forman parte de nuestra realidad social, de las asimetrías del sistema capitalista.

Aproximadamente, 1200 millones de personas en el mundo se encuentran en edades entre los 10 y 19 años, lo que corresponde a una sexta parte de la población. En estos grupos la mortalidad y la morbilidad son elevadas, afectando sus capacidades para crecer y desarrollarse plenamente. Se calcula que en el año 2015 murieron 1.2 millones de jóvenes, más de 3000 al día, en su mayoría por causas prevenibles o tratables. Las lesiones por accidentes de tránsito fueron la principal causa de mortalidad en el año 2012, con 330 jóvenes muertos al día. Otras de las principales causas de mortalidad son el VIH, el suicidio, las infecciones de las vías respiratorias inferiores y la violencia interpersonal. Se calcula que todos los días mueren 180 jóvenes como consecuencia de esta violencia interpersonal. Aproximadamente, una de cada tres defunciones de varones jóvenes registradas en países de ingresos bajos y medianos en la Región de las Américas de la Organización Mundial de la Salud (OMS) se debe a la violencia. A nivel mundial, el 30% de las mujeres de 15 a 19 años sufre violencia por parte de su pareja; la violencia produce 1.4 millones de muertes al año. La violencia interpersonal representa un 43% de todas las defunciones de varones adolescentes registradas en países de ingresos bajos y medianos de la Región de las Américas de la OMS. A nivel mundial, una de cada 10 mujeres menores de 20 años indica haber sufrido violencia sexual (OMS, 2016).

La salud de la población joven también se ve afectada por el consumo de drogas, las cuales reducen el autocontrol y aumentan los comportamientos de riesgo, como las relaciones sexuales no protegidas, los comportamientos peligrosos en la carretera, la violencia y las muertes prematuras. Asimismo, en la niñez de países en desarrollo se da la desnutrición, por lo cual llegan a la juventud con más propensión a las enfermedades. Opuesto a este riesgo, pero de igual manera peligroso para la salud de las juventudes, tanto en países de ingresos bajos como altos, se da el exceso de peso y la obesidad (OMS, 2016).

Asimismo, se ha analizado que la depresión es la tercera causa principal de morbilidad y discapacidad en las personas jóvenes, y el suicidio es la tercera causa de defunción entre

las que se encuentran en el rango de edad de los 15 a 19 años. La OMS (2016) relaciona estos trastornos con la violencia, la pobreza, la humillación y la desvalorización que se vive en la exclusión social, donde se aumenta el riesgo de padecer problemas de salud mental.

En este contexto mundial y latinoamericano, la situación económica y social de Costa Rica, y particularmente de la población joven, forman parte de la problemática de asimetrías en el mundo, reflejadas más explícitamente en la organización capitalista. En este país en el siglo XIX se avanzó en la consolidación del Estado Benefactor, el cual se caracterizó por el avance de sus políticas públicas y donde la desigualdad no tenía índices tan altos. Sin embargo, en el año 2014, el porcentaje de hogares en condición de pobreza alcanzó el 22.4%. Existe en el país un total de 318 810 hogares en pobreza, de los cuales 224 000 se encuentran en pobreza no extrema y 94 810, en pobreza extrema, lo que implica 344 924 personas en esta última situación. Esta condición se explica, entre otras razones, por la pérdida del empleo. Asimismo, la pobreza total es más pronunciada en el ámbito rural que en el ámbito urbano: 30.3% y 19.5%, respectivamente; esta situación es similar a la presentada en pobreza extrema, donde la incidencia es de un 10.6% y 5.2%, respectivamente (Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica, MIDEPLAN, 2014).

El Plan Nacional de Desarrollo de Costa Rica, elaborado para el periodo 2015-2018, amplía este panorama de la situación del país en factores relacionados con la exclusión social. Indica que a los hogares en condición de pobreza se les dificulta salir de esa situación, tienen una relación de dependencia de 2.32; es decir, por cada persona en el hogar que forme parte de la fuerza de trabajo, hay más de dos miembros dependientes, ya sea porque son menores de 15 años o están fuera de la fuerza de trabajo. Mientras tanto, en los hogares no pobres esta relación es de 0.90, lo que demuestra, en promedio, la existencia de más personas laboralmente activas que las que no participan en el mercado de trabajo. Los hogares pobres presentan una tasa de desempleo abierto de 23.9%, que es más de cuatro veces la observada entre los hogares no pobres, con 5.7% (MIDEPLAN, 2014).

El desempleo muestra una diferencia de 15.3 puntos porcentuales entre la población total y aquella que vive en pobreza (23.9%), mientras que la población en pobreza extrema

alcanza 37.3% de desempleo. Prevalece, a su vez, la tendencia creciente en el porcentaje de personas con trabajos informales, cuya cifra ha oscilado entre el 36% y 45% en los años del 2010 al 2013. Por su parte, la Organización Internacional del Trabajo señala que, aunque no es posible generalizar con respecto a la calidad de los empleos informales, con frecuencia implican malas condiciones laborales relacionadas con el aumento de la pobreza. Estas condiciones pueden estar asociadas con la falta de protección en los casos de no pago de salarios, obligación de hacer sobretiempo o turnos extraordinarios, despidos sin aviso ni compensación, condiciones de trabajo inseguras y ausencia de beneficios como las pensiones, el reposo por enfermedad o el seguro de salud (MIDEPLAN, 2014).

Una de las zonas más afectadas por la pobreza en Costa Rica es la Región Central, la que, a su vez, es la de mayor relevancia nacional, tanto geográfica como poblacionalmente, debido a que el 66% del territorio se ubica en este espacio geográfico; en términos absolutos se traduce en 3 116 002 personas. Asimismo, en dicha área está el 58% del total de distritos del país. Debido a lo anterior, se constituye en un área densamente poblada (315 habitantes por kilómetro cuadrado). Dicha región muestra un importante grado de heterogeneidad en lo referente a nivel de desarrollo distrital, ya que, si bien posee el mayor porcentaje de distritos con mayor puntaje de desarrollo social, solo 4% de sus distritos se clasifican en el primer quintil. En esta región se encuentra el distrito con menor nivel de desarrollo a nivel nacional, pero también se tienen aquellos con mayor desarrollo. Es notorio el hecho de que en la periferia es donde se ubican más distritos con mayor desventaja en su nivel de desarrollo (MIDEPLAN, 2014).

En el Gran Área Metropolitana (GAM) donde se ubica la metrópoli de San José, (capital de la República) para 1987, existían 13 841 familias en 104 asentamientos en condición de precario y tugurio, que representaban un 5.75% de la población del GAM. En el 2004, dicha cifra aumentó a 32 797, un 6.21%, para un total de 177 asentamientos en condición de precario y tugurio, cantidad que creció a 189 para el 2012 (Ministerio de Vivienda y Asentamientos Humanos MIVAH, 2013). Precisamente esta situación la consideré para seleccionar el grupo de estudio de la investigación en esta zona del país.

En su mayoría, estos precarios se han formado en las últimas décadas como producto de la ocupación informal, por las migraciones de las áreas rurales hacia los centros urbanos y también con la migración de personas nicaragüenses al país (MIVAH, 2013). Estos poblados se caracterizan por las bajas condiciones socioeconómicas, el hacinamiento, la insalubridad, la peligrosidad, la segregación socioespacial y la exclusión social, quedando al margen de las organizaciones existentes en el país. Los distritos de este territorio social tienen acceso a recursos territoriales muy por debajo del promedio del GAM, con un 21% de acceso bajo y solo un 35% de acceso bueno. Estos se ubican en terrenos de alto riesgo o seleccionados para proyectos de interés público; por consiguiente, la legalización del 80% de los asentamientos en precario se ha visto impedida. Un 74% se asienta en terrenos estatales; 18%, en terrenos privados; y 8%, en terrenos mixtos (MIVAH, 2013).

Aunque la mayoría de estos asentamientos (70%) cuenta con conexión domiciliaria de agua potable, casi en la totalidad de ellos es inexistente el alcantarillado pluvial; el sistema vial es deficiente, solo un 40% posee calles (de tierra o de lastre) para vehículos, mientras el restante 60% cuenta únicamente con senderos peatonales. Con respecto a la cobertura eléctrica, el 97% cuenta con esta red, aunque saturada y en mal estado; el alumbrado público cubre de manera deficiente un 60% de estos asentamientos. En relación con el trabajo, un 15% se encuentra en desempleo y un 50% de la población se ocupa en actividades de baja calificación; para las mujeres se presentan menos oportunidades en el mercado laboral, lo que complica el panorama económico de un 25% de hogares con jefatura femenina (MIVAH, 2013)

La población joven en Costa Rica (entre 15 y 34 años) es de 1 763 077 personas (Consejo Nacional de la Política de la Persona Joven CPJ, 2013). Algunos datos que la caracterizan, como el estudio y el trabajo, muestran los siguientes indicadores: en el año 2014, de los jóvenes entre 18 y 24 años, el 19% de los varones estudia y trabaja, versus el 17% de las mujeres. El 51% de los varones trabaja y no estudia, mientras que en las mujeres este porcentaje es de 25%. El 6% de los varones no estudia ni trabaja; en las mujeres este porcentaje es de 25%. El único porcentaje que es mayor en mujeres es el que se refiere a los jóvenes que estudian y no trabajan, el 34% de las mujeres versus el 24% de los varones.

Con respecto al empleo, entre los 15 y 24 años hay una tasa de desempleo de 20.7% (Programa Estado de la Nación, 2015).

Los índices de educación muestran la desventaja que ocurre en la población joven más pobre. En Costa Rica, los hogares no pobres tienen un 68.6% más de escolaridad, un ingreso promedio 40% mayor y un nivel de productividad que casi duplica la media de los hogares pobres (96.8%). Esta información confirma la importancia de la educación como uno de los principales elementos que contribuyen a mejorar los niveles de bienestar de la población y disminuir las carencias críticas de los hogares. Lo que expliqué anteriormente refleja la condición creciente de desigualdad social en las familias del país. En 1990 era uno de los países más equitativos en Latinoamérica, una década después pasó a una posición intermedia y veinte años más tarde se ubica en el grupo de mayor desigualdad (Programa Estado de la Nación, 2015a).

Si bien las políticas del país aspiran a que la población joven asista al sistema educativo a la edad en que tienen que hacerlo y que reciban una formación de calidad, en el año 2014 la tasa de escolaridad para el ciclo diversificado (formación profesional en los diferentes campos de trabajo, a partir de los 17 años) fue de 39.6%, una proporción que se ha mantenido sin grandes cambios en los últimos cinco años, pese a que en el año 2011 se declaró la obligatoriedad de ese nivel educativo. Asimismo, en cuanto al rendimiento académico, distintas evaluaciones evidencian que la población estudiantil tiende a concentrarse en los niveles de desempeño más bajos (Programa Estado de la Nación, 2015a).

Es así como la exclusión y el bajo desempeño académico son algunos de los factores que impiden a la población joven terminar la enseñanza secundaria. La probabilidad de culminar con éxito ese nivel educativo, para el grupo de 18 a 22 años, pasó de 43.9% en 2010 a 50% en 2014. Sin embargo, esa probabilidad varía según sea la condición social de los estudiantes, y uno de los factores que más incide en ello es el clima educativo del hogar. Las estadísticas demuestran cómo en la población joven aumenta la deserción educativa: en sexto grado, el 79% de la población de 12 a 16 años culmina la primaria, y en el segundo grupo, que corresponde a los jóvenes de 15 a 19 años, la proporción que termina el tercer

ciclo baja a 53%. Esta situación es preocupante, porque la aprobación de estos ciclos permite avanzar a la educación superior (Programa Estado de la Nación, 2015a)).

La deserción entre la población de 18 a 24 años es mayor en varones que mujeres, de 11.3% y 8.2%, respectivamente. Cuando el clima educativo en el hogar es bajo, la asistencia regular es menor que 14.7%, frente al porcentaje de hogares con clima educativo alto que es de 78.8%. En 2014, el Centro Nacional de Estadísticas de la Educación Superior (CNEES) reportó 208 612 estudiantes inscritos, con lo cual la cobertura de la población en edad de asistir a la educación superior (18 a 24 años) alcanzó el 34.2%. Sin embargo, se queda aparente la necesidad de ampliar las oportunidades de acceso para los grupos de menores ingresos (Programa Estado de la Nación, 2015a).

A la educación superior pública y privada asiste, sobre todo, población proveniente de hogares de mayor ingreso, en consonancia con lo que sucede en el resto del mundo. En ese estrato (el 20% más rico) se ubica el 40% de los estudiantes universitarios (36% de los atendidos por el Estado y 43% de los inscritos en centros privados). Esta concentración responde en parte a los patrones de fracaso en completar la educación secundaria, que afectan sobre todo a los grupos más pobres (Programa Estado de la Nación, 2015a).

Los y las jóvenes costarricenses también viven la problemática del desempleo, pues muestran una mayor dificultad para incorporarse al mercado laboral; se calculan tasas de desempleo que afectan a un 18.5% de la población joven entre los 15 y 24 años, porcentaje que es aproximadamente 2.4 veces mayor a la tasa de desempleo abierta general del país, que alcanzó el 7.8% de la población económicamente activa. Esta situación se agrava también con el cumplimiento de las garantías laborales, ya que persiste la condición de jóvenes trabajadores asalariados sin ningún derecho cumplido, pues el 11% de trabajadores en dicha condición son personas jóvenes. La falta de empleo para las personas jóvenes es un factor relevante que explica la pobreza. Los hogares obtienen más del 80% de sus ingresos en el mercado de trabajo. Por tanto, es evidente la vulnerabilidad que genera en ellos el hecho de que sus miembros estén desocupados, ya sea porque no encuentran empleo o porque están fuera de la fuerza de trabajo. Por esta razón, es razonable entender que el alto porcentaje de desempleo que afecta a las personas jóvenes se convierte en un

causal de pobreza para sus familias (Programa Estado de la Nación, 2013, citado en CPI 2015, p. 10).

De acuerdo con los datos antes presentados, se analiza que hay grupos de jóvenes que se mantienen sin trabajo ni estudio, ejes importantes para la inclusión, o han dejado el estudio y se mantienen trabajando, lo que limita la posibilidad de ascender en la escala socioeconómica.

También se ha dado en el país el incremento de la inseguridad ciudadana. En el año 2014 la tasa de homicidios aumentó a 10 casos por 100 000 habitantes, 1.2 más que en 2013 (60 víctimas más). Asimismo, los accidentes de tránsito cobraron las vidas de 51 personas más que en el año 2013, lo que elevó la tasa a 13.7 víctimas por 100 000 habitantes. La población con edades de entre 20 y 29 años tiene las tasas más altas de muerte por estas dos causas. En el año 2014 se deterioraron los principales indicadores de criminalidad, volvió a crecer la tasa de homicidios, reflejo de una problemática que se concentra en algunas zonas y se relaciona con la delincuencia organizada. También aumentaron las denuncias presentadas al Organismo de Investigación Judicial (OIJ) en la mayoría de los delitos (Programa Estado de la Nación, 2015b).

Considerando la población joven, algunos datos más recientes aportados por el OIJ (22 de marzo de 2017 en oficio N.º 290-OPO/UAC/S-2017) sobre homicidios dolosos, víctimas de homicidios culposos por hechos de tránsito y suicidio, ocurridos en el país en los años del 2013 al 2016, indican porcentajes significativos, que van en aumento y son mayores en los varones que en las mujeres.

En el intervalo de edad de 12 a 39 años (rango definido por el OIJ), del año 2013 al 2016, se han presentado 1323 muertes por homicidio doloso; es decir, muertes ocasionadas deliberadamente, lo que implica un aumento del 80.8%. En estos años, en promedio, el porcentaje de víctimas ha sido más alto en los varones (91%) que en las mujeres (9%). De este rango de edad, el grupo de varones de 18 a 29 años es el de mayor frecuencia de homicidios dolosos.

Las víctimas en homicidios culposos por hechos de tránsito, en jóvenes de 15 a 34 años, (del año 2013 al 2016) fueron en total 1308, lo que supuso un aumento de 72.91% en estos

años. El mayor porcentaje se da en los varones, con un 85.7%, en relación con las mujeres, quienes alcanzan 14.3%. De igual manera, los varones de 18 a 29 años muestran mayor frecuencia de homicidios culposos por hechos de tránsito.

En lo que es robo agravado, se reportaron 36 485 del año 2013 al 2016, en personas de 12 a 39 años (rango definido por OIJ), cifra que en estos años aumentó un 10%. Además, los porcentajes son mayores en varones (64.6%) con respecto a las mujeres (35.4%). De igual manera, los porcentajes más altos son de varones y en el rango de edad de los 18 a 29 años.

En los últimos cuatro años (del 2013 al 2016) se han presentado 544 suicidios en jóvenes de 15 a 34 años, de los cuales el 83% corresponde a varones y un 17%, a mujeres. En promedio se dan, en este periodo, 136 suicidios por año. Igual que en los casos antes citados, en el suicidio el rango más alto se da en los varones del grupo de edad de 18 a 29 años.

Por consiguiente, es relevante e interesa en esta investigación la situación de esta población joven, cuyas familias entran en la categoría de exclusión social y se ven limitadas sus acciones en el estudio y el trabajo. Asimismo, están rodeados de ambientes inseguros cuyas oportunidades de desarrollo dependen en parte de las organizaciones informales y perversas.

Estos jóvenes en la exclusión social son producto de las asimetrías de clase social, como he planteado; sin embargo, a esta se le suman otras posiciones de dominio relacionadas. En esta investigación interesa la de los varones en el caso del patriarcado y la de los adultos en el adultocentrismo, asimetrías que el sistema social capitalista también legitima. Estas posiciones han sido llamadas por Duarte “constelaciones de dominio”, porque se relacionan entre sí desde múltiples e infinitas vinculaciones empíricas y analíticas (2015a, p. 74). Precisamente, esta investigación es un aporte al análisis de las situaciones y condiciones de subordinación que experimentan los varones jóvenes en su condición de exclusión social.

Estas relaciones caracterizadas por la dominación forman parte de la misma estructura de la sociedad, le dan sentido e incluso llegan a legitimarse, a considerarse socialmente válidas, naturales; llegan a institucionalizarse, permitiéndose y asegurando su

reproducción. Se advierte así en la población joven situaciones de subordinación que se ponen en evidencia en este estudio. Los jóvenes en exclusión social son parte de la asimetría de la clase social, producto de la organización económica capitalista que reproduce también, históricamente, el dominio en los adultos y de los varones.

Por consiguiente, la problemática que abarca esta tesis resalta la importancia de la dinámica que existe entre las mujeres y los varones; considera la perspectiva de género como indispensable para analizar las desigualdades e imprescindible para comprender la posición de los varones en las asimetrías y su papel de agentes políticos, económicos y sociales. Los varones aparecen en la agenda de la investigación como objeto de estudio y programa de acción. Como señala Olavarría (2001, p. 5), “por primera vez en las ciencias sociales, los hombres, sus cuerpos, sus subjetividades, sus comportamientos, aquello denominado 'lo masculino' ha sido sometido al escrutinio científico. En la medida en que las identidades masculinas -'masculinidades'- desde una perspectiva de género son consideradas construcciones sociales y no datos naturales”. Comparto su criterio de que la investigación con los varones es una emergencia, una necesidad teórica para avanzar en el conocimiento de la construcción de género.

La emergencia del varón como sujeto de estudio ha tenido que ver con diversos factores, entre los que se nombran la acción de los movimientos feministas y la consecuente crisis de las identidades masculinas y el surgimiento del movimiento homosexual, situaciones que cuestionan las masculinidades tradicionales, además de los problemas de salud y derechos reproductivos que han puesto en consideración la participación masculina (Olavarría, 2001). Dentro de esta temática me interesó también, para la presente investigación, seleccionar como grupo de estudio los varones, considerando las consecuencias que para estos tienen responder culturalmente a los mandatos de la masculinidad hegemónica (Bonino, 2003) que genera lo que Kaufman ha llamado un “poder viciado” (1997, p. 1). En la tarea para lograr los elementos básicos de la personalidad, los varones deben desplegar una cantidad grande de energía y además sienten miedo de no lograrlo, temor a ser reprimidos porque la debilidad no se puede expresar en la masculinidad hegemónica. De aquí que “la masculinidad es poder pero es también

terriblemente frágil” (Kaufman, 1989, p. 40). Esa debilidad se expresa en forma de violencia contra sí mismo, las mujeres y otros varones, manifestando conductas muy destructivas.

Esta línea de investigación no pretende en ningún sentido justificar la opresión que los varones históricamente han tenido con las mujeres; al contrario, su objetivo es aportar al debate que se ha iniciado sobre las masculinidades, profundizando en el conocimiento de la dinámica de los varones en las relaciones de género; es un intento de apoyar al logro de la igualdad entre mujeres y varones. He visto en mi historia laboral y personal mucha destrucción y dolor en las familias, en ambos géneros y principalmente en los jóvenes, por mantener los modelos hegemónicos de masculinidad y, si esto no cambia, las mujeres tampoco dejaremos de sufrir por la agresión masculina.

En el Primer Encuentro Centroamericano acerca de Masculinidades (Campos y Salas, 2002), se parte del principio de que “la igualdad de género es un asunto que atañe tanto a la mujer como al hombre y para lograrla será necesario trabajar con los hombres para inducir cambios en las actitudes, los comportamientos, las funciones y las responsabilidades” (p. 7). Esto se convirtió en un importante motivo para incluir la problemática de las masculinidades en la investigación.

Las iniciativas de investigación en la masculinidad se consideran un tema de gran importancia en el momento presente en la agenda de las Ciencias Sociales. Es una temática que requiere reflexión, análisis y de categorías teórico-conceptuales que permitan entenderla, investigarla y asumirla como objeto de estudio; debe explorar y construir sus propias líneas teórico-metodológicas incorporando también lo proveniente de diferentes ámbitos. Por su relevancia en las relaciones de equidad de género, con otros grupos poblacionales y para el bienestar de los propios varones, es una temática que debe ser incorporada en la agenda pública de los países (Campos y Salas, 2002).

Según lo expuesto, una de las razones más importantes de trabajar en esta investigación es intentar aportar sobre las acciones de los varones para eliminar la violencia contra las mujeres, los niños y las niñas y otros varones.

Asimismo, una de las razones importantes que guio esta investigación es considerar que la asimetría de sexo, expresada en el modelo patriarcal, da origen y sostiene otras

diferencias de poder como la de generación. El patriarcado relegó el poder de las mujeres al trabajo doméstico y a tareas reproductivas, adjudicó el poder a los varones adultos y dejó al margen a la población joven. Asimismo, los modos materiales capitalistas de organización social generan sistemas de dominación que, si bien antes existían, en la actualidad se toman mecanismos económicos y políticos para reelaborar y mantener el poder en los varones adultos. Esto define otra de las asimetrías que viven las juventudes en el sistema capitalista, donde la estructura social impone su orden y sus límites para mantener la hegemonía, quedando la sociedad dividida en clases, en sexos, en edades, entre otras muchas (Duarte, 2012).

En esta última se da un dominio de “clases de edad” (Duarte, 2012, p. 103), donde la división entre adultos y jóvenes ha servido para legitimar la desigualdad en los aspectos económicos, políticos y sociales, con lo cual los menores quedan subordinados. Desde su historia, en la antigua Roma, la juventud aparece como una fase de marginación, de limitación de derechos y recursos, de tal manera que el joven queda dependiente del adulto, con incapacidad de actuar como este, lo que Duarte llama posición “adultocéntrica” (p. 103).

Esta situación de subordinación y dominio de la población joven la lleva incluso a actos de violencia, que son legitimados por la legalidad de los estados y la población general, respondiendo a la norma social de que las juventudes deben ser obedientes al mundo adulto e inhibir sus pensamientos y expresiones, caracterizándose esta relación por una cierta conflictividad. Esta problemática me motivó a estudiar las personas jóvenes, ya que la posición adultocéntrica responde a un imaginario social que legitima la inferioridad de las juventudes y ubica a lo adulto como lo potente, lo valioso y con capacidad de decisión y control, por lo que las personas consideradas menores quedan en situaciones de desventaja (Duarte, 2015a).

Otra de las razones relevantes para realizar esta investigación fue que, después de indagar en diversas fuentes de datos, es evidente que el país posee un vacío de información sobre la juventud masculina que vive en la exclusión social, tanto estadística como cualitativa. Igualmente, dentro de las políticas públicas existentes del Estado que se dirigen

a la población joven del país, no existen aquellas dirigidas a los varones jóvenes en exclusión, solamente a las mujeres en exclusión y limitado al embarazo adolescente, lo que agudiza en la población en estudio una diversidad de exclusiones.

Las problemáticas antes expuestas me motivaron a estudiar en esta investigación, dentro de la gama de juventudes masculinas, aquellas que viven en la exclusión social y en un contexto histórico del capitalismo, globalizado, el cual se ha desarrollado a través de profundas crisis del mercado mundial y ha afectado considerablemente nuestro país.

Carlos Pérez-Soto (2009) analiza que el joven en la modernidad es una persona cuya existencia está íntimamente ligada al destino del liberalismo político y económico; el joven no se siente completo si no cuenta con los medios adecuados para el consumo, “está arrojado a la incerteza, al azar del mercado, a la ‘aventura’ de la vida, a los desastres del desequilibrio social que él (que se cree dueño absoluto de sí) nunca llega a entender” (p. 75). Este autor habla del componente esencial de la subjetividad de la marginalidad moderna y se pregunta por el lugar que ocupan estas personas en la crisis general de la modernidad, para responderse que viven en la “enajenación” (p. 85), son los “vencidos” y los “permanentes humillados” (p. 88).

De esta forma, me impulsó estudiar a los varones jóvenes en una condición de subconsumo, en un entorno de demandas económicas del capitalismo contemporáneo que les exige adquirir artículos modernos como una forma de reafirmar su personalidad e identidad, competir y sentirse pertenecientes a la sociedad para ejercer el poder propio de la masculinidad hegemónica. Varones jóvenes en un contexto que Valencia (2011) denomina como “capitalismo gore”, que es “el capitalismo del narcotráfico, la rentabilización de la muerte y de la construcción sexista del género” (p. 2), haciendo referencia al precio que hay que pagar en el Tercer Mundo para seguir las lógicas exigentes del capitalismo y que los marginados, en muchas ocasiones, responden con estrategias de violencia extrema para hacerse de capital y satisfacer las necesidades de subsistencia. Esta violencia representa una herramienta de autoafirmación personal y empoderamiento, además de una respuesta al miedo de perder su condición de masculinidad por no poder responder al mandato social hegemónico de “macho proveedor” (p. 2). El consumo en estos

jóvenes es también una forma de socializar y competir, este es parte de la identidad contemporánea y es un reforzador positivo en la sociedad moderna. Sin embargo, en su condición de desventaja socioeconómica provoca frustración, lo cual facilita comportamientos delictivos como una forma rápida de empoderamiento.

En la presente investigación estos varones jóvenes son el eje central; se trata de entender qué es lo que ocurre en sus condiciones de exclusión, el impacto que estos procesos económicos tienen en sus vidas y aportar en la comprensión y el proceso de inclusión, haciéndolos visibles de acuerdo con su propia experiencia.

El escrito que presento a continuación está organizado en cinco capítulos que dan cuenta de los aspectos teóricos y metodológicos de la investigación, asimismo, los resultados, las conclusiones y las recomendaciones de la misma.

El primer capítulo trata sobre las decisiones teóricas y metodológicas que dan fundamento a la construcción del objeto de estudio de la investigación. Este se divide en tres grandes apartados, el primero aborda las teorías que dan soporte al estudio, por consiguiente, expongo aquí los temas de exclusión social, las masculinidades y las juventudes. El segundo apartado se concentra en el planteamiento del problema de la investigación, donde definí la problemática que da sustento a la misma y los objetivos del estudio. El último de los apartados, el tercero, presenta la metodología que desarrollé en la recolección de la información, abarca la estrategia metodológica, el grupo de estudio y el proceso de recolección y análisis de la información.

El segundo capítulo, inicia con resultados de la investigación, aborda las condiciones que experimentan los varones jóvenes del grupo de estudio por vivir en la exclusión social. Analizo en este capítulo la privación de bienes económicos, socioculturales, las condiciones en la calidad de vida y la consecuente carencia de derechos humanos.

El capítulo tercero profundiza en los resultados sobre la experiencia del grupo de estudio en la práctica de las masculinidades hegemónicas como varones que viven en la exclusión social. En este capítulo trato la identidad de género como una construcción social que se conforma en la vida cotidiana, por consiguiente, expongo las experiencias de los varones jóvenes del estudio relacionadas con la familia, el papel del padre y la madre,

asimismo las costumbres y prácticas de los roles femeninos y masculinos y los mandatos que sustentan en ellos las masculinidades hegemónicas.

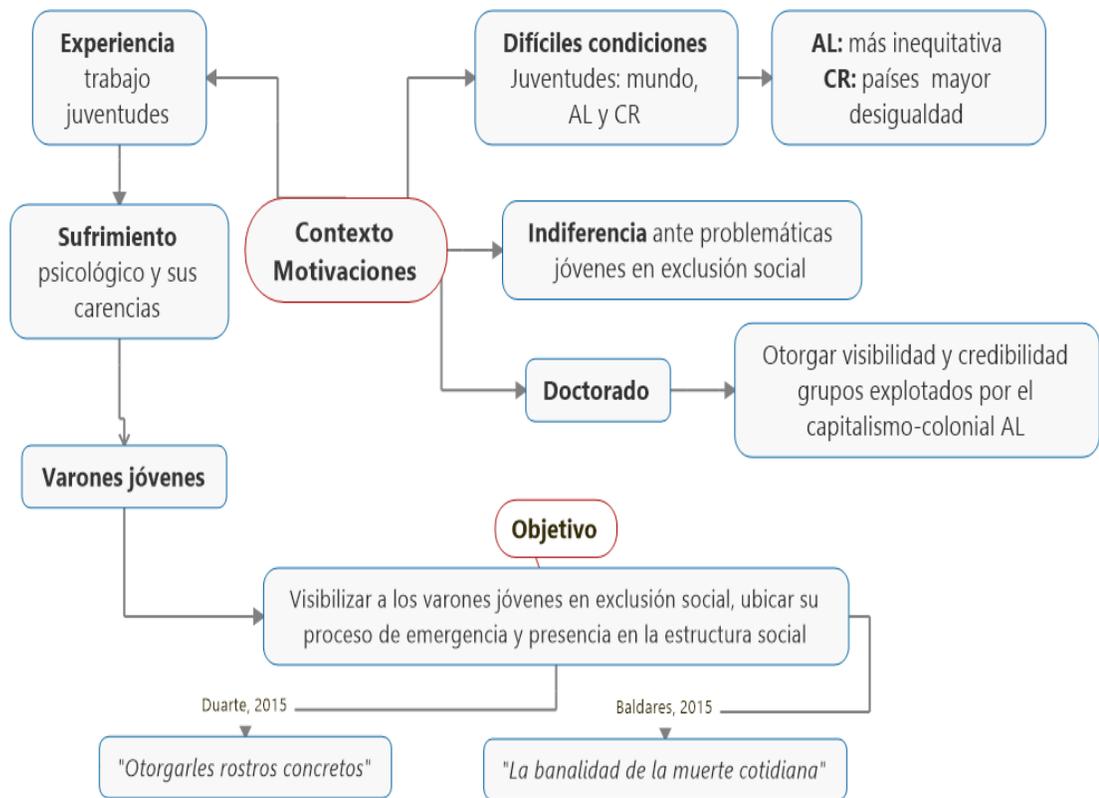
En la misma línea del tema de las masculinidades hegemónicas, en el capítulo tercero, analizo la experiencia de los jóvenes para mantener y demostrar el poder que socialmente se les asigna a los varones en su calidad de género masculino y como estos privilegios no dejan de generar temor y dolor por no poder cumplir con los mandatos masculinos, convirtiéndose en conductas de agresión contra las mujeres, otros varones y consigo mismo.

El capítulo quinto está dedicado a los resultados sobre la experiencia de la juventud en el grupo de estudio que vive en la exclusión social. En este espacio identifiqué los acontecimientos que caracterizan sus juventudes y la relación de sus vidas con el mundo adulto.

Como último capítulo aparece el sexto de reflexiones finales donde presento un resumen de los eventos más relevantes de la investigación que permitan generar discusión en relación con las teorías que dan fundamento a la investigación. Asimismo, en este capítulo presento recomendaciones de acuerdo con los resultados obtenidos.

Al final del documento incluyo las referencias bibliográficas que utilicé en la investigación, y los anexos, donde adjunto la guía de la entrevista y el consentimiento informado.

A continuación, presento un esquema que resume las temáticas contempladas en este primer apartado de Introducción.



CAPÍTULO PRIMERO. DECISIONES TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL OBJETO DE LA INVESTIGACIÓN

El presente capítulo se divide en tres apartados; en el primero expongo los aspectos teóricos donde destacan fenómenos sociales tratados en el estudio de acuerdo con sus objetivos, a saber: exclusión social, juventudes y masculinidades. En el segundo planteo el problema en estudio y los objetivos, y en el tercer apartado presento el andamiaje metodológico.

I. TEORÍAS QUE FUNDAMENTAN LA INVESTIGACIÓN

Los fenómenos sociales de la investigación se analizan como sistemas sociales complejos que ocurren en un tiempo histórico y, más puntualmente, vinculados como sistemas de dominio que se originan en relaciones asimétricas. Para Gallardo en las sociedades de organización capitalista las interrelaciones sociales se caracterizan por la asimetría, entre otros aspectos. En las asimetrías se encuentran grandes diferencias en las relaciones sociales entre las personas, las cuales generan desequilibrio y subordinación. Las asimetrías se caracterizan por la dominación; por ejemplo, “en el plano económico el *capital* se relaciona asimétricamente con la *fuerza de trabajo*”, en el plano político “los tribunales, la política y las Fuerzas Armadas se relacionan asimétricamente con el ciudadano” y en el plano de la cultura y la ideología “la élite cultural o la jerarquía eclesial se relacionan asimétricamente con las bases sociales” (Gallardo, 1990, p. 52). Asimismo, en esta investigación se estudian otras asimetrías, como la existente entre los sexos que se expresa en el machismo, las relaciones asimétricas en los grupos dominantes económicamente y los excluidos, y las que se caracterizan por el poder del mundo adulto sobre las juventudes.

Los sistemas de dominación tienen un papel importante en todas las esferas de las acciones comunitarias; se entiende por dominación “la probabilidad de encontrar obediencia dentro de un grupo determinado para mandatos específicos (o para toda clase de mandatos)” (Weber, 1964, p. 170). Es decir, se refiere a la presencia de una persona que manda eficazmente a otra, abarcando inclusive motivos de sumisión a una autoridad, que

se pueden dar como hábitos inconscientes hasta racionales con fines determinados. La acción de obedecer en la dominación significa que el mandato es una máxima de conducta sin cuestionar la propia opinión sobre el valor de este como tal.

La dominación no necesariamente persigue intereses económicos, ya que no toda dominación se sirve de estos medios para mantenerse, pero las comunidades económicas, entre las que se ubican las más modernas, sí utilizan esta estructura de dominación para sostener sus fines. El ejercicio de la dominación requiere por lo general de un cuadro administrativo que respalde la seguridad de la actividad y la ejecución de los mandatos concretos por parte de las personas cuya obediencia se espera. Este cuadro administrativo puede responder a diferentes mandatos, a la obediencia de una persona, por la costumbre de una manera puramente afectiva, por intereses materiales o por motivos ideales como responder a valores. De aquí que las naturalezas de estos motivos determinan en gran medida el tipo de dominación (Weber, 1964).

Así hay dominaciones puramente “materiales y racionales”, “afectivas o racionales con arreglo a valores” y en lo cotidiano se da la dominación por “la costumbre”, que aparece con frecuencia unida a intereses materiales y utilitarios (Weber, 1964, p. 170). Todas estas dominaciones tienen además como motivo fomentar su legitimidad; es decir, obedecer el poder, según sea la clase de esta, para darle validez y mantenerla en grado relevante y consolidar su existencia. Esta legitimidad responde a creencias y justificaciones (derechos, modos, costumbres) que validan la dominación como una forma de encontrarle sustento de manera generalizada en los miembros de una comunidad. Aunque las personas o los grupos pueden adherirse a una dominación por razones de oportunidad, también entran intereses materiales o se acepta como una condición irremediable en situación de desventaja.

Se identifican tres tipos de dominación legítima: uno de carácter “racional”, que obtiene su legitimidad en la autoridad legal establecida; otro que descansa en “la autoridad tradicional”, donde se obedece a una persona determinada por la tradición; y la dominación de carácter “carismático”, en la cual se obedece a la persona calificada por razones de

confianza personal y porque se le asigna dentro del círculo de carisma (Weber, 1964, p. 172).

Si bien este planteamiento de Weber fundamenta, en esta investigación, el carácter de la dominación en las relaciones sociales, consideré importante también integrar el concepto de dominación hegemónica de Gramsci (1981) y ampliar su sentido simbólico. Para este autor la dominación en las sociedades modernas no es solo un fenómeno económico, sino subjetivo o cultural, que considera la cultura como la unión de la concepción de mundo, la organización social y las normas de conducta que se desprenden de ella. En esta se generan identidades; es decir, procesos de autoconciencia de la propia cultura que se plasman en proyectos sociales y en la elaboración de ideologías, como un componente cognoscitivo o reflexivo de la identidad y que permite a los individuos replantearse la sociedad en que viven, pensarla y comprender su acción y las propias estructuras.

Con el desarrollo del capitalismo se ha impuesto una noción fundamental de cultura, una ajena y externa a las condiciones del proceso social propio de las culturas, y se da paso a formas generalizadas de alienación con respecto a la propia cultura cotidiana; esto da lugar a la “hegemonización de un nuevo sistema cultural de relaciones sociales externo (mercantilizado) y la pérdida de la capacidad de las poblaciones de 'decidir' o de identificar su cultura-identidad, que es tanto como decir, su realidad” (Noguera, 2011, p. 19). Se ha generado así un proceso de desvaloración de las culturas para entrar en la globalización capitalista como un estado de subordinación de las diversas culturas ante la cultura dominante.

Las relaciones de poder que afianzan la dominación, por ejemplo, en el poder de la clase dominante, no se apoyan solo ni esencialmente en el control de las estructuras públicas institucionalizadas (Estado), sino en su capacidad de regular los procesos de producción cultural; es decir, el poder se basa en los procesos de subjetividad y cultura. Por consiguiente, la dominación es un fenómeno de las culturas como dimensión básica para la creación de situaciones de consenso o subversión (Gramsci, 1981).

En la estructura y afianzamiento de la dominación, el poder se identifica como coerción, pero también como autoridad, como algo que se adjudica porque inspira respeto y

confianza; es decir, la autoridad se percibe como persuasión, como un elemento consensual. Y es en la modernidad que se ubica ese elemento consensual, como prácticas de subjetivación que generan actitudes de cohesión voluntaria del individuo hacia un ente dominante, los cuales han sido utilizados como mecanismos de control social. La supremacía de un grupo social se manifiesta no solo como dominio, sino como dirección intelectual y moral, como persuasión. Así, el estado capitalista controla mediante la coerción y el consentimiento, obtiene el apoyo de las personas y la burguesía puede, como clase en la sociedad capitalista, mantener su control económico.

De esta manera, Noguera (2011) interpreta el concepto de hegemonía de Gramsci (1981) y señala que, “aunque no aparece en la obra de Gramsci una definición formal del concepto de hegemonía puede entretenerse de su conjunto una definición de lo que el autor entiende por ello” (p. 7) así incluye el uso de mecanismos complejos de movilización ideológica no como un fenómeno puramente económico: “La dominación no es algo objetivo y separado del hombre, sino también algo que existe en el hombre, los hombres “obedecen” o “desobedecen” impulsados por un sentido de moralidad” (p. 7). En las sociedades capitalistas, “la existencia de un consenso generalizado, obtenido gracias a un determinado control-dirección de índole ideológica ejercida por una clase, significa que esa clase es hegemónica” (p. 7).

Dentro de estas relaciones sociales de dominio y asimetría, caracterizadas por el poder, la coerción y la persuasión, donde se ejerce la hegemonía de un grupo, Duarte (2015a) identifica sistemas de dominio que operan en estrecha y dialéctica vinculación, como de generación, en el adultocentrismo; de género, en el patriarcado; y de clase, en la exclusión social del mundo capitalista. Siguiendo esta postura, partí en la presente investigación considerando la vida de los varones dentro de sistemas sociales diferenciados de dominio; por ejemplo, en el adultocentrismo, donde se expresa la autoridad y superioridad de las personas mayores con respecto a las menores, por medio de una dominación legal-racional que se da en instituciones como la familia, la escuela, el trabajo, la participación política, la legislación, las políticas públicas y otros aparatos que ejercen restricciones para legitimar el dominio sobre las personas jóvenes. De igual manera, la dominación de tipo tradicional

aparece en los varones en el caso del patriarcado como un dominio heredado desde tiempos pasados, y la dominación carismática legitima el reconocimiento y valoración de personas adultas que están en el rol de autoridad, como docentes, figuras familiares, líderes sociales, religiosos, entre otros. Así, se sostiene que el “adultocentrismo está directamente vinculado con la existencia del patriarcado en su procedencia y emergencia, y que este le contiene y refuerza en su reproducción” (Duarte, 2015a, p. 89).

Por su parte, la clase social expresa una de las asimetrías básicas y estructurales más relevantes de la sociedad capitalista, donde se da una relación desigual y conflictiva y los grupos que viven en exclusión social corresponden a la desventaja en la asimetría; son los que no poseen los medios de producción, dependen de un trabajo y un salario, si es que lo hay, y además están en la escala salarial más baja. Esto implica una dominación económica e ideológica, sin derechos a ejercer una influencia o revertir esta situación, y donde se imponen pensamientos y valoraciones de una determinada clase (Gallardo, 1990, 1989).

Basada en estas situaciones y condiciones de subordinación y dominio, que constituyen fuerzas estructurales de la sociedad, fundamenté los términos teóricos como la exclusión social, las juventudes y las masculinidades, que dan soporte a esta investigación.

1. EXCLUSIÓN SOCIAL

1.1 Modernidad, capitalismo y globalización

La desigualdad y su consecuente exclusión social, si bien es cierto han estado presentes desde siglos atrás e incluso desde el paradigma clásico de la ciencia se han tratado como parte del desarrollo de la humanidad, han tomado gran fuerza en la época moderna. En la presente investigación se contextualiza la exclusión social en el surgimiento de la Modernidad.

La formación de la Modernidad se ubica en las ciudades de las europas medievales, principalmente en la zona occidental, en el siglo XI, y su expansión compulsiva llega a abarcar el mundo entero. Se caracteriza por una sociedad de profundas crisis en ámbitos tecnológico, económico, político y cultural (Pérez-Soto, 2009).

El proceso social e histórico de la modernidad tiene dos connotaciones: como una época crítica que abre a la humanidad a un nuevo desarrollo histórico, a la lógica y la razón, pero también se considera, en un sentido negativo y mítico, como justificación de una práctica irracional de dominación y violencia (Dussel, 1994).

Considerando el contexto latinoamericano, Dussel (1994, p. 8) analiza la modernidad desde “la exterioridad del Otro”, cuando Europa se define como descubridor, conquistador y colonizador de América, proceso que se convierte “en- encubrimiento' de lo no europeo”. La modernidad tiene así dos caras: la europea y la otra cara en el mundo periférico. En el momento en que el mundo europeo constata la existencia de tierras continentales habitadas por humanos, hasta entonces totalmente desconocidas, aparece “el ego moderno” europeo en confrontación con el “no - ego”; los habitantes de las nuevas tierras descubiertas no se perciben como “Otros” sino como “lo Mismo a ser conquistado, colonizado, modernizado, civilizado, como 'materia' del ego moderno” (p. 36). Es así como los europeos, principalmente los ingleses, se transformaron en misioneros de la civilización del mundo moderno. América Latina después de la colonización se convierte en una economía mercantilista, industrial y posteriormente capitalista, dependiente y periférica, esto desde el inicio de su descubrimiento; es decir, desde el origen de la modernidad.

Europa se autodefine en América como una cultura superior y más desarrollada, sin considerar cualitativamente las diferencias; determina la nueva cultura inferior, como bárbaros que requieren ser civilizados, desarrollados, modernizados. Para Dussel (1994) en esto consiste el “mito de la Modernidad” (p. 70) en América, en victimizar a los conquistados, declarándolos causa culpable de su retraso y atribuirles a las personas modernas la libertad de ejercer el poder sobre ellos, aún con el uso de la guerra y la violencia. Por consiguiente, el sacrificio de los pueblos subdesarrollados fue interpretado como un costo necesario para alcanzar la modernización. La modernidad en América se construye como un mito eurocentrista y como una falacia desarrollista: “la Modernidad. 1492 es la fecha de su nacimiento, del origen de la 'experiencia' del ego europeo de constituir a los Otros sujetos y pueblos como objetos, instrumentos, que se los puede usar y controlar para sus propios fines europeizadores, civilizatorios, modernizadores” (p. 104).

La época de la modernidad sustenta la ideología del individualismo, partidaria de la libertad humana, el desarrollo económico basado en el libre mercado, la competencia, la especialización, la privatización de las funciones del Estado en la sociedad, donde el individuo es el poseedor de los medios y las funciones de planificación económica van quedando en manos de las empresas multinacionales. Esta ideología moderna da paso al desarrollo del sistema económico capitalista, cuya lógica es la acumulación, el consumo, la competencia, la eficiencia; logrando su expansión en la globalización (Hinkelammert, 1999).

Sobre la globalización hay múltiples enfoques, pero se considera que no es un fenómeno nuevo, sino que más bien responde a la intensificación del antiguo proceso de comercio transcontinental de expansión capitalista, colonización, migraciones mundiales e intercambios transculturales. La nueva fase de la actual globalización neoliberal trae consigo la polarización social dentro y entre las naciones, la exclusión y la diferencia; aun cuando genera algunas integraciones culturales, ha establecido una brecha entre personas y países ricos y pobres (Coronil, 2000).

Esta globalización neoliberal conecta centros poderosos a periferias subordinadas y, en vez de la idea que se tenía al inicio de su desarrollo de aldea global, su modo de integración es fragmentario en vez de total y ofrece un mundo dividido donde “construye similitudes sobre la base de asimetrías (Coronil, 2000, p. 89).

El término “globocentrismo” ha sido utilizado en la globalización neoliberal para explicar la redefinición de la relación asimétrica entre Europa y los otros, reconociendo la conexión entre la violencia colonial y la poscolonial (caracterizada por los procesos emancipatorios y nacionalistas). Es así como el sometimiento aparece como un efecto del mercado en vez de una consecuencia de un proyecto político occidental, ya que el mercado no se percibe como un régimen de dominación, sino como una estructura de posibilidades, donde la acción humana es libre y no limitada; por consiguiente, resultados como “la marginalización, el desempleo y la pobreza aparecen como fallas individuales o colectivas, en vez de como efectos inevitables de una violencia estructural” (Coronil, 2000, p. 105).

La globalización de la economía ha venido a convertirse en una amenaza, ha acelerado nuevamente la pauperización de una gran parte de las poblaciones del Tercer Mundo

(Hinkelammert y Mora, 2008). En ellas ha tenido grandes consecuencias, como que fueron eliminados parte de los poderes públicos de cada país que beneficiaban sus naciones, cada vez se toman menos medidas propias sobre el desarrollo y los flujos de los capitales de los países. Ha provocado una deficiente redistribución de la riqueza y la descentralización del poder; es decir, fomenta la capacidad de producir y reproducir el poder y la centralización de este, lo cual aumenta en el mundo las personas excluidas; se dan “abismales desigualdades económicas” que se ven en la pobreza, el desempleo, condiciones que favorecen al crimen como único medio de sobrevivencia y que “provocan el desgarrón del tejido social; que despiertan animosidades étnicas” (Brisson, 1999, p. 56). Además, el producto dialéctico de la interacción entre los Estados y los agentes multinacionales ha deteriorado los espacios de organización de la vida colectiva.

Es así como Hinkelammert (1999, p. 17) afirma que “El proceso de globalización pasa desde hace más de dos décadas por encima de América Latina, del mismo modo que pasa por encima del mundo entero: como un huracán” y sin ninguna resistencia relevante, ya que cuenta con el apoyo de los Estados, que funcionan como instancias de la globalización, facilitando los flujos de mercancías y capitales. Además, se da una falta de alternativas a este proceso, lo que lo ha legitimado y “presentado como realismo” (p. 18), administrado y glorificado por las clases dominantes y anunciado por los medios de comunicación. Por consiguiente, “El mercado total parece ser el fin de la historia y el conocimiento definitivo de lo que la humanidad tiene que hacer. Parece ser el espíritu absoluto” (p. 18).

Esta situación de capitalismo y globalización muestra hoy una América Latina dependiente, presionada internacionalmente, bajo la imposición del capital apoyado en la lógica del mercado mundial, que se sintetiza con el nombre de “neoliberalismo” (Hinkelammert, 1999, p. 19), donde el desarrollo (eficiencia y competitividad) se toma a cambio de la dependencia.

El desarrollo del mercado global ha favorecido solo a una porción limitada de la población y la mayoría sufre los efectos adversos de este proceso. En la medida que avanza la globalización aumentan las tensiones sociales, mientras que disminuye la participación de los individuos en las decisiones. El capitalismo se ha legitimado de tal manera que

destruye las formas de organización social y económica que se oponen a su dinámica y se ha fortalecido beneficiando a un grupo más pequeño, quedando gran parte de la población mundial en desempleo y la mayoría de los trabajadores ven disminuidos sus ingresos salariales y prestaciones laborales. Es así como se señala que “la modernidad se puede encontrar justamente en las sombras que ha dejado a su paso: parasitismo y desesperanza..., burocratización y crisis moral... Es y seguirá siendo un proceso de descomposición lento y subterráneo” (Pérez-Soto, 2009, p. 74).

En Latinoamérica, los excluidos, o marginados como los llama Dussel (1994), son el “rostro más injusto y violento del capitalismo periférico, de la modernidad” (p. 165), están sobreexplotados o desempleados, viven en subsistencia mínima, ofrecen sus trabajos a precios infrahumanos, con una calidad de vida deteriorada en la alimentación, el vestido, la habitación, la cultura y la dignidad; son la parte oprimida y explotada de la realidad, “la 'otra cara' que ha pagado con su muerte la acumulación de capital originario, el desarrollo de los países centrales” (p. 167).

1.2 Asimetría de la exclusión social

Se han utilizado diferentes términos para hacer referencia a la situación asimétrica o de desventaja social que se ha acelerado con la economía globalizada y en la que viven grandes sectores de la población en el mundo actual. Estos términos se refieren a pobreza, marginalidad, precariedad, infraclase, vulnerabilidad social, entre otros. Algunos aluden a diferentes objetos de estudio y unidades de análisis y han generado un importante debate teórico-conceptual sobre el tema. En la presente investigación, se sigue el pensamiento de estudiosos como Mora y Pérez-Sáinz (2009), quienes en su análisis al respecto inician la búsqueda de un concepto que capte la naturaleza específica del fenómeno en estudio y que ponga de manifiesto la disputa sobre el acceso y el monopolio de los recursos estratégicos sobre los que se sustenta la integración y el bienestar social. Ellos acuñan el término exclusión social.

Pérez-Sáinz (2012) utiliza el término de exclusión social y ubica el enfoque de la pobreza como anterior a este. Para este autor la pobreza tiene su fuerza y se asocia con las políticas

sociales de los Programas de Ajuste Estructural (PAE) de los años ochenta, en respuesta a la crisis de la deuda externa, donde se benefician ciertos sectores en detrimento de otros más necesitados. Esto ocurría en el sistema neoliberal que obligó a definir nuevas políticas y la pobreza surge como un nuevo abordaje de las problemáticas de la población. Este enfoque es promovido por el Banco Mundial de acuerdo con su teoría de las necesidades básicas, según el pensamiento neoliberal e ideas de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe); se basa en tres premisas básicas: la primera concibe la pobreza como integración social deficiente, entendiendo por esto un problema en el consumo que es la clave de la globalización capitalista neoliberal. La segunda, unida a la primera, señala que, si se aplican las políticas sociales correctas, la superación de la pobreza es posible, basado en la movilidad social ascendente, pero se ha visto que porcentajes significativos de hogares, según los países, han resultado bloqueados para superar la pobreza y han quedado invisibilizados, lo que se denomina “bloqueo de la superación de la pobreza por la exclusión”, principalmente los hogares en exclusión alta o media (p. 24). Y la tercera premisa hace referencia a que los hogares pobres y no pobres se definen respecto a estándares que establecen los expertos; por consiguiente, la discusión sobre la pobreza se enfocó en estándares (ingresos, consumo básico) sin cuestionar propiamente la condición de la pobreza. El enfoque pasa de la persona como ciudadano a la persona como consumidor, con una acción estatal temporal donde se espera que los hogares superen su condición de pobreza y la verdadera resolución está en el mercado.

Estos hogares bloqueados se caracterizan en el país por altas cargas domésticas de personas mayores de edad y menores, mayor presencia de hogares encabezados por mujeres y por personas migrantes nicaragüenses, menor inserción en el mercado laboral y mayor presencia de hogares que no tienen ningún miembro como población activa, ya que están en la fase procreativa del ciclo familiar. Además, se encuentran niveles bajos de escolaridad y falta de seguridad social (Pérez-Sáinz, 2012).

El análisis sobre el enfoque de la pobreza concluye que todas estas transformaciones tienen una consecuencia fundamental: “la despolitización de lo social”, y es la razón por la cual se hace la crítica a la concepción de las carencias sociales bajo el término de pobreza,

porque este término es, desde su concepción, “políticamente correcto”, ya que evita cualquier alusión al conflicto social y al poder; trata de “reemplazar el principio de responsabilidad colectivo, propio de lo social por el de los consumidores que, en su acción independiente los unos de los otros, restablece la responsabilidad individual” (Pérez-Sáinz (2012, p. 18).

Por los argumentos antes señalados, el autor plantea la necesidad de una alternativa al enfoque de pobreza acerca de la carencia de las personas y opta por el término exclusión social para hacer visible, en el mundo del mercado capitalista, el proceso de desempoderamiento (por ejemplo, las condiciones de explotación, desempleo) y no participación de los ciudadanos en las dinámicas sociales fundamentales e importantes que les pertenecen. Este término ya había sido usado con significados distintos mostrando fortalezas y críticas analíticas.

El concepto de exclusión social implica una noción alternativa al de pobreza, para analizar las desventajas sociales que se mostraban como efecto de la crisis del estado benefactor; se usó de manera amplia porque incluye a grupos sociales dispares, tales como desempleados de larga duración, drogadictos, discapacitados, personas con invalidez física y mental, etc. que presentan una problemática múltiple asociada a la marginalidad. A partir de aquí se hacen reinterpretaciones con diversas posiciones teóricas, que le dan un carácter polisémico al término, por sus múltiples interpretaciones dependiendo del contexto, de la forma como sea entendido y las propuestas normativas en relación con esta problemática. Sin embargo, se puede decir que hay cierto consenso en ubicar la génesis de la exclusión social, como fenómeno social y no meramente individual, con la crisis del Estado de bienestar (Pérez-Sáinz, 2012).

En América Latina, en las décadas de 1960 y 1970, el capitalismo pasó del auge de la producción al consumo; se vivió un crecimiento en las economías nacionales que se tradujo en un mayor ingreso per cápita, lo cual daba esperanza en los países de una mayor equidad. Sin embargo, ocurrió lo contrario: el crecimiento de las economías fue muy dispar en los grupos sociales, la distribución de la riqueza no fue equitativa. Por otra parte, las migraciones desde el campo hacia la ciudad fueron creciendo, provocando cinturones de

miseria alrededor de las grandes ciudades (Bansart, 2017). Los analistas sociales discutieron estos cambios con el nombre de marginalidad que se constituyó en los antecedentes del desarrollo del término exclusión social en la región. Este término remitía a la población que se quedaba fuera en la dinámica modernizadora, ya que no resultaba funcional para las necesidades del capital, que empezaba a gestarse en las sociedades latinoamericanas con la superación del orden oligárquico. Las proposiciones básicas que sustentaban la teoría de la marginalidad fueron cuestionadas principalmente por Perlman (1976) porque se interpretó la marginalización en términos individuales y no como resultados de procesos estructurales. Asimismo, analizaba que los grupos explotados no estaban marginados, porque estaban integrados al sistema, funcionando como parte vital de este.

En la propuesta analítica de la exclusión social, Pérez-Sáinz (2012) la ubica en los mercados básicos (campos de poder), donde se definen las condiciones de producción material de la sociedad capitalista (trabajo, tierra, seguros). En estos mercados existen procesos de desempoderamiento extremo, por ejemplo, el desempleo que desembocan en la no participación de la ciudadanía social en dinámicas básicas que le pertenecen. Esta propuesta plantea que los mercados básicos “son aquellos donde se definen las condiciones de generación y apropiación de excedente en una sociedad capitalista por lo que el análisis de la génesis de la exclusión se plantea en términos de desigualdades de excedentes” (p. 27). En el excedente se dan dos mecanismos básicos de generación y apropiación: la explotación, cuando personas poderosas disponen de los recursos extrayendo utilidades del esfuerzo de personas ajenas que quedan relegadas de esa utilidad (proletarización) y el acaparamiento de oportunidades (monopolios, capitales seguros, tierra, conocimiento). Estas desigualdades no corresponden solo a dinámicas de poder de clase, hay dinámicas de individuación y de oposición entre, lo que Pérez-Sáinz y Mora (2009, p. 416; Pérez-Sáinz, 2012, p. 28) han denominado “pares categóricos”, como género, generación, etnia, territorialidad, etc.

El concepto de exclusión social designa “hogares en reproducción deficitaria porque no gozan de los beneficios de la ciudadanía social existente y su inserción en el mercado de trabajo pasa por el excedente laboral” (Pérez-Sáinz, 2012, p. 20). Es decir, el concepto hace

referencia a las familias como unidad de análisis donde se materializa la exclusión social. Se identifica al Estado por su ausencia al desarrollar políticas que no resultan universales y el término se articula con las problemáticas de las desigualdades de excedente económico que se generan en los mercados. Asimismo, incluye el desempoderamiento en tanto que las desigualdades se fundamentan en las relaciones de poder; es decir, “la exclusión social expresa una situación tanto de fallas del mercado como el abandono del Estado” (p. 21). La exclusión social es un enfoque relacional de las dinámicas del poder que permite analizar sobre las causas de la persistencia de estas dinámicas de carencia en el nuevo modelo económico y a descubrir las implicaciones en las políticas para fomentar la integración social de los hogares pobres (Mora y Pérez-Sáinz, 2009).

El concepto de exclusión social recibe también su crítica por ser un término paradójico. Pérez-Sáinz (2012) señala que la propuesta antes planteada no insinúa que se esté hablando de sujetos fuera de la sociedad; el desempoderamiento se da dentro de la sociedad y la interacción con los mercados básicos. A lo que no se puede acceder en la sociedad moderna es a la participación en mecanismos centrales, como la posesión de un empleo o la capacidad de acumular y el acceso a los beneficios de la ciudadanía social. Asimismo, considera que los excluidos no son personas sin capacidad de acción social, sus respuestas son muy reveladoras de malestares profundos de la sociedad.

Es así como considerando la asimetría de la exclusión social en las juventudes, estas viven en un mundo dependiente, común, pero esto no quiere decir que sea homogéneo, ni tampoco que sea para todos, porque se caracteriza por una profunda distancia económica y política entre los integrantes al sistema de la producción y cuya subjetividad se construye a través de la subjetividad dominante. La miseria y la abundancia coexisten de manera visible, lo que crea en la subjetividad de la exclusión una ilusión y expectativa de consumo, motivada en parte por los medios de comunicación; se da un distanciamiento entre la conciencia y la realidad, es “la ilusión nunca cumplida pero sentida a cada momento como posibilidad real, de la expectativa del consumo”. Esta condición de carencia moderna que viven las juventudes en la exclusión social aparece en los planos económico y social, pero

también como un componente esencial de la subjetividad, de su persona condicionada por las circunstancias de su entorno (Pérez-Soto, 2009, p. 85).

Es importante explicar que al tratar el tema de las juventudes en exclusión social no se trata de focalizar o etiquetar a una muestra de jóvenes como juventudes problema. La perspectiva de considerarla como las juventudes se ubica en la dirección de concebir a las personas jóvenes como actores sociales, que podrían desarrollar sus potencialidades para lograr procesos autónomos.

1.3 Situación en Costa Rica

En Costa Rica, en las últimas décadas, con los cambios de la economía global, se experimenta una aguda crisis económica y social. Esta responde a una serie de acontecimientos; en resumen, el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones, una creciente deuda externa, un entorno de crisis económica internacional (años 1974-1975), procesos de internalización de la economía y lento crecimiento de esta. Estos se van dando a través del tiempo y culminan con la gran crisis de 1980 a 1982 y el consecuente abandono del proyecto de Estado de Responsabilidad Social que induce también a las políticas de privatización después de 1985 (Carvajal, 1993).

Ante tal situación económica, los gobiernos y la clase política ponen en funcionamiento las exigencias e imposiciones dadas por los organismos internacionales, principalmente los PAE, entendidos como un conjunto de medidas y decisiones públicas, cuyo fin es reducir o eliminar los obstáculos que impidan la producción, tomar una mayor orientación hacia el mercado y acelerar el desarrollo económico del país (De la Cruz, Chen-Apuy, Morales y Zamora, 2012). Esto incluye dotar a los países de recursos (préstamos) para aminorar los efectos recesivos y los pagos otorgados por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. En un inicio, estos préstamos eran blandos, a largo plazo y con bajos intereses, pero a finales de la década de 1970 se transformaron en lo contrario, a corto plazo y con altos intereses, lo que aumentó la deuda externa. Es aquí donde entonces aparecen los organismos financieros internacionales buscando la eficiencia del aparato estatal, poniendo

condiciones para los préstamos. Estas medidas empiezan a funcionar en el país a partir de 1985 (Carvajal, 1993; De la Cruz, Chen-Apuy, Morales y Zamora, 2012).

En Costa Rica se opta por el cambio estructural ejecutando las políticas orientadas a favorecer la liberación económica, se fomenta la apertura comercial y se minimiza la participación del Estado en las políticas de desarrollo económico y social. Todo esto se hizo para lograr la re inserción en la economía del mundo globalizado que va de acuerdo con los criterios del mercado (Mora y Pérez-Sáinz, 2009).

Las medidas de los programas van orientadas a favorecer la inversión extranjera directa para la modernización globalizada del mercado. Esta respuesta de la política del país al mercado globalizado lleva a cambios importantes en las empresas públicas, se fomenta su privatización y la restricción en la contratación de empleados, se ponen en práctica programas de movilidad laboral y la contratación de servicios no estratégicos en el sector público a empresas privadas. Asimismo, las instituciones públicas fueron sometidas a severos procesos de restricción del gasto público, con el propósito de evitar las presiones inflacionarias y de liberar recursos públicos para financiar programas de reconversión productiva y el fomento a las exportaciones no tradicionales (Mora y Pérez-Sáinz, 2009).

1.4 Consecuencias de los PAE

Poner en práctica los PAE en el país ha generado múltiples consecuencias que afectan a todas las esferas del ámbito político, social y económico. Ha habido desde pérdida de soberanía nacional, al permitir la participación de los organismos internacionales en decisiones del Gobierno, hasta pérdida y deterioro en los logros alcanzados por los gobiernos y el pueblo de Costa Rica desde 1940 referentes a seguridad social, legislación laboral y garantías sociales. Sin embargo, algunos estudiosos afirman que, en contraste con la experiencia de otros países de Latinoamérica, las medidas en Costa Rica fueron más graduales y balanceadas (Arias y Muñoz, 2007; Carvajal, 1993).

Siguiendo el análisis de los autores antes citados, la consolidación en Costa Rica de este modelo económico globalizado ha priorizado los procesos de acumulación y ha restringido los de tipo retributivo. Estas decisiones en Costa Rica, en el campo del desarrollo social, han

generado transformaciones que constituyen amenazas y desafíos importantes y tienen gran trascendencia en el desarrollo futuro. Estos procesos sociales se refieren a las tendencias de empobrecimiento de los sectores medios bajos, la exclusión social como consecuencia del relegamiento estructural de un segmento de hogares no indispensables en el nuevo modelo de acumulación y la persistencia y ensanchamiento de las desigualdades entre diferentes sectores de la sociedad: “Nunca antes habíamos observado en la sociedad costarricense, manifestaciones sociales tan visibles de polarización social” (Mora y Pérez-Sáinz, 2009, p. 12).

Los cambios estructurales en Costa Rica han generado una creciente fragmentación interna de la clase media. Se afirma que este grupo social no es que está desapareciendo, sino que se ha experimentado un franco proceso de polarización y un deterioro marcado de la “clase media baja”. Por un lado, el estrato superior de los sectores medios da muestras crecientes de “elitización” y, a la vez, el estrato inferior está sometido, cada vez más, a un proceso creciente de “pauperización” (Mora y Pérez-Sáinz, 2009, p. 10).

Se plantea que “la fragmentación es fruto de la imposición de dinámicas de individualización, inducidas por el riesgo que resulta de la volatilidad de los mercados globales”. (Mora y Pérez-Sáinz, 2009, p. 10). En esta situación, los sectores medios corren más riesgo y las élites tienen recursos suficientes para afrontar la globalización y su incertidumbre. Los sectores populares han desarrollado, desde hace décadas, una cultura del riesgo por medio de sus estrategias de supervivencia: “La clase media no sólo se polariza, sino que también, un segmento de este grupo queda sometido a la amenaza de la pauperización” (p. 11).

Las consecuencias de esta “fractura social” son precisamente las que han ubicado a los jóvenes del grupo de estudio de la presente investigación en una situación de “pauperización”. Es así como hoy los diagnósticos sobre el tema coinciden en que la pobreza es una realidad y un problema inquietante en este modelo de acumulación globalizada. A partir de 1995, de manera invariable, una quinta parte de hogares de nuestro país quedó sumida en la pobreza: “Ni el crecimiento económico acaecido, ni el comportamiento de los mercados, ni las nuevas políticas sociales ensayadas, ni las estrategias adoptadas por los

hogares resultaron efectivos para fomentar nuevos procesos de inclusión social” (Mora y Pérez-Sáinz, 2009, p. 13). Estos analistas señalan que:

El siglo XXI tomó por sorpresa a Costa Rica. La ecuación que tan buenos resultados trajo en la segunda mitad del siglo XX, en materia de desarrollo social, estabilidad política y crecimiento económico, ha dejado de funcionar. La sociedad, como lo muestra la evolución de los indicadores económicos, ha sabido reestablecer la dinámica de acumulación, pero aún no ha encontrado nuevas rutas para garantizar que la riqueza producida fluya a lo largo de la estructura social (p. 14).

Por consiguiente, la incidencia de la pobreza por ingresos tiene casi veinte años de afectar a un 20% de los hogares; sin embargo, esto no significa que es un fenómeno estático; debido al crecimiento de la población, en la actualidad hay más personas con esta situación y no se trata de los mismos individuos, porque año tras año muchos de ellos cambian. Uno de los principales factores que explican el paso de la condición de pobreza extrema es la obtención o pérdida del empleo. Por tanto, entre las personas pobres hay una importante diversidad de condiciones, relacionadas con el tipo de hogar al que pertenecen, los activos que este posee y la zona y región en que viven (MIDEPLAN, 2014, p. 134).

Es así como se tiene en el país un grupo de hogares que viven en desventaja social, ante lo cual con esta investigación busqué reflexionar sobre la condición de los varones jóvenes miembros de estos hogares. Vale la pregunta: ¿qué lugar ocupan los varones jóvenes en estas condiciones de exclusión?

1.5 Educación y trabajo en la exclusión social

En Costa Rica, la educación ha sido reconocida como un derecho humano fundamental, un bien público que debe estar al alcance de todas las personas; se considera “un factor clave para el desarrollo nacional, en momentos en que algunas voces ponen esta afirmación en tela de juicio y señalan otros aspectos como más relevantes para mejorar la competitividad del país” (Programa Estado de la Nación, 2015a, p. 34).

Los estudios nacionales han demostrado la relación entre baja escolaridad y pobreza en el país, tesis que es respaldada por investigaciones internacionales. La CEPAL ha planteado que, en América Latina, concluir la enseñanza secundaria (once o doce años de educación) constituye el umbral educativo mínimo para evitar el riesgo de que las personas caigan en la pobreza (citado en Programa Estado de la Nación, 2015a). Asimismo, se habla de la relación entre educación y el impacto de la desigualdad social: si bien en los últimos veinticinco años se registraron mejoras absolutas en la escolaridad promedio de la población adulta joven, estas son modestas en el contexto centroamericano y no parecen haber generado beneficios significativos en términos de equidad; la ganancia en los años de educación no favoreció a los grupos más pobres y la brecha entre estos y los estratos de mayor ingreso se mantuvo. Estos datos refuerzan en las políticas del país la importancia de la educación para contribuir a mejorar esas carencias críticas de los hogares (Programa Estado de la Nación, 2015a).

En la exclusión educativa, Tenti (2008) considera que existen dos dimensiones: la que implica estar fuera de las instituciones educativas y la que se relaciona con la exclusión del conocimiento, que se refiere a las competencias y valoraciones necesarias para el desarrollo de la autonomía y la incorporación en la sociedad. Estas dos exclusiones no se resuelven únicamente aumentando la oferta escolar, como suelen hacer las políticas gubernamentales, porque dependen de los educandos, de sus familias, de las condiciones escolares y pedagógicas adecuadas para las situaciones y características particulares que se viven en la desigualdad. Por consiguiente, para este autor, “El combate contra la exclusión escolar requiere políticas públicas integrales, ya que la escuela sola no puede educar y al mismo tiempo garantizar las condiciones sociales, materiales, culturales, etc. del aprendizaje” (p. 132). Las políticas públicas deben enfrentar ambas exclusiones, integrar a los que están afuera y desarrollar aprendizajes significativos.

Por otra parte, también es importante considerar el carácter económico del proceso educativo, en el sentido de que la educación responde a las demandas económicas y políticas de la sociedad; las juventudes están siendo preparadas para la inserción al mercado de trabajo, de acuerdo con una ideología dominante; por consiguiente, las

personas jóvenes asumen el rol valorado socialmente de la educación, de lograr mejores oportunidades en el futuro, orientando sus expectativas y aspiraciones en relación con el logro de mejores condiciones socioeconómicas. Así en la sociedad se da por entendido “la relación directa que se establece entre educación y mercado de trabajo –y en alguna medida con el mercado del consumo–. Se da por entendido, aceptado y por lo tanto sin cuestionamiento, el trayecto que deben seguir las y los jóvenes entre una y otra experiencia” (Duarte, 2015a, p. 139). Son dos condiciones que el mundo adulto determina para las personas jóvenes. En este sentido, Tenti (2008, p. 139) considera que las escuelas en América Latina son una especie de “blanco” o “campo de aterrizaje” donde los programas son diseñados de acuerdo con otras culturas y por políticas dominantes y las juventudes deben asumirlos como tales.

La educación y el trabajo en las juventudes han sido considerados como condiciones básicas para el progreso de los países; se piensa que, a mayor formación educativa, mejor carrera laboral y mayor movilidad social. Sin embargo, todavía hace unas pocas décadas la educación era una garantía de entrada al mundo del trabajo y de independencia económica. En la actualidad, para la población joven el panorama educativo es muy distinto, requieren de más años de educación, pero esto no significa que estén mejor educados y que tengan segura una opción laboral (Salvia, 2008).

El conocimiento sigue siendo un capital que, como otros, no tiene una distribución igualitaria, no todos tienen la oportunidad de transformarlo en un saber para competir, “el desarrollo del conocimiento en las personas es una tarea muy compleja y que requiere de una combinación de elementos y recursos que tienen un costo y no están disponibles para todos” (Tenti, 2008). Por consiguiente, en la inclusión de la educación para construir sociedades más igualitarias “no basta contar con una política educativa adecuada, sino que es preciso articular políticas económicas y sociales que garanticen la provisión destinadas a garantizar mínimos de bienestar” (p. 143).

En el régimen económico y social capitalista, con sus consecuentes desigualdades, no todos los jóvenes tienen las mismas oportunidades de estudio y trabajo. La población joven en exclusión social cuenta con menos credenciales para el trabajo y son los que, por la

necesidad, ocupan primero el mercado laboral, siendo también los últimos en ascender a un empleo de calidad. Si bien estos jóvenes comprenden que la educación amplía las ofertas de trabajo, no cuentan con los niveles de estudio básicos para competir por un empleo de calidad (Salvia, 2008).

Weinberg (2001) analiza que la crisis producida en los países de Latinoamérica y el Caribe (años 70-80) con las políticas de apertura comercial, de ajuste económico y transformación productiva afectó fuertemente el mercado del trabajo. El empleo formal, asalariado, que daba cierta estabilidad a los trabajadores, cambia a una situación de inestabilidad laboral, caracterizada por la informalidad, el subempleo, al autoempleo, a la rotación de trabajos, a los contratos parciales de corta duración y al desempleo en general como un fenómeno estructural y establecido; por consiguiente, el empleo permanente viene a ser cada vez más la excepción, lo cual afecta considerablemente a la población joven que necesita del trabajo para sobrevivir, además de que pierden sus espacios de integración social y de identidad individual y colectiva. Esta problemática, como he expuesto, trae intrínseca la exclusión económica y política y la consecuente inequidad social.

Se ha considerado que las probabilidades de ser excluido se encuentran fuertemente asociadas a la edad de las personas, y la población juvenil es la más afectada con el desempleo y el subempleo, es la más vulnerable a la amenaza de la exclusión. A esta causa también se le suman otras como los altos niveles de fecundidad en estos grupos, la escasa capacidad de organización, representación política y poder de presión que aquejan a las juventudes; este grupo está supeditado a la autoridad del mundo adulto, lo cual se constituye en otra causa de exclusión. La dimensión de género también se ve muy fuertemente expresada en la problemática del trabajo. Hay mayor desempleo femenino y son peores las condiciones de trabajo, como exigencias excesivas, menor remuneración que los varones por trabajos de igual valor, entre otras. Muchas de estas mujeres son las principales proveedoras de los hogares, quedando estas familias sumidas en la exclusión (Weinberg, 2001).

En Costa Rica, en el capitalismo anterior, el denominado “capitalismo utópico” (Richard, 1999, p. 225) aunque fuera de una manera más ideológica, había una finalidad de

progreso dirigida a todos; con las garantías sociales se lograba satisfacer, aunque no a cabalidad, necesidades apremiantes de los ciudadanos, la exclusión no tenía las cifras de hoy en día. En las últimas décadas, con el capitalismo neoliberal, de mercado, eficacia y máxima ganancia ha aumentado la población excluida. Aquellos y aquellas que hemos vivido este cambio entramos en el desconcierto de una Costa Rica que no es la misma: la fragmentación de la sociedad, el crecimiento de los barrios excluidos, la inseguridad social, la pérdida de la seguridad nacional, la violencia masculina, el maltratado de las personas consideradas menores, la desintegración familiar y la pérdida de las organizaciones y costumbres tradicionales son el panorama actual. Y en esta investigación, cuando entro en lo profundo de la exclusión, encuentro a los varones jóvenes sin alternativa de vida, donde les queda delinquir o sobrevivir con las menos condiciones de vida; son los que Richard define como los excluidos: “la población sobrante” “y desechable: están de más. Su muerte no afecta la eficiencia y perfección del sistema. No tiene sentido invertir en la salud y educación de los excluidos” (1999, p. 225).

Esta contextualización de la modernidad, el colonialismo, el capitalismo y la globalización permiten ver el enclavamiento injusto de los jóvenes de este estudio; su situación forma parte de una estructura política social mundial, de un sistema económico que nos pone en la asimetría en el lado dependiente, sometido a la lógica del mercado mundial, donde la ganancia no es para ellos, interesan las personas que aportan al desarrollo del mercado.

En este sentido, uno de los objetivos de la presente investigación es hacer visible la experiencia de vida de estos jóvenes en la exclusión y presentarla desde su propio lugar, en contraposición al pensamiento eurocentrista de los grupos políticos y hegemónicos, que invisibiliza la desigualdad social y la exclusión. Siguiendo el pensamiento de Santos (2009), se hace visible en esta investigación una realidad invisible, de “no existencia” (p. 112), como la exclusión, que resulta un obstáculo a otras que cuentan como importantes: “las científicas, de avanzada, superiores, globales o productivas” (p. 112). Por consiguiente, sugiere identificar el ámbito de esa sustracción y contracción del mundo para que esas

experiencias producidas como ausentes sean libradas de esas relaciones de producción y, por esa vía, se tornen presentes.

1.6 Derechos humanos en la exclusión social

Con lo antes presentado, analizo que las personas que viven en exclusión social carecen de derechos humanos. Se ha considerado que estos no son solo un deber moral, sino también una obligación jurídica en el marco de la normativa internacional de los derechos humanos vigentes, ya que la exclusión no comprende únicamente la falta de ingresos, sino también las capacidades básicas para vivir con dignidad. En la exclusión se da una carencia urgente de derechos civiles, culturales, económicos, políticos y sociales, con pocas posibilidades de recobrarlos, ya que las personas que viven en la exclusión encuentran muchos obstáculos para hacerlos valer (Oficina de Alto Comisionado para los Derechos Humanos, 2012).

Todos los derechos humanos se aplican a las personas que viven en exclusión social; sin embargo, en esta condición son limitados los derechos a: la vida y la integridad física, la libertad y la seguridad, la protección ante la ley, el reconocimiento de la persona jurídica, la vida privada y la protección del domicilio y la familia, el nivel de vida adecuado, la alimentación y nutrición, el agua y el saneamiento, la vivienda adecuada, la salud física y mental, el trabajo, la seguridad social, la educación, participar en la vida cultural y gozar de los beneficios del progreso científico (Oficina de Alto Comisionado para los Derechos Humanos, 2012).

La implementación de los derechos humanos para las juventudes en América Latina ha implicado una serie de desafíos, ya que la población joven enfrenta condiciones de desigualdad, exclusión, violencia y abandono. Estas condiciones se han asociado a la pasividad y el desinterés de los gobiernos y la intransigencia de las instituciones encargadas de hacer valer los derechos de las juventudes (Universidad de Costa Ricas y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, UNICEF, 2015).

En Costa Rica se aprobó la Ley General de la Persona Joven, en el seno de la Asamblea Legislativa en abril de 2002; esta corresponde al marco articulador de las políticas y la

legislación nacional en materia de juventud y está orientada a propiciar y concretar el desarrollo integral de las personas jóvenes (Consejo de la Persona Joven, 2004). Sin embargo, vale preguntarse desde esta investigación ¿qué tan efectiva ha sido esta política en las juventudes que viven en exclusión social?

Rodríguez (2010) señala que uno de los problemas de las políticas públicas sobre las personas jóvenes en América Latina es que han demostrado ser leyes que no han tenido ningún impacto relevante, ya que casi todo lo que tratan de normar ya está regulado en leyes generales destinadas a toda la población. Asimismo, la mayor parte de los esfuerzos están centrados en estudios cuyo objetivo son los diagnósticos de la situación más que la evaluación de planes, programas y proyectos; por consiguiente, no permiten contar con análisis de la propia gestión operativa que permita evaluar los resultados de estos. Por otra parte, no se integran las políticas públicas sobre las personas jóvenes para trabajar en conjunto, han demostrado un gran aislamiento en leyes, encuestas, planes, etc., cuando lo ideal es que trabajaran de forma más articulada. También se ha trabajado en niveles generales, pero no en espacios más específicos (Rodríguez, 2010). Por ejemplo, cuando para efectos de la presente investigación reviso lo tratado sobre las juventudes en la exclusión social en Costa Rica, se encuentran pocos estudios y programas de atención al respecto.

2. MASCULINIDADES

Históricamente, las masculinidades eran concebidas como algo dado. Los varones no eran estudiados con una perspectiva de género, lo masculino dictaba la pauta desde donde se consideraba lo femenino y no se percibían como potenciales aliados en la búsqueda de la equidad de género (Aguayo y Sadler, 2011). Sin embargo, hoy día existe cierto consenso en que para avanzar hacia esta equidad se requiere involucrar a los varones como participantes activos en este logro. Es un asunto que atañe tanto a la mujer como al varón; por consiguiente, al entrar en el tema de masculinidades es necesario hacerlo desde la categoría de género, esto sin obviar, por supuesto, el importante rol de las personas en diversidad sexual.

Ha sido difícil producir una ciencia de la masculinidad coherente, porque “no es un objeto lógico a partir del cual pueda producirse una ciencia generalizadora” (Connell, 2003, p. 103), ya que no es un objeto aislado, sino un aspecto de una estructura mayor. Asimismo, se ha constituido como un concepto inherentemente relacional, existe en oposición a la feminidad; es decir, como dos tipos de personalidad polarizados, esto de acuerdo con la noción cultural europea y estadounidense moderna, como una forma cultural específica.

Se han propuesto distintas estrategias para caracterizar a la persona masculina. Connell (2003) identifica cuatro que parten de un punto de vista cultural, a saber: esencialistas, positivistas, normativas y semióticas. Las definiciones esencialistas seleccionan una característica que define lo sustancial de lo masculino y fundamentan la explicación, en la vida de los varones, de acuerdo con esta. Por ejemplo, Freud igualó la masculinidad con la actividad y a la feminidad con la pasividad. Este es un enfoque débil, porque la selección de la característica es arbitraria.

La ciencia social positivista parte de que la masculinidad es lo que los hombres son en realidad distinguiendo estadísticamente entre grupos de mujeres y varones. Se critica que establecen un patrón de la vida de los varones en una cultura dada para determinar el patrón de masculinidad, sin considerar la diversidad de culturas. Asimismo, descarta situaciones a las cuales se puede llamar actitudes masculinas o femeninas sin importar si las ejecuta una mujer o un varón. Por otra parte, las definiciones normativas parten de que la masculinidad es lo que los hombres deben ser; es decir, responden a una norma social. Sin embargo, pocos varones se ajustan a esas normas determinadas; por ejemplo, en los primeros escritos de liberación de los varones, se determina que pocos muestran normativas como la rudeza o la independencia. Las posturas semióticas definen la masculinidad considerando las diferencias simbólicas; es decir, los elementos del discurso en que se contrastan lo masculino y lo femenino; así la masculinidad queda definida como la no feminidad. Esta postura no plantea un mero contraste abstracto entre estas categorías, como la posición positivista, sino que ubica la autoridad simbólica como la masculina y la feminidad se define como una carencia. Este planteamiento tiene un alcance limitado en el sentido de que el análisis solo se refiere al discurso y deja por fuera otro tipo

de relaciones como la producción y el consumo, entre otros ámbitos que están relacionados con el género (Connell).

Así, la masculinidad está centrada en los procesos y las relaciones a través de los cuales los varones y las mujeres viven vidas unidas al género, definiendo esta como:

un lugar en las relaciones de género, en las prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres ocupan ese espacio en el género, y en los efectos de dichas prácticas en la experiencia corporal, la personalidad y la cultura (Connell, p. 109).

Considerando la masculinidad hegemónica en las relaciones de género alrededor de los últimos cuatro siglos que se conformó la economía capitalista moderna (1450 a 1650), se ve su formación en conexión con el crecimiento del poder europeo y estadounidense, en la creación de la economía y los imperios capitalistas globales y las inequidades de género en el mundo colonizado, donde las masculinidades no solo forman parte del mundo imperial, sino que también ayudan a conformarlo (Connell, 2003).

Se distinguen varios eventos que parecen ser importantes en la conformación de la masculinidad hegemónica. El primer acontecimiento se relaciona con la fuerza que pierde la religión para controlar el mundo intelectual y regular la vida cotidiana, por la expansión de la cultura secular renacentista y la reforma protestante; esto generó un cambio cultural que produjo nuevas formas de comprender la sexualidad y la individualidad. Ayudó al énfasis cultural del hogar conyugal y a la heterosexualidad marital. Asimismo, la intensidad puesta en el individualismo y el yo autónomo, sin mediación de Dios, se forjaron en requisitos culturales para la masculinidad (Connell, 2003).

Un segundo evento que reforzó la masculinidad hegemónica fue la creación de los imperios marítimos, empresa que desde el principio se estructuró con base en el género; fue producto de las acciones de varones segregados a actividades como soldados y comerciantes marítimos; por consiguiente, los nuevos poderes se desarrollaron por los cuerpos organizados de los varones. El conquistador en la colonia era a menudo violento en su tarea de conquista de tierras, oro y conversos (Connell, 2003).

Otro evento que fortaleció el desarrollo del género masculino fue el crecimiento de las ciudades que funcionaron como centros del capitalismo comercial, donde se crearon nuevos espacios para la vida cotidiana que reforzaban el individualismo y una racionalidad calculadora, reforzada por la primera revolución industrial, la acumulación de riqueza, la esclavitud y las colonias. El capitalismo comercial institucionaliza una forma de masculinidad hegemónica al crear y legitimar nuevas formas de trabajo y de poder estructuradas con base en el género. En este período también aparecen las subculturas sexuales, lo cual refuerza la necesidad de tener una identidad personal definida como varón o mujer.

El comienzo de la guerra civil europea es otro evento importante en la conformación de la masculinidad, donde el Estado centralizado, como producto de estas guerras, consolidó el orden patriarcal, el poder en los varones. Es así como en el siglo XVIII ya se había producido y estabilizado la masculinidad según el concepto moderno como: “carácter individual estructurado con base en el género, definido por su oposición a la feminidad e institucionalizado tanto en la economía como en el Estado” (Connell, 2003, p. 255). Para este autor, ya en esta época se define un tipo “hegemónico de masculinidad” que describe las formas subordinadas y marginales de relación.

2.1 Masculinidades en América Latina

Considerando el desarrollo del poder masculino en América Latina es importante ubicarlo como una construcción mental que expresa la experiencia básica de la dominación colonial, al igual que otras relaciones de poder como la raza y la clase social. La raza, considerada como una diferencia en la estructura biológica que ubica a unas personas en situación natural de inferioridad respecto de otras, en este período se constituyó en una nueva manera de legitimar las antiguas ideas y prácticas de dominio y, a medida que se estableció una estructura de control del trabajo, los recursos y los productos con un carácter capitalista, se estableció una dominación de clase. Ambas categorías, raza y división del trabajo, quedaron estructuralmente asociadas y reforzadas mutuamente. Asimismo, el lugar de las mujeres colonizadas, muy en especial las de razas consideradas

inferiores fueron subordinadas y desprovistas de poder. Por consiguiente, es probable que “la idea de género se haya elaborado después del nuevo y radical dualismo como parte de la perspectiva cognitiva eurocentrista” en la dominación colonial (Quijano, 2000, p. 225).

Para Quijano (2014), desde la inserción de América Latina en el capitalismo mundial moderno, las personas son clasificadas según tres líneas diferentes de poder: el trabajo, el género y la raza, categorías que se articulan en una estructura global común por la colonialidad del poder. La edad es otra de estas líneas que se da en determinados ámbitos del poder. Estas categorías generan relaciones conflictivas de explotación y dominación y es un medio para consolidar el capitalismo. Es así como en el mundo colonial las normas y los patrones de comportamiento sexual de los géneros y, en consecuencia, los patrones de organización familiar europeos fueron directamente fundados, se dio así la libertad sexual de los varones y la fidelidad de las mujeres.

Por consiguiente, cuando se toca el tema de género en América Latina no se dejan de considerar y relacionar el multiculturalismo, la clase, la raza, el género y la sexualidad, ya que es importante identificar la relación entre estos sistemas de opresión para identificar las condiciones que han impedido históricamente su tratamiento (Espinoza, 2009).

Para Lugones es importante considerar los cambios que la colonización generó al interior del capitalismo global y eurocentrado, ya que se introdujo un estado social patriarcal. Se instauraron diferencias de género donde antes no existían (Lugones, 2008). Se dieron cambios que fueron más allá de la organización reproductiva; fue impuesto un sistema opresivo de género que abarca la subordinación de las mujeres en todos los aspectos de sus vidas. La introducción del sistema de género fue aceptada por los varones nativos.

A pesar de que la historia de la masculinidad como dinámica de poder es larga, la reflexión sobre los varones y sus masculinidades hegemónicas en América Latina inicia hace dos décadas como análisis en la academia. Se ha señalado la necesidad teórica de conocer la participación de los varones en las desigualdades de género, la actitud de estos por cambiar el estado de la asimetría de género; asimismo, se reflexiona sobre la construcción

de las masculinidades en relación con el trabajo, la sexualidad, la reproducción, la paternidad y la violencia (Aguayo y Nascimento, 2016).

Las líneas de investigación que se han construido sobre las masculinidades, con la ayuda de organizaciones internacionales (ONU), han puesto en relevancia la participación de los varones en problemáticas sociales, como los derechos sexuales y reproductivos con sus implicaciones para las relaciones de género y la salud pública, tales como la prevención de VIH, las enfermedades de transmisión sexual, el embarazo en la adolescencia y el aborto; la violencia masculina, la salud de los varones, el problema de la paternidad y la escasa participación de los padres en el cuidado, la crianza y tareas domésticas, y la diversidad sexual. Asimismo, se ha generado investigación sobre las prácticas de intervención con varones y las políticas públicas (Aguayo y Nascimento, 2016).

En el año 1979 se emite el primer acuerdo en abordar explícitamente las responsabilidades de los varones en la vida familiar y la importancia de modificar las normas de género. Asimismo, se plantea que los Estados deberán tomar todas las medidas necesarias para eliminar los prejuicios y las prácticas que estén basadas en la idea de la inferioridad o superioridad de cualquiera de los sexos o estereotipos de varones y mujeres (UN Woman, United National Entity for Gender Equality and de Empowerment of Woman, artículo 5º de la Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer, 1979). Sin embargo, los estudios sobre las masculinidades en América Latina han planteado el impacto de las prácticas nocivas de los varones sobre la vida de las mujeres, de las y los niños y sobre otros varones, tanto en los espacios privados como públicos. Asimismo, se encuentra que las masculinidades en la región son extraordinariamente diversas y están situadas histórica y culturalmente (Aguayo y Nascimento, 2016).

Estas temáticas de investigación dan un panorama de la situación de las masculinidades en América Latina, de cómo las masculinidades hegemónicas patriarcales tienen una posición importante en la diversidad de las masculinidades. Así el V Coloquio sobre masculinidades en la región toca el tema del patriarcado en el siglo XXI en relación con sus cambios y resistencia. A partir de este tema, se explora la problemática del patriarcado

como sistema de dominio, que ha adquirido nuevas formas de expresión generando condiciones de privilegio para los varones, y las transformaciones que han facilitado el mantenimiento de este sistema y sus resistencias, tratando de encontrar las condiciones que podrían avanzar en la equidad de género (V Coloquio Masculinidades, 2015).

Espinosa (2009) propone estudiar el género con un enfoque latinoamericano, identificando los problemas más apremiantes en el contexto neoliberal. En esta investigación se considera este enfoque desde la masculinidad hegemónica para conocer los problemas más acuciantes en los varones jóvenes que viven en la exclusión social, como señala la autora con una metodología “por medio de la cual se asume un punto de vista de abajo hacia arriba, que empieza en las comunidades más pobres y marginales del mundo de forma de poder” (p. 5). En la exclusión producto de la ideología neoliberal todos sufren, “es cada vez más fascista, racista, patriarcal, nacionalista y xenofóbica. Es una ideología agresiva y violenta” (Richard, 1999, p. 227).

2.2 Identidad de género y sexo biológico

Se entiende que el sexo biológico corresponde a las estructuras corporales y presenta diferencias entre los varones y las mujeres, las cuales se constituyen en fronteras aparentemente fijas entre estos en función de las diferencias genitales y reproductivas, pero estas diferencias no implican una personalidad fija y estática. Por su parte, el género “es una práctica social que constantemente se refiere a los cuerpos y a lo que los cuerpos hacen, pero no es una práctica social reducida al cuerpo” (Connell, 1997, p. 35); es decir, no es determinado por lo biológico. Al tratar el tema de las masculinidades hay que comenzar aceptando que “el sentido físico del ser hombre y del ser mujer es central para la interpretación cultural del género” (p. 83). Por consiguiente, el determinismo biológico y el determinismo social no pueden ser la base de una explicación de género; no pueden sumarse de manera satisfactoria, porque no se miden de igual manera.

Esta distinción entre sexo biológico y género es muchas veces ignorada, pues se parte del principio de que los roles y relaciones actuales entre los sexos son hechos biológicos dados, sin considerar que parte de la identidad, comportamiento y creencias individuales

pueden ser un producto social que varía de un grupo a otro y que, por consiguiente, existe una multiplicidad de géneros. El género es considerado una forma de estructura de interacción social y es permeada por otras estructuras sociales, como por ejemplo la clase económica, la etnia, la nacionalidad, la generación o, en general, con la posición del orden mundial. De aquí que no existe una masculinidad única; el poder y privilegio real en el mundo depende de una variedad de factores, de posiciones y de relaciones sociales. Se encuentran las masculinidades múltiples, las blancas, las negras, las obreras, etc. (Connell, 2003; Kaufman, 1997).

Bourdieu (2000) considera que la división sexual que diferencia a los varones y las mujeres va más allá de condiciones fisiológicas; es un principio básico de la dominación masculina, que se ha visto como natural y se ha configurado simbólicamente para perpetuar ese postulado de diferenciación, que se da por medio de las instituciones sociales como la familia, la iglesia, el Estado y la escuela. Así, “el orden social funciona como una inmensa máquina simbólica que tiende a ratificar la dominación masculina en la que se apoya” (p. 22). Esta dominación masculina es una forma de “violencia simbólica” que se caracteriza por legitimar la desigualdad entre los géneros, se instituye a través de la adhesión que el dominado, la mujer, se siente obligado de conceder al dominador; “es una violencia amortiguada, insensible, e invisible para sus propias víctimas, que se ejerce esencialmente a través de los caminos puramente simbólicos de la comunicación y del conocimiento o, más exactamente, del desconocimiento, del reconocimiento o, en último término, del sentimiento” (p. 11). Es decir, es un principio simbólico conocido y admitido tanto por el dominador como por el dominado. Las mujeres no tienen más salida que confirmar constantemente el prejuicio desfavorable de la dominación; debido a esto, ellas son el producto de la asimilación de este prejuicio. Así, “las mismas mujeres aplican a cualquier realidad y, en especial, a las relaciones de poder en las que están atrapadas, unos esquemas mentales que son el producto de la asimilación de estas relaciones de poder y que se explican en las oposiciones fundadoras del orden simbólico” (p. 27).

Por consiguiente, se mantiene un debate y se cuestiona la postura de que las personas pertenecientes a un mismo género mantengan una coherencia o similitud. Se deber tomar

en cuenta la diversidad y variedad que existen en los distintos modos de posicionamiento de un género determinado. Esto implica no seguir una lógica binaria de género masculino y femenino y que también coloca a las personas del mismo género en dicotomías que reproducen el poder dentro del mismo género, como superior e inferior (Burin, 2000).

También el concepto de género proviene de los debates feministas y a veces es entendido como relativo solo a las mujeres y no se considera a los varones en la construcción de género. En general, este concepto hace referencia a las masculinidades y feminidades, a la construcción social y cultural de lo que es ser varón y lo que es ser mujer y cómo estas construcciones afectan a ambos (Barker y Greene, 2011).

Por su parte, la concepción de sexo y género desarrollada por Butler (2007) explica que la diferenciación entre estas categorías plantea una fragmentación en la persona, pone en duda el planteamiento de que el sexo es algo natural mientras que el género se construye socialmente.

El género no es una esencia natural, universal y estable que defina un varón o una mujer, sino que se debe entender como algo construido producto de los entornos sociales y culturales. Pero tanto el sexo como el género son conceptos que se producen a través del comportamiento y el discurso. Así, “aunque los sexos parezcan ser claramente binarios en su morfología y constitución (lo que tendría que ponerse en duda), no hay ningún motivo para creer que también los géneros sigan siendo dos” (Butler, 2007, p. 56). La construcción denominada sexo está tan culturalmente construida como el género y si el género se construye podría hacerse de diferentes maneras. La autora critica que partir del género como construcción sugiere cierto determinismo, porque definen el género inscrito en cuerpos anatómicamente diferenciados; la idea de sexo como algo natural se ha estructurado dentro de un sistema social marcado por la normativa de género como mujer-varón.

En la línea de este pensamiento, tanto el género como el sexo son conceptos “performativos”; es decir, realidades que se producen a través del comportamiento y el discurso; por consiguiente, “no hay una identidad preexistente con la que pueda medirse un acto o un atributo; no habría actos de género verdaderos o falsos, ni reales o

distorsionados, y la demanda de una identidad de género verdadera se revelaría como una ficción reguladora” (Butler, 2007, p. 275). El género es así un hacer, no es aislado del contexto social, forma parte de la normativa, de la práctica social, que obliga a actuar un género de acuerdo con esta normativa que sanciona y excluye.

Este concepto de género concibe el cuerpo no simplemente como materia, un instrumento pasivo, sino como una materialidad cargada de significado, de posibilidades. Los comportamientos y acciones tienen el poder de construir la realidad de los cuerpos, así las personas se hacen su propio cuerpo de manera distinta y el género puede entenderse como construcción social no cerrada; no es que el cuerpo no sea material, es que no se puede acceder a este sino a través de los discursos, las prácticas y las normas sociales, “el 'cuerpo' es en sí una construcción, como lo son múltiples 'cuerpos' que conforman los campos de los sujetos de género” (Butler, 2007, p. 58).

Esta postura de Butler sirvió de fundamento teórico y dio argumentos a colectivos catalogados como diversidades sexuales (movimientos queer, trans e intersex), que junto a las mujeres son excluidos, segregados, discriminados por esta normativa binaria del género. La teoría queer pone en cuestión la “heteronormatividad”; es decir, la matriz binaria que regula las identidades de género en las sociedades occidentales, basada en una construcción sociohistórica (Gros, 2016, p. 246).

Por consiguiente, para entender las masculinidades hay que considerar los procesos y las relaciones de género más allá de la división binaria en dos géneros, tomando en cuenta la práctica social que comparten las personas en la vida. Estas son “un lugar en las relaciones de género, en las prácticas a través de las cuales los hombres y las mujeres ocupan ese espacio en el género, y en los efectos de dichas prácticas en la experiencia corporal, la personalidad y la cultura” (Connell, 2003, p. 109).

2.3 Construcción de las identidades masculinas

En la actualidad se presentan varios planteamientos sobre la construcción de las identidades; para algunos no existe un acuerdo absoluto sobre el modo en que tiene lugar

esta construcción, es un fenómeno complejo y multidimensional que no puede ser explicado de una sola manera (Gros, 2016).

Se identifica, en la modernidad occidental, la heterosexualidad; es decir, la existencia de dos identidades sexuales verdaderas: la masculina y la femenina, en las que se constata la coherencia entre sexo biológico y género; asimismo, una correspondencia y continuidad entre estos, la práctica sexual y deseo. En este caso, la construcción del género lleva un determinismo social, sin posibilidad de cambio, está basado en diferencias sexuales, en cuerpos anatómicamente diferenciados. Asimismo, esta postura responde a estructuras jurídicas, reguladoras, instauradas y mantenidas que responden al orden; son las llamadas “identidad inteligible”, que “están parcialmente articuladas sobre matrices de jerarquía de género y heterosexualidad obligatoria, y operan a través de la repetición” (Butler, 2007, p. 282).

Este régimen heterosexista se ha constituido y naturalizado en la estructura ontológica de la realidad; en otras palabras, se ha dado por sentado como una expresión natural del sexo y se han invisibilizado y excluido los tipos de identidades donde el género no es consecuencia del sexo y otras en las que la práctica del deseo no son consecuencia ni del sexo ni del género (Butler, 2007).

Butler (2007) plantea la identidad como una construcción sociohistórica, variable, que se va formando. Las identidades de género no son estables, son transformables. Los actos de género son corporales, responden a movimientos, posturas y comportamientos. Al ser el género una construcción, no conlleva ninguna forma de determinismo social que niegue la posibilidad de cambio.

Siguiendo el pensamiento de Butler, se parte de una pluralidad de identidades por su carácter construido; critica la matriz heterosexual binaria que no permite la diversidad de identidades y considera replantearse de manera radical estas construcciones ontológicas de la identidad; hace énfasis en que se sostenga la construcción variable de estas. Así, las identidades se instauran y se abandonan, ya que el género “es una complejidad cuya totalidad se posterga de manera permanente, nunca aparece completa en una determinada coyuntura en el tiempo” (Butler, 2007, p. 70). Es decir, “Si los atributos y actos de género,

las distintas formas en las que un cuerpo revela o crea su significación cultural, son performativos, entonces no hay una identidad preexistente con la que pueda medirse un acto o un atributo; no habría actos de género verdaderos o falsos, ni reales o distorsionados” (p. 275).

Por otra parte, desde la postura heterosexual diversas teorías explican la construcción del género femenino y masculino con enfoques tanto sociales como biológicos; estos últimos asumen que se nace con una identidad de género equivalente al sexo biológico. El psicoanálisis es una de las teorías psicológicas que ha tenido gran influencia en los planteamientos sobre la identidad de género; para algunos ha sido el punto de partida del pensamiento moderno sobre masculinidad, ya que problematizó la temática y señaló la importancia de dicho cuestionamiento. Para Freud la identidad de género se adquiere por medio de la identificación con las figuras parentales y la internalización de las normas sociales. La masculinidad se forma en el proceso de renuncia a la madre como objeto primario de deseo, para alcanzar la identificación con la figura paterna. Es el temor a la castración lo que lleva al niño a renunciar a sus fantasías eróticas con la madre para identificarse con el padre; aunque el niño no abandona del todo su amor con la madre, sino que lo difiere al crecer cuando recibe a una mujer equivalente a su madre (Fuller, 1997, Connell, 2003).

Otros estudiosos han propuesto la identificación con ambas figuras en la construcción de las identidades masculinas; de igual manera, parten de que los niños establecen la identificación simbólica con la figura materna, pero conforme crecen, tanto los niños como las niñas, desarrollan una identidad individual de género en el proceso de internalización de las normas de la cultura, respondiendo a demandas sociales para asumir las conductas de género propias de su sexo biológico. Este proceso es llamado separación-individuación (Mahler, Pine y Bergman, 1975). En este estadio, el niño varón enfrenta una situación diferente a la niña, porque debe superar la simbiosis original con la madre para constituir una identidad independiente acorde con la cultura masculina. De acuerdo con esta teoría, la masculinidad implica la separación del niño de su madre y su ingreso a una posición social

definida como distinta y opuesta a la de ella. Esta teoría no deja de sustentarse en una diferencia natural, en la anatomía que diferencia a los géneros (Fuller, 1997).

Por su parte, Chodorow (1999) en el proceso de identificación da gran importancia a los roles del padre y la madre en el cuidado de las y los hijos. De igual manera, considera a la madre como primera experiencia de identificación (simbiosis) que luego el varón reemplaza por la identificación con el padre u otro varón adulto. Esta se caracteriza principalmente por la identificación de un rol, cargado de significado social, para obtener así un estatus masculino y negar la identificación con la madre, reprimiendo actitudes, comportamientos, sentimientos, roles y apariencia femeninos. Esto conlleva a la devaluación de la femineidad a nivel cultural y psíquico para tomar significados que tiendan a no reflejar los afectos y a obtener el prestigio social. Así el varón debe realizar grandes esfuerzos a lo largo de su vida para conservar su masculinidad. Las identidades de género masculino están definidas por la negación de la dependencia del otro, estableciendo una relación de diferenciación y separación.

Otro autor que explica la masculinidad no como el resultado de características físicas o psicológicas innatas es Kaufman (1989). Define las identidades masculinas considerando la internalización del rol social que se caracteriza por la negación de aspectos pasivos en las personas, el monopolio de la actividad por parte de los varones y el deseo de ser nutrido y cuidado. Asocia lo masculino al poder en las sociedades patriarcales que se caracterizan por el dominio de lo masculino sobre lo femenino. Este autor trata, como lo explico más adelante, de la fragilidad y la tensión que caracterizan las identidades masculinas.

En resumen, la construcción de la identidad de género es un proceso que involucra la reproducción y proyección social. Cada joven asume modelos particulares que le dan sentido a su vida y motivan o dirigen su actuar. La identidad que alcanza tiene como base sus expresiones, comportamientos, sentimientos y relaciones en el ambiente en que se ha desarrollado; es un nexo entre la experiencia individual y la vida social. El joven adquiere una representación de su yo que a la vez es corroborada por el reconocimiento que los otros hacen de esta. La identidad viene a estructurar y dar coherencia a la existencia del joven. Esta construcción del yo es histórica, en el sentido de que se va reajustando en el desarrollo

de la vida de acuerdo con las nuevas relaciones que se van estableciendo y los ambientes en que se vive.

Lo que señala Butler (2007) para la “categoría de mujeres” (p. 67) es también válido para la de varones: insistir en la coherencia y unidad de estas categorías binarias es negar la multitud de interacciones culturales, sociales y políticas en que se construye el género. Sin dejar de considerar este planteamiento de Butler, en esta investigación se estudia dentro de las identidades las denominadas masculinas, siempre partiendo de que: “El género es una complejidad cuya totalidad se posterga de manera permanente, nunca aparece completa en una determinada coyuntura en el tiempo” (p. 70).

2.4 Masculinidades hegemónicas, tradicionales

Algunos autores como Bonino (2003) consideran que en la modernidad las fuentes de legitimidad más importantes para formar las identidades se basan en la familia, el trabajo y especialmente las concepciones de feminidad y masculinidad, y analiza que estas van sufriendo una lenta transformación. Sin embargo, con respecto a los modelos y la construcción de las identidades masculinas, la investigación y los análisis permiten comprobar que los cambios sociales, el comportamiento, su configuración, continuidad y su transmisión permanecen frecuentemente estables. Esto se da porque todavía existe una estructura predominante y legitimada, la cual es el referente social para la construcción de identidades masculinas, la identifica como “la masculinidad social tradicional” (p. 7), otros autores la llaman “masculinidad hegemónica” (Connell, 2003).

Se ha estudiado la conformación de diferentes manifestaciones de la masculinidad en contextos y momentos históricos diferentes, que nacen de las mismas transformaciones de la masculinidad hegemónica, como producto de los nuevos planteamientos sobre la igualdad y el reconocimiento de la diversidad. Estas han sido llamadas “masculinidades”. Algunos consideran que tienen una relación jerárquica, donde existe una manifestación predominante por su valoración social, llamada por consiguiente hegemónica, que también cambia según épocas y lugares (Bonino, 2003).

En el presente estudio fundamenté el concepto de “masculinidades” tomando en cuenta que existen múltiples formas de este a pesar de que el modelo hegemónico domina en muchas situaciones. Para Connell (2003) se debe conocer, entre las características sobre las masculinidades, su condición de ser tanto colectivas como individuales, que a menudo son contradictorias, cambian con el transcurso del tiempo y están cargadas de sentido político, ya que se encuentran ligadas a la historia de las instituciones y a las estructuras económicas. Se definen en términos generales como una configuración de la práctica de género que garantiza la posición dominante de los varones y la subordinación de las mujeres, lo que se ha reconocido como la legitimidad del patriarcado (Connell, 2003).

La formación del patriarcado, como una creación histórica elaborada por las mujeres y los varones, constituye un proceso que tardó casi 2500 años en completarse. La primera forma del patriarcado se ubica en el estado arcaico, cuya unidad básica de organización era la familia patriarcal, que expresaba y generaba constantemente sus normas y valores (Lerner, 1990).

El concepto de patriarcado se refiere a la relación entre un grupo dominante y uno subordinado; tiene sus orígenes en las relaciones familiares, donde el padre ejerce el poder absoluto sobre el resto del grupo familiar y a cambio este tiene la obligación de dar apoyo económico y protección. En esta organización patriarcal, las responsabilidades y obligaciones no están repartidas equitativamente en la familia. En el caso de los hijos, la dominación es temporal hasta que ellos pasan a convertirse en jefes de familia y en el caso de las hijas y esposas dura de por vida, ya que si las hijas se casan pasan a la dominación y protección del esposo. En las culturas patriarcales la estructura subjetiva de los varones se caracteriza por el alejamiento de lo femenino y esto se interpreta como una forma de renunciar a la identidad materna y lograr así la identificación con el padre, al cual se le atribuye socialmente poder y estima (Lerner, 1990).

Las masculinidades hegemónicas implican la voluntad de dominio y control, tienen un fuerte poder configurado casi intacto, “es un corpus construido sociohistóricamente, de producción ideológica, resultante de los procesos de organización social de las relaciones mujer/hombre a partir de la cultura de dominación y jerarquización masculina (...) [Es] un

sello de identificación para los varones pero no es algo de su esencia [ni es algo que voluntariamente se adopta] (...), es un orden que impregna profundamente las identidades, y fundamentalmente es una normativa existencial” (Bonino, 2003, p. 10).

Al ser el resultado de procesos de organización social, las masculinidades hegemónicas determinan capacidades y valores, dentro de los que se identifican el poderío visible, la dominancia, la actividad, la racionalidad, la individualidad, la eficacia, la voluntad de poder, la certeza y la heterosexualidad. Estos valores son de gran importancia social, son considerados los primeros en la jerarquía, son las metas de realización de los seres humanos en general y en la ideología patriarcal se adjudican a los varones. Asimismo, se manifiestan por una normativa derivada de cumplimiento, que se materializa en creencias o afirmaciones no racionales y arbitrarias, relacionadas entre sí, que sustentan la masculinidad y son bastante estables (Bonino, 2003).

La masculinidad hegemónica conforma así una serie de creencias y reglas de comportamiento. Algunos autores las han denominado como “emblemas”, “mandatos básicos” o “imperativos”. Bonino (2003, p. 14) las denomina “creencias” y las califica como afirmaciones no racionales y arbitrarias, que son parte de una jerarquización y valores imaginarios; no racional y, por consiguiente, con un arraigo más subjetivo y emocional; se han convertido en estructuras sociales estables. Llama “creencias matrices” a las que tienen un poder de construir, producir y organizar la identidad y representan las definiciones biológicas de la masculinidad. Este autor identifica cuatro creencias: la autosuficiencia prestigiosa que adjudica a los varones la independencia y el poder; la belicosidad heroica que corresponde al varón ser un luchador, valeroso para cumplir los mandatos de la masculinidad; el respeto de la jerarquía, lo que implica tener un prominente lugar dentro de la estructura masculina, pero a la vez un modo de sometimiento a los mandatos; y la cuarta afirma que ser varón es adquirir la superioridad sobre las mujeres, la oposición a estas y no parecerse a ellas (Bonino, 2003, p. 14).

Asimismo, derivadas de estas matrices, Bonino (2003) define tres creencias existenciales que afirman que ser varón implica una ubicación vital en determinados lugares existenciales para dar sentido a las masculinidades hegemónicas. Dentro de estas creencias

identifica la posición de una identidad privilegiada; es decir, estar en el lugar de mayor valor (autoridad, poder, razón), en contraste con una identidad femenina de menor poder. La otra creencia corresponde a la esencia masculina de conquistar y demostrar, la cual señala el privilegio de tener naturalmente un lugar, pero que a la vez este debe ganarse. La tercera creencia dicta que los varones y las mujeres tienen diferencias insalvables y que el género masculino posee semejanzas estructurales, lo que promueve en ellos un sentimiento corporativo y el rechazo a la alianza con las mujeres en ciertas áreas.

De acuerdo con la experiencia de Salas (2005) en el trabajo con varones, las masculinidades hegemónicas propician y soportan en buena medida la violencia masculina (contra otros y contra sí mismos), que es uno de los mayores problemas sociales de esta época, por la frustración, el sentimiento de debilidad y la ira que lleva fácilmente a la violencia, sobre todo en el ámbito más íntimo y privado de las relaciones primarias. Los varones poseen mandatos implícitos o explícitos que dan lugar a un sistema de convivencia en el que unos pueden agredir a otros y sobre todo a las mujeres. En toda esta violencia intrafamiliar y de género, los varones han sido asumidos, hasta el momento, sobre todo como el problema y muy poco como parte de la solución.

En respuesta a estos mandatos de la masculinidad hegemónica, los comportamientos de los varones se caracterizan por una poca elaboración acerca de sí mismos, los contactos íntimos entre ellos son escasos, las relaciones con sus hijos e hijas, pero sobre todo con los primeros, son cuidadosas, "recatadas"; hay un temor generalizado a expresar ciertos afectos, principalmente a otros varones; no hablan de sí mismos, en particular de lo que "va por dentro" y en general restringen la expresión de sus sentimientos. Estos comportamientos desembocan en un factor común: "el temor de ser considerados como una mujer, el temor a la homosexual, la homofobia", que es la base fundamental de la constitución de la masculinidad. También es notorio que a los varones no les gusta asumirse como portador de género, es algo que les es ajeno, que no les pertenece y ante esto es muy factible el sentimiento de que "es un problema o un asunto propio de las mujeres" (Salas, 2005, pp. 34-37).

Esta situación se ha definido con el concepto de alteridad, donde el varón, de acuerdo con los valores tradiciones patriarcales, percibe a la mujer como el otro, debido a la categorización negativa que se ha establecido para ellas y la positiva para los varones; de esta forma, la mujer es la alteridad, el otro secundario, inferioridad, término que también se usa en aquellos grupos donde se perpetúa la discriminación, la exclusión y se dan relaciones de poder (De Beauvoir, 1969).

Con respecto al poder y la dominación del modelo hegemónico, en la gran mayoría de las sociedades los varones han dominado, y a través de la historia se ha perpetuado el poder masculino. Esto ocurre en el marco más amplio de estructuras sociales de opresión y poder del mundo que las personas interiorizan, de manera que la dominación humana llega a formar parte de su visión de vida, y es así como la organización económica y política sirve de base y perpetúa la dominación masculina. De aquí que enfoques de la masculinidad como el de Kaufman (1989) concluyen que se debe enfrentar el poder y la dominación patriarcal a nivel de la sociedad en conjunto. Es imposible separar lo personal de lo social.

El patriarcado implica más que la dominación de algunos seres humanos sobre otros. Se refiere también a la relación con la naturaleza, conllevando a las inequidades sociales, a las catástrofes nucleares y ecológicas, a innumerables formas de opresión basadas no solo en diferencias sexuales, sino en otras como las desigualdades físicas, nacionales, religiosas. Tal es así que el patriarcado se considera una de las bases de las sociedades del mundo, tanto capitalistas como socialistas, desarrolladas y subdesarrolladas (Kaufman, 1989).

También algunos autores han utilizado el término “machismo” como sinónimo de patriarcado (Troya, 2001). Es el término con el cual se definió a un tipo particular de masculinidad en México y se extendió a América Latina y a otros ámbitos para hacer referencia a la dominación masculina. Se entiende como machismo “la personalidad masculina y el patrón de comportamiento que le corresponde, caracterizado por una excesiva intransigencia en las relaciones entre hombres (homofobia, subyugación de las masculinidades alternativas), y arrogancia y agresión sexual en las relaciones hombre-mujer” (Troya, 2001, p. 86). Así las sociedades machistas se caracterizan por el exceso de

poder y privilegios masculinos con la correspondiente inferioridad y falta de poder de las mujeres.

El significado del concepto de machismo también cambia según el tiempo histórico y el contexto en que ha sido empleado, pero se distinguen en este concepto dos interpretaciones de carácter más general: una hace referencia a la autoconfianza masculina, mientras la segunda, a la duda y la debilidad de los varones. Es decir, hace alusión a la fuerza y la capacidad de dominar, ejercer poder sobre las mujeres y otros varones más débiles, pero también se ha visto el machismo como rasgos débiles del varón donde se expresa la inseguridad y el descontrol en conductas como ser mujeriego, bebedor e incapaz de mantener el hogar económicamente (Fuller, 1997).

2.5 Tríada de la violencia

El estudio de las masculinidades hegemónicas gira sobre la capacidad de los varones para ejercer poder y control, pero también sobre cómo este poder genera dolor. Bien lo señala Kaufman (1997) “este poder está viciado. Existe en la vida de los hombres una extraña combinación de poder y privilegios, dolor y carencia de poder” (p. 63); este autor lo explica de la siguiente forma: el poder en los varones está armado en una relación dinámica de experiencias contradictorias que causan dolor, aislamiento y alienación, tanto a ellos mismos como a las mujeres. Comprender este dolor no es una excusa de la violencia y opresión desplegada por los varones, más bien explica que el reconocimiento de tal dolor es una forma de entender el carácter complejo de las formas dominantes de masculinidad; es decir, el trabajo de género de una sociedad.

Para explicar esta concepción de experiencias contradictorias del poder entre los varones se deben tomar en cuenta dos distinciones básicas, las cuales se explicaron anteriormente. La primera es la distinción entre sexo biológico y género socialmente construido, y la segunda, el hecho de que no existe una sola masculinidad, a pesar de que se dan formas hegemónicas que se basan en el poder social de los varones.

Al respecto, Connell (1997) explica que estas experiencias contradictorias de poder y privilegios que viven los varones, combinado con una experiencia de dolor y carencia de

poder, se dan precisamente en el campo del género, de aquí que estas relaciones tienden a ser conflictivas. A esta situación se le suma la problemática de imposición cultural de las formas hegemónicas masculinas, caracterizadas por la legitimidad del patriarcado, la que garantiza la posición dominante de los varones y la subordinación de las mujeres.

En las formas dominantes de las masculinidades contemporáneas se iguala el ser varón con tener algún tipo de poder y con la posibilidad de obtener dominación y control sobre otros. Estas concepciones las interiorizan los varones, las hacen propias en el proceso de desarrollo de sus personalidades, son aprendidas y reforzadas en el contexto en que se desarrollan, donde se les otorga ciertos privilegios y ventajas que no se dan a las mujeres (Kaufman, 1997).

Se han propuesto dos factores básicos para la adquisición individual del género. El primero se refiere a que, a diferencia de otros animales, la sexualidad del varón no es puro instinto, sino que es construida individual y socialmente. El otro factor es el fuerte apego por las figuras paternas; a los cinco o seis años el niño ya ha interiorizado estas figuras y desarrolla por ellas sentimientos ambivalentes de amor y de impotencia, tensión y frustración por las mismas exigencias de la sociedad y la realidad de sus propias necesidades. La familia transmite en la personalidad del niño las categorías, valores, ideales y creencias de la sociedad, dentro de estas la desigualdad de género. Va aprendiendo que no solo hay dos sexos, sino también el significado social atribuido a cada uno de ellos; va comprendiendo el sentido del propio valor de acuerdo con una medida de género (Kaufman, 1989).

Es así como los varones en su vida social y familiar van adquiriendo las masculinidades hegemónicas y llegan a eliminar sentimientos, a esconder emociones y a suprimir necesidades, esto por el miedo a que se restrinja la capacidad de dominio y autocontrol sobre las otras personas y porque estas conductas que se reprimen están asociadas a la femineidad que se rechaza porque se busca la masculinidad (Kaufman, 1997).

La contradicción en las masculinidades hegemónicas precisamente se da cuando la conducta para mantener el poder puede convertirse en fuente de temor y dolor, en lógicas autodestructivas y destructivas, al no conseguir los ideales y símbolos de las masculinidades

dominantes, como mantener el control, lograr un buen desempeño, vencer, mantener una coraza dura, estar por encima de las cosas y dar las órdenes, proveer y lograr los objetivos sin mostrar los sentimientos y emociones, principalmente los asociados a la debilidad (Kaufman, 1997).

El temor y el dolor que experimentan los varones para mantener la masculinidad dominante abarcan, de manera inconsciente, diversas dimensiones intelectuales, emocionales y físicas. Cuanto más sienten los varones este temor, más necesitan ejercer el poder que se les otorga como género masculino. Kaufman (1997) explica: “los hombres también ejercemos el poder patriarcal, no solo porque cosechamos beneficios tangibles de él sino porque hacerlo es una respuesta frente al temor y las heridas que hemos experimentado en la búsqueda del poder” (p. 71).

En esta relación de poder y dolor, este último inspira temor, porque significa “no ser hombre” (p. 71), lo cual, en la sociedad donde se confunde el sexo con el género, significa “no ser macho”, “perder el poder” (p. 71). Además, este temor tiene que ser reprimido porque la masculinidad dominante no permite la manifestación de los sentimientos (Kaufman, 1997). Estos sentimientos reprimidos dominan a los varones y se expresan generalmente en actos de violencia. Así para el autor la masculinidad es el resultado de la combinación entre poder y alienación:

La alienación de los hombres es la ignorancia de nuestras emociones, sentimientos, necesidades y de nuestro potencial para relacionarnos con el ser humano y cuidarlo. Esta alienación también resulta de nuestra distancia con las mujeres y de nuestra distancia y aislamiento con otros hombres (p. 72).

Considerando lo anterior, Kaufman (1989) analiza las masculinidades hegemónicas definiendo la “tríada de la violencia masculina”, que corresponde a la violencia contra las mujeres, la violencia contra los otros varones y la violencia contra sí mismos; estos componentes se refuerzan entre sí. Esta violencia expresada individualmente se sitúa en sociedades basadas en estructuras de dominación y control. Si bien este control se

haya simbolizado en el padre individual (patriarcado), se encuentra diseminado en las actividades sociales, políticas, económicas, ideológicas y en la relación con el medio ambiente natural. Es así como “las estructuras de dominación y control constituyen no simplemente el marco de la tríada de la violencia, sino que generan y a su vez son formadas por esta violencia (p. 30).

Por consiguiente, “cada acto de violencia aparentemente individual se enmarca en un contexto social” (Kaufman, 1989, p. 25), sin dejar de considerar que hay actos de violencia que responden a patologías determinadas, pero incluso en estas la manera como se manifiesta la violencia se comprende solo dentro de cierta experiencia social.

No se puede analizar la violencia masculina solo con aspectos individuales, porque parte del contexto social, de una historia que la determina. Resaltan en este proceso formas de violencia como la destrucción, la represión, la explotación (colonialismo, esclavitud), los procesos industriales, la destrucción de la naturaleza, la institucionalización del racismo, el sexismo y el heterosexismo en actos de violencia socialmente regulados, entre muchos otros acontecimientos que dejan ver la preponderancia de la violencia social en el mundo. Esto lleva a caracterizar la violencia como una conducta aprendida al presenciar y experimentar la violencia social, “la violencia de nuestro orden social fomenta una psicología de violencia, que a su vez refuerza las estructuras sociales, políticas y económicas de violencia” (Kaufman, 1989, p. 28).

Con respecto a la violencia contra las mujeres y la opresión de ellas por parte de los varones, vale señalar que se ha pretendido ofrecer razones generales de la opresión; sin embargo, algunos autores (Davis, 2001, Hooks, 2004, Espinosa, 2014) señalan que ha sido un principio central del pensamiento moderno el que todas las mujeres están oprimidas, sin embargo, no se cumple en la mayoría de estas.

Hooks (2004) critica la postura antes señalada, pues implicaría que las mujeres comparten una suerte común; por ejemplo, serían de igual clase, raza, religión, preferencia sexual, entre otras, y no se daría una diversidad de experiencias que determine el alcance en el que el sexismo será una fuerza opresiva en la vida de las

mujeres individuales. De tal manera que “el sexismo como sistema de dominación está institucionalizado, pero nunca ha determinado de forma absoluta el destino de todas las mujeres de esta sociedad” (p. 37); por consiguiente, no es una condición de carácter universal. Barber (1984) comparte este pensamiento de que el sufrimiento no es necesariamente una experiencia universal y legitima la acción política para cambiar condiciones de injusticia, considera que deben existir parámetros históricos y políticos para distintas formas y grados de conflicto social.

2.6 Cambios en las masculinidades tradicionales

Algunos estudiosos consideran que las construcciones tradicionales de masculinidad están fuertemente arraigadas; sin embargo, analizan que es un valor culturalmente construido, basado en relaciones sociales que no son estáticas; por consiguiente, es susceptible de ser modificado, de ser construido de manera diferente. Para Carabí (2000, p. 23) “los grupos marginados han provocado que el varón comience a revisar los presupuestos en que se ha asentado su masculinidad y con ello, la posibilidad de construir nuevas sociedades”, surgiendo así en las últimas dos décadas una serie de grupos de varones y áreas de investigación en diversos países del mundo (Australia, Canadá, Estados Unidos, Holanda, Inglaterra, los países escandinavos, España), que parten del principio de que las masculinidades tradicionales pueden cambiar. Un ejemplo de estos es el Centro de Estudios de la Condición Masculina, dirigido por Luis Bonino en Madrid (Carabí, 2000).

También se nombran en América otros países donde han surgido grupos de reflexión y acción en torno a las masculinidades; algunos corresponden a iniciativas que nacen desde la sociedad civil y otros como procesos de investigación, en países como Chile, Brasil y México (Keijzer, 2011).

En Costa Rica, en el Instituto WEM (Instituto Costarricense de Masculinidad, Pareja y Sexualidad) se trabaja con varones para promover el cambio en función de sí mismos y en construir relaciones de equidad con las mujeres. Asimismo, realiza esfuerzos en reunir las iniciativas en el ámbito centroamericano y del Caribe para promover y facilitar las

experiencias, enfoques y propuestas en torno a las situaciones de las masculinidades en el área y el trabajo desarrollado con los varones (Campos y Salas, 2002).

Bonino (2004) plantea, por una parte, la dificultad al cambio por la fuerza que posee la masculinidad hegemónica, basada en mitos y mandatos sociales propuestos como modelos de ser, que se transmiten de generación en generación y se convierten en las matrices organizadoras de la subjetividad masculina, cuyo principio es la superioridad del varón. Asimismo, por otra parte, resalta la capacidad de cambio de los varones.

El autor antes citado analiza en su primera postura que, a pesar de la diversidad que existe entre los varones, hay en ellos una resistencia a alejarse de ese patrón estructurante que se ha internalizado de lo que significa la masculinidad. Este patrón hegemónico es difícil de transformar, ya que se caracteriza por la rigidez y la lógica de las categorías como mujer/varón; salirse de ellas supone una censura interna que cuesta tolerar por su poderosa fuerza normativa. Sin embargo, reconoce la presencia de cambios lentos, existen “otros ideales no hegemónicos de masculinidad” que pueden “fisurar” los tradicionales (Bonino, 2004, p. 2).

Son varias normas de identidad y pensamiento las que contribuyen a impedir los comportamientos igualitarios en la subjetividad masculina y no ver así la necesidad del cambio, como el pertenecer al grupo dominante y ser el centro de referencia; ahí el único cambio posible va en relación con situaciones de beneficio para sí mismos, lo que Bonino denomina “cambios egocéntricos” (Bonino, 2004, p. 3). El mandato de ser superior a las mujeres no permite el cambio hacia la igualdad, porque sostiene la identidad masculina; la igualdad es una amenaza a esta, ser varón es ser más y diferente a la mujer y si estas no respetan la jerarquía es entendido como un atentado a la propia identidad, queda dañada la autoestima del valor y le genera malestar e intolerancia. En la mente de los varones no está internalizada la igualdad con las mujeres; en este sentido, los varones han cambiado algunos comportamientos, pero no la “matriz organizacional” (Bonino, 2004, p. 3) que corresponde a los ideales tradicionales internalizados. Se tiende a vivir los avances de las mujeres hacia la igualdad como un intento de dominación femenina y una derrota masculina.

Siguiendo el pensamiento de este autor, no se ha avanzado lo suficiente en un cambio a nuevas masculinidades. En los varones se perciben sentimientos contradictorios ante la igualdad; esta no se asimila, siempre se tiende a una actitud de rigidez, no al diálogo; más bien, se opta por conductas impositivas. Actualmente, los varones se enfrentan a nuevas exigencias de roles de género, a lo cual responden con conductas que siguen perpetuando la desigualdad: responsabilizan a las mujeres, se encierran en sí mismos, se aíslan o muestran posiciones autoritarias tradicionales o paternalistas. En sí, la desigualdad es parte del hábito y está incorporada en la subjetividad masculina en la relación con las mujeres. A lo anterior el autor suma la ausencia de modelos sociales que fomenten la igualdad como parte de los ideales masculinos.

Sin embargo, se considera que a pesar a todos estos obstáculos y resistencias se perciben actitudes favorables de los varones motivados por los cambios de las mujeres que los orientan a la igualdad, principalmente en el espacio público, siendo menos en lo impersonal y lo doméstico. Por ello, considera que la tarea a realizar en pos de la igualdad es aún de gran envergadura y lo más importante es “poner en evidencia a los varones, decir qué de su poder de dominio se juega en lo cotidiano. Los varones siguen ejerciendo dominio y es importante conocer sus modos para contribuir a la transformación de las relaciones” (Bonino, 1998, p. 3).

En las últimas dos décadas, se han organizado movimientos de varones para presentar sus luchas y reivindicaciones, cuyo tema principal es la masculinidad hegemónica; estos tienen en común percibirla en proceso de transformación, por lo que deben luchar y no como algo garantizado y natural. Asimismo, responden a los desafíos que despiertan los avances y el cambio en las mujeres. Estos movimientos, si bien son todavía pequeños, han cobrado importancia, porque en diversos ámbitos están formando opinión y teoría (Bonino, 1998).

Con respecto a estos grupos de varones, se han identificado diversas posiciones motivadas ante el cambio de las mujeres, algunas a favor, otras en contra o con actitudes ambivalentes al cambio. La posición a favor del cambio de las mujeres se fundamenta en el trato igualitario, lo cual implica también el cambio de los varones. Sin embargo, hay una

posición a favor del cambio que tiene una connotación “utilitarista”, donde se invierten los roles tradicionales y se le delega a la mujer toda la iniciativa. En el extremo opuesto, la posición en contra recibe resistencia porque se percibe como un atentado a la relación natural entre mujeres y varones, tanto en el espacio público como en el privado. Las actitudes ambivalentes se mueven entre favorecer y la indiferencia, todo depende en que los cambios de las mujeres no cuestionen sus derechos y roles adquiridos ni les generen contradicciones (Bonino, 2002, p. 42).

Para Kaufman (1997), igualmente, la influencia de los movimientos feministas, si bien socaban el poder y los privilegios de los varones como para que se opongan al feminismo, han tenido también un impacto masivo durante las dos últimas y media décadas, dándose por parte de los varones un mayor apoyo a las ideas de liberación de las mujeres (en el contexto de Canadá y Estados Unidos). Se ha visto cómo muchas de las estructuras del patriarcado se están volviendo inoperantes y algunas instituciones han sido obligadas a adoptar medidas que promueven la igualdad.

Este mismo autor señala que el cambio en los varones va más en función de acoger la teoría que en modificar el comportamiento y, en menos casos, este se pone a la altura de las ideas. Al mismo tiempo que se problematiza la opresión de las mujeres, los varones empiezan a responder de manera diversa, desde movimientos reaccionarios, antifeministas hasta organizaciones masculinas que apoyan el feminismo. Estos últimos son los minoritarios, todavía se mantienen posiciones fuertemente patriarcales y no se han logrado organizaciones masivas que promuevan el cambio (Kaufman, 1997).

En los movimientos de masculinidades se han dado dos corrientes principales; una de estas es el denominado mítico poético (Robert Bly) que hace énfasis en el dolor y en el costo de ser varón y va en contra de la feminización de los varones. El otro movimiento es a favor de la causa feminista que se ha enfocado en el poder y los privilegios de los varones, incluyendo la violencia masculina. Ambos planteamientos han sido criticados por basarse en solo un aspecto de la masculinidad: el mítico poético, en el dolor; y el profeminista, en el poder de los varones, ignorando que la experiencia femenina es más compleja y la

relación crucial que existe entre el poder y el dolor (Kaufman y Kimmel, 1993; Kaufman, 1997).

Este recuento sobre las masculinidades tiene como fin comprender su desarrollo para contextualizar el objetivo de la investigación: conocer la experiencia de un grupo de jóvenes varones que viven en exclusión social. La idea es mirar y ubicar este tema en los referentes de las juventudes y la clase social, y poder demostrar que las asimetrías sociales son múltiples y simultáneas, que están entrelazadas en las condiciones de la vida de los jóvenes. Se trata de ver las masculinidades desde la juventud y la exclusión social en nuestro contexto, sin dejar de considerar que son muchas las categorías que se necesitan para explicarlas y que es importante analizarlas desde todos los sistemas de opresión. Igualmente, se necesita entender que se requiere escuchar la posición de estos jóvenes no desde las voces académicas, autorizadas, sino desde su propia experiencia.

Asimismo, al tratar la temática de género es importante considerar las jerarquías y exclusiones que se han realizado con respecto a este y reflexionar sobre las nuevas formas de pensarlo. Actualmente, en el estudio de las masculinidades, cualquier idea universal recibiría numerosas críticas porque no estaría tomando en cuenta los contextos culturales concretos en donde se producen. En esta investigación se analiza la experiencia del género en la juventud y en la exclusión social.

3. JUVENTUDES

En la presente investigación, el concepto de juventud problematiza la realidad de las y los jóvenes, entendiéndola en términos plurales; por consiguiente, se hace referencia a las juventudes. Asimismo, considera el origen del concepto como moratoria psicosocial y pasa de esta a nuevas acepciones, cuyo fundamento es la construcción social, considerando las relaciones de dominación entre las distintas generaciones. Se distingue también esta categoría de otras construcciones sociales unidas entre sí y que se relacionan con las personas jóvenes de la investigación. Estos conceptos no se perciben como categorías totalizantes, sino más bien flexibles y hacen referencia a “lo joven” y “la juvenilización”. Son construcciones sociales en tanto que responden a imaginarios sociales compartidos que

interpretan, dan un nombre y un concepto a una realidad social y actúan como pautas verdaderas en la convivencia humana (Baeza, 2008).

3.1 Lo joven y la juvenilización

El concepto de juventudes se entiende en una condición de dominancia adultocéntrica; es decir, de subordinación de las juventudes frente a la condición de autoridad adulta; las prácticas que se ponen en escena en esta relación de poder entre la condición juvenil y la adulta connotan “lo juvenil”; es decir, hacen referencia a “aquello que vive la juventud”; por consiguiente, “lo juvenil pierde importancia en sí mismo, y siempre será evaluado en función de lo que el mundo adulto ha parametrado como lo que deber ser”. Lo juvenil es un fenómeno sociocultural que se da en un momento de la vida, se expresa en contextos sociales, en los distintos espacios de un grupo social donde se van construyendo las juventudes (Duarte, 2001a, p. 60).

Por su parte, “lo joven” es la construcción social que está diferenciando a la juventud de otras condiciones de ser en la sociedad que han sido denominadas como niños(as), adultos(as), vejez (Duarte, 2015a).

El concepto juvenilización se refiere a lo que busca igualarse o mantenerse como joven; no se refiere exactamente a las personas jóvenes, sino a lo que se le asigna la categoría de juvenil (Duarte, 2015a; Margulis y Urresti, 1998). Tener esa condición de joven se ha constituido socialmente en un valor positivo, aquellos y aquellas que tienen juventud gozan del prestigio social; esto se logra obteniendo una condición corporal y una apariencia que caracterizan a los modelos de juventud, los cuales son clara y continuamente mostrados por los medios de comunicación. La juventud se ha convertido en un signo, independientemente de la edad, llamado “juvenilización” como una mercancía más en el mercado capitalista que se puede adquirir y reciclar. Al ser una mercancía, no todas las personas jóvenes pueden adquirir ese valor joven de los modelos propiciados por el mercado, sino que está reservado a ciertos grupos sociales con poder adquisitivo. Esta situación “ha dado lugar a cierto empobrecimiento en algunos usos de la noción de juventud, que al ser influidos por el auge de la juvenilización en el mercado de los signos,

llevan a confundir la condición de juventud con el signo juventud, convirtiendo tal condición, que depende de diferentes variables, en atributo de un reducido sector social” (Margulis y Urresti, 1998, p. 3).

Precisamente, la muestra de varones en estudio en esta investigación corresponde a esos grupos excluidos que no tienen acceso al mercado de la juvenalización y, como presento más adelante, utilizan una serie de estrategias para formar parte del mundo del consumo, lucir y actuar como la publicidad determina que ha de ser una persona joven. Se sigue en esta investigación a Margulis y Urresti (1998, p. 15) considerando que la “juvenalización” corresponde a “un complejo articulado de signos que atraviesan el contexto cultural de la actualidad, en el que confluyen (...) el avance de la cultura de la imagen y, además, el encumbramiento de lo juvenil fetichizado por los lenguajes hegemónicos de la sociedad de consumo”.

3.2 Desarrollo del concepto de juventud

A través de la historia, el concepto de “juventud” se ha modificado y se encuentran posturas extremas desde el determinismo ambiental hasta el universalismo genético; asimismo, existen otras donde se plantea la interacción entre ambos extremos. Sin embargo, las nociones seguirán cambiando por ser las juventudes un proceso dinámico, de nuevos significados y donde se dan importantes avances en el campo de la investigación (Dávila, 2005).

Desde la biología y la psicología se inició con el concepto de adolescencia, siendo uno de los exponentes pioneros Stanley Hall en 1916. Este concepto se relaciona con la edad, las capacidades del cuerpo, las conductas y las emociones, presenta la juventud como una etapa moratoria social y de inestabilidad emocional antes de alcanzar la vida adulta (Dávila, 2005; Papalia y Olds, 1988). En esta línea de pensamiento se define la juventud como una etapa de semidependencia a una situación contextual donde, en los países occidentales, a finales del siglo XIX, se expulsaron a las y los jóvenes del mercado de trabajo y se extendió la educación obligatoria y el servicio militar, la nuclearización de la familia y el surgimiento de instituciones orientadas a la juventud (Feixa, 1996).

Asimismo, teorías de la psicología evolutiva, como las planteadas por Erik H. Erikson y Jean Piaget en la década de 1960, aportan en el contexto histórico una noción de juventud basada en dimensiones sobre el afecto y la cognición, respectivamente (Maier, 1969). Se refieren a un período de postergación que se le da al joven, porque no está en condiciones, por su edad, de afrontar ciertas obligaciones que le impone la sociedad; por consiguiente, necesita de más tiempo para lograr las responsabilidades que se le exigen a una persona adulta. Es un período donde la sociedad es permisiva con ciertas conductas inmaduras del joven. De acuerdo con esta concepción, el joven necesita tiempo para integrarse a la edad adulta y la sociedad se lo concede. Igualmente, para Piaget, esta no es la etapa de la madurez total, en el transcurso de la adolescencia se van adquiriendo nuevos valores y cuando se llega al final de este período, los jóvenes logran alcanzar ya un equilibrio (citados en Maier, 1969).

Estos planteamientos de la juventud antes explicados corresponden a concepciones conservadoras y funcionalistas; se han criticado por considerar la juventud como una etapa de la vida, diferenciándola de otras etapas, donde se vive una transitoriedad que se caracteriza por un tiempo de preparación para ingresar al mundo adulto. Es una etapa de moratoria psicosocial, un periodo de la vida problemático y complejo que no termina sino hasta la edad adulta. Esta concepción clásica no considera el contexto, la historia y las estructuras sociales en que se vive la juventud, “el entramado social (...) la diversidad de situaciones que se presentan en la cotidianidad social” (Duarte, 2001b, p. 60).

Es importante señalar estas perspectivas teóricas de moratoria psicosocial porque responden al paradigma “clásico-adultocéntrico” (Duarte, 2015a, p. 119), muestran una noción de desarrollo basada en la regularidad del crecimiento y en la posibilidad de predecir de forma parcial la conducta humana. Es decir, apuntan a un orden universal previsible, parten del supuesto de que la vida humana se desenvuelve a través de un proceso ordenado y en un ambiente que se ajusta también a ese orden. En resumen, se percibe una sola juventud como un proceso con una serie continua de cambios dinámicos y permanentes. Ante estas posturas los mismos jóvenes reclaman que se les percibe y se les trata como

personas pasivas, sin capacidad de acción autónoma, incompletas y con desconfianza para el diálogo y la participación con las personas adultas (Duarte, 2015a).

Esta investigación se aleja de la concepción de lo juvenil como ciclo vital, que considera el desarrollo de las personas en etapas lineales, irreversibles, y que todos en la sociedad deben vivir de una manera homogénea para llegar a la adultez. Se ha observado también que esta concepción basada en la edad ha sido aceptada de forma acrítica y es una postura asumida como una cuestión natural propia del desarrollo del ser humano (Duarte, 2015a).

Se critica la noción de moratoria psicosocial en lo juvenil, ya que corresponde a “imaginarios a futuro”, sin valorar lo que en el tiempo presente producen las y los jóvenes en la sociedad; por consiguiente, se plantea una nueva noción que significa “el futuro como aquello que hoy se produce”. Esto permite a lo juvenil adquirir “un estatus de presencia potente en la sociedad contemporánea y puede ser concebido un aporte a la construcción de comunidad” (Duarte, 2015a, p. 395).

De igual manera, partir solo de la edad no permite comprender la complejidad, las especificaciones, contextos y significados de esta categoría social. En la presente investigación se partió del concepto de juventudes como una construcción sociohistórica, cultural y relacional, considerando que “Los jóvenes van construyendo identidades sucesivas, de generación en generación, de subgrupo en subgrupo, de cultura en cultura, de contexto social en contexto social” y así se dan diversas maneras de ser joven (Mettifogo y Sepúlveda, 2004, p. 13).

3.3 Juventudes como construcción social

En contraposición a las posturas conservadoras de juventud, han emergido perspectivas teóricas más integrales y progresistas que buscan comprender a la persona joven en el proceso histórico y definen la juventud como “una construcción social-histórica en cuya emergencia y constitución confluyen distintos factores como las estructuras económicas, políticas, sociales y culturales junto con la agencia de los sujetos individuales y colectivos”. Es así como “la juventud emerge y se experimenta de manera diferenciada en

la sociedad, es decir, dependiendo de la clase social, del género, de la ubicación geográfica y de la étnica, etc.” (Álvarez, 2016, p. 49).

Considerando la diversidad de perspectivas sobre la juventud, Duarte (2015a, p. 78) la define como una “categoría polisémica”, porque hace referencia de manera simultánea a aspectos de “temporalidad”, a “un modo de vida”, de “conflictividad social” y a “un grupo social”. La juventud se refiere a un ciclo específico de la vida definido por la sociedad y la cultura. Es un modo de vida en donde se entra en tensión entre lo que se quiere ser y lo que la sociedad impone, que son principalmente las actitudes y formas de comprender las relaciones sociales impuestas por el mundo adulto y en donde se empieza a entender y cuestionar lo establecido pudiendo entrar en conflictividad con los aspectos en que no se está de acuerdo y, en tanto grupo social, las y los jóvenes se pueden dar la posibilidad de análisis y participación grupal con criterios particulares sobre las posiciones socialmente definidas.

Se analiza a las y los jóvenes desde posiciones heterogéneas, considerando la diversidad del mundo social, donde se presentan aspectos como el género, la raza, el territorio, la generación a la que se pertenece, la clase, el lugar donde se vive, sus comportamientos, sus referencias identitarias, los lenguajes, las formas de sociabilidad, la inserción en las familias y las instituciones, entre muchos otros; es decir, variados aspectos que constituyen diferentes maneras de ser joven. Por consiguiente, las y los jóvenes son parte de un tiempo, sociedad y cultura que ejercen roles en las instituciones de una determinada estructura social y que van asimilando imágenes culturales de lo que es ser una persona joven (Duarte, 2015a; Margulis, 2001).

Duarte (2015a) motiva a pensar en la variada gama desde donde desarrollar la temática de las juventudes. Hace énfasis en la historia del desarrollo de la juventud, señalando que no siempre ha existido, sino que ha emergiendo en la historia y en la cultura de los diversos grupos sociales, de manera diferenciada y específica, según como va desarrollándose y cambiando el modo de producción de las sociedades. Considera que tendemos a pensar que las y los jóvenes han existido siempre; sin embargo, es lo contrario: los modos de ser joven se van diferenciando en cada sociedad. Como se puede analizar de los conceptos

apuntados anteriormente en este escrito, se va siendo joven de manera distinta en el transcurso de la historia; además, van cambiando las posturas según el autor, el contexto en que investiga y el tiempo.

3.4 Juventudes en la asimetría adultocéntrica

El surgimiento de la diferenciación de las generaciones se ubica en el proceso histórico cuando el grupo masculino se comienza a apropiarse de la capacidad reproductora y productora de las mujeres, generándose una asimetría social (Duarte, 2002). Antes de este momento, en las sociedades triviales sin clases, los varones y las mujeres eran autónomos, lo mismo que las personas menores; si bien tenían posiciones diferentes, eran de igual prestigio y valor; los sexos tendían a ser complementarios, no implicaban necesariamente inferioridad o superioridad. Cuando las relaciones y organizaciones sociales de estos grupos triviales se complejizan, surgen en su interior clases sociales y comienza la dominación de unos sobre otros (Montecino, 1996).

La dominación masculina, que da origen a las sociedades patriarcales, es producto de un largo proceso que se inicia en las sociedades neolíticas (Era de Piedra) con acontecimientos principales como el descubrimiento del papel del varón en la gestación, el aumento de la productividad del trabajo, que permitió la acumulación de cereales; la sedentarización, el empleo de los metales y la actividad de la guerra. Estos eventos dan paso a cambios fundamentales en las estructuras de parentesco, pasando de ser matrilineales a ser cada vez más patrilineales; es decir, una organización con base en la dominación masculina. Estos cambios en la estructura de parentesco han triunfado en las sociedades burguesas instaurando el orden que hoy día se rige, “sustituyendo la dominación del padre de familia –amo de siervos, hijos y haciendas–, por la de los hijos-hermanos varones” (De Barbieri, 1993, p. 164).

Este contexto de relaciones de género asimétricas funcionado en una estructura familiar llevaron paulatinamente a los grupos de personas mayores a construir “una autopercepción de su rol social, en que se atribuyeron las responsabilidades de educar y transmitir sus conocimientos a los nuevos grupos menores” (Duarte, 2002, p. 4), lo cual

permitió la consolidación de una relacional generacional asimétrica en que ser mayor implica gozar de una serie de privilegios en menoscabo de las y los menores. “Así, los padres y madres, los hermanos y hermanas mayores, los familiares cercanos de mayor edad poseen una posibilidad de controlar y definir las opciones que niños, niñas y jóvenes asumen” (p. 4). Esta asimetría de generación entre los adultos y los denominados menores articula una relación adultocéntrica.

En el estudio de esta relación asimétrica adultocéntrica se identifican tres dimensiones que la componen, a saber: la simbólica, la dimensión material y la corporal-sexual (Duarte, 2015a). La primera hace referencia a las construcciones de imaginarios sociales sobre lo juvenil donde se incorpora de manera sistemática la condición adultocéntrica como fundamento interpretativo, que constituye un eje de análisis complementario a otras categorías de dominio como el género, la clase, la raza o el territorio. El imaginario adultocéntrico constituye una construcción sociocultural “que ordena –naturalizando– lo adulto como lo potente, valioso y con capacidad de decisión y control sobre los demás, situando en el mismo movimiento en condición de inferioridad y subordinación a la niñez, juventud y vejez” (Duarte, 2015a, p. 419).

La segunda dimensión material articula el adultocentrismo con los procesos sociales de tener o no acceso a los bienes necesarios que permiten el desarrollo social. Este plano material se articula con procesos económicos y políticos institucionales. Alude a “las concepciones de lo que se espera que cada sujeto ha de realizar como parte de su desarrollo, según unas posiciones en la estructura social organizada en este caso según el ciclo de vida”. Así, las juventudes se encuentran en una posición de búsqueda para alcanzar los bienes necesarios, pero sin capacidad de controlar esos procesos que están en manos de los adultos, lo cual les da una condición de “minoridad, dependencia y subordinación” (Duarte, 2015a, p. 410).

La dimensión de las sexualidades y corporalidades juveniles analiza cómo los cuerpos de los menores están en función de la obediencia y subordinación de las personas mayores (instituciones familiares, escolares, religiosas, entre otras), a quienes se les otorga el permiso para experimentar de manera independiente y de asegurar las normas morales

impuestas a las juventudes en los procesos sociales reproductivos de manera autoritaria, principalmente en la represión de las energías libidinales (Duarte, 2015a).

La noción de juventudes analizada por Duarte (2015a, p. 384) parte de diversos principios antes señalados, entre estos el incorporar de manera sistemática la condición adultocéntrica de la sociedad contemporánea como sistema de dominio, lo cual logra “una comprensión profunda e intensa del carácter conflictivo y asimétrico que caracterizan parte importante de las experiencias de ser joven”. Plantea que “el adultocentrismo constituye un eje de análisis complementario al patriarcado, conflicto de clases, racismo y otras asimetrías sociales” (p. 384). Por consiguiente, se basa en la perspectiva de construcción social de lo juvenil, “lo juvenil no está 'por fuera' de la sociedad, sino que se hace parte activa de ella” (p. 394), lo cual permite una mayor profundidad e intensidad en el conocimiento de las juventudes.

El concepto de juventudes que guía la presente investigación profundiza en las realidades juveniles y sociales desde la pregunta por las relaciones generacionales de poder que ahí se dan y los modos en que se crean y recrean dichas relaciones. Considera que estas son asimétricas y adultocéntricas, analizando este concepto como “la construcción de sociedad, de estilos de relación y de imaginarios sociales que se fundan en la noción de que lo adulto es lo que vale, lo que sirve, el modelo a seguir, aquello que en definitiva posee control y capacidad de definición sobre aquello que no es adulto” (Duarte, 2001b, p. 8). Según esta postura adultocéntrica, los y las jóvenes aparecen como inexistentes, porque serán algo hasta cuando lleguen a la adultez y se integren a la sociedad, cuando sean responsables; como jóvenes no están integrados a la sociedad, son irresponsables, lo que implica formarles para que maduren.

La permanente vinculación de las dimensiones simbólica, material y corporal-sexual del paradigma adultocéntrico, como posiciones de la estructura que condicionan los modos de hacerse joven y experimentar lo juvenil, se estudia en esta investigación; tal y como planteo más adelante en la experiencia del grupo de estudio, el dominio adultocéntrico se complementa y fortalece con otras dominaciones como la clase, la desigualdad social y de género y la expresión del patriarcado que sostiene el adultocentrismo.

3.5 Resiliencia en las juventudes

En la exclusión social no siempre los jóvenes pueden enfrentar sus problemas de forma eficaz, lo cual puede desencadenar efectos negativos en sus vidas, en las de sus familias y en la sociedad. De aquí que se han estudiado las relaciones entre los estilos de afrontamiento y otros factores como la clase social, la edad y el género, que directa o indirectamente influyen en la calidad de vida de las personas dependiendo de cómo son percibidas las situaciones. La investigación de estos fenómenos lleva a pensar en estilos de afrontamiento que pueden haber tenido algún tipo de relevancia en la vida de los jóvenes desde que eran niños; a esta forma de actuar se le llama resiliencia (Vinaccia, Quiceno y Moreno, 2007).

El concepto de resiliencia se ha desarrollado en los últimos cincuenta años, cuando se empieza a observar comportamientos individuales de superación y luego con estudios evolutivos de niños que habían vivido en condiciones difíciles. El término se ha definido de diferentes formas dependiendo del área del conocimiento. En este caso, se refiere a “la capacidad de superar los eventos adversos, y ser capaz de tener un desarrollo exitoso a pesar de las circunstancias muy adversas (muerte de los padres, guerras, graves traumas, etc.)” (Becoña, 2006, p. 125). Algunos términos que se han utilizado como sinónimos de resiliencia son los de dureza, competencia, resistencia del ego (que protege a la persona de enfermar) y fuerza del ego. El concepto hace referencia a la capacidad individual o grupal para seguir proyectándose en el futuro, a pesar de las condiciones desfavorables de la vida (Kotliarenco, Cáseres y Fontecilla, 1990).

Para algunos autores la resistencia frente a la destrucción, como capacidad de proteger la propia integridad bajo la presión, es un componente de la resiliencia; otro componente de la resiliencia es la capacidad de construir una conducta vital positiva pese a las circunstancias difíciles. Asimismo, una tercera dimensión se da cuando las personas logran transformar su problema en un bien o en una fuerza creadora (Vanistendael, Vilar y Pont, 2009; Amar, Kotliarenco y Abello, 2003).

La resiliencia se aplica en diversos contextos organizaciones, personales, familiares y comunitarios (Vanistendael y Lecomte, 2002, Barranco, 2009). A nivel individual hace

referencia a la capacidad de la persona frente a las adversidades (muerte de los padres, divorcio, separaciones, enfermedades, pobreza, maltrato, abandono, entre, otros) aprender de ellas, superarlas y ser transformados por estas. A nivel familiar la resiliencia considera la capacidad de los miembros de la familia de seguir creciendo ante las adversidades, mantener la unidad y entender los acontecimientos de la vida creando formas activas de satisfacer las necesidades de sus miembros.

La resiliencia comunitaria ha sido desarrollada en Latinoamérica, principalmente en el enfrentamiento de desastres y catástrofes que han puesto a prueba la resiliencia en un sentido colectivo. Los fundamentos de esta resiliencia se basan en la autoestima colectiva, la identidad cultural, el humor social y la honestidad estatal (Barranco, 2009).

Con las nuevas investigaciones han surgido nuevas interpretaciones del concepto de resiliencia trascendiendo su aplicación individual y se ha ampliado a lo comunitario, como un enfoque importante en las intervenciones sociales. Así varios investigadores (Munist, Santos, Kotliarenko, Suárez, Infante y Grotberg, 1998) consideran que:

Un programa diseñado para fomentar la resiliencia debe apoyarse en todo un sistema de desarrollo social y estar dirigido al refuerzo de sus factores protectores, a la formación de la autoestima del joven, al aumento de su competencia social, y al desarrollo de su capacidad de solucionar problemas. Debe ser, por lo tanto, un programa basado en la comunidad y de naturaleza transectorial, porque de esa manera puede abarcar los ámbitos en que se desarrollan las vidas de niños y adolescentes (p. 52).

Para Keck y Sakdapolrak (2013) la resiliencia implica más que la capacidad de enfrentar el riesgo y lograr reorganizarse, integra en este concepto las políticas sociales que se requieren para lograr respuestas integrales; la resiliencia implica a la sociedad, el medio ambiente y al Estado.

Las investigaciones de las últimas décadas han demostrado que, independientemente de las situaciones adversas en que se nazca, como en este caso el vivir en la exclusión social, las personas que crecen en estos ambientes pueden desarrollar comportamientos

resilientes. Es decir, si bien los factores de riesgo están presentes, simultáneamente se dan factores de protección que logran que las personas reviertan la percepción que tienen sobre los efectos a los cuales se ven enfrentados y, por consiguiente, puedan superar dificultades (González, Valdéz, Pasaflores y González, 2009).

Como presento en los resultados de esta investigación, a pesar de nacer y crecer en la exclusión social, se encuentra en estos ambientes vulnerables variedad de reacciones que les ha permitido a los varones jóvenes tener mayor capacidad de superar los problemas y salir adelante en las situaciones adversas.

Las investigaciones de resiliencia en jóvenes plantean que las emociones negativas son factores de riesgo para la calidad de la vida; este tema ha sido ampliamente estudiado en poblaciones marginales, donde se encuentra que niños y niñas de poblaciones excluidas tienen alta probabilidad de llegar a ser jóvenes con problemas múltiples en comparación con otros de clases sociales más elevadas. Asimismo, dan cuenta de que en estas poblaciones existe una serie de factores que actúan como protectores; es decir, que mitigan los efectos de la privación promoviendo comportamientos resilientes. Uno de estos factores es que de niños hubieran estado menos expuestos a la adversidad familiar, lo que los hace ser jóvenes con mejor rendimiento escolar, menos cantidad de relaciones con pares que hubiesen realizado actos delictivos y con menor participación en actos que pudieran implicar riesgo (Vinaccia, Quiceno y Moreno, 2007).

Entre los factores protectores que se han identificado para ser jóvenes resilientes se encuentran: las relaciones emocionales estables con al menos uno de sus padres o con quien hayan desarrollado un vínculo afectivo, un ambiente educativo abierto y contenedor, con límites claros, apoyo social con modelos que motiven al afrontamiento constructivo, tener la experiencia de cumplir con responsabilidades sociales y exigencias de logro, tener competencias cognitivas y al menos un nivel intelectual promedio. Asimismo, características temperamentales que favorecen un afrontamiento efectivo, como la flexibilidad, haber vivido experiencias de autoconfianza, contar con una autoimagen positiva y tener un afrontamiento activo como respuesta a situaciones estresantes (Vinaccia, Quiceno y Moreno, 2007).

3.6 Juventudes en la investigación

La presente investigación se apropió del término juventudes basada en la pluralidad del mundo juvenil; por ejemplo, los que viven en la pobreza, los del campo, los de zonas urbanas, los que viven en exclusión social, entre muchos otros. Se partió de la concepción de juventudes más compleja e integral, que incluye otras dimensiones de carácter cultural, posibles de evolucionar a lo largo del tiempo de acuerdo con los cambios que experimentan las sociedades a su interno y de una a otra sociedad; es decir, como una construcción social. En este sentido, Bourdieu (1990, pp. 163-164) afirma que “La ‘juventud’ no es más que una palabra”, ya que ubica este concepto dentro de la estructura de poder que se ha establecido para dividir o repartir el poder; considera que son límites manipulados por quienes tienen el patrimonio para producir un orden donde cada grupo tiene un lugar y debe mantenerse en este: “La juventud y la vejez no están dadas, sino que se construyen socialmente en la lucha entre jóvenes y viejos”. La clasificación por edades es “un dato biológico socialmente manipulado y manipulable; muestra que el hecho de hablar de los jóvenes como una unidad social, de un grupo constituido, que posee intereses comunes, y de referir estos intereses a una edad definida biológicamente, constituye en sí una manipulación evidente” (p. 165). Considera que hay grandes diferencias, de tal manera que debería hablarse de “las juventudes”, ya que no se puede colocar bajo el mismo concepto universos sociales que no tienen casi nada en común.

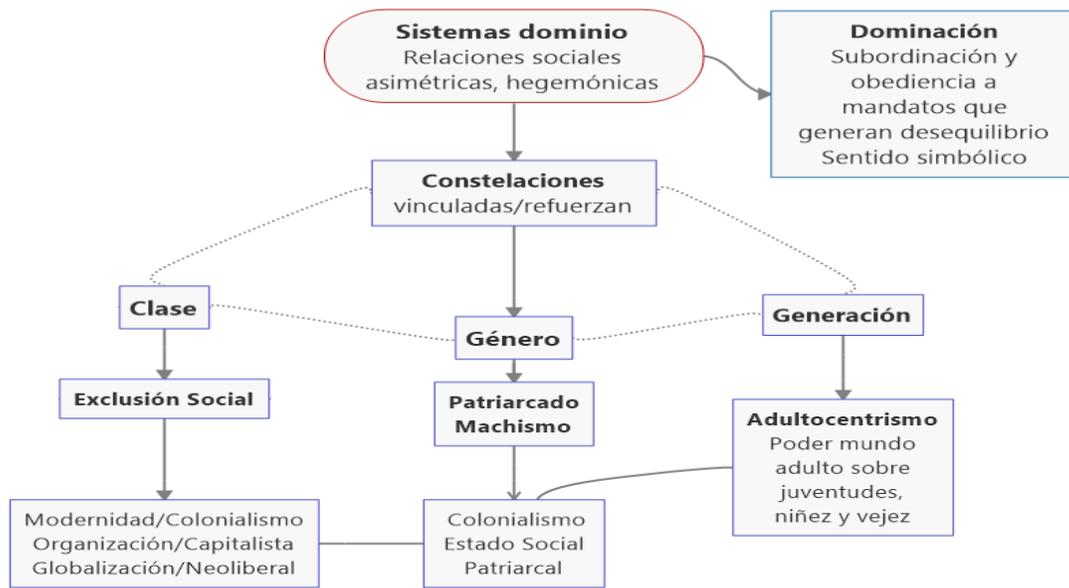
Esta investigación se contextualiza en los jóvenes varones de América Latina y propiamente en los que viven en exclusión social. Un extenso grupo de jóvenes sufre “la doble marginalidad”: por un lado, al considerar las juventudes como una etapa de transición y crisis, un síndrome cargado de patología; y, por otra parte, por su condición de falta de recursos socioculturales para la solución de sus problemas vitales y de identidad. Viven en un marco social de insatisfacción que los limita a elaborar el plan de vida, porque no tienen los instrumentos eficaces para alcanzar sus metas. En las juventudes en exclusión se ha incrementado la inequidad social y la marginación de acceso a las oportunidades para las y los jóvenes; por ello, cada vez son mayores las migraciones del campo a la ciudad, lo que favorece el aumento de juventudes urbano-marginales que experimentan los cambios

biopsicológicos propios de su vida y se les suman la pérdida de su entorno, la modificación de la familia, la falta de opciones de estudio y de trabajo, entre muchas otras. Es decir, sufren la “violencia estructural”, la exclusión social, que va más allá de aspectos económicos y sociales y abarca lo político, el derecho, el género y la ciudadanía, en los cuales juega un papel importante el Estado (Krauskopf, 2013, p. 157).

Considerando a las y los jóvenes costarricenses, Krauskopf y Muñoz (2002) analizan la ruta crítica de los que tienen una vida negativa. Krauskopf (2013) nos dicen que: “arranca con la violencia e invisible inseguridad de su exclusión desde antes del nacimiento... la erosión del tejido social genera mayores niveles de inseguridad y mayor desconfianza en los vínculos afectivos producto de la desprotección” (p. 159). De aquí que concluyan que la vulnerabilidad no es una condición personal, sino producto de una cantidad de situaciones que debilitan a la persona joven y donde no hay factores protectores para los riesgos.

Los conceptos antes expuestos en esta investigación fundamentan y explican la complejidad del entramado entre ser un varón, ser joven y vivir en la exclusión social en un mundo adultocéntrico, capitalista y globalizado, para dar respuesta a algunas interrogantes sobre cómo se expresa el género masculino en la exclusión social, cuáles son las normas dictadas por la masculinidad hegemónica en situaciones como la afirmación de la autoridad, la lucha para defender el valor, la respetabilidad económica, la indiferencia ante el peligro, el menosprecio de las virtudes femeninas y la afirmación de la autoridad en cualquier nivel, entre otros mandatos de la masculinidad. Al vivir en sitios como los que describe Valencia (2011), caracterizados por la unión de la pobreza, los grupos de delincuencia y el tráfico de drogas, se detecta una masculinidad violenta; comunidades donde con frecuencia se cobran vidas de varones jóvenes en el desafío de la lucha y el poder, donde pareciera que la clase criminal se legitima en su ejecución de la violencia.

A continuación, presento un esquema con las temáticas primordiales tratadas en este primer capítulo de la investigación y sus relaciones.



Weber (1964), Gallardo (1990), Gramsci (1981), Noguera (2011)

II. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

1. DEFINICIÓN DEL PROBLEMA

El problema que abordé en esta investigación nace de la situación de carencias materiales, psicosociales y políticas que pone en una situación de desempoderamiento a los varones jóvenes en exclusión social en el país y la invisibilización de sus problemáticas. En una primera etapa de la presente investigación, realicé un estado de la cuestión que incluía aquellas investigaciones en Costa Rica sobre la condición de las masculinidades en los varones jóvenes que viven en exclusión social; me encontré con que no hay estudios similares al presente. Asimismo, investigadores que trabajan en el tema de las masculinidades consideran actualmente de gran importancia este tema en la agenda de las Ciencias Sociales y otras áreas del conocimiento (Campos y Salas, 2002). De esta forma, definí la necesidad de estudiar la experiencia de vida en una muestra de estos jóvenes, quienes experimentan una asimetría social de clase que está asociada a otras como la de género, donde se practica el dominio de la masculinidad patriarcal, y la de relaciones generacionales, con un predominio de adultocentrismo. Como problema de investigación interesa el género masculino, pero considerando la diversidad de identidades que hay en él.

El propósito de esta investigación fue estudiar a los jóvenes en este momento contemporáneo, escuchar sus voces excluidas desde un punto de vista decolonial, en un proceso de resignificación de su existencia, acogiendo a otras epistemologías, a las que han superado o hacen ruptura con las epistemologías modernas occidentales, las que vienen no solo de las élites intelectuales, sino que se nutren de saberes populares, comunitarios y minoritarios (Barroso, 2014, entrevista a Yuderkys Espinosa). Se realizó así un análisis de estos jóvenes varones en el lugar que ocupan en la estructura, caracterizada por las asimetrías y la dominación, para encontrar un nuevo tipo de pensamiento decolonial: el de las personas negadas, como las que viven en exclusión social.

2. OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

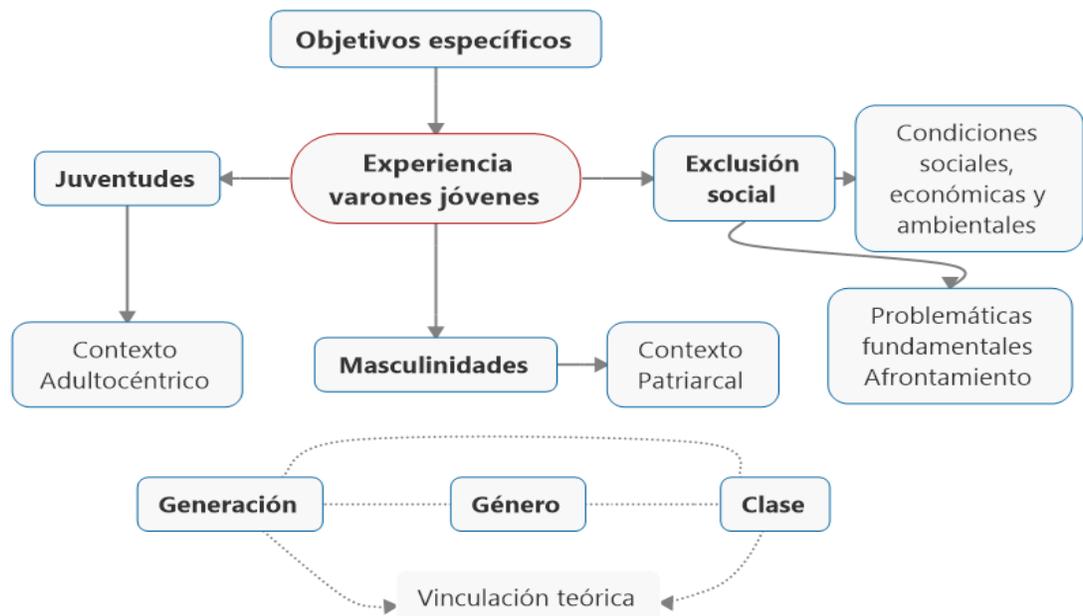
Objetivo general

Analizar las experiencias de los varones jóvenes urbanos costarricenses desde su condición de exclusión social, al experimentar la masculinidad patriarcal y ser jóvenes en una sociedad adultocéntrica

Objetivos específicos

- a. Caracterizar las condiciones sociales, económicas y ambientales de exclusión social en que viven las personas jóvenes.
- b. Indagar las problemáticas fundamentales que viven varones jóvenes en su condición de exclusión social y cómo las afrontan.
- c. Conocer la experiencia de las masculinidades de los jóvenes en estudio en la coyuntura de masculinidades en el contexto patriarcal.
- d. Comprender cómo es la experiencia de las juventudes en los varones en estudio en la coyuntura de juventud en el contexto adultocéntrico.
- e. Determinar la articulación teórica entre los sistemas de dominio de clase, de género y de generación, en las experiencias de vida de los jóvenes.

A continuación, se ejemplifican con un esquema los objetivos de la investigación.



III. PROCEDIMIENTOS METODOLÓGICOS

1. ESTRATEGIA METODOLÓGICA

En la metodología de este estudio pretendí construir un “proceso creativo” basado en la intuición y el descubrimiento. La trabajé como un proceso flexible, dinámico y dentro de un diseño estable, donde existe conexión entre las preguntas de la investigación, la teoría y la información producida. Esta relación constituyó el “andamiaje” que permitió estructurar la investigación (King, Keohane y Verba, 2012, p. 23). Considerando lo antes expuesto, presento a continuación esta estructura “andamial” que guio el estudio para que este fuera factible.

1.1 Tipo de estudio

En esta investigación utilicé una perspectiva cualitativa que se inspira en la concepción de las ciencias sociales, donde su objeto de estudio es la persona y esta crea significados sociales y culturales en su relación con los otros. Por consiguiente, el método se orienta a

comprender los significados de la acción y de las relaciones sociales en la vida en sociedad, en este caso de los varones jóvenes que viven en la exclusión social (Tarrés, 2001).

Es así como la presente investigación es acorde a los diseños cualitativos donde se les da importancia a los procesos, sentidos y a la comprensión que se adquiere a través de las descripciones, en este caso, que dan los jóvenes. Por ello, es importante cómo los participantes de la investigación les dan sentido a sus vidas, a sus experiencias y a sus estructuras del mundo, así interesan más los procesos que los resultados o productos. En este tipo de estudio, la persona investigadora es el instrumento primario de producción de información y de análisis, esta va hacia las personas y a sus escenarios para observar y registrar testimonios en sus lugares cotidianos (Creswell, 2009).

El tipo de investigación cualitativa de este estudio se basa en la descripción científica y esta no se entiende como un proceso mecánico, sino en inferir información sobre hechos no observables a partir de aquellos que sí se han contemplado; implica elegir entre un número infinito de hechos que podrían registrarse y distinguir lo que tienen estos de sistemático y no sistemático (King et al., 2012).

El estudio también se puede definir como de alcance descriptivo, ya que trata de detallar con precisión cómo son y se manifiestan ciertos fenómenos, situaciones, contextos y eventos, de tal manera que se puedan hacer ciertas proyecciones. Sin embargo, con este tipo de estudio se pretendió más que todo realizar un esfuerzo por elaborar nuevos mapas cognitivos (Paredes, 2014), buscando el conocimiento novedoso, la experiencia y el pensamiento crítico de los propios jóvenes varones costarricenses en exclusión social y permitiendo visibilizar sus emergencias sociales. Como propone Santos (2009), buscar el “conocimiento científico social” (p. 1) y hacer una “revaloración del conocimiento local como conocimiento total y del conocimiento como autoconocimiento” (p. 1); asimismo, reconocer la multiplicidad de prácticas y experiencias sociales del mundo” (p. 208). En este caso, se buscó en el estudio, con esta metodología, la urgencia que señala Santos (2009) por “hacer visible lo invisible, pensable lo impensable, presente lo ausente” (p. 208).

1.2 Diseño metodológico

Dentro de la perspectiva cualitativa hay diversas aproximaciones; algunas parten de la definición del objeto de estudio y otras, de la forma de estudiarlo. Par algunos estudiosos como Tarrés (2001) esta diversidad de enfoques aporta a la pluralidad que debería caracterizar el conocimiento.

En la investigación cualitativa se señala que cada estudio es, por sí mismo, un diseño de investigación, ya que no hay dos investigaciones cualitativas iguales, sus procedimientos no son estandarizados. En este caso, este estudio es único, pues la investigadora es el instrumento de producción de información y el ambiente de la investigación evoluciona con el transcurrir del tiempo. El diseño en este tipo de investigación toma un carácter abierto en sus procesos, ya sea en la selección de los participantes-actantes, en la producción del contexto situacional, como también en la interpretación y análisis, ya que en este tipo de investigación cualitativa estos elementos se conjugan con quien investiga como persona de investigación, quien finalmente toma los datos e integra lo que se dice y quién lo dice (Delgado y Gutiérrez, 1995).

Si bien cada investigación cualitativa tiene su propio diseño, varios autores los definen en categorías sin dejar de anotar que las diferencias entre estos son relativas y la mayoría de los estudios toma elementos de más de uno. Considerando lo anterior, la presente investigación corresponde, principalmente, con los diseños narrativos que se caracterizan porque producen información sobre historias y experiencias de vida para describirlas y analizarlas; el interés se centra en las personas y su entorno (Flick, 2004). Estos son un esquema de investigación, pero también una forma de intervención, porque al contar la historia se da un proceso que aclara o hace conscientes aspectos de la vida de la persona.

Considerando lo anterior y de acuerdo con el problema de estudio y sus objetivos, donde se muestra un compromiso con la inclusión social y los principios de la equidad, el enfoque metodológico de esta investigación puede justificarse también como un modelo de inclusión, el cual es acorde a la utilización de metodologías emancipatorias y participativas como el método biográfico-narrativo. Este modelo de inclusión tiene su origen en los argumentos y las propuestas formuladas por los teóricos de la discapacidad y

hoy se emplea en otros colectivos o individuos para quienes la participación y el sentido de pertenencia en las distintas instituciones sociales se ha visto limitado o suspendido (Susinos y Parrilla, 2008).

La investigación inclusiva se caracteriza por diferentes grados de participación e involucramiento de las personas del estudio en el proceso de este; lo más importante es que estas se reconocen como fuente activa del conocimiento social. Por consiguiente, no se conciben como personas pasivas sobre las que se investiga (Parrilla, 2009).

Se trata de una propuesta de investigación contra-hegemónica, en el sentido, que se separa de la ideología tradicional de la clase hegemónica dominante, para dar expresión a otras clases, en este caso a las excluidas. Se trata de un espacio de reflexión contrario al orden socioeconómico formal que deja por fuera a los excluidos y presentar la cosmovisión de estos (Gramsci, 1972). El objetivo, en esta investigación, es que los varones jóvenes cuenten sus vidas y sus experiencias, convirtiéndose en coinvestigadores de su propia historia, al poner su voz y expresar su propia experiencia en la exclusión. Es así como se construye una interpretación de exclusión, de masculinidades y de su condición de jóvenes, lo que implica un análisis de esta en primera persona.

El fundamento de este enfoque de investigación inclusiva se basa en la necesidad de construir un nuevo marco teórico, que trabaje sobre las conexiones epistemológicas y metodológicas en la construcción de identidades de colectivos en situación de desigualdad y riesgo de exclusión por diferentes tipos de razones (Susinos y Parrilla, 2013). Es así como este enfoque es acorde al estudio de los varones jóvenes en exclusión social, para quienes sus condiciones de vida se ven muy afectadas por la situación del aumento progresivo de la desigualdad social en Costa Rica.

Lo que se pretende con este tipo de enfoque es desarrollar la investigación de un modo inclusivo. Las experiencias de Parrilla (2009) y Susinos y Parrilla (2013) nos dan ciertas directrices a seguir que caracterizan el tipo de investigación inclusiva y son las que se pretenden lograr en el presente estudio, a saber:

- Considerar la investigación como una herramienta transformadora al servicio de la inclusión. Esto se logra al identificar los procesos de exclusión, lo cual puede

constituirse en un camino hacia la inclusión. Este tipo de investigación se convierte en un proceso de denuncia, descripción y análisis de situaciones y procesos de exclusión, así como también en mecanismos y acciones transformadoras de la realidad social en que se inscribe la investigación.

- Proponer una mirada social sobre los procesos de exclusión que son producto más de la cultura dominante y no de características individuales, con una perspectiva desde el individuo a la sociedad y sus instituciones. La investigación es un proceso y una realidad social que implica incluir la subjetividad para comprenderla.
- Distanciarse de la investigación hegemónica, centrada en el análisis de los profesionales y lo que las disciplinas dominantes establecen como verdades y de interés, y mantener una posición democrática y participativa en la que se dé representatividad a las personas que pueden ofrecer información única sobre sus procesos.
- Utilizar un proceso de investigación no excluyente. Las relaciones de poder no deben ser opresivas, ni desautorizantes, ni situar a las personas con las cuales se investiga en un papel marginal. Se pretende que las voces, los recuerdos y las experiencias de las personas en situación de exclusión se unan y dialoguen con la de los investigadores.
- Explorar y practicar con nuevos modos y procedimientos para alcanzar los objetivos de la investigación, de tal manera que las personas en situación de exclusión participen en los procesos y en la toma de decisiones de manera amplia, logrando el objetivo de las metodologías emancipatorias, capaces de captar el carácter construido, procesual y dinámico de la exclusión. Se enfatizan los procesos desarrollados en la investigación más que los resultados.

Este enfoque de la investigación inclusiva espera contribuir a la teoría, a indagar las conexiones epistemológicas y metodológicas en la construcción de identidades de colectivos en situación de exclusión y la necesidad de abrir el ámbito de estudio a la dimensión personal y subjetiva, a la experiencia e interpretación que tienen las personas de la propia situación. Esto supone reconocer la subjetividad como fuente de conocimiento

social y sitúa a los enfoques narrativos en el centro del debate, ya que permiten entender los fenómenos sociales (en este caso la exclusión) como textos, cuyo valor radica precisamente en la autointerpretación y reconstrucción que las personas relatan y dan a estos (Bolívar, 2002).

2. GRUPO DE ESTUDIO

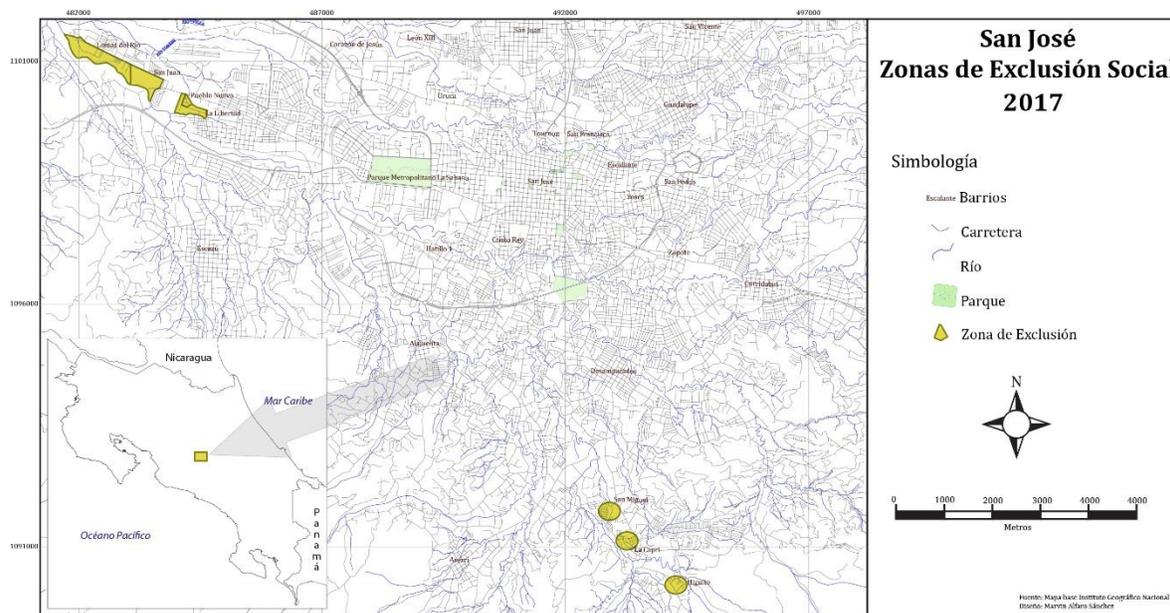
2.1 Criterios de selección de la muestra

Las características de selección de la muestra correspondieron a criterios de comprensión y pertinencia de acuerdo con los objetivos de la investigación; es decir, con su génesis y estructura. Para Delgado y Gutiérrez (1995) en un estudio cualitativo “cuanto más enfocada esté la selección más definida será la información que obtengamos” (p. 77). Los criterios de esta investigación corresponden a los siguientes: ser una persona joven, habitar en una zona de exclusión en el área Metropolitana de Costa Rica y ser varón.

Por consiguiente, el grupo de estudio estuvo constituido por varones jóvenes en condición de exclusión social, habitantes de zonas del país que se caracterizan por su bajo grado de desarrollo social y económico; en “hogares cuyos miembros tienen empleos precarios o del todo están desempleados y subsisten con ayudas del Estado u otras fuentes. A la vez tienen baja escolaridad y poco o nulo acceso a la seguridad social” (Programa Estado de la Nación, 2016, p. 137). Los varones del estudio habitan en los distritos de Pavas (Lomas del Río, San Juan, Pueblo Nuevo, La Libertad) y Desamparados (San Miguel, La Capri, Higuito), en barrios cuyos hogares reúnen la condición de exclusión social. Como lo explica el Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica (MIDEPLAN, 2013), las zonas y distritos en Costa Rica tienen un nivel de desarrollo heterogéneo, un mismo distrito como los antes señalados posee barrios de menor y de mayor desarrollo social (en el mapa adjunto se identifican las zonas de donde procede el grupo de estudio, este fue diseñado por Marvin Alfaro Sánchez, en octubre del 2017, según mapa base del Instituto Geográfico Nacional).

Por otra parte, la investigación incluye solo varones, porque se estudia la exclusión por la hegemonía de las masculinidades, en una época donde se están cuestionando los estilos tradicionales de ser varón, los privilegios que aporta a estos, pero también las consecuencias negativas que implica para los varones mantener estos privilegios a lo largo de la vida, en las relaciones de género. Como señala Kaufman (1989) “el proceso de adaptación a la masculinidad les resulta difícil a todos los hombres, aunque no lo experimentan conscientemente como tal” (p. 22).

Si bien en la presente investigación realizo una crítica al concepto de juventud basado en un criterio de edad como una etapa lineal de desarrollo, lo cual se analiza más adelante, para efectos de selección del grupo de estudio se usa la edad, considerando que en Costa Rica la Ley General de la Persona Joven (N.º 8261, emitida por la Asamblea Legislativa de la República de Costa Rica, 2002) ubica como personas jóvenes a quienes se encuentran entre los 12 y los 35 años. Las edades que se integraron en la muestra están en un rango de edad de los 17 a los 24 años.



2.2 Muestra

En este estudio, el tamaño de la muestra no es importante desde una perspectiva probabilística, pues el interés no es generalizar los resultados a toda la población juvenil de varones en el país. Lo que realicé fue una indagación que permitió explorar el ambiente y el fenómeno de estudio. La muestra de diez varones jóvenes se basó en el juicio de expertos que determinan cómo esta representa cualitativamente a la población y es acorde a los objetivos del estudio. Determiné este tamaño de muestra una vez que se llegué a la saturación del espacio discursivo sobre las temáticas a investigar en las historias de vida de los participantes, considerando que mayor número de estos no iba a suponer más información novedosa de acuerdo con las categorías de estudio. Suspendí el número de entrevistas cuando se llegó a la repetición de los discursos ya obtenidos (Delgado y Gutiérrez, 1995).

Realicé una cuidadosa y controlada elección de personas con ciertas características, las anotadas en el apartado anterior, cuyas condiciones son acordes al problema de la investigación.

Por consiguiente, la muestra es de tipo no dirigida, por conveniencia en el sentido de que los jóvenes varones estaban disponibles en sus comunidades; a la vez, tuvieron una participación voluntaria. Ellos fueron invitados a participar en la investigación por líderes o profesionales que trabajan en las comunidades. Para realizar la selección de los jóvenes estos recibieron un conocimiento previo de los objetivos de la investigación y los criterios de selección.

Las comunidades las ubiqué por medio de instituciones que tienen proyectos sociales con jóvenes en zonas de exclusión social en el Área Metropolitana de San José; estas corresponden al Instituto WEM, ubicado en San Pedro de Montes de Oca; la iglesia evangélica Senderos de Luz de Desamparados y la Casa Infanto-Juvenil Saint Exupéry Fundamentos, en Pavas.

A continuación, realizo una descripción de características de los jóvenes que participaron en la investigación y sus familias. Los nombres que aparecen corresponden a seudónimos; se omite información que pudiera limitar el anonimato de los participantes.

Alex: Tiene 20 años, actualmente no estudia ni trabaja. Trabajó en un restaurante, en construcción y en la venta de droga. Realizó la educación primaria en Pavas, repitió el cuarto y el sexto grado. Entró a la secundaria y ganó solo el séptimo año. Intentó estudiar de noche, pero no concluyó. Su madre lo tuvo cuando ella tenía 16 años y se hicieron cargo de su crianza los abuelos maternos. Actualmente, vive con sus abuelos y tíos en Pavas. El abuelo trabaja como camionero y la abuela se encarga de la casa. Su madre vive en una ciudad muy alejada, se casó y tiene tres hijas más. Alex la visita dos veces al año. Con su padre no tiene contacto, este vive en Pavas y tiene otra familia. Su padre es de origen nicaragüense y su madre es costarricense.

Andrés: Tiene 17 años, está cursando el noveno año de secundaria. Durante un tiempo no estudió y trabajó como mecánico con su padre. Práctica el boxeo desde hace un año. Vive en Pavas con su familia que está constituida por ocho miembros en total: padre, madre, el hermano mayor con su compañera e hijo y un hermano y una hermana menores que él. Su padre es mecánico, su madre manicurista, su hermano mayor llegó a séptimo año y es taxista pirata (no tiene permiso legal); el otro hermano está en séptimo año en un colegio nocturno y trabaja en mecánica con el papá; la hermana menor cursa cuarto grado de escuela. Su padre y su madre son de origen costarricense.

Bernardo: Tiene 18 años, actualmente no estudia ni trabaja. Cursó la escuela en Pavas hasta tercer grado. Mientras estaba en cuarto grado fue internado en una institución por consumo de drogas y faltas delictivas, donde logró terminar el cuarto grado. Posteriormente, estuvo internado en otra institución para recuperarse de la adicción. Ha trabajado como bodeguero y empacador. Vive en Pavas con su madre, el padrastro y su hermano de 13 años. Su padre biológico es drogadicto, prácticamente no ha tenido relación con este. Tuvo un primer padrastro por doce años que es el padre de su hermano y él lo considera su padre también. Ahora su madre tiene otro compañero con quien vive la familia. Su familia es de origen costarricense.

Julio: Tiene 20 años, cursó la primaria en la escuela en Pavas y actualmente está en quinto año de colegio, tuvo que repetir sétimo año. Practica el fútbol en el equipo del colegio y del barrio. Ha tenido trabajos temporales en los periodos de vacaciones. Vive en Pavas con sus padres, un hermano de 15 años y un tío pensionado de edad mayor. Tiene dos hermanas mayores, una está casada, tiene dos hijos. La otra hermana vive con su compañero. El padre es guarda y la mamá ha trabajado en oficios domésticos, actualmente se encarga del trabajo del hogar y cuidar al tío. Su familia es de origen costarricense.

Carlos: Tiene 17 años, cursó la primaria en una escuela en Cartago. Ingresó al colegio en Cartago, también en Pavas; asimismo, fue a un colegio nocturno, pero no ha logrado ganar el sétimo año. Trabaja de ayudante de electricista con su papá que ejerce este oficio. Sus padres se separaron cuando tenía 10 años y él se quedó viviendo en Cartago con su madre, que es operaria, y su hermano que tiene actualmente 10 años. Durante tres años su madre tuvo un compañero con el que no se llevaba bien. Vivió con su madre hasta los 15 años cuando se fue a vivir con su padre a Pavas, su tía y dos primos. Hace 15 días nació su primera hija, la madre es su novia que tiene 16 años. Su familia es de origen costarricense.

Cristóbal: Tiene 21 años, en la escuela repitió cuarto grado. Asistió a un colegio de Desamparados y repitió décimo año dos veces sin lograr pasarlo; actualmente, está cursando bachillerato por madurez. Cuando dejó el colegio laboró en restaurantes atendiendo y haciendo trabajos de limpieza, después trabajó lavando autos y actualmente trabaja limpiando un restaurante de once de la noche a seis de la mañana. Vive en Desamparados con su familia que está constituida por cuatro miembros en total: la madre que trabaja como cajera en un restaurante, el hermano mayor que trabaja en un *call center* y estudia en la universidad y la hermana de 15 años que cursa noveno año. Sus padres se separaron cuando él tenía cuatro años, pero periódicamente veía al padre. Tuvo un padrastro varios años, el padre de su hermana menor, con quien se dieron conflictos porque maltrataba a su madre. Su madre es de origen nicaragüense y su padre costarricense.

David: Tiene 17 años, dejó el colegio a mediados de noveno año. Actualmente, no estudia, piensa iniciar bachillerato por madurez. Trabaja como voluntario en una iglesia evangélica. Vive en Desamparados con su familia que está constituida por cuatro miembros: él, sus padres, su hermano gemelo. El padre trabaja en construcción como contratista y la mamá laboró varios años en una agencia de publicidad, actualmente no trabaja fuera del hogar. Los padres se separaron cuando él tenía doce años, el padre estuvo varios años fuera del país y formó otra familia; actualmente, el padre pasa en la casa solo los fines de semana. Sus padres son de origen nicaragüense.

Pablo: Tiene 24 años. Estuvo en una escuela en San José, salió a los 14 años sin ganar el sexto grado. Este lo volvió a cursar y ganar cuando tenía 18 años en una escuela nocturna. Actualmente, está sin trabajo y ha laborado como bodeguero y misceláneo. Vive en Pavas con su madre, que es ama de casa, y dos hermanas: una de 27 años que trabaja como *display* y tiene un hijo de dos años y otra de 19 años que estudia. Su padre murió hace 5 años de un infarto, trabajaba como guarda. Sus padres se separaron cuando él tenía 14 años. Cuando tenía 17 años se juntó a vivir con una muchacha por dos años. Posteriormente, vivió casi dos años con otra joven y se separó hace seis meses, con esta tiene una hija recién nacida. Su familia es de origen costarricense.

Juan: Tiene 18 años. Estudió la primaria en Pavas; entró a séptimo año en el colegio de esta misma zona, pero lo repitió tres años sin aprobarlo; posteriormente, lo ganó en bachillerato por madurez. Práctica jiu-jitsu desde hace año y medio en una academia. Recibió un curso técnico y trabaja en su casa en reparación de celulares. Vive en Pavas con su madre, que está pensionada por problemas de salud, y un hermano de 25 años que tiene un problema neurológico. Su padre es taxista pirata, nunca ha vivido con él y prácticamente no tiene contacto con este, quien ha tenido varias parejas y siete hijos más. Su familia es de origen costarricense.

José: Tiene 19 años, actualmente no estudia. Repitió dos veces décimo año y luego llevó cursos de bachillerato por madurez, pero por razones de trabajo no pudo continuar con estos. Actualmente, está buscando trabajo y espera el próximo semestre llevar cursos para terminar el bachillerato. Sus dos primeros trabajos fueron cuando estaba en la escuela, vendía empanadas, y después trabajó en una empackadora de carbón. En el colegio, en los periodos libres, trabajaba cogiendo café o en una empackadora. Cuando salió del colegio, tuvo puestos en construcción, como bodeguero y como agente de ventas. Vive en Desamparados con su familia que está constituida por cinco miembros: él, la abuela materna, la madre que hace trabajos de campo en una finca, el hermano mayor (20 años) que estudió en la universidad y recién entró a trabajar; y la hermana menor (15 años) que está en noveno año de colegio. A su padre, que trabajaba en construcción, lo mataron cuando él tenía nueve años. Sus padres son de origen costarricense.

3. PROCESO DE PRODUCCIÓN DE INFORMACIÓN

3.1 Técnica de trabajo

Las técnicas de investigación social tienen una enorme trascendencia en los procesos de indagación y, al considerar el enfoque metodológico de la investigación inclusiva, en este estudio fue esencial que la metodología utilizada permitiera y estuviera comprometida con dar voz y escuchar de manera auténtica a los varones del grupo de estudio, objetivo que se logra por medio de las metodologías emancipatorias (Parrilla, 2009; Susinos y Rodríguez-Hoyos, 2011).

En la presente investigación utilicé la técnica de entrevista en profundidad, como una forma de comunicación interpersonal para “obtener información de carácter pragmático, es decir, de cómo los sujetos diversos actúan y reconstruyen el sistema de representaciones sociales en sus prácticas individuales” (Delgado y Gutiérrez, 1995, p. 226).

Es así como en este estudio, de mi papel como investigadora, extraje información de la biografía de los jóvenes informantes, entendiendo por esta “el conjunto de las representaciones asociadas a los acontecimientos vividos por el entrevistado”. Es decir, la

información que brindó cada joven fue experimentada y absorbida por estos y la brindaron con una orientación e interpretación de acuerdo con su experiencia (Delgado y Gutiérrez, 1995, p. 226).

La principal característica de la entrevista en profundidad es la subjetividad de la producción informativa. El yo de la comunicación en este tipo de entrevista es un yo social, donde la persona entrevistada “se experimenta a sí misma como tal, no directamente, sino indirectamente en función del *otro generalizado*”, significando que lo hace “desde el conjunto de puntos de vista particulares de otros individuos miembros del mismo grupo, o desde el punto de vista generalizado del grupo social al que pertenece” (Delgado y Gutiérrez, 1995, p. 226).

En este tipo de entrevista se utilizan preguntas que se refieren a los comportamientos pasados, presentes y futuros; es decir, con una perspectiva de lo que ya ha ocurrido, así como también de las expectativas de lo que pueda suceder o realizar. Por consiguiente, no se sitúa en un tiempo o campo determinado. Asimismo, se considera una entrevista de investigación que se refiere a una conversación entre dos personas dirigida y registrada por la investigadora, con el objeto de producir un discurso conversacional y continuo con un cierto argumento, basado en un cuestionario previo. Este instrumento se caracteriza por ser abierto, permite una narración conversacional que se va creando por la entrevistadora y el entrevistado, tiene una estructura que la define como objeto de estudio (Delgado y Gutiérrez, 1995).

Considerando el contexto actual de la investigación en la coyuntura posmoderna de la crisis de la racionalidad técnica (positivismo) y de la investigación tradicional, Bolívar, Domingo y Fernández (2001) señalan que ha surgido con más fuerza la dinámica del sujeto y sus dimensiones personales, donde entran aspectos afectivos, emocionales y biográficos. Este tipo de investigación les otorga relevancia a las narrativas, a la voz y vida de las personas, con énfasis en lo subjetivo y lo local. Así, la entrevista en profundidad realizada a los jóvenes del estudio se inicia motivándolos a que cuenten sus propias experiencias y de estas se interpretan los hechos y acciones, a la luz de las historias que los actores narran.

Este tipo de técnica, la cual parte del relato del entrevistado, implica que el análisis se centre tanto en lo que se dice, en el resultado, como en su proceso de producción. El esfuerzo que hace la persona para recordar y construir el relato es una fuente de información sobre lo que tiene sentido para él mismo. Los relatos dan cuenta de mundos sociales; por consiguiente, si se investiga uno o varios mundos sociales en profundidad y se comparan, se puede llegar a identificar algunas de las lógicas sociales que los rigen (Bertaux, 2005).

Entender el proceso de jóvenes en exclusión social hizo que asumiera la dimensión subjetiva y personal que conlleva, lo que me permitió abordarlo desde una metodología como la entrevista en profundidad, por su capacidad para dialogar, dar voz y escuchar las interpretaciones que tienen los jóvenes sobre la exclusión. Esta técnica es coherente con el objetivo de acercamiento inclusivo al tema de la exclusión, al plantear un proceso de investigación en la línea participativa, tanto por el papel activo que otorga al grupo de participantes, que se convierten en protagonistas de su propia historia, como por las relaciones de investigación a que da lugar en el transcurso del estudio.

Un ejemplo de esta metodología son los estudios de Parrilla (2009), donde “las narrativas de los jóvenes develan cuestiones que desde marcos metodológicos y epistemológicos convencionales podrían quedar silenciadas” (p. 112). Los resultados sobre este tipo de investigación demuestran que “los jóvenes plantean temas poco visibles desde la academia, cuestionan valores o principios tradicionalmente asumidos y reflejan a través de sus narrativas la dificultad para hacer frente desde modelos individuales a las presiones sociales e institucionales a que son sometidos” (p. 112).

En la entrevista en profundidad le pedí a cada joven que narrara su experiencia cronológicamente. Mediante un proceso de estimulación, los invité a que crearan una película de su vida empezando desde el recuerdo más antiguo y donde iban a sobresalir sus experiencias más importantes vividas.

En esta reflexión retrospectiva sobre las experiencias de vida, tomé en cuenta que el significado de cada experiencia resulta central y es necesario ir más allá de lo anecdótico. Durante la narración, solicité a los jóvenes que contaran en detalle sobre los significados,

las experiencias, los sentimientos y las emociones que percibieron y vivieron en cada experiencia; sobre esto busqué datos completos y profundos. Asimismo, les pedí información sobre las circunstancias, las influencias e interrelaciones con otras personas y los contextos en los cuales estuvieron inmersos. También, tomé en cuenta la cronología de los sucesos y lo transcurrido entre el evento o suceso descrito y el momento de rememoración o recreación. En todo esto puse atención a los tonos del lenguaje y a la comunicación no verbal.

La guía de la entrevista aparece en el anexo N.º 1. En esta guía hice referencia a aspectos generales, con lo cual provoqué en el joven la libertad de contar su historia de vida a su manera y también traté aspectos específicos que tienen que ver con los objetivos del estudio. Asimismo, presenté a los jóvenes comentarios de escenarios o situaciones determinadas de vida para conocer cómo reaccionaban antes estos y poderlos asociar con los discursos descritos por el mismo joven. El guion se constituyó solamente en una guía, porque cada comunicación con el entrevistado fue de mutuo acuerdo.

Para validar el instrumento apliqué una prueba con un joven, quien fue seleccionado según los mismos criterios del grupo de estudio, y realicé los cambios pertinentes. Además, como desarrollé dos sesiones de entrevista con cada uno de los jóvenes, en la primera de ellas efectuada a cinco participantes analicé previamente la información y de acuerdo con esta revisé la guía de la entrevista para la segunda sesión y las entrevistas que faltaban.

Al final de la entrevista, motivé a los jóvenes a realizar algún comentario, observación o duda de lo conversado; ante esto, efectuaron preguntas sobre aspectos de estudio o hacían reflexiones sobre sus vidas, principalmente situaciones conflictivas, lo que manifestaba el proceso de autorreflexión producido por el trabajo en la sesión; en algunos casos, pedían mi parecer al respecto.

3.2 Contacto previo con el grupo de estudio

En este tipo de estudio, los expertos consideran que para iniciar el contacto con el grupo de estudio es necesario antes tener referencias de otros investigadores que han trabajado, en este caso, con jóvenes varones en exclusión social, o realizar visitas a

contextos como los definidos por la investigación y tener contacto con personas similares a las del grupo de estudio (Flick, 2004).

Esta etapa de la investigación la llevé a cabo mediante una pasantía en el Instituto WEM con los grupos de apoyo, reflexión y terapia psicológica, donde se trabaja con varones jóvenes y adultos. También, me integré al equipo de la iglesia evangélica Senderos de Luz, la cual trabaja con jóvenes de zonas de exclusión social y les brinda charlas sobre temas de desarrollo personal, consejería espiritual, educación de diversos temas y se realiza trabajo comunal. Asimismo, asistí a cuatro sesiones de análisis con las y los profesionales que atienden niños y jóvenes en la Casa Infanto-Juvenil Saint Exupéry Fundamentos; con ello pude conocer los problemas que se les presentan en la labor con estas poblaciones. La experiencia en estos centros me permitió un acercamiento con grupos de jóvenes y familiarizarme con su vocabulario, expresiones, actitudes, conductas e historias de vida. Asimismo, me permitió conocer y vivenciar las técnicas y modos de trabajo que los profesionales ponen en práctica para interactuar con estos grupos de jóvenes, y tuve la oportunidad de poner en práctica lo aprendido e interactuar con los jóvenes en las sesiones de grupo, tanto educativas como terapéuticas.

La entrevista a profundidad es una de las formas de mayor implicación entre quien entrevista y la persona entrevistada; por consiguiente, el éxito de esta depende de la relación entre ambos (Delgado y Gutiérrez, 1995). La experiencia previa me permitió acercarme a los jóvenes en exclusión social y a las comunidades en que habitan. Logré que las entrevistas se realizaran en sus barrios, lo que dio por resultado un mayor conocimiento del ambiente material y las realidades de su entorno. Asimismo, esto me facilitó interactuar con personas de la comunidad, familiares de los jóvenes, líderes comunales, vigilantes, transportistas, profesionales que trabajan con grupos de estas comunidades, entre otros, que me aportaron un mayor entendimiento de las personas en estudio.

3.3 Aspectos éticos de la investigación

Esta investigación, en su primera fase de planteamiento y en parte de su desarrollo, fue revisada y aprobada en el examen de candidatura por el comité correspondiente. Asimismo, en su ejecución conté con el consentimiento informado de los diez jóvenes, quienes estuvieron de acuerdo en participar en la investigación según sus propias preferencias; tres de ellos lo hicieron de manera escrita, mientras que los demás lo hicieron de forma oral. En el anexo 2 aparece la boleta que usé de consentimiento informado.

Como expliqué anteriormente, los participantes fueron contactados por personas de su comunidad que trabajan en diversos proyectos y conocen la población. Los que respondieron positivamente fueron citados para realizar las entrevistas en el Centro Comunal del barrio. De antemano, las personas de la investigación conocieron los objetivos de esta, les leí el consentimiento informado y estuvieron de acuerdo con él. También, les expliqué que la entrevista quedaría grabada únicamente para efectos de la investigación, a lo cual estuvieron anuentes.

Hay que considerar que los jóvenes brindaron información muy sensible y delicada, principalmente la relacionada con su participación en actos delictivos; en sus relatos dieron espontáneamente nombres de personas, lugares, situaciones no solo del pasado, sino las que estaban aconteciendo. Las entrevistas las realicé en sus comunidades y en algunos momentos se presentaron situaciones difíciles de enfrentamiento entre pandillas; por consiguiente, no consideré prudente que firmaran un documento y fue suficiente el consentimiento oral.

Si bien el comportamiento de los jóvenes durante las entrevistas fue sumamente amable, se mostraron abiertos a relatar sus experiencias y las de los suyos (amigos, familiares, comunidad), en esta investigación consideré muy importante mantener el anonimato de los participantes para su propia seguridad.

4. ANÁLISIS DE LA INFORMACIÓN

La información que obtuve por medio de las expresiones verbales de los jóvenes del estudio la analicé como las realidades y acciones que ellos producen, donde manifiestan la subjetividad ante sí mismos y ante los demás, como un determinado sistema social de interacciones. Estas expresiones fueron grabadas en audio, transcritas, clasificadas y analizadas, con el fin de producir la interpretación de la práctica estudiada considerando los presupuestos teóricos que se plantean en esta investigación (Delgado y Gutiérrez, 1995). Este proceso de interpretación en la investigación cualitativa “implica que las hipótesis se ponen al final. Y, consiguientemente, la interpretación se pone en marcha desde el principio. Quiere decir que en la observación de un problema ya se inicia el proceso de interpretación” (p. 269).

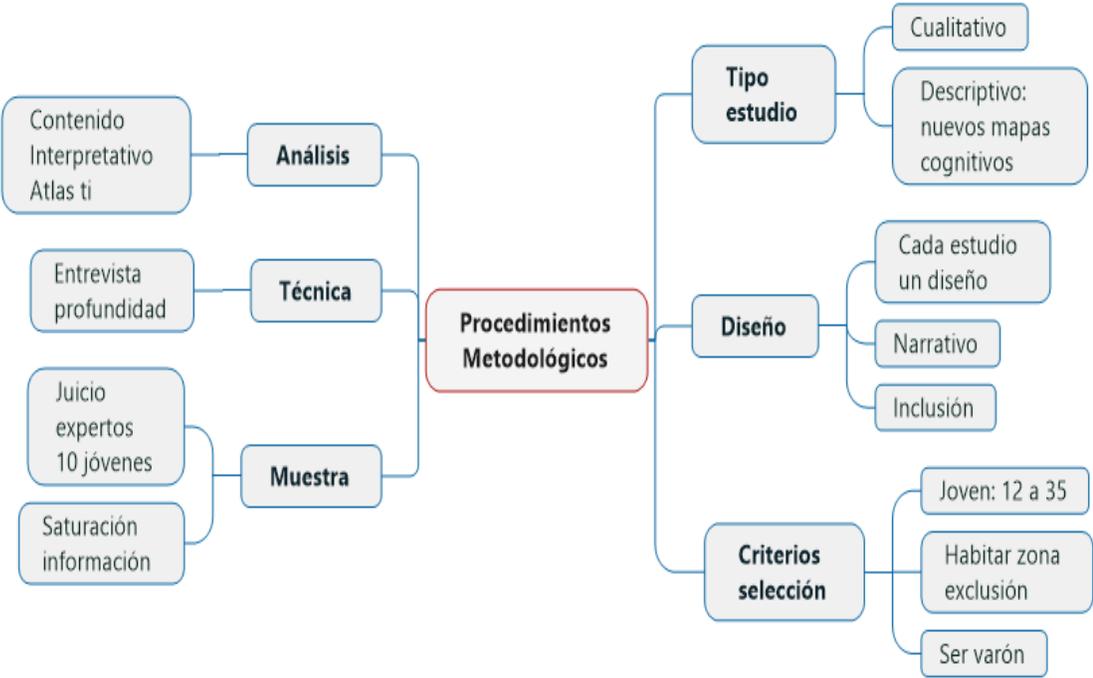
Por consiguiente, los datos que obtuve los vinculé con los objetivos de la investigación y las teorías que la conforman; en este caso, con lo que se plantea sobre los conceptos de masculinidades, juventudes y exclusión social. Aunque como señala King et al. (2012) “siempre es necesaria alguna teoría antes de recoger los datos y también se precisan algunos datos antes de teorizar” (p. 57). Si bien es beneficioso organizar el análisis de la información en función de las consecuencias de una determinada teoría, es importante que esta y los datos interactúen, permitir que la teoría emerja a partir de los datos, que es el objetivo del presente análisis, así la teoría no se mantiene inalterable durante el proceso de la investigación.

Desde la información producida establecí unidades básicas de análisis o de registro, algunas previamente definidas de acuerdo con los objetivos, que abarcan segmentos de la investigación y otras que nacieron del grupo de estudio. Estas, a su vez, las subdividí en categorías y subcategorías de análisis. Posteriormente, realicé una codificación de las unidades de registro, sus categorías y subcategorías. En este caso, utilicé el programa ATLAS.ti para hacer ordenamientos conceptuales y relacionarlos (Brenes, 2007).

Los datos de esta investigación los traté de manera conjunta, porque no constituye un estudio de caso; en el análisis de estos con el ATLAS.ti surgieron categorías que responden

a los objetivos de la investigación. Posteriormente, de acuerdo con esta primera clasificación, realicé un análisis de contenido en cada una de las categorías para generar subcategorías y estructurar una lista temática de acuerdo con los objetivos del estudio y las categorías surgidas.

A continuación, se presenta un esquema que ejemplifica los procedimientos metodológicos.



CAPÍTULO SEGUNDO. CONDICIONES DE EXCLUSIÓN SOCIAL EN LOS JÓVENES

He fundamentado en esta investigación el concepto de exclusión social considerando la condición de las familias que no gozan de los beneficios de la ciudadanía social y su desempoderamiento. En estos resultados de la investigación, presento la experiencia de la exclusión social en las familias de los jóvenes en estudio, considerando las asimetrías y, por consiguiente, la falta de derechos humanos que se dan en los bienes económicos, socioculturales, políticos y humanos.

En esta investigación consideré como derechos humanos los que señala la normativa costarricense para la persona joven (Consejo de la Persona Joven, 2004). Esta política está basada en los derechos humanos, se orienta a garantizar a las y los jóvenes oportunidades y condiciones de libertad y vida en los campos de: la seguridad personal y la participación social; la salud integral, la familia, la equidad y no discriminación; aspectos económicos como el empleo, la vivienda, el crédito, acceso a bienes productivos y la tierra; la educación y el progreso científico y tecnológico; la expresión, la producción artística, cultural, la recreación y el deporte. Uno de los fundamentos de la política es la “inclusión”, con la cual se aspira a “reducir las condiciones de exclusión de las y los jóvenes y dar relevancia al aporte de estos grupos al progreso del país, mediante estrategias de inclusión social” (p. 22). Los lineamientos de esta política abarcan los derechos civiles y políticos que se basan en el reconocimiento de la dignidad humana; además, los derechos sociales, económicos y culturales que comprenden lo relativo al trabajo en condiciones justas y favorables, a la protección social, a un nivel de vida adecuado, a los niveles de salud física y mental más altos posibles, a la educación y al goce de los beneficios de la libertad cultural y el progreso científico. Estos derechos reconocen el “tener un nivel de vida adecuado para sí y su familia y a mejorarlo continuamente” (p. 33).

A continuación, analizo las condiciones en que viven los jóvenes del estudio y sus familias en la exclusión social, lo cual permite comparar su estado con lo que promete la ley costarricense para estas personas.

I. PRIVACIÓN DE LOS BIENES ECONÓMICOS

Los bienes económicos hacen referencia a los sistemas e intercambios productivos y financieros; están ligados a la insuficiencia de ingresos, el desempleo, la inseguridad laboral, a la carencia material, así como también a las deficiencias de aprendizaje y habilidades para ingresar y competir en el ámbito productivo (Savenije, Beltrán y Cruz, 2007).

En los resultados de la investigación, se encuentra que en las familias en estudio tanto el padre como la madre han trabajado la mayor parte del tiempo fuera del hogar. Los puestos que ocupan los miembros de la familia son bajos en la escala salarial y, en muchos casos, son de tipo informal, lo que significa que no gozan de estabilidad laboral; algunos ejemplos son: camionero, mecánico, guarda, misceláneo, agricultor, operario en construcción, electricista, lavando autos, taxista pirata (sin permiso legal), manicurista, empleada doméstica, salonera, operaria, cajera y oficinista. Se hace referencia a ocupaciones, en tiempos pasados, en tráfico de drogas y prostitución; solamente uno de los jóvenes tuvo un padrastro profesional que trabajaba como ingeniero en sistemas. En la familia cuando los hijos trabajan aportan a la manutención de esta.

La mayoría de los jóvenes en estudio son dependientes económicamente de la familia, solamente uno tiene trabajo fijo como misceláneo y dos poseen un trabajo variable, como ayudante de electricista y arreglando celulares. Cuando han estado en el sistema educativo diurno, han recibido la beca de estudiante que da el Estado (programa Avancemos). Actualmente, los dos jóvenes que estudian la reciben, son montos pequeños que aumentan según el año que se cursa (alrededor de los veintidós mil colones por mes). Consideran que esta beca es una gran ayuda para pagar los pases de los buses y materiales de estudio; en ocasiones, ayudan con este dinero a la familia, pagando recibos de luz o agua o comprando comestibles.

Para los jóvenes, en general, la situación económica de la familia *“está muy dura”*, logran apenas mantener el equilibrio:

“No es ni bien, ni mala, alcanza la plata para la comida porque mi abuelo trabaja, es el que da todo” (Alex).

“Vivimos con la pensión de mi mamá, se paga todo y se compra el diario apenas para el mes” (Juan).

Cuando pregunté a los jóvenes por las crisis de la familia, las respuestas se orientaron más que todo en el sentido económico:

“A veces no hay comida, o viene el recibo de agua y no hay con qué pagarlo y la cortan” (Alex).

“La estamos pasando como duro, ahora veo que la cosa está apenas para el ajuste del día, no faltan el arroz y los frijoles” (Andrés).

Algunos de los jóvenes ya desde la edad escolar realizaban trabajos para ayudar a la familia:

“Entré a trabajar en un restaurante y ya era la posibilidad de ayudar a mamá, porque era solo la entrada de ella, a veces no alcanzaba; le ayudaba en lo que era la comida, el recibo de la luz, nosotros alquilamos casa” (Cristóbal).

“Cuando se murió mi papá, fue saliendo a vender cosas; mi mamá hacía empanadas, pan casero, tamal asado para poder ir saliendo y yo salía a vender. Entré a trabajar en una empackadora de carbón cuando estaba en la escuela. Iba a coger café en diciembre en sétimo y octavo, noveno igual fue en la empackadora; en décimo ya fue construcción” (José).

Estos jóvenes del estudio han realizado trabajos en su mayoría temporales, en puestos de bodeguero, empackador, etiquetando, como ayudante de electricidad, operario en construcción, misceláneo, cajero, mesero, limpiando automóviles y como vendedores ambulantes.

Esta historia laboral de los jóvenes nos da ya un indicio de su condición de niñez y juventud, donde se une la asimetría social con la generacional; encontré que en la exclusión social las distancias entre los mundos adultos y juveniles podrían no ser tan determinantes, ya que desde edades tempranas deben asumir responsabilidades laborales, igual que los adultos, para la sobrevivencia de la familia.

Actualmente, la mayoría de los jóvenes en estudio están buscando un empleo. El trabajo viene a ser algo muy importante en la vida de ellos, incluso los que están estudiando tienen la vista puesta en su futuro trabajo. Este no significa, únicamente, la manera de obtener los bienes materiales, la forma de sobrevivencia, sino que también representa el medio para llegar a ser alguien. Desde el punto de vista adultocéntrico, trabajar implica dejar de ser joven y convertirse en adulto, lograr independencia y, desde la masculinidad, significa tener una posición en la familia, en la sociedad, obtener un valor, un acceso al poder. En este sentido explican que:

“Mi amigo se compró una moto y yo al ver que él prospera y yo andar a pata me pone, así como loco, por eso más que todo paso durmiendo. Para las mujeres el hombre es el que viste bien, que tenga carro, moto” (Alex).

“El éxito se demuestra con la plata, con los carros, con las cosas materiales” (Bernardo).

“El problema es querer cosas; si no se tienen, no nos ven o no encajamos en la sociedad, si no se tiene moto, un carro, que tal vez no es el momento para tenerlo, pero es lo que se ve en la tele, se quieren muchas cosas materiales” (José).

El trabajo es la puerta de entrada al campo del mercado, es una meta central en la vida de los varones jóvenes que la ponen como primer objetivo, aún antes que el estudio:

“Entiendo eso, el estudio abre el espacio, pero mejor trabajar y estar haciendo plata” (Alex).

Una preocupación apremiante en estos jóvenes tiene que ver con las necesidades básicas de la familia, principalmente la comida. Asimismo, el acceso al estudio requiere de recursos y no cuentan con dinero para pagar cursos o los pasajes de los buses para salir a estudiar. Por ejemplo, José se siente muy frustrado al no contar con los medios para estudiar:

“A mí me ha costado mucho lo que son materias y me gusta lo que es cocina; entonces, puedo sacar un curso en cocina para poder acomodarme en un trabajo, pero diay, no tengo ahorita lo económico para pagarme ese curso” (José).

Se da en los jóvenes un sentimiento de descontento y preocupación por depender económicamente de la familia y no ayudar en su la manutención, como lo expresan:

“Si Dios quiere, que me repare un trabajo para no pedirle nada a nadie; estar en esa pedidera como que ya no va conmigo. Más bien, yo tengo que ayudarlos a ellos ya” (Alex).

“Aunque no quiera, dependo de ellos; por eso, he tomado la decisión de que quiero trabajar, aunque sea de medio tiempo, y veo cómo estudio a la vez, tratar de independizarme” (Andrés).

Los jóvenes tienen el sentimiento de que el trabajo puede ser la vía para cambiar su situación y salir de los problemas familiares o de la droga:

“Eso que siento cambiar y ojalá, y le pido a Dios, un trabajo y... nada. Entonces uno se obstina. Por eso quiero un trabajo, a ver si me despabilo, a ver qué hago ya, mantener mi mente ocupada. Yo con un trabajo cambiaría mucho, fuera alguien más enfocado” (Alex).

“Yo le pedí tanto a Dios que me diera la posibilidad de solucionar un poco y arreglar mi vida, porque yo la veía como no muy bien, entonces yo me propuse este año buscar trabajo” (Cristóbal).

Como personas que viven en el capitalismo, su historia está íntimamente ligada al mundo económico, desigual; los jóvenes del estudio no se sienten completos sin el consumo adecuado y sin los medios para alcanzar los bienes materiales; por ejemplo, sin un trabajo digno. El medio les genera la presión de la felicidad que está restringida al bienestar corporal y el placer inmediato. Ellos desean tener las necesidades básicas de sus familias cubiertas y no ser mantenidos por esta, pero también aspiran a tener una motocicleta, vestir bien o tener dinero para la diversión, cosas tangibles.

Por otra parte, se culpa al Estado por la falta de oportunidades de trabajo y la mala situación en que los pone:

“A veces la ley dice: ¡es que ve qué robadera!, pero vea las oportunidades de trabajo. Si ellos dieran trabajo, ¿usted cree que se va a preferir robar o ir a trabajar? Por más vagos que sean, ya van a madurar y van a centrarse” (Alex).

Sin embargo, el trabajo es una de las metas más difíciles de lograr para estos jóvenes:

“Está difícil, tengo como cuatro meses de andar buscando trabajo, todos los días salgo. Ahora mi tío me pidió el currículum, la pastora y el pastor también me hicieron una carta de recomendación” (Bernardo).

“No hay trabajo, hay una amiga que sacó el bachiller y está trabajando en una verdulería y dice: para qué saqué el bachiller” (Julio).

Entre las razones que los jóvenes señalan como dificultad para conseguir trabajo es ser menores de edad, no tener experiencia y no contar con al menos el título de bachillerato. Explican que:

“Si no tiene experiencia no se lo dan, aunque tenga bachillerato o un noveno. Tal vez uno apenas se está metiendo a lo laboral, entonces no le dan la oportunidad de poder desempeñarse y ver si uno puede o no puede dar la talla” (Cristóbal).

“La cosa está fea, porque por lo menos con un tercer año máximo lo que le pueden dar es ahí de bodeguero, misceláneo; ahora ser menor de edad y no tener estudios cuesta que le den trabajo” (David).

“Yo no tengo estudios, es sexto grado lo que tengo, pero igualmente cuesta mucho, uno deja en todo lado papeles y no lo llaman. Yo tengo cuatro meses ya y me dicen que, en Alajuela, pero no puedo ir porque es muy largo; tal vez piensan que no quiero trabajar, pero saqué cuentas y con 150 000 pesos uno no vive, cuesta vivir con los 280 de salario mínimo” (Pablo).

“No le dan mucha oportunidad, porque cuando uno llega a un trabajo lo primero que le piden son cartas de recomendación y si una persona nunca ha trabajado no le dan la oportunidad” (Juan).

Asimismo, los jóvenes sienten que para obtener un puesto la figura física cuenta:

“Si tiene tal tatuaje en tal parte del cuerpo o el pelo largo, no. Yo veo que eso no influye en nada, el pelo no lo va a hacer a usted cambiar en nada o un tatuaje; es tal vez por una presentación más que todo en las empresas, que dan mal aspecto, dicen ellos” (Cristóbal).

Por otra parte, con respecto al estudio, que es básico para conseguir un puesto de trabajo, los relatos de los jóvenes hicieron referencia a cierta dificultad, como una especie de bloqueo, en sus capacidades de aprendizaje y en las habilidades para actuar exitosamente en el ámbito productivo y de intercambios. Se da una insuficiencia tanto en sus propias capacidades como en el entorno. Ellos manifiestan que el estudio les cuesta y en todos los casos han tenido que repetir grados y años, ya sea porque se quedaban en las materias o en conducta. Este es, por ejemplo, el caso de Pablo:

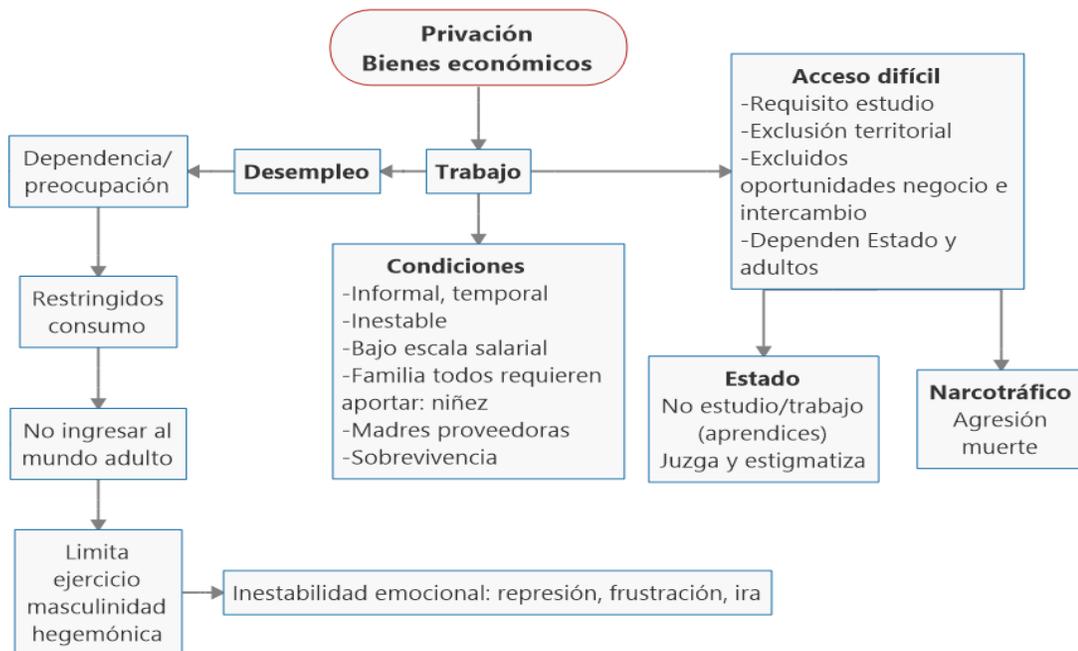
“Repetí mucho, pero siempre era por conducta, que me quedaba, y digamos no saqué el sexto; salí como a los 14 años y no lo gané, lo saqué hasta los 18 años. Lo fui a sacar así porque no encontraba trabajo en ningún lado; fui, lo saqué en la escuela de noche” (Pablo).

Por ejemplo, un joven que quiere sacar la licencia para conducir auto y trabajar en ese campo ha realizado el examen teórico varias veces y lo ha perdido. Asimismo, el sistema educativo diurno de estudio no lo perciben favorable y de acuerdo con sus necesidades. Julio señala que:

“El Ministerio de Educación pone muchas trabas para que no pasemos a más, muchas barreras, muy difícil, y escuché que a ellos les sirve que menos gente se gradúe; por eso, porque no hay trabajo” (Julio).

Asimismo, los jóvenes están alejados del mundo de las oportunidades de negocio e intercambio comercial, estos se limitan al barrio; fuera de su comunidad se les hace difícil conseguir contactos y cartas de recomendación para alcanzar un puesto de trabajo. Esta situación nos da un indicio de que viven también una asimetría de lo territorial, como analizo más adelante.

Seguidamente presento un esquema que resume los resultados principales de este apartado.



II. PRIVACIÓN SOCIOCULTURAL

En este caso, la privación sociocultural se refiere a la educación, la salud y el espacio para la recreación. La carencia de estos bienes dificulta el desarrollo de capacidades y habilidades en ámbitos como la educación, la cultura y el deporte (Savenije, Beltrán y Cruz, 2007).

Entre las trayectorias que algunas sociedades como la nuestra les han asignado a las dinámicas juveniles está la posición de estudiante; es un rol que los adultos han fortalecido y la tendencia es que todo joven debe pasar por ella, este es valorado socialmente (Duarte, 2015a). Los varones de la investigación también tienen incorporada la educación como un principio; una exigencia básica para ser un adulto exitoso es estudiar. Ellos expresan:

“Usted sabe que con el estudio uno qué no hace, mueve montañas” (Alex).

Los jóvenes relacionan fuertemente el estudio con la estabilidad económica. Para ellos un varón que progresa es aquel que estudia y trabaja, pero en su condición de exclusión la prioridad se inclina al trabajo:

“Que haya sacado todo el colegio o un título, que sea doctor o algo” (Carlos).

“La educación es para tener mejor futuro” (Julio).

Los jóvenes consideran que el Estado les ofrece bastantes posibilidades de estudio, opciones tanto diurnas como nocturnas y especiales, como presentar materia por materia. Sin embargo, como lo hemos visto, su situación de exclusión hace difícil escalar ese éxito. En sus vidas encuentran una serie de dificultades que parecen unirse una con la otra para no seguir estudiando, como la desmotivación personal, pues los jóvenes manifiestan la impotencia de no poder salir adelante con el estudio y la dificultad de aprendizaje:

“Lo que pasa es que a veces uno se cierra: que no puedo, que no puedo, entonces se quedó en ese no y dejó el estudio” (David).

“El colegio lo vi más complicado, mate qué feo, qué pereza, y decidí parar un año para agarrar fuerzas y yo me empecé a descontrolar más en la calle, me quedé enviajado en las drogas” (Alex).

“Llegué hasta sétimo, pero no lo pasé; volvía otra vez de noche a sétimo y me salí. Me metí dos veces de día y después una vez de noche, me metí tres veces y no lo gané” (Carlos).

“En décimo ya no le tomaba interés al estudio, iba y trataba de salir bien, pero a veces era casi que imposible. Yo estudiaba y a la hora del examen me iba mal, las notas eran malas, perdí la motivación y me juntaba con personas que no estaban bien” (Cristóbal).

“Me da pereza estudiar, yo me aprendo las cosas y a la hora llegada del examen todo se me olvida. Como que los nervios hacen que yo me ponga en neutro” (Juan).

Los jóvenes también demuestran desinterés por la tarea educativa e interés por divertirse. En el ambiente en que viven se presentan circunstancias y relaciones que funcionan como distractores para el estudio: el grupo de amigos, consumir drogas, convivir con una pareja o el deseo y la necesidad de trabajar. El grupo de amigos viene a jugar un papel muy importante; cuando entran al colegio, se encuentran con nuevos compañeros, hacen también amigos de años superiores con quienes se identifican porque son los mayores y líderes. Con frecuencia, estos están en la droga y los motivan a lo mismo:

“Yo entré y andaba solo con los quintos y le decía sí a todo. Empecé a probar drogas, me hice de una novia y ya los dos nos fuimos de cabeza; había semanas que pasaba todos los días tomando. Eso me costó: perdí el año. Yo sentía ese vacío y lo llenaba con ser integrado con los demás” (José).

“El primer trimestre la misma vara: me empecé a juntar con gente en vagancia, con majes que andan en malos pasos. Después, me centré un poquillo más y seguí ahí y después me empecé a juntar en el barrio igual con gente que anda descarriada” (Andrés).

“Cuando uno entra a sétimo, no sé, yo tenía compañerillos muy vagos, entonces nos escapábamos de las clases, perdía muchas clases; ese año lo perdí” (César).

“En sétimo encontré amiguillos que me decían: maje que vamos a fumar marihuana ahí al pino. Ya en octavo eso fue un poco más duro, ya era más rebelde, me daba igual” (David).

El lugar al que hacen referencia, “*al pino*”, queda dentro de la misma institución educativa; es decir, la droga se consigue y consume en el colegio.

Por otra parte, los jóvenes sienten que son ellos mismos los que se desmotivan por el estudio:

“Oportunidades hay por todo lado, es uno al que no le importa hacer las cosas. Eso pasa en mi comunidad, hay gente que ya pasó sexto: entonces tengo un diploma que me va a defender para tener un trabajo y la cosa no es así” (David).

“Hay escuela y colegio de noche y de día; no estudio por vago” (Pablo).

También los varones reconocen que tener una pareja es una especie de distracción para el estudio; por ejemplo, Cristóbal cuenta que:

“Le ponía más dedicación a la novia que al estudio, yo perdí el año” (Cristóbal).

Otros se aventuraron a vivir en pareja, lo cual implicó no estudiar y trabajar para mantenerse y ayudar a la pareja. Como presenté en el apartado anterior, la necesidad del trabajo se vuelve más importante que el estudio.

Asimismo, la presión del medio, del barrio en que viven, afecta su permanencia en el colegio, ya que se caracteriza por la violencia y, por lo tanto, requiere estar a la defensiva, hay que estar alerta la mayor parte del tiempo. Andrés manifiesta que el estudio cuesta, porque se vive en una “*dimensión diferente*”, expresa:

“Como que usted sobrevive ahí, digamos, en el colegio o en el barrio. No es como aquí, que yo me puedo sentar a hablar con usted; aquí yo la escucho y usted me escucha a mí y nos entendemos, no es así. Uno trata de eso, pero el maje no entiende hablando, llega a pelear de un solo” (Andrés).

Las mismas bandas de drogas que existen en la comunidad y ejercen mando en ciertos territorios se reflejan en el ambiente estudiantil de la zona. De esta forma, el barrio en que viven ubica a los jóvenes automáticamente en un bando, aunque no pertenezcan a ninguna pandilla. Además, esto determina con cuáles personas del colegio se pueden relacionar y los sitios físicos de la institución en los cuales pueden permanecer:

“Hay que estar atento, a la defensiva en el colegio. Esos barrios, por fuera, luchan por el territorio y en el cole es igual. Si se tiene que llegar a los golpes, se llega o simplemente se llaman por fuera y llega gente de afuera al cole a quebrar los del otro bando” (Andrés).

Este tipo de conflicto es un claro ejemplo de lo que implica para un joven varón mantenerse en el sistema educativo y ejercer su masculinidad hegemónica. Para ellos “quebrar” significa una paliza muy fuerte; en ambientes fuera del colegio, si la persona queda muy mal herida, mejor la matan.

Incluso los jóvenes comentan que ellos descuidaron el estudio por dedicarse más al grupo, a las barras, lo que implicaba el consumo de drogas y otras conductas delictivas. Esto lo encuentran en el colegio y es también la causa de la deserción, expresan que:

“El colegio y la marihuana no van de la mano, yo descuidé demasiado el estudio” (Cristóbal).

“Yo siempre que voy a un colegio conozco amigos iguales a uno, o hasta peores, porque en el colegio es más bien donde uno se empieza a desordenar, droga, guaro, se escapan. Todo padre trata de llevar al hijo por el camino correcto, pero llegan a la escuela o al colegio, ya se desarman, conocen malas amistades” (Alex).

Los colegios en los cuales los jóvenes han estado matriculados o asisten actualmente están en la misma zona donde ellos viven y atienden a las poblaciones en exclusión social.

Por consiguiente, no dejan de tener una fuerte influencia de las bandas de drogas que se desenvuelven en estos sitios. Nuevamente, esta situación demuestra la asimetría de lo territorial: pertenecer a un barrio significa asistir a un colegio determinado, caracterizado por la influencia de las bandas y la droga.

La doctora Giselle Amador, directora de la Asociación Costarricense para el Estudio e Intervención en Drogas (ACEID), señala que esta problemática de las drogas en nuestros colegios no ha sido realmente considerada, ha tenido un enfoque reduccionista, lo cual “no solo impide poner en práctica políticas sociales que realmente prevengan el fenómeno, sino que también atentan contra los derechos básicos de los y las estudiantes de secundaria en Costa Rica”. Esta especialista hace la observación de que los protocolos del Ministerio de Educación no han sido eficientes para atender el problema y, de igual manera, tampoco las autoridades han podido controlar la distribución de la droga en los colegios. Además, no se contextualiza el problema asociado con “la pobreza y la exclusión que hacen que niños, niñas y jóvenes de comunidades vulnerables se inicien en el consumo y luego sean víctimas del problema” (Periódico La Nación, 23 de junio, 2013).

Los jóvenes que abandonaron el sistema educativo siguen pensando que es un error, pero en la actualidad no se dan las condiciones para seguir tan fácilmente en el proceso:

“Tuve muchas oportunidades de estudio, pero en el momento yo no las tomé por andar de vago, y ahora ver uno que sin estudio no puede hacer nada, entonces se arrepiente. Desearía seguir estudiando otra vez, pero no es lo mismo” (Juan).

“Seguí fumando marihuana, cuesta mucho dejarla, si pudiera volver a estudiar, pero cómo, en dónde, no sé” (Carlos).

En la familia existe el deseo de que el joven estudie, pero no la suficiente fuerza y condición como para estar atenta, ayudar y motivar constantemente:

“No me siento como otros jóvenes que pueden estudiar, yo tengo que estar pensando también en otras cosas. Los compañeros tienen los privilegios que yo ahorita quisiera tener: cuentan con bastante apoyo de los papás, tanto emocional, psicológico como económico. Yo siento que a mis papás no les importa mi estudio, eso es una cosa que me ha desmotivado bastante. Pensé que tomar la decisión de volver al colegio iba a ser mejor; al contrario, como ellos se acostumbraron a que yo iba a trabajar y me mantenía. Yo digo que estoy más que todo por mí en el colegio” (Andrés).

Hay jóvenes que se califican como indisciplinados, con falta de límites familiares y escolares; pareciera que pasan desapercibidos por ambas instituciones, invisibles:

“No ponía atención o estaba jugando con un compañero ahí en el aula y la maestra dando la clase; llegaba tarde del recreo, me quedaba ahí comiendo cochinadas. Cuando me daba pereza, ahí había unas bancas y ciertas personas ya estaban sentadas, entonces si usted no entraba al colegio se iba para ahí y pasaba hablando o molestando. Entonces yo en el primer año, en el primer trimestre, tenía 400 ausencias por no entrar a clase” (Juan).

“Yo no iba a clase ni nada, entonces mi mamá se dio cuenta y me sacó del colegio como a medio año” (Carlos).

Esta situación educativa de los jóvenes que viven en la exclusión social permite una crítica al concepto de las juventudes como moratoria psicosocial, la cual considera el tiempo que la sociedad les otorga a los jóvenes para que se preparen y lleguen a ser adultos, principalmente para que se incorporen a la producción económica de la sociedad y sean independientes de sus familias (Duarte, 2015a). En la exclusión, hemos visto cómo, en la vida de los jóvenes, se da una serie de situaciones que les obstaculizan el cumplimiento de esas dos grandes tareas, de estudio y trabajo, que ellos claramente han asumido. Por consiguiente, esta situación les genera sentimientos muy contradictorios, ya que no pueden

cumplir lo que los adultos esperan de ellos, pero tampoco estos últimos (instituciones, familia) están en condiciones de apoyar en el desarrollo de los jóvenes.

Con respecto a la salud, la mayoría de los jóvenes en estudio se autocalifican como saludables; sin embargo, en ellos existen problemas de obesidad, mal nutrición y consecuencias de la adicción (deshidratación, bajo peso):

“Yo calculo que buena, a pesar de que estoy pasado de peso” (Pablo).

“Mis pulmones no están como tienen que estar, pero están bien” (Bernardo).

Por ejemplo, David se califica como poco saludable; es un joven gay que ha tenido que enfrentar su orientación sexual desde muy niño con su familia y la sociedad, lo que le ha generado mucho estrés:

“Yo fumaba, ya no tengo la misma capacidad de antes de poder correr; ahora no puedo, me canso, padezco de presión alta, de triglicéridos, de colesterol, tengo enfermedades cardiacas” (David).

Los dos jóvenes que estudian tienen seguro de salud estudiantil, de igual manera los miembros de sus familias que van a la escuela o colegio. Sin embargo, algunos de los que no trabajan ni estudian carecen del seguro social, porque sus padres no lo tienen y no los pueden asegurar o son hijos ya mayores de edad. Ellos expresan que se han visto en situaciones difíciles por no contar con el seguro de salud:

“Yo no tengo seguro, eso es un problemón; yo sé que no hay plata en la casa y estoy muy mal, yo trato de callarlo” (José).

La salud de las poblaciones jóvenes ha sido considerada por las organizaciones internacionales, como la OMS, y las nacionales, como el Consejo de la Persona Joven en

Costa Rica, como clave para el progreso social, económico y político de todos los países. La OMS considera que, en los territorios de las Américas, con demasiada frecuencia, las necesidades y los derechos de la población joven no figuran en las políticas públicas ni en las agendas del sector salud (Maddaleno, Morello y Infante-Espínola, 2003). En el caso de nuestro país, las políticas están, pero no se cumplen a cabalidad, principalmente en las zonas de exclusión social, como lo hemos visto en los jóvenes de la investigación. Si no hay estudio ni trabajo, no hay seguro de salud, y estas poblaciones están siendo excluidas de estos dos beneficios.

Por otra parte, las malas condiciones de salud en edades tempranas afectan considerablemente la salud en años posteriores. Los jóvenes del estudio en este momento soportan sus padecimientos, pero pueden tener consecuencias muy nocivas en años posteriores. La OMS estima que el 70% de las muertes prematuras en las personas adultas se deben a conductas iniciadas en las juventudes (Maddaleno, Morello y Infante-Espínola, 2003).

Es importante considerar también que el derecho a la salud en las personas abarca una amplia variedad de factores socioeconómicos, todos aquellos que promueven condiciones de una vida sana, donde se consideran determinantes como: condiciones adecuadas en alimentación, nutrición, vivienda, trabajo, información, educación, aspectos sanitarios y un medio ambiente sano, donde se incluye también la salud sexual y reproductiva. Por consiguiente, el derecho a la salud implica “disfrutar de una variedad de establecimientos, bienes y servicios de las condiciones necesarias para la obtención del más alto nivel posible de salud” (Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales, 2000, citado en OPS, 2011, p. 3). Como he explicado, los jóvenes que viven en exclusión no tienen un acceso adecuado a estos determinantes de la salud.

En relación con los espacios para la recreación, el ambiente en donde viven los jóvenes carece de estos; en el apartado siguiente, donde analizo los derechos políticos y humanos de las personas en exclusión social, desarrollo este tema con más detalle. Si bien en estos grupos excluidos existen prioridades como el empleo y la formación, la recreación es fundamental, es parte de los promotores de la salud. Echeverría (2012, p. 2) analiza que “es

insensato dejar de lado aquellos aspectos vinculados al ocio y tiempo libre donde se encuadran también las actividades deportivas. Del mismo modo que la igualdad en el empleo dignifica a la persona, elegir en qué quieres ocupar tu tiempo libre también lo hace. Sólo de este modo estarían disfrutando plenamente de sus derechos como ciudadanos”.

Si bien los espacios de recreación son limitados en su ambiente, los jóvenes buscan sus maneras de divertirse y entretenerse, en algunos casos fuera de su comunidad o dentro de la casa. Hacen referencia a diversas formas de recreación juvenil, algunas de estas diversiones están asociadas a la droga:

“Antes me divertía vendiendo droga; es que ahora no tengo plata, antes cuando yo quería nada más llamaba y decía: majee ocupo plata y me subían la plata. Me divertía así haciendo negocios que no tenía que hacer; también me divertía poniendo a gente: majee, póngase vivo, fúmeselo, mátelo, así me divertía, pero ya no” (Bernardo).

“Digamos, sinceramente, que antes me pijiaba a darle a la marihuana” (Alex).

Para Julio, que está en el colegio, en undécimo año, este es su sitio de entretenimiento, compartir con las y los compañeros. Asimismo, jugar bola, ya sea para participar en los campeonatos entre secciones que organiza la institución o en un equipo del barrio. Además de este, hay otros tres jóvenes que se recrean por medio del deporte: Cristóbal anda en bicicleta, Andrés practica boxeo y Juan práctica jiu-jitsu.

Otras actividades que realizan los jóvenes para entretenerse son: el teléfono, jugar playstation, escuchar música, ver televisión, participar en una banda musical de un grupo de amigos, jugar fútbol en el barrio, salir a caminar, salir con los amigos al cine, a conciertos, a piscinas o a la playa y cortar el pelo a los amigos.

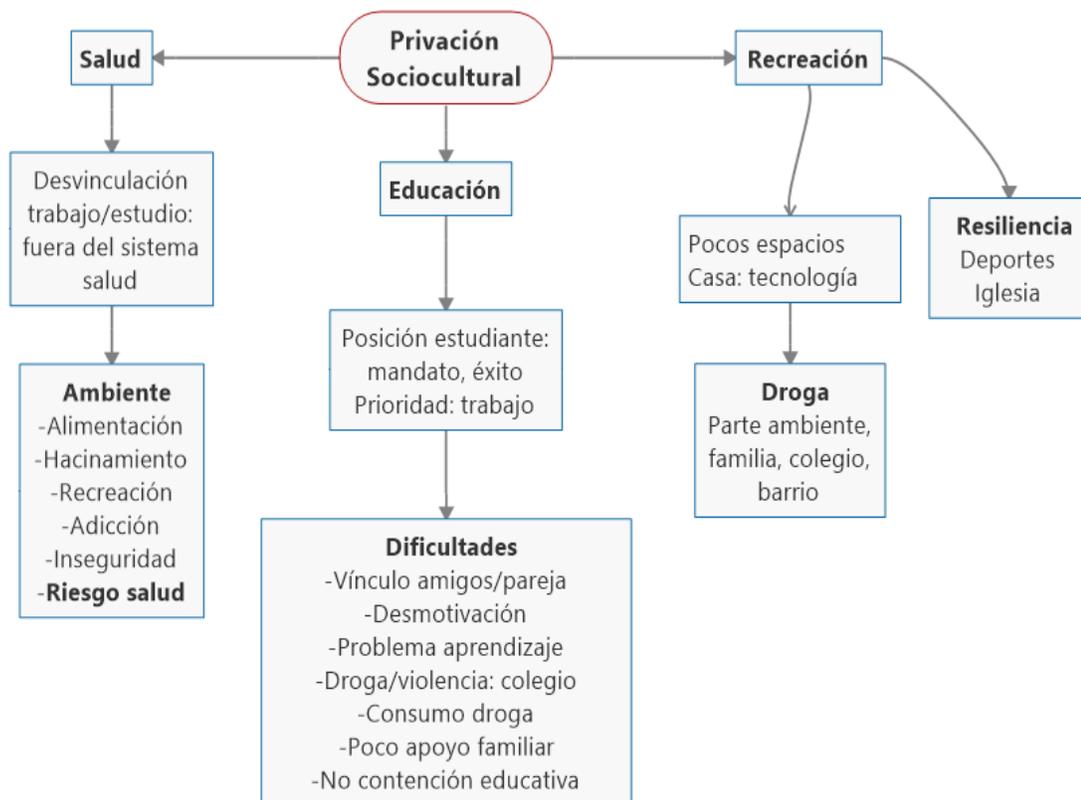
Participar en iglesias cristianas, en cultos, campamentos y actividades sociales es considerado también por los jóvenes como una forma de recreación. Estas ofrecen actividades varios días de la semana, lo cual les da oportunidad de compartir con otros jóvenes bastante tiempo:

“Yo voy los sábados porque es de jóvenes, hacen actividades, juegos y noches de talentos. Si una persona llega nueva, todo el mundo le empieza a hablar, son muy amigables” (Juan).

Se ha planteado que con los nuevos desarrollos tecnológicos de comunicación existan nuevas formas de recreación y socialización en las juventudes. Asimismo, se ha considerado que esta dinámica está en las manos de la industria, quienes no solo ofrecen servicios, sino que definen ideales y prácticas concretas de lo que debe ser la diversión en los jóvenes. (Calaft, Fernández, Monte y Becoña, 2005). Los varones del estudio tienen teléfono celular que, como ellos mismos expresan, son un medio de entretenimiento; esto les permite estar en comunicación con otros jóvenes, escuchar música y algunos en ocasiones tienen el acceso a internet. Es decir, ellos reciben las demandas del mundo capitalista y, como señalan los autores antes citados, influyen en sus procesos de socialización e identificación.

Por otra parte, existe controversia acerca del significado que adquieren las drogas en el ámbito recreativo, lo que se ha convertido en un tema complejo, pero sí se afirma que hay una presencia frecuente e interacción entre las drogas y lo recreativo (Calaft, Fernández, Monte y Becoña, 2005). En el caso de los jóvenes de la investigación que viven en la exclusión social, la droga forma parte de su ambiente; en sus familias, en el barrio y en el colegio hay personas que consumen y trafican drogas; por consiguiente, estas son algo más que recreación.

A continuación, presento un esquema que resume los aspectos tratados en este apartado.



III. PRIVACIÓN EN LAS CONDICIONES DE LA CALIDAD DE VIDA

Esta privación alude a la dificultad de poder mejorar la calidad de vida y resguardar sus intereses sociales y económicos, lo cual afecta la vida cotidiana de las personas al ser excluidas (Savenije, Beltrán y Cruz, 2007). En adelante, expongo cómo la condición de los jóvenes en estudio los ubica en una situación que no permite mejorar su calidad de vida y cómo el Gobierno los ha desamparado. Wacquant (2001) afirma de los excluidos que “en el fondo, entonces, su surgimiento, consolidación y dispersión final son en esencia una cuestión política” (p. 180), “están a merced de los intereses de otros, que suelen olvidarse de los excluidos” (p. 6).

Ya a comienzos del siglo XX, la sociedad costarricense estaba estratificada espacialmente y los barrios populares se fueron concentrando hacia el sur y el noreste de

la capital (Blanco 2015). En estas zonas es donde habitan los jóvenes del grupo de estudio, en barrios que han sido considerados como asentamientos informales; corresponden a sectores populares que fueron segregados en términos urbanos y sociales, donde las formas de apropiación del suelo no cumplen las reglas jurídicas que regulan las propiedades en el país (Blanco, 2015). Asimismo, desde el análisis realizado por un economista, estos barrios se asocian a la pobreza, la desigualdad y la exclusión, con aspectos de privación de necesidades básicas según el contexto social, cultural y económico existente (Blanco 2015).

Estos barrios donde habitan los jóvenes y sus familias carecen de las cualidades básicas de vida; se caracterizan por viviendas inadecuadas, con falta de privacidad, están hacinados, tienen el dinero limitado para solventar los gastos básicos, estudian en centros educativos sin condiciones adecuadas, donde la droga ha penetrado y cuentan con pocas oportunidades laborales. Asimismo, sus barrios se caracterizan por la presencia de lo que se ha llamado “organizaciones sociales perversas”, donde se da el negocio de la droga y, por consiguiente, están bajo sus normas (Savenije, Beltrán y Cruz, 2007, p. 8). Habitan en estas comunidades marginales “los agresores y también las víctimas” (p. 7) en un ambiente de violencia del cual les es muy difícil salir; viven la impotencia de no poder sobreponerse a las condiciones de pobreza.

Wacquant (2001, p. 167) nos habla de “marginalidad avanzada” para referirse a un nuevo régimen de conglomeración y relegación de poblaciones urbanas, lo cual es producto de la modernización económica acelerada, provocada por la reestructuración social del capitalismo que genera un nuevo ascenso de desigualdad y marginalidad urbana, donde la exclusión “está desconectada de las tendencias macroeconómicas y establecida en barrios relegados de mala fama en los que el aislamiento y la alienación sociales se alimentan uno del otro, a medida que se profundiza el abismo entre las personas allí confinadas y el resto de la sociedad” (p. 169). Por consiguiente, se da también para estos jóvenes la exclusión territorial.

Para Wacquant (2001) esta situación ha recibido diferentes etiquetas en el mundo, a saber: “infraclase”, “nueva pobreza”, “exclusión”. Su definición es exactamente lo que sucede en el grupo de estudio en esta investigación: son espacios en los cuales se ve el

desamparo de las personas, vagabundos, desocupados, subocupados; zonas caracterizadas por los delitos y las economías informales e ilegales como el comercio de la droga, donde se vive la sensación de retroceso, desesperación e inseguridad y el abatimiento y la furia de los jóvenes impedidos de obtener empleos rentables. Son “barriadas pobres, encerradas en una espiral descendente de ruina aparentemente imparable, el crecimiento de la violencia etnorracial, la xenofobia y la hostilidad hacia los pobres y entre ellos” (p. 170).

Estas zonas excluidas sufren, además, la “estigmatización territorial” (Wacquant, 2001, p. 179); son claramente identificadas por sus propios residentes y personas ajenas a ellas. En las zonas de exclusión viven por, lo general, minorías etnorraciales y migrantes, y recaen sobre las personas prejuicios que causan rechazo de autoridades, medios de comunicación y la ciudadanía en general, lo cual perpetúa y aumenta la misma exclusión. Es una estigmatización territorial que se va creando a través de la historia, generando prejuicios y estereotipos sobre una determinada población de una zona geográfica.

Por ejemplo, “los barrios del sur” de San José forman parte de ciertos espacios catalogados como “problemáticos”, lo cual genera prejuicios y estereotipos sobre esta población en una zona geográfica determinada. Estos grupos sociales son sometidos a una serie de mecanismos para mantener el orden social establecido; la estigmatización territorial funciona entonces como control social, ya que al Estado le interesa un orden comunitario de ciertos espacios que cataloga como problemáticos (Blanco, 2015, p. 60).

Los jóvenes se quejan de que por solo vivir en un barrio determinado (de exclusión) la policía los requisa con frecuencia:

“La policía a donde a usted lo ven ya lo requisan, no sé si tengo cara de maleante; obviamente, no es que todos los días, entonces todo el mundo se le queda viendo” (Cristóbal).

“Lo ven de vago, lo que hacen es que llaman y orientan a toda la comunidad que tal joven anda haciendo esto y lo otro, que se cuiden, pero nadie se acerca a ese joven y a

esa familia para preguntarle por qué está ahí y ayudarlo de verdad; nadie se acerca a ayudarlo a uno, a darle una orientación o un trabajo” (José).

Solo el hecho de vivir cotidianamente en condiciones de exclusión social genera frustración y violencia, que llega incluso a ser lo cotidiano, como una práctica en la que se constituye la comunidad y a la cual se suma el narcotráfico, que usa la violencia como una forma privilegiada para imponer, lograr y proteger sus intereses. En estos barrios estigmatizados, donde viven los jóvenes del grupo de estudio, disminuye el sentido de comunidad, se convierten en espacios de competencia y conflicto, un campo de batalla lleno de peligros para la vida diaria.

Todos los varones en estudio consideran que sus barrios carecen de seguridad, principalmente por la actividad que se genera con el tráfico de drogas. Existe lo que ellos llaman “*bandas*” que se caracterizan, principalmente, por grupos de jóvenes, varones, que viven en la misma comunidad donde crecieron juntos, ya desertaron del sistema educativo y se organizan en función del negocio de la droga. Estas bandas:

“Arman búnkeres, es una casa donde ahí llegan todos; el dueño es el más, más de todos y ahí es donde reparten la droga” (Bernardo).

Para mantener su poder las bandas dividen las comunidades en zonas de influencia y se mantienen en constante defensa de su espacio:

“Aquí las personas que viven en bandas tienen que andar viendo todo lo que pasa, porque ellos nunca saben cuándo otra banda se les va a aparecer para matarlos. Por eso, estar con esa gente es algo muy peligroso, esas personas no confían en nadie, prácticamente” (Bernardo).

“Las bandas generan mucha violencia, asaltos, venta de droga por todo lado; hay peleas la mayoría de las veces” (Carlos).

Estas organizaciones involucran y reclutan niños y jóvenes en los barrios para que trabajen en las tareas del tráfico de drogas y la defensa de la misma organización. Asimismo, utilizan las amenazas y la violencia para lograr sus fines, con la posesión de diferentes tipos de armas:

“Lo que hacen es amenazar; yo había dejado todo eso y a mí me andaban buscando, lo que ellos hacen es que le dan como persecución a uno para involucrarlo, para que le digan bueno tome véndame esto y estamos a mano. El muchacho que ahorita acaba de llegar aquí, que estaba aquí sentado, a él un maje le había dicho que si no mataba a un compa de nosotros lo mataban a él; entonces como que les dan la oportunidad y si no las cumplen es donde llegan y les cortan dedos y les hacen de todo” (Bernardo).

En el barrio, la policía entra con frecuencia a buscar personas determinadas o intervenir en conflictos cuando se les llama. El siguiente relato demuestra las situaciones que viven en su convivencia con los grupos de droga:

“Entró la buseta de la OIP con carros del Organismo, un juzgado y policía normal y yo y él (un amigo de la banda) nos subimos a un techo y les empezamos a volar bala; yo me fui y él se metió a la casa de la abuela, y la abuela le dio permiso a la policía que entraran y lo sacaran. Ayer mataron a un muchacho allá abajo por la línea del tren; él no fue, pero ya tenía orden de captura y se lo llevaron preso” (Bernardo).

En algunos de los barrios, los jóvenes señalan que en los últimos años la policía ha tenido más injerencia para controlar el narcotráfico, pero otros opinan lo contrario. En general, concluyo que la policía no tiene la suficiente capacidad para erradicarlos y eliminar las consecuencias negativas para la comunidad. En ocasiones, los policías más bien son cómplices de estas actividades ilegales:

“Aquí la policía entra mucho; a usted no lo pueden ver con marihuana, porque se la quitan, pero ellos se la dejan. Aquí más de uno ha visto donde se la están guardando y más de un policía es también comprado por ellos” (Juan).

Los jóvenes demandan del Gobierno una actitud más efectiva para controlar la actividad del narcotráfico:

“Lo que hace falta es mano dura del Gobierno; llega la policía y hasta golpea a los compillas de uno, pero ellos se lo ganan; se los llevan y a la media hora vienen cagados de risa. Lo que hace falta es una cárcel como era San Lucas, que quepan veinte, treinta mil personas, maje que encuentren en la calle con drogas va para allá. Que a ellos les dé miedo que los encuentren con algo; que el Gobierno piense menos en buscar la droga y más en castigar a los que hacen eso” (Pablo).

Solamente uno de los jóvenes señala que la comunidad se ha organizado para resolver el problema de la inseguridad en el barrio:

“Están en contacto con la policía para velar por la seguridad de los niños, la policía está viniendo a dar vueltas; a veces cierran la calle para hacer actividades con los jóvenes y los niños” (José).

Todos los jóvenes califican muy negativamente a sus barrios, los definen como: *“guetos”, “peligrosos”, “bravos” e “inseguros”*. Cotidianamente, en estos sitios hay problemas generados por las pandillas y la drogadicción; mueren personas, se dan balaceras, asaltos, robos, peleas entre los vecinos o entre las bandas. En las esquinas se trafican o se consumen drogas, se ven indigentes, personas que ya están muy afectadas por la drogadicción. La presencia de armas y drogas es parte del ambiente.

Los jóvenes consideran que sus propios amigos son los que hacen del barrio un sitio inseguro y, en ocasiones, han sido ellos los que forman parte de las bandas y generan dicho ambiente:

“Un montón de veces he visto a amigos con problemas por las bandas. Hay peleas, la mayoría de veces, con pistolas, con machetes, de todo hay” (Carlos).

“Siempre hay problema, siempre hay gente fumando marihuana o piedrerillos” (David).

“La mayoría de los amigos, aquí del barrio, anda en drogas o andan en las esquinas o están asaltando, cosas así. De hecho, uno hace poco lo mataron por lo mismo” (Juan).

“El problema de mi barrio es que los jóvenes de mi edad, igual que yo, han desertado estudios, cogen malos pasos, se meten a vender droga, robar y cosas así. De ahí que en mi barrio la mayoría han estado en la cárcel” (José).

Los jóvenes han aprendido a vivir en estos barrios, respetando las normas impuestas por los grupos dominantes que trafican la droga y, si bien conocen a estas personas y las saludan, guardan una distancia con ellas; por ejemplo, no entran a sus territorios y no las miran a los ojos:

“Seguro no es, pero se puede vivir; conozco barrios peores, que usted no puede ni salir porque ya lo asaltan. Yo aquí ando tranquilo porque sé que a mí me conocen; no me confío, pero tampoco soy dejado” (Pablo).

“Uno ya se siente cómodo, porque las personas ya lo conocen, pero si usted es nuevo: jale a robarle, jale a asaltarlo. Ahí sí tiene su gente que es así problemática, pero conmigo y mi familia nunca se han metido ni nada, usted a veces los saluda y ellos lo saludan” (Juan).

Cuando le solicité a uno de los jóvenes que hablara sobre la historia de su vida, él dice:

"Es la de una persona intentando salir de un barrio, salir adelante" (Andrés).

Uno de los problemas más serios que causan las pandillas en las comunidades excluidas es que inducen al consumo y venta de drogas en edades tempranas, situación que pone en riesgo la vida de los niños y jóvenes. Los inducen a los asaltos, al robo y a la violencia hacia otras personas, incluso a la propia familia. Los mismos jóvenes se asombran de ver que cada vez más se están incorporando niños de menos edad a estas organizaciones delictivas:

"Hay niños que están metidos en drogas desde los 10 años" (Juan).

Uno de los jóvenes del estudio, Bernardo, es un ejemplo de estos niños que inician en una pandilla estando en la escuela. Él entró a formar parte de una que robaba autos, fue capturado por la policía y estuvo internado en un centro para menores; cuando salió y volvió a su barrio empezó a vender drogas y a consumir marihuana, luego cocaína, anfetaminas, éxtasis, hongos y pastillas. Esto le generó conflictos con la familia y lo internaron en un centro para jóvenes adictos; cuando salió, volvió a las drogas y se integró a pandillas con más poder:

"Estuve viviendo en la calle, andaba robándole a la familia, asaltaba a quien fuera porque cuando yo salí, había salido un compa de la cárcel y aquí mismo nos volvimos a topar. Empezamos a hablar con narcotraficantes que nos dieran drogas, hicimos que el barrio, que antes era más tranquilo, se escocherara un montón y he visto cómo matan a los compas míos. Hasta hace como veintidós días que ya no tengo contacto con ninguno de ellos y ahí me andan buscando, pero yo no quiero, ya me da miedo ahora andar en la calle" (Bernardo).

Otro de los jóvenes que está también tratando de salir de la pandilla expresa:

“Aquí ustedes no saben muchas cosas, aquí en esta alameda hay armamento, hay un búnker de venta y todos esos son los que no se llevan conmigo, en cualquier momento llega uno que es el jefe y le dice: váyame quiébreme a (...). Ahí está pagando, pagando es que yo estoy en un lugar donde no debo estar, estoy puesto, ya me pueden hacer algo. Ve lo duro que es, es muy arriesgado para mí” (Alex).

Estos dos jóvenes recién dejaron la pandilla; prácticamente, tienen que estar en la casa, están amenazados de muerte, ya sea por los de su mismo territorio, por haber dejado la banda, o por los contrarios, situación que les genera una constante angustia y temor.

Las historias de los jóvenes muestran cómo sus amigos, con los cuales crecieron en su barrio, están en la cárcel o muertos:

“Muchas personas que he conocido, normales igual que yo, que empezaron con marihuana y terminaron en la cárcel o siendo indigentes” (Andrés).

“Aquí han matado un montón de gente. Por eso es que los de otros barrios les da miedo meterse aquí. Más en la noche, vieras el miedo que le da a la gente andar aquí de noche. Mis amigos ya están muy metidos en la droga, ya los quieren matar o ya tienen orden de captura” (Bernardo).

“La mayoría de mis amigos vendían droga y los mataron por los territorios. Los amigos que han entrado a la droga no han salido, se han hundido más” (Carlos).

Los jóvenes que han pertenecido a una banda e intentan salir de esta expresan que en un inicio es una condición que los hace sentir muy bien. Como señalan Savenije, Beltrán y Cruz (2007), la banda les da seguridad, reconocimiento social, un marco afectivo y un medio de acción; es decir, un espacio vital e imaginario. Sin embargo, posteriormente, se les vuelve una vida insostenible, que muchos pagan con la cárcel, la indigencia, la muerte o vivir

limitados por el miedo a que los maten. Asimismo, dejar de consumir droga es un proceso difícil:

“En mi casa tenía drogas y saqué todo lo que tenía y fui y lo dejé, dejé las armas, dejé todo y dije: ya no quiero nada de esto y gracias a Dios ahí voy. Me cuesta un montón, porque me entran ansias de hacer cocaína. Ya estoy obstinado de tener broncas con la ley, de andar en la calle escondiéndome” (Bernardo).

En general, los jóvenes saben que donde viven no es un buen barrio, pero sus familias no tienen la posibilidad de optar por un sitio mejor. Viven en barrios pobres, en zonas discriminadas que van quedando en deterioro por parte del Estado, donde se da la concentración de grupos sociales vulnerables con una calidad de vida baja, están limitados a ese espacio. En algunos casos, otros de sus familiares viven ahí mismo y es donde se desenvuelve todo su mundo, no les queda más que aceptar las situaciones; ellos dicen:

“Desearía vivir en otro lugar, si tuviéramos plata mejor vivir en un residencial, aquí estamos bien acomodados y nos queda cerca la salida, pero sí hay mucha inseguridad, en cualquier momento uno nunca sabe. Uh, yo con plata me voy de aquí” (Julio).

Señalan que tienen la ventaja de ser conocidos por los líderes de la droga o de tener familiares en este grupo, entonces están protegidos. Sin embargo, siempre viven a la defensiva:

“A veces hay que agarrarse, no dejarse, para mantener el respeto, uno vive aquí y tiene que adaptarse. De hecho, a veces mi abuela dice ya quiero vender esta casa” (Alex).

“Es una forma de sobrevivir, uno no se mete con nadie, pero por más que uno no hable, no se puede, a huevo uno tiene que llegar a alterarse” (Andrés).

Los varones del estudio sobreviven en el barrio con diferentes estrategias: estando dentro de la casa la mayor parte del tiempo o pasando fuera del barrio todo el tiempo posible:

“Yo tenía muy buenos amigos, pero después pasó el tiempo y se pusieron a fumar y ya cambiaron mucho, solo los saludo; casi siempre estoy en la casa, no salgo, voy del colegio a la casa, que usted me vea en la esquina cuesta mucho” (Julio).

“No me cuadra mucho estar en el barrio porque es conflictivo, prefiero mejor irme a otro lado [parques] y no estar viendo la realidad en la que yo vivo” (David).

Para algunos jóvenes no es tan fácil vivir en estos barrios y tienen estrategias de pensamiento como las siguientes:

“Uno no sale del barrio, sino que es el barrio el que sale de uno; yo vivo en el barrio y el barrio no vive en mí, entonces creo que eso no me importa. En realidad, tiene cosas más negativas que positivas, pero igual creo que está en uno enfocarse en las cosas positivas del lugar” (Andrés).

“Las personas del barrio como se están hundiendo tratan de hundir a las demás personas. Yo conozco a todos los del barrio y yo ando con todos, ellos me ofrecen mota, me ofrecen de todo y uno es el que pone de parte si quiere o no. Entonces yo siempre he decidido marcar la diferencia con esa gente. Yo puedo andar con todos, pero yo no soy igual que ellos” (Juan).

También se ha llegado a sentir que las condiciones del barrio pueden ser más fuertes que sus buenas intenciones:

“Quiero seguir adelante, estudiando, seguir mis metas, pero como que del barrio me atrae hacia lo malo” (Andrés).

Asimismo, los jóvenes se sienten frustrados, malhumorados, impotentes y hasta tristes por las cosas que suceden en el barrio y no pueden hacer nada. También se frustran porque ven a su alrededor otro mundo de abundancia, aún en áreas cercanas a los sitios en que viven; se dan privilegios visibles, pero inaccesibles a ellos, que motivan a una vida ilusoria, pero que difícilmente se puedan llegar a alcanzar. Para Pérez-Soto (2009) esta puede ser la motivación que lleva a muchos jóvenes excluidos a ingresar en la droga o la delincuencia, tal como lo hemos visto en el grupo de estudio.

“Yo salgo en las mañanas, abro el portón y lo primero que veo son tres majes en la esquina de mi casa fumando, no me gusta, siento que están invadiendo mi respeto, si ellos tienen la propia esquina de su casa o hay hasta plaza, por qué tienen que venirse directamente a la esquina de mi casa a fumar droga y lo peor uno no les puede decir nada, llega un momento en que uno va a explotar de la peor forma y va a ser un problema muy grande” (Andrés).

“La mayoría de la gente que hace daño en el barrio es gente de mi infancia, los amigos que jugábamos antes ahora son los que andan haciendo daño en el barrio, me siento incómodo, un poco deprimido de ver cómo se pierde la gente en el barrio” (David).

“Mucha gente no dice nada por temor y otra gente se pasa llamando a la policía a cada rato, pero prefieren quedarse callados a que les pase algo” (Juan).

Las circunstancias de vida de los varones en estudio antes descritas muestran cómo ellos viven en un espacio geográfico que sufre de asimetrías vitales que condicionan su existencia. Así, al conceptualizar las juventudes se entienden como un proceso cuyas características están dadas por circunstancias de pertenencia social, política, económica y

cultural, de tal manera que exige considerar la diferenciación de clase social, el género, el origen racial, la localización territorial, la generación, entre otros, ya que tienen un peso significativo en su conformación de identidad y en sus experiencias como jóvenes (Duarte, 2015a).

Inicié la presente investigación planteando como objetivos analizar algunas de estas condiciones que determinan las juventudes, como la diferenciación de clase social, el género y la generación; sin embargo, surge de este estudio de manera relevante la asimetría producto de la localización territorial. El modelo capitalista que impera en el país con una baja capacidad distributiva en el mercado, que no ha sido atenuada por políticas públicas sociales compensatorias y redistributivas, ha generado una estructura de desigualdad que provoca una condición de segmentación.

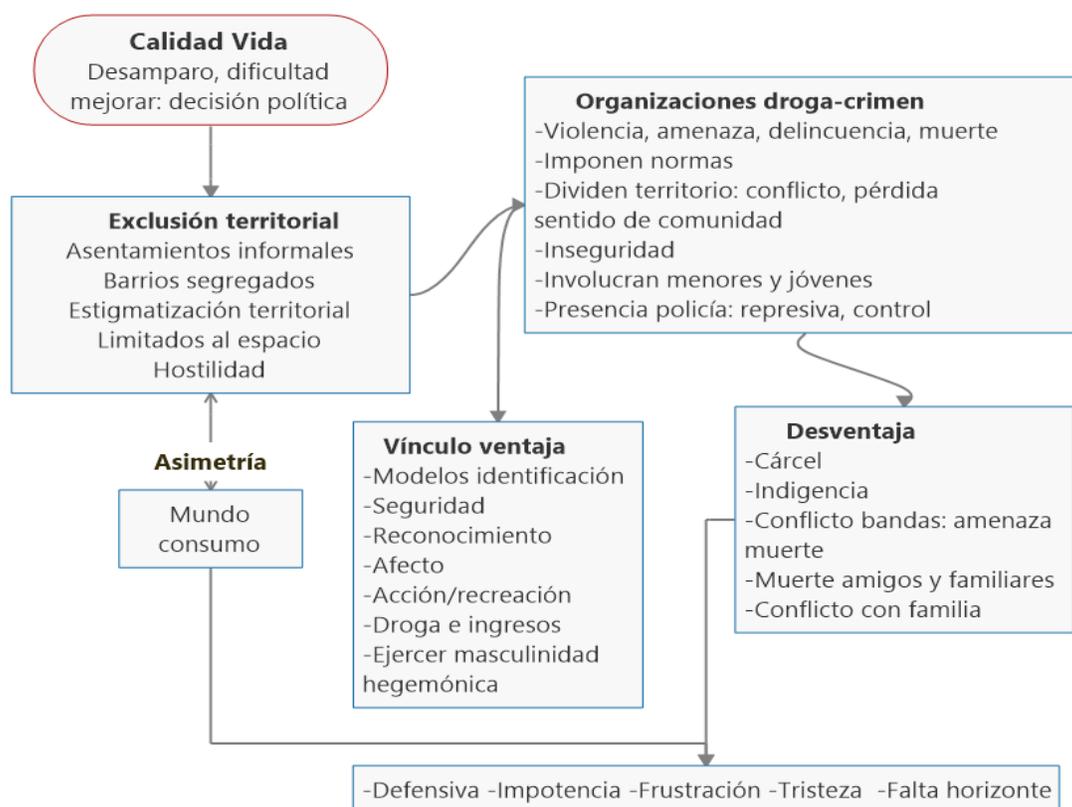
Esta estructura se expresa en diferentes desigualdades y una de ellas es la territorial, que se manifiesta en diferencias geográficas, donde se dan ventajas comparativas de unas localizaciones sobre otras. En el caso de este estudio, se presenta entre las mismas áreas urbanas. Es así como la inversión pública se da en ciertas zonas discriminando otras que van quedando en deterioro, donde se dan concentraciones de grupos poblacionales vulnerables, dando cuenta de las asimetrías entre grupos sociales y territorios. Se utiliza el concepto de “brechas territoriales” que alude a “las distancias de los indicadores de desarrollo entre territorios, como espacios de gestión”, en estas hay diferencias en términos de ingresos, inversión y calidad de vida (Buitelaar, Echeverri, Silva, y Rifo, 2015, p. 25).

Es así como los jóvenes en estudio viven en distritos de los cantones de Desamparados y Pavas, donde se dan las mayores tasas de crecimiento poblacional, los porcentajes más altos de déficit de vivienda y hogares de ingresos medio bajos y bajos. Este proceso de segregación habitacional es reflejo de la concentración de la riqueza que se ha venido dando en el país. Las familias de altos ingresos se concentran en lugares seguros y selectos y las más pobres, en zonas de exclusión como las antes descritas. Algunos distritos de los cantones de Pavas y Desamparados poseen barrios menos seguros donde se reporta un mayor crecimiento de homicidios dolosos (Programa Estado de la Nación, 2015b).

El ambiente en estos territorios urbanos excluidos, producto de la desigualdad social, se caracteriza por la violencia social en el hogar, la violencia que se realiza para obtener una ganancia por medio de delitos, robos y asaltos, y también la contextual que da lugar a la creación del mercado de drogas (Pérez-Sáinz, 2015).

Por consiguiente, para los jóvenes haber nacido en estos sitios ya es crecer en la asimetría de lo territorial. Esto sigue reflejando en la investigación cómo se articulan los sistemas de dominio con otros en la condición de “pluridominio”, como “constelaciones de fuerzas relacionales que provocan dominio” y que son parte de sociedades estructuradas en la subordinación (Duarte, 2015a, p. 310).

A continuación, presento un esquema que contiene los resultados más relevantes encontrados en esta temática.



IV. CARENCIA DE DERECHOS HUMANOS

Lo expuesto permite apreciar la calidad de vida de las familias en la exclusión social y hacer la pregunta: ¿con qué derechos cuentan estos jóvenes que están en constante peligro de morir, por crecer en un ambiente de exclusión social? No es precisamente a lo que aspira la Política de la Persona Joven en Costa Rica, porque sus condiciones reflejan la falta de una vida digna.

Son jóvenes en la asimetría de la clase social y lo territorial, donde la estrategia de la globalización y la acumulación de capital los utiliza, los despoja y los deja excluidos de satisfacer sus necesidades básicas. Su estado responde a una estrategia “en conflicto abierto con los derechos humanos” que fue impuesta en América Latina por los llamados ajustes estructurales y que lleva al mal común de la exclusión (Hinkelammert, 2003, p. 13).

Esta realidad de las familias en estudio que viven en la exclusión social nos confirma lo que señalan Mora y Pérez-Sáinz (2009): las políticas y acciones gubernamentales no han sido efectivas para garantizar la inclusión de un grupo importante de la población costarricense. Iría más largo en señalar, de acuerdo con la escucha de los jóvenes en estudio, que no están asegurando el derecho a la vida de jóvenes costarricenses.

Parece muy válido en este contexto el análisis de Richard (1999) que hace referencia a la ideología capitalista que genera la exclusión: “El sistema no es para todos. El sistema sólo puede asegurar la vida de los que son necesarios e insustituibles para el desarrollo del mercado, el resto sobra” (p. 225), ya que para el Estado únicamente es ciudadano el que tiene trabajo y participa en el mercado.

En Costa Rica, la muerte de los jóvenes en la exclusión está formando parte de la cotidianidad, es una temática de las noticias de cada día: “De la exclusión se pasa con facilidad a la liquidación. La muerte de los excluidos no es un problema ideológico o moral, sino simplemente un problema de limpieza”, señala Richard (1999, p. 226). Difícilmente, el público en general conoce sus historias de vida y el ambiente del que proceden; cuando mueren se tiende a interpretar como un problema menos para la sociedad. Políticamente, los excluidos son vistos como “un obstáculo al desarrollo del sistema (...) como enemigos

del mercado perfecto. Su muerte sería como un sacrificio necesario para salvar el sistema”; son considerados víctimas culpables que no importa que mueran (p. 226).

A nivel internacional, se reconoce que la seguridad ciudadana es un problema crítico en Centroamérica, y en Costa Rica la violencia delictiva es comparativamente más baja que en el resto de los países de la región; sin embargo, se ha incrementado la incidencia de delictividad y criminalidad en la última década. La tasa de criminalidad, relacionada con acciones que atentan contra la vida de las personas, pasó de 93.9 por cada cien habitantes a 173.6 en el año 2012. La percepción de la ciudadanía es que el fenómeno continúa avanzando. En el 2010 se señala que el 20.2% de los hogares en el país reportó al menos un evento de victimización durante el período de julio de 2009 a junio de 2010, dato que contrasta con el 6.2% de hogares reportados dos décadas antes (MIDEPLAN, 2014, p. 43).

En los últimos años, el problema de la inseguridad en Costa Rica es uno de los fenómenos sociales que causa deterioro en la calidad de vida de las personas, ya que convergen en esta problemática factores que producen vulnerabilidad humana y social (Ministerio de Justicia y Paz, 2012). Estos datos muestran cómo cada día hay menos tranquilidad y libertad para los jóvenes que viven en la exclusión social.

Los varones en estudio muestran una tendencia a la conformidad con las condiciones sociales impuestas que les toca vivir; no se nota en ellos una actitud de lucha para transformarlas desde una condición de grupo social, cada uno sobrevive en el ambiente que le toca. Valenzuela (citado en Duarte, 2015a, p. 49) señala que estos jóvenes desarrollan “una condición anómica como respuesta a la exclusión”, la cual es causada por el despliegue del mercado de la ideología neoliberal, y de esta forma los entornos en que estos jóvenes viven, la calle, por ejemplo, son concebidos como reproductores de esa anomia, que se expresa en una falta de horizonte y en una actitud de retraimiento, como respuesta a las condiciones de exclusión. También puede ser una actitud de rebelión y movilización como formas de responder a la exclusión. Sin embargo, en ninguno de estos casos se da una acción política de los jóvenes que aporte a la transformación social en un sentido constructivo.

Ellos tienen la esperanza más bien puesta en la familia y no en otros entes externos como la comunidad, las instituciones o los políticos. La forma que perciben de salir adelante es con el apoyo del grupo familiar con que viven:

“Yo espero que siempre podamos salir adelante con todas las cosas y que mis hermanos y yo y otras familias enfrenten sus metas y que nunca caigan en algo malo” (Cristóbal).

“Del país no espero nada, nada” (David).

Esto es lo que ocurre en los jóvenes en estudio cuando expresan sus expectativas y demandas; han perdido la esperanza de que comunal o políticamente se logren cambios y no proponen soluciones donde ellos son partícipes. Los jóvenes se muestran desilusionados de la sociedad, la comunidad, el barrio y los políticos. Son conscientes de que hay muchos jóvenes “vagos”; sugieren mayores oportunidades de trabajo, de estudio y actividades como las deportivas para resolver los problemas de las personas jóvenes y apartarlos de la droga. Sobre este último aspecto consideran que debe haber mayor control por parte del Gobierno, deben participar en estas tareas las municipalidades y las comunidades:

“Dudo que la sociedad, la comunidad, el barrio resuelvan algo; del país no espero nada, nada” (Julio).

“Que tratemos de ser un poco más organizados para que ya no haiga más delincuencia y evitar que las futuras generaciones crezcan viendo ese ambiente. Mi barrio estuvo muy organizado y había portones, pero quien hizo murió, entonces ya nadie siguió apoyando el proyecto” (Julio).

Así los jóvenes viven en esta época, caracterizada por la incerteza y el azar del mercado, en la desesperanza, donde las asimetrías son cada vez mayores (Pérez-Soto, 2009, Hinkelammert, 2008). Es muy difícil para los jóvenes en este entorno lograr cambios

significativos; Pérez-Soto (2009) considera que “se trata, como en tantas otras crisis modernas, de sobrevivir como se pueda, peleando un espacio para la propia legitimidad” (p. 78) y donde no se genera un sentimiento colectivo.

Las condiciones de la exclusión social son tan abrumadoras que cuesta encontrar salidas en ella. Hay condiciones personales y familiares que ayudan a lograr cambios en algunos aspectos y a nivel individual, pero no hay un proceso grupal, comunal, que pueda visualizar un cambio en estas comunidades excluidas de donde proceden los jóvenes del estudio.

Es así como se puede entender que la falta de derechos en la vida de los jóvenes en estudio no es acorde a la política del Estado de Costa Rica al respecto de las juventudes en exclusión social; está parece estar solo en el papel y no se refleja significativamente en sus vidas.

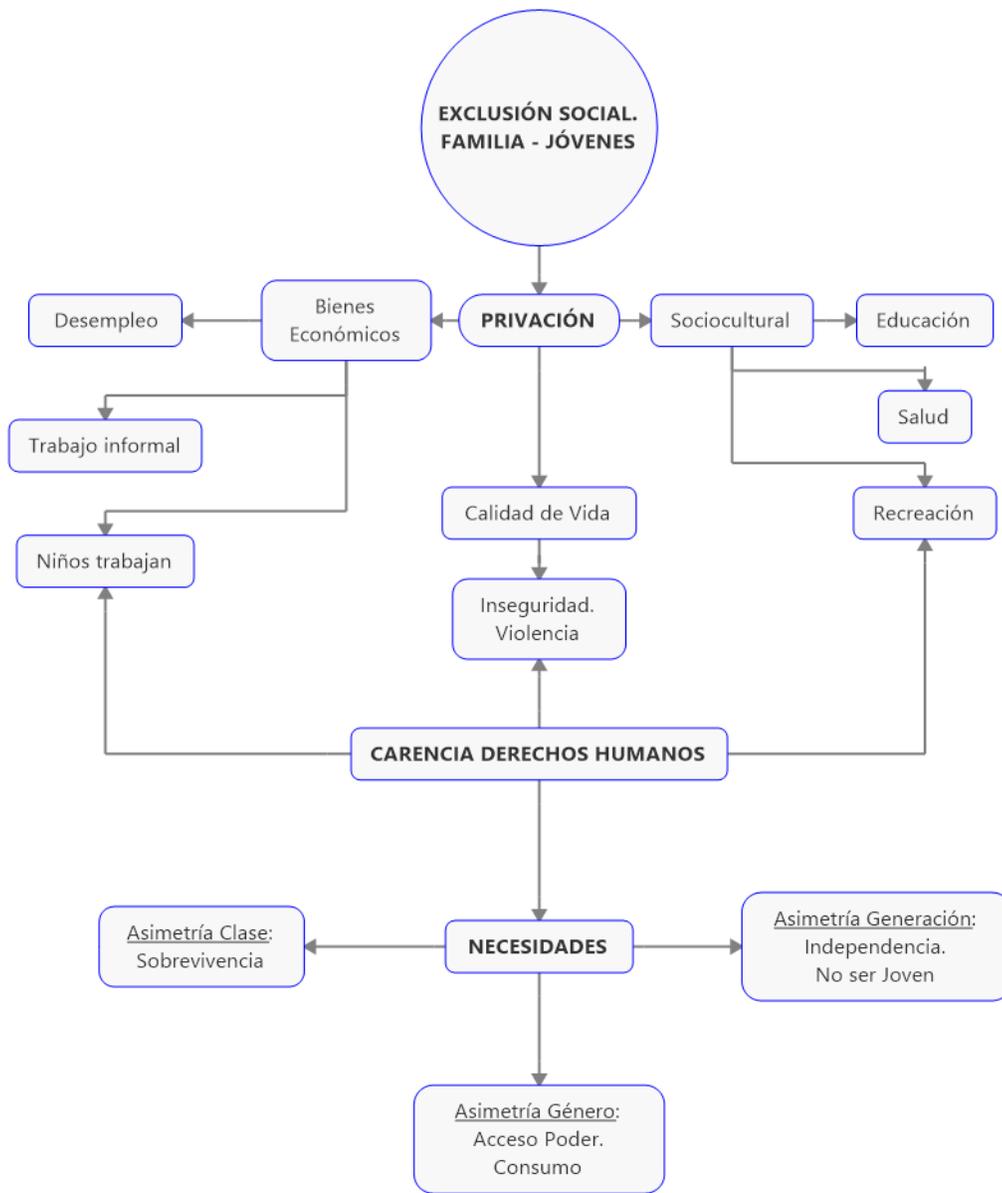
Las condiciones de vida de los jóvenes del estudio tienden a la sobrevivencia, a no poder moverse con libertad y a tener límites de diversa índole que los ubica en una asimetría de lo territorial. En la exclusión social, el trabajo es la prioridad, es la meta, pero también la dificultad; el desempleo es el gran problema, lo que les hace más aparente el sentimiento de excluidos, no solo por no tener sus necesidades básicas cubiertas, sino por no alcanzar una posición social en un mundo basado en el consumo. El estudio es el medio para lograr un mejor empleo, pero se dan suficientes obstáculos internos y externos para no lograr avanzar en este. Las organizaciones ilegales son las que parecen tener más éxito en estos ambientes segregados, llenan necesidades económicas, de identificación y acción, recreativas; se convierten en los espacios donde el joven puede sentir que es algo o alguien.

Los sentimientos de la exclusión social y territorial son muy desagradables, los jóvenes se sienten “*desencajados*”, no forman parte de ese mundo material ni cuentan con las condiciones para entrar en esa caja que es la sociedad. Todo esto los hace sentirse “*ofuscados*”, la vida está “*desarreglada*”, trastornada, desarticulada, desorganizada. Dependen del mundo adulto, de sus normas, reglas, gustos y preferencias, y no cuentan con los requisitos para acceder a este mundo; no son independientes, lo que tampoco les permite cumplir con mandatos sociales de las masculinidades hegemónicas.

Las asimetrías de clase y lo territorial se han fortalecido en las últimas dos décadas con el proceso capitalista y de globalización, lo que dio paso a la teoría neoliberal, ante la cual “no ha habido casi ninguna resistencia relevante” y se ha legitimado por esta falta aparente de alternativas (Hinkelammert, 1999, p. 17). Esto ha generado la exclusión, empujando a grupos sociales a situaciones desesperadas de imposibilidad de vivir (Hinkelammert, 2003).

Los jóvenes del estudio son parte de este contexto social, político y económico que nos toca vivir a todos y que nos ha pasado como “un huracán” no solo en América Latina, sino en el resto del mundo, que “con fuerza cada vez mayor, se perciben las destrucciones del ser humano y de la naturaleza que este huracán trae consigo” (Hinkelammert, 1999, p. 20). A estos jóvenes les toca la peor parte del huracán, ya que los deja en la desigualdad y la exclusión social y no les da a ellos el derecho a una vida decorosa. No poseen los medios para entrar en el mundo del dinero, las mercancías y el capital.

Seguidamente, aparece un diagrama con los temas principales que expuse en este capítulo.



CAPÍTULO TERCERO. MASCULINIDADES HEGEMÓNICAS EN LAS JUVENTUDES EN EXCLUSIÓN SOCIAL

Los jóvenes de la investigación forman parte de los conflictos derivados de las asimetrías que se sostienen en lógicas de dominio; como he planteado, estas no son únicamente de clase, sino que están en relación con otras desigualdades como la de generación, lo territorial y la de género (Duarte, 2015a). De acuerdo con la experiencia de los jóvenes en estudio, en este capítulo analizo el sistema de desigualdad de género.

En su rol de varones, los jóvenes asimilan y reproducen perspectivas de la construcción social de masculinidades hegemónicas, que sustentan un sistema de dominio de lo masculino sobre lo femenino, lo cual le da la ventaja al varón de “ser importante”, de pertenecer al sexo de los que descartan y tienen mayores posibilidades y realizaciones. Pero a la vez, lo lleva a la ambigüedad, a reprimir la afectividad y estar condenado a la angustia por mantener su papel de importancia y superioridad (Marqués, 1997).

Asimismo, los jóvenes están expuestos a la subordinación y dominación en su relación con el mundo adulto. Estas estructuras asimétricas se han desarrollado y manifestado históricamente con la construcción de una masculinidad dominante que se apodera de la producción económica y se establece con una posición de poder. Duarte (2015a, pp. 325-326) explica que “el dominio patriarcal se fue consolidando en un proceso en que las relaciones de género fueron arraigando simultáneamente relaciones generacionales de superioridad-inferioridad, así, puede decirse que, en sus orígenes, este adultocentrismo constituye una extensión del dominio patriarcal”.

Con estos sistemas de dominio patriarcal, de clase, adultocéntrico y lo territorial, los varones adultos se aseguran la reproducción de este poder por medio del sometimiento de las mujeres y las y los considerados menores. Por consiguiente, estas asimetrías están cruzadas, “se evidencia que quienes postulaban a conseguir en un cierto momento capacidad de control y decisiones eran quienes, transformándose en varones (género), adultos (generación) se fueron apropiando de la producción de excedentes y acumulando en beneficio propio de su unidad (clase)” (Duarte, 2015a, p. 337), quedando grupos expuestos a diversas exclusiones, como el que está en estudio en esta investigación.

Estudiando la interdependencia en las desigualdades de clase, generación y género, este apartado se concentra en el modelo social hegemónico de las masculinidades, como una asimetría más de la sociedad en la que forman parte las juventudes, tomando en cuenta que las masculinidades se manifiestan en contextos y momentos históricos diferentes, en este caso en particular, en un grupo de estudio de varones jóvenes que viven en la exclusión social.

I. LA IDENTIDAD DE GÉNERO: LA FAMILIA, PAPEL DEL PADRE Y LA MADRE

La formación de la identidad tiene un carácter construido; los jóvenes internalizan roles sociales, es un proceso que involucra la reproducción y la proyección social (Connell, 2003; Butler, 2007). Es así como los varones estructuran su identidad basados en el grupo familiar, los amigos y la sociedad en general: “la identidad de género se hace o se conforma en la vida cotidiana” (Connell, 2003, p. 19). Según los autores antes citados, la masculinidad es una construcción social, surgida en un tiempo y un lugar específicos. En las masculinidades hegemónicas esto significa que el varón es importante y a la vez se le adjudica una serie de encargos. Lo primero puede ser gratificante, pero lo segundo lo obliga a la demostración constante de su valor y, de no lograrlo, se producen las crisis de la masculinidad y los mecanismos de compensación para mantener esta pérdida (Campos y Salas, 2002; Marqués, 1997).

Las masculinidades hegemónicas le exigen al varón cumplir con roles sociales y sexuales, le imponen un ideal cultural a la cual debe adecuarse y probar que lo cumple. Algunos de estos encargos asignados a los varones en diversas culturas se refieren a fecundar, proveer y proteger, lo que implica la autosuficiencia económica, el coraje físico, el enfrentar peligros, entre otros. Estos mandatos deben cumplirlos probando constantemente su virilidad, sin demostrar miedo y compitiendo con los “otros hombres”, como “imaginarios” que podrían ser mejores y a quienes hay que ganarles la partida. Deben mostrar la “hombría” para tener la aprobación de los otros varones que evalúan su

desempeño. Esto lleva a una conducta de competencia por las mujeres, la riqueza, el poder, la posición social, entre otros (Campos y Salas, 2002, p. 24; Kimmel, 1997).

Para entender este proceso de la identidad masculina en el grupo de jóvenes exploré las posiciones y relaciones que han establecido en sus vidas, cómo ha sido la dinámica de sus familias y la relación con sus padres y otras personas.

Antes de entrar en esta temática, es importante señalar que uno de los jóvenes que participa en la investigación se considera gay y el papel de género que desempeña es de varón; en su comportamiento sexual prefiere la relación con otro varón. Como he explicado en el apartado sobre teorías que fundamentan esta investigación, la identidad de género no se deriva mecánicamente de la anatomía sexual.

1. LA FAMILIA

Las familias no siguen un mismo patrón, son diferentes en muchos aspectos; están condicionadas por dimensiones como el tiempo histórico, la organización social, el número de miembros, la edad, el sexo, sus características personales, los procesos de relación y comunicación, entre muchos otros.

Para Castells (2001) la familia constituye el mecanismo de socialización fundamental. El patriarcado ha sido una estructura básica en todas las sociedades contemporáneas, se ha caracterizado por la autoridad de los varones sobre las mujeres y sus hijos e hijas en la unidad familiar, hecho de suma importancia en su reproducción. Sin embargo, para este autor, la familia patriarcal se ha visto desafiada por las transformaciones del trabajo y la conciencia de las mujeres, producto de tendencias que se han venido desarrollando desde los años sesenta, como la economía global, los cambios tecnológicos, la rápida difusión de la cultura globalizada, la apertura de oportunidades educativas para las mujeres y la intensificación de los movimientos feministas, entre otros. Con la incorporación masiva de las mujeres al trabajo, la dinámica familiar tiende a cambiar; aumentó su poder de negociación frente a los varones y debilitó la legitimidad de su dominio como únicos proveedores de la familia. Estos procesos han generado la ampliación de la conciencia de las mujeres en la igualdad con los varones y el control sobre sus cuerpos y vidas. Es así como

“los indicadores presentes señalan un declive sustancial de las formas tradicionales de la familia patriarcal” (p. 161). El cuestionamiento de esta familia tradicional patriarcal ha traído también la exploración de otras formas de familias, como las gais.

El cambio de la familia patriarcal tradicional se ha visto también afectado por la disolución de los hogares de parejas casadas, ya sea por divorcio o separación, rompiéndose los compromisos a largo plazo, lo que lleva a la formación de hogares de un solo progenitor con hijos dependientes (por lo general, la mujer como cabeza de familia) y poniendo fin a la autoridad del varón. Asimismo, estos cambios muestran fuertes tendencias al retraso en la formación de parejas, la vida en común sin matrimonio, los hijos fuera del matrimonio y la limitación en el número de hijos. Todo esto debilita la sanción legal de la autoridad patriarcal desde el punto de vista institucional y psicológico, con lo cual surge una variedad creciente de estructuras de hogares donde se diluye el modelo clásico de familia nuclear tradicional; así, han proliferado los hogares sin hijos y de un solo progenitor (Castells, 2001).

Precisamente, las familias del grupo de estudio en la exclusión social no parecen seguir las dinámicas de las tradicionales; en algunos de los hogares, el padre ha estado ausente y quien ejerce la dirección de la familia es la madre. Sin embargo, como explico más adelante, a pesar de su ausencia, la figura paterna tiene un papel importante en la consolidación de la identidad masculina hegemónica de los jóvenes.

Las condiciones de exclusión obstaculizan la salida del hogar de origen; las familias son extensas, conviven abuelos, primos y tíos con las nuevas parejas que se van formando. Por ejemplo, dos jóvenes de la investigación que son padres no viven en pareja; uno de ellos, de 17 años (Carlos), vive con su padre, sus abuelos y tíos paternos, y el otro vive con su madre, hermanas y sobrinos (Pablo). Tres de ellos, siendo menores de edad, han convivido en pareja y se han ido a vivir a la casa de ellas donde también viven sus familias de origen. Algunos de los jóvenes han tenido varias figuras paternas, padre y padrastros. Por consiguiente, no parecen ser todas familias “nucleares”, donde se da una organización social patriarcal y el jefe de familia, el varón, trabaja afuera, es el responsable del mantenimiento económico de la familia, y el resto de los miembros juegan papeles de dependencia y subordinación, mientras que la mujer es la responsable de los oficios

domésticos y las tareas reproductivas (Jerlin, 2010, p. 45). Por consiguiente, los procesos de estructuración de la identidad tienen también sus características particulares.

Por ejemplo, en un caso el padre y el hijo vivieron juntos con sus parejas, como amigos, en una relación más igualitaria; ambos trabajaban para mantener el hogar y tenían su pareja, como dos iguales. Otros de los ejemplos que reflejan las condiciones de las familias son los siguientes:

“Mi mamá vive muy largo y mi papá aquí. Desde pequeño se separaron y yo quedé con mi abuela y mi abuelo. Ellos se hicieron cargo porque mi mamá me tuvo como a los 16. Mi mamá se fue con un señor cuando yo tenía cuatro años, me quería llevar con ella, pero él no quiso” (Alex).

“La que está conmigo es mi madre adoptiva, no la biológica; lo que sé es que me quitaron de ella porque era drogadicta. En ese entonces, ella trabajaba con mi papá y andaba haciendo una vuelta de droga, mi papá en esos tiempos era traficante, y la agarraron, cayó presa y cuando salió no pudo hacer nada por mí” (Andrés).

“Desde que nací mi papá me abandonó, mi mamá se juntó con un muchacho que es para mí mi único papá y cuando tenía doce años mi mamá se separó y ahora está juntada con otro” (Bernardo).

“Mi papá y mi mamá duraron como diez años casados, después, se divorciaron; mi papá era muy tortero y tomaba alcohol. Mi mamá se hizo de una pareja y ahí estuvimos viviendo. A los trece años me fui a vivir con mi papá y mis abuelos. Mi papá tiene siete hermanos de padre y madre, pero solo de mi abuelo tiene diez” (Carlos).

Considerando la postura de Satir (1978, p. 4) sobre las relaciones humanas en el núcleo familiar, la mayoría de las familias en estudio son lo que ella define como “conflictivas”, “problemáticas”, que se caracterizan por autoestima baja, comunicación indirecta, vaga e insincera, con normas rígidas, inhumanas, fijas e inmutables o con actitudes irrelevantes,

de desinterés por las personas y sus asuntos o con una relación temerosa, aplacante y acusadora; esto lo expongo más adelante también en la relación con el padre y la madre. Algunos de los jóvenes sienten que su familia es una “amenaza”, una “carga” o una “aburrición”. Para esta autora estas familias “contribuyen así al crimen, a la enfermedad mental, al alcoholismo, al abuso de drogas, pobreza, juventud enajenada, extremismo político y muchos otros problemas sociales” (p. 18).

En el grupo de estudio solamente encuentro una familia que tiende a un modelo contrario al anterior, de “nutridor”, que se caracteriza por la autoestima alta, la comunicación directa, clara, específica y sincera, con normas flexibles, humanas, apropiadas y sujetas a cambio y con un enlace con la sociedad cómodo entre personas que se quieren y se tienen confianza, tienen muy buena imagen de su grupo familiar y se sienten felices de pertenecer a ese grupo familiar (Satir, 1978, p. 14). La familia como mecanismo de socialización juega un papel importante en los modelos de masculinidad, un espacio familiar de este tipo nutridor puede ser fundamental en un proceso de cambio a conductas más igualitarias. El modelo de madre y padre de esta familia, como veremos más adelante, tiende a ser más igualitario y está basado en relaciones de respeto y comunicación.

El caso familiar de este joven (Julio) permite entender que no se puede generalizar un modelo de masculinidades en la exclusión social. Como señalan diversos autores (Bonino, 2003, Connell, 2003), hay que partir de la conformación de diferentes masculinidades, aunque se den estructuras predominantes y legitimadas.

La postura de moratoria psicosocial considera al joven en la familia moderna como inmaduro, dependiente de ella, que requiere un tiempo para madurar porque no está en la capacidad de actuar como adulto; esta se incorpora como una regularidad del crecimiento. Este planteamiento es criticado porque no considera la historia, las estructuras sociales y el contexto en que se dan las juventudes (Duarte, 2001b). En esta investigación encontré otra realidad: las necesidades económicas en la población llevan a que el trabajo de los jóvenes sea necesario para la supervivencia del grupo familiar; por consiguiente, algunos desde niños realizan responsabilidades de adultos. Como expuse en el capítulo anterior, las condiciones sociales y económicas de las familias, así como la mala calidad de vida en la

exclusión social dan un carácter especial a la convivencia familiar y a las juventudes, donde parece no tener las ventajas de ciertos grupos de acceso a la preparación para la vida adulta, llegar a ser productivos, tener acceso a la reproducción social y adquirir el estatus de adulto.

Por consiguiente, partir del concepto de moratoria psicosocial invisibiliza a grupos de jóvenes que no tienen acceso al mundo del mercado capitalista; es una categoría limitada para la comprensión de las personas jóvenes en sectores de exclusión social, quienes no tienen el apoyo de las instituciones ni el tiempo para ser preparados para la vida adulta. Richard (1999, p. 226) dice que “El excluido vive una vida mucho peor que la del explotado”, porque está fuera del sistema y es visto como un obstáculo para el desarrollo de este.

2. PAPEL DEL PADRE: AUSENCIA

El papel del padre en la mayoría del grupo de estudio se ha caracterizado por la ausencia y el abandono; por esto, para algunos de ellos la jefa de familia es la madre. La distancia emocional que muestran los varones respecto a otros tiene su origen en la niñez que, a menudo, se caracteriza por la ausencia del padre y figuras masculinas adultas; es decir, por la distancia emocional de estos, como muestro a continuación en las experiencias de los jóvenes en estudio. Para Kaufman en estos casos “la masculinidad es codificada por la ausencia y construida al nivel de la fantasía” (1999, p. 8). Las siguientes experiencias demuestran la relación que los jóvenes han tenido con el padre:

“Desde pequeño no ha estado, nunca he tenido un abrazo de padre. Como a los trece años lo busqué, me dijo que está bien, que llegaba a la una de la tarde, y diay me alisté y pasó la una y las dos y no llegó y después de eso no he tenido más contacto con él. Sé que él tiene otra familia. Porque mi papá, con todo lo que ha hecho, eso sí duele, no me acuerdo de nada, ni un abrazo de él” (Alex).

“Mi padre era traficante y estuvo preso cinco años, creo que ya cuando yo estaba en primero de la escuela ya él estaba afuera. Para mí siempre ha sido importante. No es

muy cariñoso, no me escucha, cuando hablamos la solución no termina en nada” (Andrés).

“Mi papá le pegaba por el estómago a mi mamá cuando iba a nacer, porque él no quería que yo naciera, es drogadicto. Tuve un padrastro desde los tres meses hasta los doce años, que me trató como si yo fuera hijo de él; era trabajador, estudioso, sí tenía sus vicios igual; él todo lo llenaba con la plata, no pasaba mucho tiempo con nosotros; siempre que salía de la casa llegaba y nos daba un beso y nos abrazaba, pero nunca pasaba tiempo con nosotros, por eso mi mamá le dio vuelta. Ahora tengo otro padrastro y no lo soporto” (Bernardo).

“No estuvo con nosotros de pequeños, ahora que vivo con él conversamos, me da consejos” (Carlos).

“Él nunca estaba, andaba trabajando, con otra mujer o tomando guaro, era alcohólico; comenzó a llenarnos con cosas materiales, no nos daba amor, ni educación; todo eran gritos y golpes, nunca habló con nosotros. En la época de la adolescencia se perdió como tres años y medio, no llamaba, nunca se interesó por mí, él tiene otra familia” (David).

“Mi papá se fue de casa cuando yo tenía 14 años, como le gustaba echárselas era como muy pleitero. Era bueno, pero no me acuerdo de que mi papá me dijera que me amaba, él se murió de un infarto cuando yo tenía 17 años” (Pablo).

“Yo era un niño pequeño cuando a mi papá lo mataron, tenía unos problemas con unas personas, era de esos que si un hombre le faltaba el respeto él no se dejaba. Mi papá no tuvo como cabeza, no nos dejó nada, ni una casa estable. Era alcohólico, él llegaba a la casa y mi mamá nos escondía, le daba miedo porque venía muy borracho” (José).

“Mi papá nunca ha vivido con nosotros, antes una vez cada año llamaba, pero se desapareció de todos, nunca nos ayudó, nunca nada, dijo que nosotros no somos de él” (Juan).

En el caso de David, que se define como gay, cuando su padre se enteró de su orientación sexual le dijo:

“Usted no es hijo mío, yo no tengo un gay, yo tengo un hijo hombre, le tienen que gustar las mujeres. Fue tanta la cosa que me dijo: lo voy a llevar a un lugar a donde lo hagan hombre” (David)

El sentimiento de este joven hacia su padre es de rechazo:

“Mi padre me negó, ya no había aceptación de mi padre, ya el amor que él tenía hacia mí se fue apagando; yo buscaba llenar eso con personas de mí mismo sexo, de mí misma orientación sexual; nos íbamos a los parques, hacíamos loqueras” (David).

Los jóvenes han experimentado en la relación con sus padres sentimientos de rechazo, abandono, soledad, nostalgia, vacío y dolor. Son relaciones donde se carece de confianza, también hay resentimiento, indiferencia, rencor y odio hacia el padre:

“Ya cuando empecé a saber que mi papá le hacía mucho daño a mi mamá, empezó a afectarme, le fui agarrando odio, que llegó tanto al punto que yo no lo podía oír. Yo le fui agarrando a mi papá odio porque él me rechazaba” (David).

“Sí me duele, pero a la vez no me importa, nunca viví con él” (Juan).

Los padres de los jóvenes cargan también con su problemática personal y social. Se habla de ellos como alcohólicos, drogadictos, violentos, pleiteros, machistas, infieles,

homofóbicos, dominantes, sin visión y sentido de responsabilidad acerca de la familia. Con niveles de estudio bajos y con crisis laborales, han estado desempleados y han tenido que irse a otros sitios y dejar la familia para obtener un trabajo.

Solamente en la familia de uno de los jóvenes el padre ha estado más presente; si bien pasa muy poco tiempo compartiendo con ellos porque trabaja como guarda en jornadas muy largas diurnas y nocturnas, cuando está presente su actitud es lo que Satir llama “vital” o “nutradora” (1978, p. 179), pues se caracteriza por darles importancia a los hijos y a sus sentimientos, su papel es de guía más que de jefe de la familia; su tarea es la de enseñar comportamientos humanos:

“Mis papás no son mucho de castigar. Siempre que estamos juntos me habla y siempre que le pagan me da plata o salimos donde la mamá de él, tengo una buena relación con mi papá. Se pone a hablar, dice que no haga esto y que no haga aquello y a mi hermana le dice que entre a clases y cosas así, pero como que nos regañe no. Mi papá me abraza una vez al año, pero yo lo quiero mucho y él también a mí. Me apoya mucho en todo, si ve que a mí me gusta algo él me respeta, a mi hermano también y trata de ayudarnos” (Julio).

Aun considerando la variedad de modelos de desarrollo y la multiplicidad de los factores que la determinan (Lutte, 1992) ubica, antes de acceder al estado adulto, una etapa en el desarrollo del joven donde su yo gira entorno a sus padres, están satelizados y dependen de la aceptación y la estima que estos lo den. Posteriormente, para ser adulto debe independizarse de sus padres, ser autónomo, desarrollarse de acuerdo con sus propias realizaciones y ya no en la aceptación de sus padres.

En el caso de la mayoría de los jóvenes en estudio pareciera ser que siempre fueron autónomos, en su proceso de desarrollo no contaron con la presencia de sus padres y su aceptación: “el adolescente que no ha podido satelizarse porque sus padres no lo aceptaban – y que estaba predispuesto a diversos trastornos de desarrollo – no tiene que buscar autonomía porque nunca había renunciado a ella” (Lutter, 1992, p. 24). Si bien a los

jóvenes les duele no haberse sentido aceptados por el padre, pareciera ser que esto les generó una mayor autonomía y, como lo veremos más adelante, un mayor apego a la figura materna; asimismo, tienen mayor identificación con los amigos, otros adultos y líderes de sus comunidades, quienes en algunos de los casos son miembros de la organización de la droga, mostrando modelos caracterizados por la represión y la agresión.

El mismo abandono del padre y la distancia emocional que estos han establecido con sus hijos ha sido sentido por ellos como una agresión. Además, algunos de los padres han tenido claramente conductas de agresión física y verbal con los hijos y sus madres, e incluso con otros miembros de la familia. Como expliqué antes (Kaufman, 1999), la violencia en el género masculino es una manera de restablecer el equilibrio, de afirmarse a sí mismo y afirmarles a otros las credenciales masculinas, lo cual incluye en esos otros la selección de un blanco que sea físicamente más débil o más vulnerable como son los hijos, principalmente cuando están pequeños. Al respecto los jóvenes expresan:

“Nosotros le decíamos: papi vamos a jugar bola y él nos decía que no y nos gritaba y nos mandaba para adentro” (José).

“Yo estaba discutiendo con mi hermano y mi papá se vino como un toro enojado a gritar, a decirme qué pasa, que yo no era nadie, que, si no me gustaba, que arrollara y me fuera de la casa, estaba como loco. Le dije a mi papá: yo tengo derecho a hablar y expresar, tal vez no de la mejor manera, tal vez él lo entendía como que me le estaba revelando, yo nada más me le acerqué como para ver qué iba a hacer y fue cuando me metió el golpe” (Andrés).

Ya sea por ausencia o por la agresión física directa del padre hacia los hijos, la mayoría de las historias de los jóvenes (nueve de diez) tienen un modelo de padre que expresa la agresividad, son conductas que se transmiten y aprenden. Esto implica que es muy probable que ellos van a ejercer patrones de agresividad en sus relaciones y, tal como veremos más adelante, ya estas se expresan; es decir, se tiene “legitimada la violencia para resolver los

conflictos” (Bonino, 2003, p. 30). En lo que Bonino llama “la problemática psicopatológica masculina”, señala que esta se produce por las creencias y mandatos de la masculinidad hegemónica; así, la fuerza se convierte en violencia generando los maltratos masculinos.

3. PATERNIDAD

En la paternidad y en las tareas domésticas asociadas a la construcción de masculinidades hegemónicas se ponen en juego inequidades y roles muy segregados y estereotipados para varones y mujeres (Aguayo, Correa y Cristi, 2011). Si bien los dos jóvenes de la investigación que son padres apenas empiezan con esta tarea, ellos esperan ejercer una paternidad caracterizada por el cuidado a la hija y dedicar suficiente tiempo para compartir con ella, precisamente de lo que ellos carecieron cuando niños. Sin embargo, las circunstancias actuales parecen dificultar dicho rol; su situación es precaria, sienten gran presión social y personal por su rol de proveedores, no viven con la pareja ni tienen trabajo estable, lo que les genera estrés y sentimientos de tristeza. Como veremos más adelante, se da una inequidad en la atención, ellos no están compartiendo el cuidado de sus hijas.

Pablo manifiesta preocupación por no poder participar activamente en la vida de su hija, porque hace seis meses se separó de su compañera y ella está enojada con él y su familia; él dice que:

“Me pone muy triste eso, porque yo siempre he querido un hijo y ahora que la voy a tener no la he podido ni disfrutar. Digo, lo primero que voy a hacer es el papeleo para ponerle el apellido, aunque todo el mundo me diga que no haga eso, pero es mi hija y yo solo así voy a poderla ver, aunque sea una vez a la semana y voy y me pongo la pensión. Hasta eso, en la pensión no está de acuerdo en cuánto le voy a dar, entonces vamos a hacer todas las vueltas para que el juez la ponga” (Pablo).

Por su parte, Carlos expresa:

“Sentí felicidad en parte y preocupación también, porque ahorita uno no tiene ni estudio ni nada de cómo mantener a la bebé, entonces uno todo eso lo piensa, pero al fin y a la cabo siempre aparece algo. Lo más difícil es que un bebé ocupa muchas cosas y es una responsabilidad más grande también; siento preocupación, pero hay que ir para adelante, lo que se venga hay que afrontarlo, porque ya ahora no es solo por uno, es por una bebé que uno tiene que ver” (Carlos).

Estos dos jóvenes tienen el deseo de participar en la paternidad; ellos vienen de hogares donde sus padres no actuaron activamente en el cuidado de sus hijos, los califican con actitudes *“machistas”*; por consiguiente, no participaban en el cuidado de los hijos ni en las tareas hogareñas. Para Bonino (2003, p. 30) la masculinidad hegemónica genera varones preponderantemente *“con paternidad ‘despreocupada’* donde tienen en cuenta más sus derechos que sus obligaciones”. En estos dos casos su discurso preocupado no es acorde a algunas de sus conductas directas, no tienen medios para mantener la hija y sus acciones de cuidado no están claramente definidas.

Es así como estos jóvenes padres, por un lado, sienten la demanda de dar afecto, pero su posición de género masculino no se los permite, igual que hicieron sus padres. Estas razones de orden cultural patriarcal se articulan con los problemas de empleabilidad y trabajo que están más involucrados con el orden económico. Pareciera que les preocupa más el aporte económico, tal como lo señala Bonino (2003), cuando dice que el varón debe cumplir culturalmente como principio de la acción masculina con el mandato de ser pareja, padre y proveedor de la familia, lo cual le da responsabilidad para dominar las circunstancias y derecho de imponer su voluntad. Asimismo, la negación del afecto implica cumplir otro de los mandatos de no parecerse a las mujeres y alejarse de lo doméstico, lo cual mantiene su rol heterosexual y afirma su masculinidad.

A pesar de la actitud de paternidad despreocupada de los jóvenes padres, esta situación puede convertirse en un motivo de resiliencia. En ambos casos, sus hijas son recién nacidas y están empezando a ser padres; en consecuencia, podría ser que el rechazo que ellos mismos tienen hacia la paternidad machista de sus padres los haga actuar de otras

maneras, podrían desarrollar capacidad de trascender, de hacer algo más para el otro, encontrando en la paternidad un nuevo sentido de vida y poniendo en práctica nuevas formas de masculinidades que se ubiquen dentro del cuidado de sus hijas. A pesar de que vivieron el abandono de sus padres, reconocen que no quieren repetir la historia y que pueden hacer algo diferente. De acuerdo con el concepto de resiliencia de Walsh (2005), esta se basa en las relaciones y no únicamente en el individuo; por consiguiente, tener una hija abre todo un nuevo vínculo que puede dar resiliencia al joven. Por ejemplo, Carlos expresa lo siguiente con respecto al nacimiento de su hija:

“Ha sido muy lindo, estoy muy feliz, es bonito ser papá; siento felicidad, amor” (Carlos).

4. PAPEL DE LA MADRE

La teoría sobre el apego o vínculo afectivo que se construye entre madre e hijo (formulada Bowlby, 1993 y Ainsworth, 1989) establece que este vínculo es un medio para que el niño desarrolle una seguridad que lo llevará hacia la posibilidad de explorar su alrededor y luego hacia la autonomía; es decir, un niño que sabe que su figura de apego es accesible y sensible a sus demandas obtiene de esta un fuerte y penetrante sentimiento de seguridad que motiva a continuar las relaciones. Por su parte, Ainsworth (1989) encuentra que hay niños de apego seguro, cuyas madres se caracterizan por ser sensibles, disponibles cuando sus hijos las necesitan y estos se caracterizan por usar a su madre como una fuente de seguridad, mostrando un patrón saludable de conductas de apego; la respuesta diaria de sus madres les da confianza y un sentimiento de protección. Por el contrario, las madres insensibles que rechazan a sus hijos generan conductas defensivas y de inseguridad. Asimismo, madres que ejercen patrones ambivalentes, de mostrarse sensibles y cálidas en algunas ocasiones y frías e insensibles en otras, llevan al niño a la inseguridad. En los dos últimos casos, son madres menos sensibles que no están siempre disponibles para atender las llamadas del niño. Parte de esta atención depende del estado anímico y de estrés de la madre. Es así como un niño seguro se mostrará sociable, empático y manifestará una buena

autoestima y lo contrario implica un vínculo ansioso, se retraerá socialmente, presentará quejas somáticas y comportamientos opuestos y agresivos.

En esta investigación, el vínculo con la madre resulta fundamental, porque se constituye, en la mayoría de los jóvenes, en fuente de seguridad y, por consiguiente, en una relación resiliente. Los jóvenes tienen las siguientes percepciones de sus madres:

“Ella siempre ha cumplido el papel de padre y madre; hace lo imposible para conseguir lo que necesitemos, para que nosotros estemos bien y siempre nos ha sacado adelante, con lo que son los estudios, la comida” (Juan).

“Siempre el amor de mi madre, que ella ha sido los dos roles: papá y mamá para nosotros, yo la he visto caer y la he visto levantarse” (David).

“Uno se agarra de la mamá; como joven tiene un problema en la calle de drogadicción, no tiene trabajo o está pasando algo, yo llego y tengo ese apoyo de mi mamá, yo le cuento a ella y llego a una solución” (José).

“Yo a ella la amo [madre adoptiva], es mi mamá; madre no es la que engendra, sino la que lo cría” (Andrés).

“Mi mamá es la única que ha estado con nosotros siempre, a pesar de todo; es muy esforzada, luchadora, porque mantener a cuatro personas sin ninguna ayuda debe ser algo muy costoso” (Juan).

Las madres han jugado también el papel de proteger y defender a sus hijos del padre en el maltrato que estos provocan:

“Terminé agarrándome con mi papá a gritos, mi mamá dijo que si yo me iba de la casa ella se iba conmigo; me iba a pegar y mi mamá se metió y no me pegó” (Andrés).

“Yo dormía en un camarote, me caí y me rajé la cabeza y no paraba de salir sangre; mi papá llegó borracho como a las tres de la mañana y le dice mi mamá: voy para el hospital y dice mi papá: no, no lo lleve, póngale un poco de café y acuéstelo a dormir. Entonces ese día mi mamá discutió con él porque ella decía que no, que yo estaba mal porque era mucha la sangre” (David).

La comunicación con la madre es más cercana que con el padre; en algunos casos, se logra expresar los sentimientos de una manera más abierta, además de discutir y afrontar problemas conjuntamente. La madre juega el papel de consejera. Sin embargo, como por lo general sus padres han estado ausentes y las madres trabajan o han trabajado además fuera del hogar, *“son padre y madre”*, los tiempos de compartir con sus hijos son pocos y no se enteran plenamente de las actividades que estos realizan, ni ejercen control sobre estas. Cuando corrigen conductas de los hijos, por lo general no usan la agresión física; lo hacían más cuando eran niños, pero no de manera tan severa como el padre:

“Siempre he tenido la costumbre de que todo es con mi mamá, yo todo se lo cuento, si tengo algún problema se lo cuento, alguna inquietud o alguna duda que yo tengo yo se la pregunto a mí mamá” (David).

“Con quien más me comunico es con mi mamá, le he tenido como más confianza de contarle cosas y en pedirle consejos” (Andrés).

Tres de los jóvenes en estudio viven una situación contraria a la anterior, han sufrido también abandono por parte de la madre. Ellas parecen ser el patrón señalado por Ainsworth (1989) de madres insensibles que rechazan y generan patrones ambivalentes. Estos son los que tienen más problema con la adicción y más bajo el nivel escolar. Uno de los casos es que la madre lo tuvo siendo adolescente y dejó al niño con sus padres:

“Mi abuela me dijo que ella iba a ir de viaje y pasaban los años y pasaban y pasaban y nunca volvió, y diay nada, fui creciendo igual al despelote que era y hasta ahorita como estoy” (Alex).

“A mi mamá yo no la quiero, ella me ha demostrado muchas cosas malas; cuando estaba con mi padrastro, ella era prostituta sin necesidad” (Bernardo).

“Mi mamá trabajó siempre, entonces la que nos crio era mi abuela. Mi mamá llegaba en la noche y ella se iba al trabajo el otro día y la volvíamos a ver hasta la noche. Mi mamá me echó de la casa, yo me fui con mi papá; nunca me llamaba ni nada, se preocupaba solo por mi hermano, entonces diay que se olvide de mí ultimadamente” (Carlos).

En los jóvenes que han tenido conflicto con sus madres, como en el caso de Bernardo, Carlos y Alex, son las abuelas quienes toman este papel de madre que apoya:

“Mi abuela es como mi mamá, con ella me llevo muy bien. Siempre cuando me jalaba mis tortas mi abuela era la que andaba detrás de mí. Cuando hice esa torta que tuve que ir a Comunidad de Encuentra ella fue la que me sacó de donde estaba metido, del calabozo” (Bernardo).

“Siempre mi abuela se levantaba temprano para alistarme, calentarme agua y de todo. Mi abuela me dice de todo y yo la entiendo sinceramente, me dice no robe y pórtese bien y ya, que usted sabe que aquí la comida no le falta y si usted ocupa algo nada más nos da tiempo” (Alex).

Por otra parte, según la teoría del psicoanálisis, el niño desarrolla un profundo vínculo emocional con su madre y en el proceso edípico se da una renuncia, un despegarse de la madre, y se reemplaza por el padre como objeto de identificación de género masculino; por

lo tanto, hay una huida de la femineidad y una búsqueda de la hombría (Kimmel, 1997). En los jóvenes en estudio, algunos siguen manteniendo un fuerte apego a la madre, como manifiestan esta *“ha sido padre y madre”*, y los padres han estado prácticamente ausentes en sus vidas. Además, esto se da en un ambiente de grandes carencias donde los esfuerzos de las madres por mantener a sus hijos son heroicos y los hijos son conscientes del papel que ellas han desempeñado. Pareciera que ellos estuvieran todavía en una etapa preedípica con un fuerte apego a la madre; sin embargo, también los jóvenes han tomado caminos en busca de identificación con las figuras de género masculino, como los líderes de grupos de amigos y bandas o pandillas. Para Kimmel (1997) el niño no sale corriendo a los brazos de la madre para que lo proteja, más bien cree que superará su miedo identificándose con la fuente que origina dicho temor, con el padre y las figuras masculinas: *“Llegamos a ser masculinos identificándonos con nuestro opresor”* (p. 55).

En la teoría de la complementariedad de los géneros se ha dicho que *“la mujer aparece para ser compañía o complemento del varón, pero no a la inversa”* (Marqués, 1997, p. 29). Así el varón espera que la mujer se encargue de las tareas que él no puede ocuparse, que tenga sentimientos y habilidades que él no tiene, que asuma tareas de comunicación, de criada, críe a sus hijos, entre muchas otras. Sin embargo, como he expresado en este estudio, la función real de la mayoría de las madres va mucho más allá de la complementariedad, pues suplen las deficiencias de los padres y muestran cualidades que los varones se atribuyen; desempeñan roles femeninos y masculinos cuando los varones fallan en su desempeño.

La creencia del respeto al valor de la jerarquía en la masculinidad hegemónica afirma que *“ser hombre es adquirir un prominente lugar dentro de una estructura jerárquica masculina (...) y dentro de la que se puede acceder por obediencia”*. Así, los varones siguen mandatos normativos como *“¡Obedece a tu padre autoridad ‘y no a tu madre!’”* (Bonino, 2003, p. 21), porque los varones tienen que responder también a la creencia de que *“ser hombre es adquirir la cualidad de superioridad frente a las mujeres, tener autoridad sobre ellas, y no parecerse a ellas”* (p. 23). Por consiguiente, a pesar de que los jóvenes tienen suficientes motivos para identificarse con las figuras femeninas (madres y abuelas), incluso

con su papel que cumplen como padres, de acuerdo con los mandatos de la masculinidad hegemónica esta identificación resulta conflictiva para ellos desde su papel de varones.

Por otra parte, las familias de los jóvenes que son monoparentales; es decir, encabezadas por solo el padre o la madre, aunque no necesariamente se dice que están unidas a la precariedad o a la exclusión social poseen características diferenciadas, como menor estatus económico, peor situación laboral, menos posibilidades de ocio y esparcimiento, así como también discriminaciones respecto a la paternidad, a la reputación sexual y afectiva (ALTER, Grupo de Investigación de la Universidad Pública de Navarra, 2008), características que aparecen en el grupo de estudio, uniéndose a las familias monoparentales a la exclusión social. A esto se le suma la especificidad de la exclusión en las mujeres, que precisamente, por la hegemonía de la masculinidad, experimentan el empobrecimiento de forma diferente a los varones.

Se ha analizado que en la familia patriarcal las condiciones culturales e institucionales hacen que las mujeres sean débiles y sumisas en relación con su marido, así los hijos aprenden estas conductas patriarcales de desigualdad de género (Casares, 2008). Como hemos visto en los apartados anteriores de este capítulo, en las familias en la exclusión social se siguen dando patrones de relación de género patriarcal, que como señala la autora antes citada, “buena parte del origen de la desigualdad de género se deba a la estructura de la familia patriarcal que existe en casi todas las sociedades conocidas” (p. 4). Sin embargo, en la exclusión, el papel de la mujer como madre parece tomar otras funciones, son mujeres con muy pocos recursos y en su mayoría solas, que tienen que velar por todas las necesidades de la familia y, como he presentado en esta investigación, hasta defender a los hijos de la agresión del padre, donde quien debería ser su gran apoyo es su enemigo. Ellas o trabajan para ayudar a la cabeza de la familia o son la cabeza de la familia, es así como se nota que en la exclusión social se da un modelo diverso de familia capitalista. El papel de la madre, como expongo más adelante en el apartado de resiliencia, es fundamental en la exclusión social para dar acompañamiento a los hijos y mantenerlos fuera de peligros que son propios de su ambiente. La familia y principalmente la madre en la exclusión social es una fuente de ayuda y resistencia frente a las condiciones adversas de

la exclusión.

Lerner (1990), en su análisis histórico sobre el papel de las mujeres, señala que en las condiciones primitivas el poder de la madre sobre los hijos era impresionante, sobrevivían gracias a esta; nos dice que “su indiferencia o negligencia significaban la muerte segura”. Algo parecido se encuentra en la exclusión social: los hijos dependen de las mujeres porque los padres están ausentes; si ellas fallan en el acompañamiento (madres, abuelas, tías), es más probable que estos entren en riesgo. Esta situación refuerza la condición de género de las mujeres, y también se perciben como una fuente de fortaleza, son apreciadas por sus hijos.

II. ROLES FEMENINOS Y MASCULINOS

1. IDENTIFICACIÓN DEL ROL DE GÉNERO

La relación de los géneros la he contextualizado en el análisis de clase, en la dinámica en la cual un grupo es líder y exige el dominio (Gramsci, 1981), donde se expresa la masculinidad hegemónica que legitima el patriarcado y garantiza la posición dominante de los varones y la subordinación de las mujeres. Existe así un ordenamiento que se ha estructurado como procesos a través del tiempo en la práctica social de los géneros y son el escenario en la vida cotidiana de los jóvenes. En la investigación, estos identifican y diferencian los roles femeninos y masculinos de la sociedad en que viven, consideran en general que los varones son “*machistas*”. Esto significa que:

“Se creen que son más importantes que una mujer; trabajan, entonces, les sacan en cara las cosas a las mujeres: aplanche, no ve que solo para eso sirve usted, cocine, cuide al hijo” (Bernardo).

Ellos identifican y definen en sus familias el rol tradicional de género; las mujeres realizan los quehaceres del hogar: acomodan, mantienen la casa limpia, cocinan, hacen mandados, y los varones trabajan fuera del hogar desde temprano en la mañana hasta la

noche, esto pensando principalmente en la experiencia de sus padres y abuelos o personas mayores a ellos. Explican que:

“La mujer es para limpiar la casa y el hombre para estar metido en el trabajo todo el día para poder mantenerla. El padre es la cabeza de la familia, el que se encarga de todo, trabaja, está ahí para pagar la casa, el agua, la luz, para comprar comida, el hombre tiene un poquito más de obligación” (David).

Es importante analizar que David tiene introyectado este rol de varón y mujer; sin embargo, su madre ha trabajado además fuera del hogar y en los tiempos en que el padre ha abandonado el hogar, ella es la que se ha hecho cargo.

En el siguiente caso, de Julio, es igual: la madre ha trabajado muchos años también fuera del hogar para ayudar a la familia y ahora tiene el trabajo de cuidar a un hermano de edad mayor y enfermo en su casa. En ambos casos parece que el trabajo extra de la madre queda invisibilizado:

“Los hombres son los que más tienen que trabajar; las mujeres también, pero si está en una relación de casado, el hombre es el que tiene que ir a ver qué hace. Como en mi casa mi papá es el que trabaja, mi mamá es la que es ama de casa; mi mamá es la que cocina, lava, aplancha, va a comprar las cosas” (Julio).

Para los jóvenes estos roles se aprenden desde que son niños:

“A las niñas desde pequeñas les compran como escobas o cocinas para que jueguen y a los hombres carritos” (Julio).

“Les crían diferente; el hombre tiene más libertad, porque la mujer dice que va a hacer tal cosa y no la dejan, pero al hombre sí lo dejan; las cuidan más de que no salgan con una panza o que no se metan en cosas que no deben andar” (Juan).

2. CAMBIO EN LAS MUJERES

Es así como los jóvenes han sido socializados en modelos no equitativos de género; sin embargo, en su generación y las cercanas identifican cambios, principalmente en las mujeres, que según ellos no se veían tanto antes; estas realizan actos que eran más propios de los varones. Piensan que en la actualidad se tiende a que ambos géneros realicen los mismos papeles sociales.

Los jóvenes identifican los cambios de las mujeres en los últimos tiempos en comparación con las generaciones de sus madres y abuelas. Por ejemplo, hay mujeres en su generación que pertenecen a barras, aunque en estas juegan un papel más de tipo sexual, como ser la novia de un miembro de esta no ejerciendo un rol que les asigne poder:

“Las mujeres igual quieren involucrarse, pero los mismos hombres no las dejan; su papel no es tanto de matar, sino que ellas se ven y se agarran del pelo y ahí ya empieza el problema porque dicen: vio que me agarré con una [mujer de otra pandilla], entonces su novio va a buscar el novio de la otra muchacha con quien se había agarrado; ellos sí se matan, se dan duro y si uno queda mordido, donde lo ven le vuelan bala y lo matan” (Bernardo).

Los varones que pertenecen a una pandilla se hacen famosos y gozan de la aceptación de un grupo de mujeres:

“Van ganando fama y fama; el jefe tiene un poco de mujeres, pero son amigas con las que tiene relaciones; uno se va haciendo famoso con las mujeres, entonces ya empiezan a jugar de malas solo porque andan con uno” (Bernardo).

“Los hombres y las mujeres andan en las mismas barras, hacen lo que hacen los hombres, juegan y pelean como si fueran hombres. Andan jugando de vivas, que se creen la toda porque andan con barras, creen que ya son igual que un hombre” (Juan).

Las mujeres utilizan las drogas igual que los varones y pueden causar daño a las personas:

“Andan como locas; usted les da esa droga, el gato, que se huele, hasta tiene relaciones con ellas con tal de tener esa droga. Ahora se pijejan. Cuesta ver una güila que venda, pero sí fuman y se vuelan, por ese vicio hacen de todo, que la fiesta, igual que uno ya” (Alex).

“Las mujeres hacen también lo que los hombres hacen, se meten en situaciones malas, en drogas, pleitos; en mi barrio, se sientan los hombres con las mujeres y fuman. Lo feo es que son mamás y tienen sus chiquitos con ellas ahí” (Cristóbal).

“En mi barrio no solo los hombres andan haciendo daño, sino también las muchachillas; siento que hacen el mismo rol, como ellas andan haciendo daño, se sienten muy mujeres, entonces hay que tenerles respeto; ellas fuman, asaltan, le faltan al respeto a tal persona, entonces ellas son las dueñas del barrio” (David).

Considerando los varones y las mujeres que forman parte de las barras, los jóvenes creen estos no se están diferenciando ya que:

“Yo he salido con amigos y conocemos a alguna muchacha y te piden hacer droga. Tanto hombres como mujeres van por el mismo camino” (José).

Las mujeres visten ahora de manera diferente, característica que los varones no aprueban del todo:

“Visten muy chingo, salen semidesnudas y con un puro” (Alex).

“Se portan mal; algunas visten como para que todos las vean, no me importa mientras que no sean nada mío, si fuera mi hermana no me gustaría y menos si fuera mi hija”
(Carlos).

Estos cambios antes explicados de las mujeres no son bien vistos por los jóvenes; a pesar de que algunos de ellos también han pertenecido a barras, consumido drogas y convivido con estas mujeres, opinan que:

“Para mí debe estar mal, porque debería portarse como una mujer y no andarse peleando con todo el mundo en la calle, en cosas que no tienen que estar; deberían ser tranquilas y darse a respetar (Juan)”.

También las consideran en general *“más independientes”* en el sentido de que trabajan:

“No les gusta que el hombre las mantenga, no quieren depender de nadie” (Bernardo).

Este es un cambio que a los jóvenes del estudio les parece bien, porque alivia la responsabilidad de los varones:

“Ahora se les da igual a los dos, antes el hombre era el que tenía el peso en el hogar”
(Juan). *“Ahora las mujeres trabajan y creo que es mejor”* (Andrés).

“Yo ahorita tengo que ir a trabajar, obvio, pero también me sirve una ayudita de la mujer, eso no es malo” (Julio).

“Ahora a la mayoría de las mujeres no les gusta que un hombre les esté pagando las cosas o sentirse que no pueden moverse si no está un hombre a la par. Hay muchas mujeres que quedan embarazadas y deciden sacar solas a sus hijos. Eso es lo que se

escucha ahora en las adolescentes: yo quiero estudiar para que nadie me tenga que mandar, que haya una independencia” (José).

También los jóvenes señalan conocer casos donde más bien al varón depende de la mujer, afirman que:

“Hay hombres que les gusta que la mujer los mantenga” (Bernardo).

Los varones consideran que en la sociedad actual la mujer y el varón como pareja ocupan trabajar, y en algunos casos es la madre la que mantiene el hogar; ese papel de la mujer “*trabajadora*”, “*emprendedora*”, es muy valorado. Una de estas experiencias es la siguiente:

“En ese tiempo en que mi papá no estuvo en la casa, ella era la que se encargaba de agua, luz, comida, la vestimenta y las cosas” (David).

Asimismo, los jóvenes reconocen que a las mujeres les toca doble papel en el sentido de cumplir con los quehaceres del hogar y trabajar además fuera de la casa:

“Las mujeres, aunque trabajen tienen el papel de siempre; mi mamá trabajaba, nos veía a nosotros, veía a mi papá, ella lavaba, cocinaba, hacia todo” (Pablo).

Para los jóvenes es positivo que la mujer trabaje y que estudie, porque es una forma de superación personal; en general, se ve como “*un derecho*” de la mujer:

“Mi madre, que es una mujer emprendedora, que a pesar de la edad que tiene se enfrenta a todo, viene de su trabajo y se pone a estudiar, sale a hacer ejercicios” (Cristóbal).

“La mujer también tiene derecho a trabajar, a estudiar si ella no quiere estar metida en la casa; ella también tiene derecho de ganar plata para ella misma” (Juan).

También los jóvenes consideran como un cambio que a algunas de sus amigas les gusta hacer deporte igual que los varones:

“Tengo una compañera que juega bola con nosotros y es muy buena en eso” (Julio).

Una situación importante de considerar en este apartado es que en una de las comunidades en que viven los jóvenes hay dos mujeres líderes; una desempeña el papel de jefe de una banda de narcotráfico, porque su hijo, quien tenía el poder, está en la cárcel, entonces ella quedó al mando. Bernardo explica que:

“Es la que ahorita está mandando todo...; si ella quiere matar a alguien que le cae mal, nada más llama a... que vaya y mate a... y va y lo hace, lo mata” (Bernardo).

La otra es una señora de la comunidad a quien los jóvenes describen de la siguiente manera:

“Es la pleiteara del barrio; era la presidenta del barrio, entonces todo lo que pasa aquí van y se lo dicen a ella para que vaya y hable; entonces a los de la droga ella siempre sale y los regaña, ellos la molestan y ella se vuelve toda salteada con ellos y empiezan a pelear, pero no le hacen daño. Cada vez que la ven que ella viene llegando todo el mundo se desaparece” (Juan).

Las mujeres luchan por hacerse un espacio en las actividades masculinas; trabajan, quieren moverse con independencia, no ser mandadas por un varón, cuidar a sus hijos solas y tienen como ejemplo mujeres adultas en la comunidad que son líderes.

La experiencia de estas mujeres en la exclusión social es acorde a lo que señala Castells (2001): “La incorporación masiva de las mujeres al trabajo remunerado aumentó su poder de negociación frente a los hombres y socavó la legitimidad de su dominio como proveedores de la familia (...) una gran mayoría de mujeres se consideran iguales a los hombres, con sus mismos derechos y, además, el del control sobre sus cuerpos y sus vidas” (p. 160). Para este autor, esto no significa que:

los problemas de discriminación, opresión y maltrato de las mujeres y sus hijos hayan desaparecido o ni siquiera disminuido en intensidad de forma sustancial. De hecho, aunque se ha reducido algo la discriminación legal, y el mercado de trabajo muestra tendencias igualadoras a medida que aumenta la educación de las mujeres, la violencia interpersonal y el maltrato psicológico se generalizan, debido precisamente a la ira de los hombres, individual y colectiva, por su pérdida de poder (p. 60).

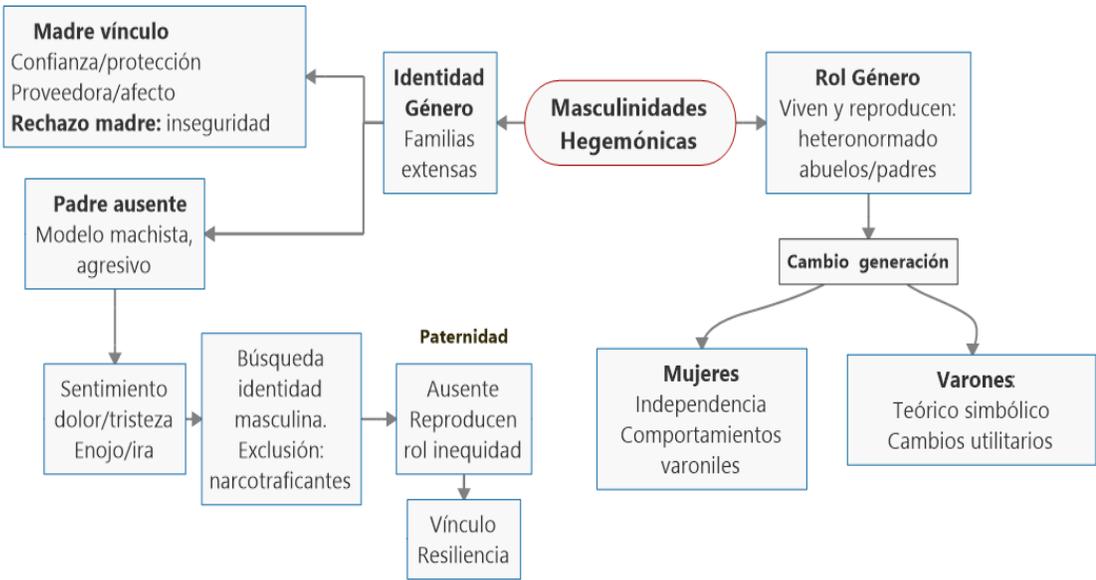
Precisamente, se encuentra que los jóvenes en estudio no aprueban algunos de los cambios de las mujeres, principalmente por seguir patrones masculinos relacionados con la práctica de la droga; sin embargo, pareciera que se da lo que señala Castells (2001, p. 162): “No es que las formas de dominación interpersonal dejen de existir. La dominación, como la explotación, siempre se renuevan en la historia. Pero el patriarcado (...) se ha visto definitivamente sacudido por el debilitamiento de la norma heterosexual”.

Pareciera ser entonces que el rol femenino tiene un sentido tradicional de subordinación, pero también esta se puede convertir en una afirmación; por consiguiente, “tiene un sentido tradicional y otro desestructurante”; es decir, como un componente antisocial, una rebelión a ser una posición única, definida y con la necesidad de lograr cambios en las relaciones sociales de género (Forcinito, 2004, p. 22). Es así como los jóvenes reaccionan ante el cambio subversivo de las mujeres.

Las actitudes de los jóvenes ante el cambio de las mujeres no dejan de mostrar el mantenimiento de una posición heteronormada, donde cada rol tiene su papel

determinado y transgredirlos implica una debilidad de la masculinidad hegemónica; esto se refleja también en su comportamiento homofóbico como lo presento más adelante. Si bien ellos perciben y son conscientes de los cambios en el comportamiento de las mujeres, algunos los consideran positivos, como trabajar, que alivia el peso de la responsabilidad masculina; y otros, negativos, como en el caso de las mujeres que se involucran en la organización de la droga.

Seguidamente, presento un esquema de los resultados presentados en los dos apartados antes tratados.



III. MANDATOS DE LAS MASCULINIDADES HEGEMÓNICAS

Las masculinidades hegemónicas, como he expuesto, se sustentan en modelos de personas valorados en la cultura, que albergan creencias que se definen como importantes socialmente y, por ende, se les adjudican a los varones. Estas se han convertido en la meta de su realización, son bastante estables e indican la posición y cualidades que debe tener un varón en la sociedad; es decir, son la guía de la realización masculina. Sin embargo, como he venido planteando en este estudio, las masculinidades son un proceso social, cultural e histórico; por consiguiente, se dan multiplicidad de expresiones de esta identidad aún en la misma masculinidad denominada hegemónica (Connell, 2003).

Considerando las creencias de las masculinidades hegemónicas definidas por Bonino, (2003), analizo a continuación cómo los jóvenes del estudio han incorporado estos mandatos en sus vidas. Uno de ellos realiza un comentario donde parece resumir muy bien la demostración de mandatos de la masculinidad:

“Los hombres demuestran que son hombres de varias formas: una es buscando muchachas, llegando. La otra en que consume más cosas, alcohol, drogas, lo que sea; la otra creerse superior que los demás y la otra, lo que son peleas y eso, que es lo que se ve mucho en la juventud, en el colegio; eso yo lo vi” (Cristóbal).

1. LA AUTOSUFICIENCIA PRESTIGIOSA

Esta creencia implica que los varones tienen que ser independientes, responsables, cumplidores con las funciones de su propio sexo, capaces, potentes, fértiles, exitosos, eficaces para valerse por sí mismos y hacerse responsables de otros, ejercer el poder y el dominio (Bonino, 2003). Es así como una de las consignas básicas de la construcción social del varón en la sociedad patriarcal es ser muy importante, prestigioso, ya que todo lo importante es definido como masculino; asimismo, al varón “se le fomenta todo aquello que sirva para convertirse en sujeto pleno y exitoso en la vida social” (Márquez, 1997, p. 20).

Este mandato lo viven los jóvenes como se narra a continuación:

“El hombre debe valerse por sí mismo; obviamente, caminar usted solo porque nadie lo va a alzar” (Andrés).

“El hombre es el que tiene que sacar a la familia adelante, comprar las cosas de la casa, tiene que aportar más, echarse la familia al hombro” (Bernardo).

“Ya mi mamá está vieja, ha pasado trabajando mucho tiempo, entonces yo veo el deber de ayudarle, ponerme los pantalones y hacerle frente, ayudarle. Entonces, sí me gusta esa forma de mostrarle a ella que yo puedo, uno va independizándose poco a poco” (Cristóbal).

“El hombre es el que tiene que ayudar a la familia o sacarla adelante y luchar por lo que él quiere, tiene que tener sus cosas por él mismo” (Juan).

“Uno como hombre tiene que pulsearla para llegar a tener algo cuando sea grande; si uno no tiene nada, la va a ver fea, porque nadie lo va a mantener, uno como hombre tiene que verse solo prácticamente. El hombre es el que vela por su hogar, las mujeres buscan a un hombre que esté bien acomodado, ya no por lo físico, sino porque les den estabilidad” (José).

Los jóvenes consideran en su vida como varones el requisito de tener que ser exitosos y destacarse; para poder lograrlo se requiere estudiar y tener un buen puesto:

“La sociedad le pide a uno como hombre que trabaje, que estudie, que se esfuerce mucho para poder alcanzar el éxito” (Juan).

Asimismo, consideran que para los varones que están en la droga, como algunos de ellos lo han estado, el éxito tiene otro camino:

“Ellos se sienten grandes ya con tener unos motillos, ya se creen Superman, de que son narcos, con vender cinco motos de mil, tal vez ya juegan de vivos. Aquí funciona con la droga todo, con tal de tener un arma o cualquier droga en la mano ya se creen Tarzán, tal vez ni es de ellos, es plata ajena; sacando las bombas, vendiéndolas, quedando bien con los más grandes, aquí en la calle se dice mamándolos [sirviendo incondicionalmente]” (Alex).

“Cuando está en el mundo de la droga, uno es exitoso, la gente que no es exitosa es a la que uno les hace el daño; con la plata, con los carros, con las cosas así materiales es como ellos se creen exitosos”, “vendiendo droga, fumando, asaltando” (Bernardo).

Los varones tienen incorporada esta creencia de autosuficiencia; piensan que deben salir adelante por sí mismos, resolviendo su propia vida sin ayuda de los demás; sin embargo, por otra parte, sus condiciones los hacen dependientes de sus familias. Solo dos jóvenes se mantienen en el sistema educativo, lo que les da una sensación de estar luchando para alcanzar el éxito. El resto se siente fracasado en este camino y buscan salida por medio del trabajo que, como he presentado, ha sido también una situación de frustración.

Se ha señalado que esta creencia de la autosuficiencia es la que más impregna la representación social de la masculinidad hegemónica, lo que significa ser varón. Esta cualidad no solo hay que tenerla, sino que hay que defenderla y mostrarla (Bonino, 2003). Es así como los jóvenes no solo expresan su pensamiento al respecto, sino que en sus experiencias de vida reflejan acciones para autoafirmar su masculinidad, por ejemplo: tener una pareja y compartir responsabilidades con esta, tener hijos, irse de la casa, estudiar para ser exitoso, buscar un trabajo para ayudar a la familia, pertenecer a bandas que le asignan un rol de poder. Sin embargo, este mandato no deja de ser contradictorio para ellos,

experimentan frustración, angustia por no poder cumplirlo a cabalidad y es una de las condiciones que les hace sentir que la vida es *“muy dura”*.

2. LA BELICOSIDAD HEROICA

Se ha estudiado en diferentes épocas y culturas que las manifestaciones hostiles son un hecho fácil de constatar en el género masculino. Si bien hay teorías que se apoyan en argumentos biológicos, son perspectivas reduccionistas. Otros modelos teóricos consideran que la violencia masculina se construye dentro de contextos sociales y familiares, donde se dan factores precipitantes para la manifestación de la hostilidad; hay contextos culturales, históricos y sociales en los cuales la masculinidad no se asocia a la hostilidad (Burin, 2000).

La mayoría de los jóvenes del estudio (nueve de diez) ha crecido en hogares que se caracterizan por la hostilidad y todos viven en ambientes cargados de violencia, como una forma de comportamiento que se aprende (Burin, 2000). En el caso de los jóvenes que viven la exclusión social es una forma de sobrevivencia; han tenido que pelear con sus propios padres, padrastros, amigos, vecinos, con la policía, con asaltantes, con varones homofóbicos y hasta con sus maestros.

Es así como los jóvenes han introyectado la creencia, definida por Bonino, (2003), de que al ser varones tienen que mostrarse valientes, agresivos, estar alertas, arriesgarse para poder luchar, defenderse, hacerse respetar y obtener el reconocimiento de otros varones. Además, independientemente de qué tan mayor o menor agresividad hayan alcanzado los varones en la sociedad, son tratados como si realmente tuviesen agresividad, ya que es el prototipo masculino que la sociedad les atribuye (Marqués, 1997).

En sus vidas los jóvenes perciben el papel de varón como:

“Ser luchador es más del hombre, porque lleva más carga que una mujer; el hombre es el que tiene que estar pendiente, al frente de todo, igualmente con ayuda de la mujer, pero siempre enfrente” (David).

“Es el que tiene que defender a la familia; tiene más fuerza que las mujeres, entonces que vaya el hombre” (Julio).

“Todos son hombres y pueden pelear. Uno siempre tiene que defenderse de cualquiera” (Carlos).

Es así como estos jóvenes han introyectado la creencia de que como varones deben “valerse por sí mismo como un actor independiente y orgulloso, y plantar cara cuando hay una provocación” (Gilmore, 1997, p. 92); es decir, deben tener dignidad, no dejarse “humillar”, dicen los jóvenes.

La agresión, por ejemplo, en los grupos o bandas no es desaprobada como una cualidad masculina. Al contrario, es una expresión de poder y dominación prácticamente hacia todas las personas de la comunidad. A la vez, se cultiva la agresividad en los niños y jóvenes que serán destinados a defender sus territorios. En estos grupos los desacuerdos se enfrentan:

“A punta de armas; sí, he visto esas escenas, llega un muchacho y empieza a pelear con otro y el otro nada más saca la pistola y empieza a disparar, o por drogas como que una persona le deba a otra y si no le quieren pagar, lo mata” (Juan).

“En mi barrio llega otro hombre y le dice que se agarren y el otro le dice que no, eso ya no es hombre; todo es a golpes y si hay que morir, se mueren. Defienden el honor a capa y espada como dicen, ellos se van a golpes, armas, hasta la muerte; usted sobrevive por usted mismo, defiéndase como usted pueda” (Andrés).

Las organizaciones de la droga se caracterizan, por lo general, por el poder de un varón que ejerce la superioridad y el control por medio de la violencia, para defender intereses y territorios. Es como señala Bonino (2003, p. 19) “una visión de la vida como desafío y del mundo como campo de batalla en el que gana el más fuerte y donde la amenaza es constante, en que la violencia puede ser requerida, y en la que lo que se gana no es sólo el

trofeo, sino un emblema de la masculinidad: el ser más”. Los jóvenes viven experiencias del barrio, escolares, familiares y personales donde la masculinidad hegemónica se afirma a través del enfrentamiento:

“Mi padre, como era traficante, se bajó y agarró a una persona a golpes, la persona se le pudo quitar y mi padre le iba a disparar y se le cayó el magazín” (Andrés).

“Lo que más he visto en las calles, en San José, en las paradas, es la vara de violencia, o sea que uno le hable y el otro lo que hace es alterarse como para que vean que no me le voy a bajar” (Cristóbal).

“En el mundo de la droga se defienden matando a la gente, lo que tienen que hacer es ir matando a las personas que se les vienen metiendo al territorio de ellos. Ahorita pasó algo así: un compa mató a otro compa, solo porque se caían mal y ya solo por eso quedó como más grande, mató; o sea, téngale miedo. Igual desde la cárcel salen órdenes: mate a esta persona, pa, pa, y se mata y se llaman: maje ya maté a tal persona” (Bernardo).

“Los hombres sienten la necesidad de ser superiores y la forma de demostrarlo hay varias, pero la que más se da entre los hombres es peleas, al menos donde yo vivo” (David).

Por ejemplo, José cuenta la historia de cómo murió su padre, y señala que este tenía en un conflicto con un compañero de trabajo y por defenderse perdió la vida.

“A mi papá lo mataron, él tenía unos problemas con unas personas; mi papá era de esos que, si un hombre le faltaba el respeto o le hacía una broma, él no se dejaba, entonces uno de los compañeros de trabajo le faltó el respeto” (José).

David manifiesta que para él y sus amigos gays es más difícil lidiar y defenderse de los otros varones, porque constantemente los insultan y tienen que “demostrar su hombría”, pelearse algunas veces ante los ataques de personas homofóbicas:

“La gente nos ve raro, entonces el que trata de demostrar la hombría soy yo, de enfrentarme a alguna persona que pasa y dice: uy son playos” (David).

Considera que él no anda buscando pleito, ni se mete con nadie, pero:

“Si hay que tener la humillación de quedarse callado, se hace, pero si es una persona muy hostigosa, uno tiene que ponerle un alto y ya uno empieza a jugar con la hombría. Yo conozco muchas personas gays que llegan golpeados del colegio solo por ser así. Entonces uno siempre tiene que mostrar su hombría para que nadie trate de pisotearlo” (David).

Es así como para los jóvenes del estudio el ser varón implica desplegar cualidades de defensa a diferencia de las mujeres. Tal es así que cuando las mujeres pelean es mal visto por ellos. Como varones han incorporado el ser luchadores valerosos para adquirir la masculinidad hegemónica. Es difícil afirmar que estos jóvenes por vivir en la exclusión social tienen mayor tendencia a mostrar su masculinidad luchando, defendiéndose, por medio de la violencia. Sin embargo, en estas condiciones se da “la violencia del pobre contra el pobre, del hombre contra la mujer, del adulto contra el niño” (Richard, 1999, p. 225) y esta es la experiencia de los jóvenes en sus familias y comunidades.

3. RESPETO AL VALOR DE LA JERARQUÍA

Como una creencia más de la cultura patriarcal, el valor de la jerarquía es un mandato que en muchas ocasiones se conquista mediante la agresión. Para Burin (2000) los varones son más inclinados a construir jerarquías de dominación que las mujeres, les interesan las

posiciones de liderazgo y de poder que ofrece la sociedad: “Esta lucha por la supremacía es una característica de la masculinidad social” (Burin, 2000, p. 202).

Para adquirir el prominente lugar dentro de la estructura jerárquica masculina el varón debe ser disciplinado y obediente, principalmente al padre, para llegar a ser autoridad (Bonino, 2003). Con su padre, padrastros, tíos e incluso los líderes de las bandas, los jóvenes se dan cuenta de que ellos son subordinados a la autoridad de otro varón, incluso en el caso de las pandillas, donde se someten a “figuras poderosas”, “amos” (p. 22), con la esperanza de ser alguien dentro de la escala de autoridad, pero donde la desobediencia la pueden pagar con la vida. Los jóvenes al respecto expresan que:

“Mi papá, él es el que manda en la casa; como él es el hombre, se hace lo que él dice y punto. Mi papá me dice: no sea necio usted, no joda, como darme a entender ¿quién es usted?, yo soy el que manda. Tiene que ser el jefe, creo que sí. Mi padre es como la cabecilla de la casa y del trabajo de él. He visto como él tiene varias personas trabajando para él, como que siempre hay un hombre que tiene que mandar a otros hombres” (Andrés).

“Mis tíos son muy machistas, nos llegan y nos dicen esto y el otro a mi hermano y a mí” (José).

“Si alguien se mete en el territorio de otro, no se le advierte, se va en moto o en carro y nada más se escuchan los balazos. Y el que mató es el que gana, aunque vaya a la cárcel” (Bernardo).

“Empecé a juntarme con amigos y hacerles caso y a decirles sí a todo y empecé a probar drogas, para sentirme integrado” (José).

Algunos de los pensamientos de los jóvenes reproducen la autoridad que han aprendido del padre o los adultos:

“Ese factor del miedo de que los padres no pueden castigar a un hijo porque el hijo los demanda y tantas empresas que hay que protegen a los niños, siento que eso les da el poder a los niños para ellos dominar a los padres, eso es un problema ahora” (José).

También, en algunos casos, por necesidad, a los jóvenes les toca enfrentarse a la autoridad del varón adulto, como en la situación de Cristóbal, quien se enfrenta a la autoridad de su padrastro, la cual había respetado por muchos años:

“Tuve una vez que meterme en un puro pleito con el papá de mi hermana” (Cristóbal).

Por otra parte, también sienten que ya ellos pueden tener autoridad y luchar por estar en una posición prominente:

“Ahora hay choques porque hay padres que quieren seguir con eso mismo [mandar] y como ha cambiado mucho todo, ya como que uno quiere explorar y se hace como rebelde. Un amigo mío se peleó con el papá y se fue de la casa, entonces yo digo: uh, que chiva, yo también me voy de la casa” (Julio).

De igual manera, en el ambiente de la droga, los varones más jóvenes luchan por los puestos superiores, por estar dentro de la autoridad:

“Los chamaquillos de ahora lo que hacen es que se les espantan a los grandes, los quieren sacar para meterse ellos; como que vienen con más fuerza” (Bernardo).

Los jóvenes han tenido la experiencia de que hay otros varones que mandan y a los cuales deben obedecer con la esperanza de que algún día ellos serán autoridad. Para cumplir este mandato la mayoría de los jóvenes ha soportado la dominancia del padre, padrastros y jefes, han sufrido explotación y agresión. Los que han pertenecido a bandas han tenido que pasar por rituales y sacrificios por parte de personas poderosas. También,

ellos han ejercido el poder sobre otros varones que están por debajo en la jerarquía; sin embargo, les ha sido muy difícil mantenerse en esa posición, ahora ya viven en un modo de subordinación.

Al cumplir con este mandato de jerarquía, se hace aparente también en la vida de los jóvenes su situación de asimetría por generación. Están subordinados y dominados por los adultos, principalmente por otros varones superiores en edad y en poder. Así se ejerce sobre ellos sistemas de dominio que operan en vinculación (Duarte, 2015a), como la generación en el adultocentrismo, el patriarcado que los jerarquiza en un orden donde deben ser obedientes a varones mayores con poder para algún día aspirar a este; igual que las mujeres, al ser jóvenes son víctimas de los varones adultos, están destinados a alejarse del patrón femenino y llegar a generar asimetría con respecto a ellas. Asimismo, viven en la asimetría de clase y lo territorial, en la exclusión social del mundo capitalista, donde realmente la jerarquía socioeconómica es grande, están en el extremo de la desigualdad social, frente a un grupo poderoso de varones e instituciones económicas y productivas, ricas, muy difíciles de alcanzar.

4. SUPERIORIDAD SOBRE LAS MUJERES Y LA OPOSICIÓN A ELLAS

Esta creencia implica tener autoridad sobre las mujeres y ser opuesto, no parecerse a ellas. También ejercer dominio con los varones que se comportan menos masculinos; es decir, que no cumplen los mandatos de la masculinidad hegemónica; mantener el ser heterosexual y tener muchas mujeres como rasgo de la masculinidad (Bonino, 2003). Este mandato parte de que “el principio masculino aparece como la medida de todo” (Bourdieu (2000, p. 15) y el varón y la mujer son vistos como dos variantes donde el primero es superior y el segundo, inferior.

Los jóvenes tienden a referirse a este tema de la superioridad de los varones como “*machismo*”; afirman que no están de acuerdo con este, lo que entienden como la superioridad de los varones con respecto a las mujeres. Este concepto hace referencia al sistema de género en dicotomías, a lo que se construye como masculino en relación con la

sexualidad, el orden doméstico y la discriminación de género contra las mujeres y otras masculinidades subordinadas (Andrade, 2001). Al respecto, los jóvenes señalan que:

“Los hombres se creen más importantes que las mujeres” (Bernardo).

Expresan que ellos no están de acuerdo con este pensamiento. Sin embargo, como expongo más adelante, sus experiencias familiares se caracterizan por el maltrato a las mujeres, a sus propias madres y reconocen que su cultura sí va de acuerdo con este pensamiento, incluso amigos suyos se rigen por esta creencia:

“No estoy de acuerdo con lo que se dice que los hombres son superiores a las mujeres, pero socialmente es así. La gente cree que la mujer es la que debe estar solo en la casa, cocinando y cuidando a los hijos, no le dan la oportunidad de que ella salga adelante, entonces si hace algo malo ya todos la juzgan” (Juan).

“En la sociedad los hombres que son machistas dicen: aquella mujer no vale nada porque anda metida en drogas” (Cristóbal).

“No estoy de acuerdo con el machismo, que tal vez usted sea mi esposa y usted esté cansada y yo le diga: oiga cocíneme algo, tengo hambre y que usted me diga: es que estoy cansada y yo diga: no, cocíneme, usted es la mujer; ¿por qué?, si yo también puedo cocinar” (Alex).

“Yo con la forma machista no voy, yo digo que, si una mujer lava platos, ¿por qué un hombre no lo puede hacer?” (David).

“Un hombre no quiere que una mujer haga cosas que él pueda hacer” (Carlos).

Los jóvenes han observado que una de las formas por medio de las cuales un hombre muestra su valor es:

“Andando con un montón de mujeres de aquí mismo del barrio” (Bernardo).

También los jóvenes señalan que este actuar machista es reforzado por las mujeres:

“No creo en la superioridad del hombre, pero hasta las mujeres, a veces, se sienten superiores si les dicen hombres, no se ofenden” (Andrés).

Los jóvenes se alejan de lo femenino, principalmente en la expresión de los sentimientos y emociones, los cuales tienden a reprimir. Sucede lo mismo a la hora de defender la heterosexualidad; por eso, los varones gays están subordinados a los heterosexuales, como en el caso de David en sus relaciones sociales. El resto de los jóvenes tienden a ser homofóbicos. Las masculinidades homosexuales se ubican en la parte más baja de la jerarquía de género entre los varones, ya que se asimilan a la femineidad (Marqués, 1997).

Considerando las experiencias de los varones de la investigación, en su discurso expresan cambios en algunas cualidades o roles tradicionales de las masculinidades, como por ejemplo la creencia de superioridad masculina frente a las mujeres y tener autoridad sobre ellas. Como analizo más adelante, estas responden más que todo a la tensión que están experimentando los jóvenes entre los mandatos patriarcales, que tienen incorporados, y las necesidades de cambio presionados en mayor parte por el cambio en las mujeres.

Así, los jóvenes del estudio tienden a responder en buena medida a las cualidades de las masculinidades hegemónicas. En general, los varones pueden poner en práctica uno u otro de los mandatos masculinos, ya que como señala Marqués (1979, p. 21) el modelo es holgado, el patriarcado les ha reservado una gran cantidad de cualidades, ofreciéndole al varón muchas posibilidades de identificación con el modelo masculino. Puede ser así que

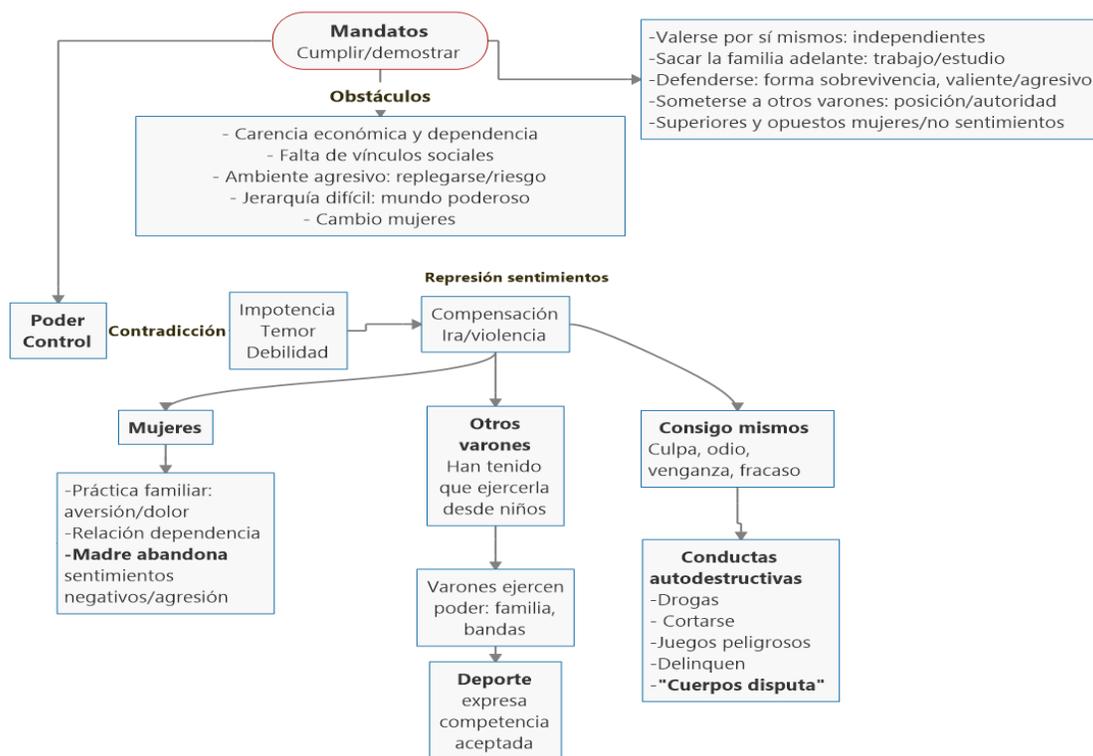
los jóvenes no se sientan inteligentes, no sobresalen en el estudio, pero sí son fuertes, y esta es una cualidad oficialmente masculina. Puede ser que no sean líderes inteligentes, pero sí audaces para moverse en su medio, y la audacia es una cualidad masculina. Puede ser que no se sientan audaces, pero sí responsables, lo cual es parte de las creencias de la masculinidad hegemónica. Puede ser que no se sientan responsables, pero están en el ambiente de las barras y la droga, lo cual les da un carácter masculino. Por consiguiente, “puede considerarse siempre o casi siempre muy masculino en cualquier caso” (Marqués, 1979, p. 22); es decir, siempre existen maneras para los jóvenes de expresar su masculinidad patriarcal.

Ya desde los griegos, los ideales de virtud varonil caracterizaban a una persona como “desenvuelta, arriesgada, de actuación efectiva” (Gilmore, 1997, p. 86); así, el varón desempeñaba un papel en un escenario comunal donde buscaba el éxito o la fama mundana, la aprobación y admiración de los demás. Esto implica una lucha continua por el crecimiento personal, por la riqueza y el poder, una actuación dominante, una postura agresiva para obtener logros inmediatos y, en el cortejo, la virilidad para validar la masculinidad hegemónica, la posibilidad de tener y mantener una familia fuerte y numerosa, además de ser intrépido en las obras, tanto en el sexo como en actividad económica, ser competitivo y arriesgado. Todo esto refleja el sentido de sacrificio social que conlleva para los jóvenes cumplir con este rol de varón, ya que el evadir estas responsabilidades y la virilidad implica no estar respondiendo a lo que es un varón. Además, se necesita mostrarlo socialmente por medio de logros y símbolos visibles.

En el medio capitalista en que se desenvuelven los jóvenes, de relaciones sociales mercantilizadas, competitivas, donde el gran objetivo es la producción y el consumo (Hinkelammert, 1999), la demostración de la masculinidad hegemónica se expresa, en gran medida, con los bienes materiales. La asimetría de clase y lo territorial en la exclusión social ubica a los jóvenes en el lado de la desventaja, son invisibles (Santos, 2009), carecen de recursos, oportunidades y sus ambientes los exponen a conductas delictivas, ilegales para demostrar la masculinidad. Podría decir que el modelo de masculinidad hegemónico se

vuelve una amenaza para los jóvenes en estudio en el ambiente que les corresponde, porque hay jóvenes que mueren en el intento de ser varones.

Esbozo las ideas primordiales de este apartado en el esquema siguiente.



CAPÍTULO CUARTO. EL PODER VICIADO EN LAS MASCULINIDADES

El ser varón implica mantener una posición vital de autoridad que se debe ganar y demostrar, generando una constante lucha. Esta respuesta de defensa del poder no deja de generar temor y ser dolorosa para el género masculino, en el sentido de que son experiencias contradictorias. Por un lado, las formas masculinas hegemónicas le asignan privilegios que el varón interioriza, pero cuando no se logran alcanzar esos ideales y se experimenta la debilidad, el varón no lo puede expresar abiertamente, por lo cual esa como mecanismo compensatorio la violencia contra las mujeres, otros varones y consigo mismo (Kaufman, 1999, 1997 y 1989).

Esta teoría de Kaufman explica una forma de violencia que se da en la dominación masculina. Se refiere a la expresión individual del poder masculino en las relaciones sexuales, que al mismo tiempo responde a la violencia aprendida socialmente en las relaciones de dominación para mantener la posición de varón, ya que la violencia individual se enmarca en un contexto social caracterizado en estructuras de dominación y control. Es una violencia más entre la diversidad de formas de expresión de esta práctica social, ya que las violencias son diversas, con causas y consecuencias múltiples (Duarte, 2005).

En adelante analizo lo que ocurre en los jóvenes del estudio al tener que manejar el poder asignado por su rol de varones y los mecanismos de compensación para mantenerlo, que consisten en la violencia contra las mujeres, otros varones y consigo mismos.

I. RELACIÓN CON LAS MUJERES

Es pertinente enfatizar en este tema de las violencias y en particular de la ejercida hacia las mujeres, pues las relaciones entre los géneros no mantienen una coherencia o similitud. Se debe tomar en cuenta la diversidad y variedad que existen en los distintos modos de posicionamiento de un género determinado, por lo cual no se afirma que todas las relaciones de género se reproducen como superior e inferior (Burin, 2000) y además que todas las mujeres son oprimidas (Espinosa, 2014). La diferencia entre los sexos es un

sistema de dominación que está institucionalizado, pero no determinado de forma absoluta (Hooks, 2004). Considerando esta diversidad, analicé en este capítulo la dinámica de violencia que genera el poder de los varones con respecto a las mujeres, la cual se ha evidenciado por antropólogos e historiadores en muchas sociedades patriarcales y que tiene raíces sociales, económicas y políticas (Kaufman, 1989).

La diferencia entre las mujeres y los varones es un principio básico de la dominación masculina en el patriarcado, que se ha visto como natural y configurado simbólicamente por un orden social que ratifica esta dominación. Es una forma de violencia simbólica que se caracteriza por legitimar la desigualdad entre los géneros y es admitida tanto por el dominador como por el dominado (Bourdieu, 2000).

Según el análisis de Kaufman (1999), la relación de los varones con las mujeres se caracteriza por la violencia; este comportamiento va desde el acoso sexual y la violación hasta el incesto y el maltrato. En los vínculos afectivos con las mujeres, la violencia se utiliza para hacer demandas y obtener diferentes cosas como obediencia y validación. Además, se presenta como la expresión de la fragilidad en los varones y el papel que juega en perpetuar la dominación masculina. Es la forma más clara de violencia directa y personalizada del poder masculino. La ira y el dolor de los varones pueden ser dirigidos hacia las mujeres, objetos sobre los cuales estos han aprendido a expresar y desahogar sus sentimientos, al considerar a las mujeres como personas con menos poder o más débiles. Como se trata de una relación con una mujer, esta tiene resonancias inconscientes de la primera gran relación con la madre que se caracteriza por ser pasiva. El autor explica que: "Si un hombre golpea a su esposa porque ella no tuvo la cena a tiempo sobre la mesa, no lo hace sólo para asegurar que no vuelva a ocurrir; es también una indicación de que percibe tener el derecho a que alguien le sirva" (Kaufman 1999, p. 4).

El hogar es un sitio de expresión de la dominación masculina contra la mujer como esposa, es un ambiente donde el varón se siente seguro de expresar sus emociones y, al sacar lo reprimido, las emociones se desbordan sobre las mujeres y las y los niños. También, la agresión masculina contra las mujeres opera en la necesidad de los varones de lidiar

cotidianamente con sentimientos de impotencia y esta violencia se convierte en un medio de afirmación del poder personal y lograr así subir la imagen de sí mismos (Kaufman, 1989).

Los jóvenes del estudio son muy conscientes de esta agresión física y verbal y el abuso sexual que los varones han tenido con las mujeres en sus familias. Los consideran actos crueles con los cuales no están de acuerdo; no quisieran repetir esas acciones, ya que ellos mismos han sufrido las consecuencias. Las historias siguientes de sus abuelos, tíos, padres y padrastros muestran el maltrato a las mujeres de la familia:

“El hermano menor de mi papá violó a mi mamá; yo en el momento que me contó sentí como un odio, deseaba que ese maje estuviera como vivo, encontrarlo y destrozarlo. El hermano de mi abuelo que estuvo preso por violación ha violado a varias tías mías, a varias primas y aun así vive en... Mi mamá sufrió mucho, el papá de ella fue muy malo, las mandaba a trabajar, a coger café a las hijas y a mi abuela, y a las que no iban, abusaba de ellas. Mi padre la agarró [a la madre], le pegó, la tiró contra la pila y la montó en la moto, pasó por un bananal, alumbró con un foco un hueco, la tiró al hueco y le dijo que ahí era donde la iba a enterrar a ella” (Andrés).

“Mi abuelo sí era muy machista, le pegaba a mi abuela, le decía a mi abuela hasta de lo que iba a morir. Mi papá le ha sido muy infiel a mi mamá” (David).

“Mi papá le pegaba, mi mamá tenía que dormir con un cuchillo debajo de la almohada. La otra esposa con la que él se casó me ha contado que le pegaba, a todas les ha pegado, él tiene ya como seis hijos de diferente mamá. Dice que ella estaba en la casa y que él traía buena comida para él y que ella se quedaba viendo, nunca le daba y que la echaba a la calle estando embarazada cuando estaba lloviendo” (Juan).

“Mi mamá me contaba que cuando yo nací mi papá le pegaba a ella, le tiraba el plato de comida en la cara” (Bernardo).

“Mi mamá era agredida por el papá de mi hermana y eso me hacía sentir muy mal”
(Cristóbal).

Prácticamente, los jóvenes han crecido escuchando y viendo experiencias de violencia femenina. Solamente en el caso de Julio sus padres muestran hacia los hijos modelos de comunicación abiertos y de respeto; la relación entre la madre y el padre no es de violencia, pero se caracteriza por la distancia y la frialdad.

En las historias de vida de los jóvenes en estudio, en la mayoría, no se narran escenas directas de violencia ejecutadas por ellos mismos contra las mujeres. Han tenido conflictos con sus parejas, pero estos no han llegado a la agresión física; aparentemente, se quedan en el reclamo verbal. Hay un joven que sí expresa abiertamente la agresión hacia su madre. En general, sí han vivido en sus familias estas experiencias que les han generado sentimientos muy negativos de odio, tristeza, frustración, venganza y que les cuesta expresar abiertamente ahora y principalmente cuando eran niños, generando sentimientos reprimidos. Un joven expresa:

“Me he dado cuenta de tantas cosas que le han hecho a mi mamá, que forman rencor, odio” (Andrés).

Bernardo, quien mantiene una relación conflictiva con su madre, narra escenas de agresión como la siguiente:

“Me trata mal; yo sé que hay resentimiento porque yo he hecho muchas tortas, pero tampoco es para que me trate así: basura, me escupió la cara una vez, yo más bien le he dicho que la voy a matar y mi mamá me dice que me vaya y la deje hacer la vida normal” (Bernardo).

Bernardo cuenta que los sentimientos negativos que sentía hacia su madre los expresaba en otras personas:

“A cualquiera que veía, que me caía mal, llegaba y lo golpeaba, la cólera que tenía la desquitaba con ellos; cuando disparaba, yo sentía que soltaba las malas palabras que mi mamá me decía. Y siempre cuando hacía alguna cosa de esas me acordaba cuando mi mamá me escupía la cara. Me agarra más odio y más odio y casi que los quería matar” (Bernardo).

Los otros dos jóvenes que han tenido conflicto con su madre (Alex y Carlos) no cuentan haber expresado el enojo con violencia hacia ellas, pero sus sentimientos reflejan cierto dolor reprimido por sentirse abandonados por sus madres.

Por su parte, los varones del estudio parecen tener diversos sentimientos hacia las mujeres, dependiendo del papel que juegan en sus vidas. Estos van desde asignarles un rol interior importante, como por ejemplo el que tienen algunos hacia la madre, maestras, hermanas y abuelas, de mujeres *“especiales”* por las cuales sienten gran cariño y agradecimiento, hasta sentimientos de odio y de rechazo hacia la madre por no sentirse aceptados y amados por esta.

De acuerdo con el mandato de superioridad sobre las mujeres, la madre se percibe como algo *“especial e intocable”* y el varón debe ser responsable y proteger a los otros, principalmente a las mujeres, cuyo rol de género es ser débil e inferior a los varones (Bonino, 2003, p. 23). Esta actitud se ve reforzada en la mayoría de los jóvenes, pues las madres han estado más presentes en sus vidas, ejerciendo el papel de proveedoras, pero también de apoyo emocional; son las que escuchan, las que dan consejo y sacan de apuros a los jóvenes.

Con las hermanas, se les ha asignado la tarea de cuidarlas. En el trato del padre con los varones y las hijas, se reproduce el esquema machista: las hermanas son consideradas por los jóvenes como *“las chineadas de la familia”* (Andrés, José, Cristóbal) y, en general, sostienen que el trato hacia ellas es diferente al que reciben los hijos varones, quienes tienen que cuidarlas y protegerlas. Expresan que:

“Es diferente, es mujer; le importa más, la cuida más, como que es más cariñoso [se refiere al padre]; cosa que ella pide, se la dan” (Andrés).

“Mi mamá nos dice ustedes tienen una hermana y tienen que hacerse cargo de ella” (José).

A todos los jóvenes en estudio les gusta y les interesa la conquista. Hablan de dos modos de relación: una es novia de carácter más serio y otra más informal o variable, como:

“Tener un poco de güilas” (Alex).

Todos los jóvenes del estudio han tenido experiencias de pareja. De acuerdo con estas, ellos tienden a clasificar a las mujeres en dos grupos: unas que son respetuosas, bien portadas, casi no saben, no consumen drogas, van al colegio, visten decente y las cuidan mucho en sus casas. Estas son las adecuadas para ser novias, lo cual refleja normatividad social de lo que deber ser una novia. Por otra parte, los que han estado en las drogas cuentan la experiencia con sus parejas que corresponden al otro grupo: las que están en drogas y son infieles:

“Les gustan los hombres malos, los que andan haciendo feo [robar]” (Bernardo).

“Mujeres fáciles que no se dan a respetar; terminan consumiendo drogas o con un embarazo” (Juan).

Estas últimas son las consideradas *“corrompidas, tierrosas”* (José). Este término nació de un grupo de mujeres que muestran videos en YouTube:

“Las tierrosas resumen a esa chiquita que antes le decían zorra, puta, la del barrio que andaba chingoleta, se acuestan con todos, es una moda” (José).

Esta percepción, antes descrita, que tienen los jóvenes del grupo sobre las mujeres,

parece estar marcada por la “cosificación y utilización que despersonaliza al cuerpo e invisibiliza a la mujer, volviéndola un objeto de placer, negando afectos, sentimientos” (Duarte, 2006, p. 8); corresponden a relaciones informales, donde el cuerpo femenino se reduce al placer masculino:

“Son amigas con las que se tienen relaciones” (Bernardo).

En la tríada de la violencia, los componentes de hostilidad contra las mujeres, otros varones y con consigo mismo interactúan y se refuerzan, parten de la lógica de la “agresión excedente” que explica la tendencia de muchos varones a utilizar la fuerza como medio para ocultar y manifestar sentimientos. Así, por ejemplo, el temor de mostrar la debilidad ante otros varones contribuye a crear una fuerte dependencia con las mujeres para satisfacer necesidades emocionales y descargar sentimientos en una situación segura, ya que estas no representan una amenaza psíquica y han sido introyectadas con menos poder social, con menos fuerza física y, en general, inferiores (Kaufman, 1989). En los jóvenes se desarrollan estos sentimientos de dependencia con la madre y las parejas:

“Mi mamá es la que más pasa con uno, siempre ha estado” (David).

“Decidí volver a la casa por mi mamá, ella dijo que si yo me iba ella se iba conmigo” (Andrés).

“Con quien mejor me comunico es con mi mamá, le he tenido como más confianza de contarle cosas y en pedirle consejos” (José).

“La relación con mi novia es buena, tenemos como dos años, mucha confianza, a ella le digo todos mis problemas” (Carlos).

En la relación con las parejas “formales”, las historias de los jóvenes reflejan que tienden a ser dependientes de las mujeres y celosos, sufren por los rompimientos. Algunos

las califican como relaciones comunicativas, de confianza, de apoyo y se han involucrado al punto de llegar a la convivencia, como es el caso de cuatro de los jóvenes (Carlos, Pablo, Alex y David). Este comportamiento es común en el ambiente en el que viven; los jóvenes cuentan historias de amigos, vecinos y familiares que establecen parejas a edades desde los 15 años, procrean hijos y conviven en la misma casa con otros familiares.

Algunos de los sentimientos que expresan los jóvenes en la experiencia con sus parejas son los siguientes:

“Haberla conocido a ella me afectó, me centré más en ella que en mí mismo y al controlarla a ella perdí el control sobre mí. No me quejo de ella, pero no supe cómo manejar la situación y al verme que ya no estaba, ya no sentía las ganas de seguir. Quería como que ella cambiara de decisión y siguiera ahí conmigo. Había como rencor y odio, pero no era hacia ella, sino a lo que había sentido” (Andrés).

“Soy muy noviero, eso ha sido bueno y malo; bueno porque uno se pone como orgulloso que le salgan güilillas, pero cuando lo dejan a uno me ha ido mal, me da miedo el rechazo, no poder confiar, que me pase lo mismo que con la anterior” (José).

“Estaba con una muchacha que tenía un hijo; después el papá del hijo volvió para que le diera otra oportunidad y a mí me dijo que mejor sacara mis estudios y yo todo bravo; pasé mal varios días, llorando” (Julio).

Si bien las relaciones que han tenido los jóvenes, principalmente los que han convivido en pareja, parecen ser fuertes y satisfacen necesidades importantes de apoyo, comunicación y afecto, estas terminan pronto con un sentimiento desagradable. Pareciera corresponder con lo que señala Duarte (2006, p. 9), al decir que responden a cuerpos que experimentan el vacío que acompaña a sus experiencias de intimidad, más enfocadas en la sexualidad que en la felicidad y el placer. Son relaciones más impulsivas, a edades tempranas, donde no se racionalizan las condiciones de vida y rápidamente se dan

inconvenientes que generan conflictos:

“Yo tenía 15 años, estaba saliendo de sexto, le llevaba a ella como dos años; me tenía como loco, ya después cuando vimos nos apretábamos, me junté en la casa de ella. Era una suegra muy estresante, no nos daba nuestro espacio y yo me obstiné” (Alex).

“Me fui a vivir con ella tal vez por experimentar. Me cansé, llegó tanto el punto de tener que levantarme temprano para hacer oficio y estando ella, me cansé” (Pablo).

Todos los jóvenes en estudio mantienen en su imaginario formar una familia, tener una pareja e hijos; los que ya son padres lo ven como una necesidad. Esto se apega a lo expuesto por Duarte (2006a) con respecto a la experiencia de la sexualidad en sectores empobrecidos, donde las carencias materiales y el discurso dominante tienden a ser de orientación conservadora; la sexualidad se centra mayormente en prácticas asociadas a la reproducción y la constitución familiar nucleares, ya que estas son concebidas como la unidad básica de la sociedad. En este sentido, los jóvenes tienen como una meta a futuro, cuando estén preparados, formar una familia, siempre siguiendo el mismo patrón que su padre y madre; se añora y se valora la familia nuclear, pero con la intención de superar las dificultades de esta:

“Siempre que uno piensa que nunca ha estado desde pequeño así, nunca ha tenido un abrazo de padre, tal vez un día de la madre no está, me entiende, frecuentemente todos los años” (Alex).

“Yo espero que mi familia tenga más comunicación, que mis papás se preocupen más en fijarse, toda la familia que se entiendan y se ayude, sean sociables y puedan confiar uno al otro; tratar de hablar, que si alguno no está de acuerdo con algo tratar de hablar todos y llegar a un acuerdo” (Andrés).

“Tener valor, sacar adelante la familia; no conformarse con lo que se tiene, sino cada vez buscar más” (Bernardo).

“Yo quiero una familia a como veo a mis papás; tienen cuatro hijos, pero yo quiero llegar a tener dos, un chiquito y una chiquita. También tengo que trabajar para tener eso, forma parte de mi futuro (Julio).

“Fue muy duro porque en mi familia hubo agresión, yo viví en una situación de esas y para nada, no me gusta nada de eso; fueron momentos duros, entonces cuando llegue a tener mi familia yo lo voy a cambiar” (Cristóbal).

Los jóvenes del estudio que viven en la exclusión social son producto de la violencia estructural (Coronil, 2000; Dussel, 1994), carecen de condiciones básicas para obtener una buena calidad de vida, sufren el desempleo, la inseguridad y viven en ambientes cargados de violencia; la expresión de esta se enmarca en un contexto social, incluso en su ambiente se emplea como un recurso de protección y defensa, se utiliza de forma instrumental para lograr ciertos objetivos (Kaufman, 1989). Sumado a esto, han “asimilado” las relaciones de poder de una forma natural, como un hábito, una ley social (Bourdier, 2000, p. 28), hasta de manera inconsciente, con patrones de comportamiento agresivos; sus abuelos y padres han reaccionado de esta forma, es un aprendizaje que permanece. Es un mandato de la masculinidad hegemónica ser diferente y superior a las mujeres (Bonino, 2003). Ellos viven situaciones de frustración, el sentimiento de debilidad y la ira los pueden llevar fácilmente a la violencia, sobre todo en el ámbito más íntimo y privado de las relaciones primarias (Salas, 2005). Sin embargo, los jóvenes parecen experimentar la violencia contra las mujeres como un estímulo aversivo que les causa dolor y en sus discursos emiten el deseo de evitarlo.

II. RELACIÓN CON OTROS VARONES

Unida a la tríada de la violencia dirigida a las mujeres y consigo mismos, se da la expresión de violencia de los varones contra varones; esta representa las relaciones de poder que los caracterizan, la demostración de superioridad y jerarquía, pero al mismo tiempo se vuelve una forma de expresión del afecto; es decir, se muestra el aprecio hacia otro varón en cuanto se le agreda, ya que otras formas menos violentas no son permitidas (Kaufman, 1989).

La mayoría de los jóvenes han experimentado la violencia en sus vidas, la consecuente ansiedad que causa y el enorme consumo de energía para ser resuelta. Esta ansiedad genera el temor de que todos los demás varones sean potencialmente sus humilladores, enemigos y competidores. Existe el miedo a parecer débiles y pasivos a los ojos de los otros. Esta hostilidad mutua en el género masculino no siempre se expresa de forma directa, sino por medio de actividades como clubes, pandillas, equipos, etc., que se convierten en refugios donde los varones, de común acuerdo, pueden sentirse seguros y expresar sus sentimientos a otros iguales. Sin embargo, nunca alcanzan la confianza total y la intimidad como se da en las comunicaciones entre las mujeres (Kaufman, 1989, 1997). Tres de los jóvenes en estudio, que practican regularmente fútbol, boxeo y jiu-jitsu, expresan que les gusta realizar el ejercicio y los hace sentirse muy bien; no es solo un deporte para ellos, es *“una forma de ser”* (Andrés). En este ambiente, el entrenador y el grupo se han convertido en otros varones con los que se comparte y se expresan sentimientos, así como también se da el espacio para competir con otros varones y expresar la fuerza física, como una forma *“más sutil”* de expresar la violencia (Kaufman, 1989, p. 47).

La violencia de los varones con otros varones representa una descarga de agresión y hostilidad a veces recíproca y a veces unilateral, como en la relación de los padres e hijos, donde el poder lo ejerce el padre, en una relación adultocéntrica, como se da en la relación de los padres y los jóvenes en estudio. Para Kaufman (1989) la mayoría de los varones experimentan la violencia en sus vidas, explica: *“Algunos tuvieron un padre dominante, severo, aún brutal, otros un padre que no les brindaba suficiente apoyo, y aún otros un padre que consciente o inconscientemente rechazaba su necesidad de contacto físico y*

afectividad después de cierta edad” (p. 48). Igualmente, pudieron tener otras experiencias tempranas de violencia como ser golpeados o molestados cuando niños y aprendieron a defenderse, huir o a utilizar mecanismos, como las bromas, para eludir la violencia al percibir que los otros varones los pueden rebajar, son enemigos o compiten fuertemente. Estas experiencias tempranas generan ansiedad, una actitud de defensa constante y, finalmente, temor, el cual mantienen encubierto.

En el grupo de estudio, los jóvenes han manifestado que la relación con el padre es inadecuada, de ausencia, principalmente adultocéntrica y caracterizada por la violencia:

“Estábamos muy pequeños, uno no veía al papá” (Cristóbal).

“Terminé agarrándome con mi papá a gritos, él me dice que no soy nadie, que me vaya de la casa” (Andrés).

“Lo que viví fue un desprecio de mi papá” (David).

Lo que pesa en los jóvenes es crecer sin el padre o crecer con figuras sustitutas, como los padrastros, por quienes sienten rechazo y con quienes tienen conflicto debido al trato que les dan a ellos y a la madre, o porque compiten por el cariño de ella:

“Mi padrastro nunca me quiso, le dijo a mi mamá que era yo o él, entonces le metió mucho carbón y mi mamá no me quería tener en mi casa, entonces me tuve que quedar en la casa de mi tía” (Bernardo).

Asimismo, conviven con jefes de bandas o grupos, donde la relación se basa en un juego de aceptación, la cual se gana afrontando grandes riesgos y en cualquier momento puede venir la expulsión, el rechazo:

“Todos esos son los que no se llevan conmigo; yo pienso que en cualquier momento llega uno que es el jefe de esos papeles de ahí y le dice vaya quiébrelo” (Alex).

Igual que con el padre, se da la inseguridad y el esfuerzo por tener esa aceptación que buscan de las figuras masculinas; es una competencia y lucha constante, donde quedan sentimientos de odio reprimidos. No sucede así con las mujeres que están ahí con ellos y son más tolerantes de sus necesidades:

“Por eso mi abuela a veces me recoge, porque mi abuela les habla a ellos [miembros de otra banda], pero yo no” (Alex).

En las bandas, como he presentado antes, en el capítulo segundo, las relaciones se caracterizan por la agresión:

“La primera vez me montaron en un carro y me dijeron: vamos majé, vamos a ir a quebrar un majé, y me dieron un arma” (Bernardo).

Algunos de los jóvenes que han pertenecido a las bandas, cuando salen viven preocupados por las amenazas que reciben de los líderes de estas:

“Si me tengo que morir, diay me muero, no vivo con miedo, pero me llevan mucha envidia, tengo que cuidarme mucho” (Alex).

“Ya me da miedo, he visto cómo matan a los compas míos” (Bernardo).

La violencia entre los varones es un mecanismo utilizado desde la niñez para establecer un orden jerárquico no solo sobre las mujeres; los niños crecen con experiencias de peleas, de hostigamiento, brutalización y, en algunos casos, se debe interiorizar como una forma de conducta (Kaufman, 1999):

“Siempre pasaba peleando y siempre me agarraban lo que se dice gorriado, que me agarraban varios chiquillos, tres, dos chiquillos y una vez me tiraron de las escaleras del pabellón y me fracturé el pie” (Andrés).

“Me pasaba agarrando con los demás güilas, sentía cólera; un día estábamos jugando peleítas y me terminé agarrando en serio con otro muchacho” (Juan).

“En la escuela siempre había chiquillos locos, había uno que le gustaba molestar, y una vez me pegó así por la nariz, yo estaba echando sangre” (Pablo).

“Era más grande que mí, me dijo que me arrodillara y le dije que no y los demás me decían: majee arrodílese, sea tonto, y al final de cuentas lo hice y el majee me cacheteó y me dijo que yo no tenía que ser tan playo y dejarme de nadie y me dio el celular. Yo le dije que le iba a decir a la familia mía para que lo jodiera” (Andrés).

“Yo me he agarrado con varios” (Alex).

Algunos de los jóvenes muestran también desconfianza hacia otros varones:

“Amigos no hay; conocidos sí, pero amigos no” (Carlos).

Por otra parte, muestran confianza hacia los hermanos varones, principalmente en los casos en que el padre no estuvo presente; este se comporta como una figura paterna:

“Nos unimos, porque al ver que ya no teníamos un papá, siempre estuvimos juntos; lo quiero mucho, mantuvimos esa unión para ayudarnos” (Cristóbal).

“Él es mi confidente, nos llevamos súper bien; sí a veces nos agarramos por tonterillas, pero ya al rato nos hablamos; somos los que siempre estamos ahí, juntos” (David).

En la interacción masculina resalta la homofobia, donde no es simplemente que muchos varones pueden elegir no tener relaciones sexuales con otros varones, sino más bien que la posibilidad les resulta aterradora, ya que la definición tradicional de masculinidades considera la heterosexualidad de manera exclusiva y para mantenerla es preciso reprimir la homosexualidad. Es decir, es una forma de hacerle frente a la ansiedad, al temor (fobia), que es construida socialmente e indispensable para la imposición y el mantenimiento de la identidad masculina (Kaufman, 1989).

Se ha estudiado que la homofobia tiene una importante manifestación entre algunos grupos de jóvenes de clase obrera (a la que corresponde el grupo de estudio). El mantenimiento de las masculinidades hegemónicas precisa de la represión de la homosexualidad, lo que es parte de la sociedad patriarcal y, en algunos casos, existe un fuerte temor a esta, convirtiéndose en homofobia. De esta forma, la atracción erótica hacia otros varones se sacrifica, se reprime porque ese modelo no existe en la sociedad patriarcal, implica un riesgo de perder poder y salirse de la jerarquía social. Desde niños se incorpora que “En este mundo, lo único que es tan malo como ser una niña es ser una mariquita; es decir, ser como una niña” (Kaufman, 1989, p. 51). Estos sentimientos en la juventud se transfieren de igual manera negativa hacia la homosexualidad, dándose una negación obsesiva de la atracción masculina. Asimismo, ese temor a los demás varones, especialmente el temor de parecer débiles y pasivos en relación con otros varones, contribuye a crear en ellos una fuerte dependencia en las mujeres para satisfacer necesidades emocionales y descargar emociones. Vemos aquí la relación señalada por Kaufman entre dos elementos de la tríada: la relación de violencia entre los varones condiciona en parte la relación de violencia con las mujeres.

En el grupo de estudio, los jóvenes expresan sentimientos homofóbicos. Cuando se tienen familiares o amigos gais, la actitud tiende a ser de mayor aceptación, aunque se sigue considerando como algo malo, anormal, como una enfermedad. En sus relatos expresan muy frecuentemente que cuando un varón no quiere mostrar su masculinidad hegemónica se le trata de “loca” o “playo”. Esto refleja una forma de reafirmar su masculinidad, responder al miedo de que otros los puedan percibir como homosexuales. En los varones

es común la conducta de verificar constantemente que nada femenino se exprese; por consiguiente, “la homofobia, el miedo de ser percibido como gay, no como un verdadero hombre, mantiene a todos exagerando las reglas tradicionales de masculinidad” (Kimmel, 1997, p. 58). Los jóvenes del estudio expresan:

“No me gusta, más cuando es así como tan descarado verlos ya agarrados de la mano caminando por todo Chepe, es desagradable. No tengo amigos ni compañeros gay, no me agrada, pero tampoco no me meto con ellos, no lo comparto, sí lo respeto” (Cristóbal).

“Prefiero no saber nada de ellos, incluso hasta una solicitud en Facebook me llegó de un maje en el colegio que es gay y no la acepté” (Andrés).

“No lo comparto, no lo veo bien, no estoy de acuerdo; tengo amigos que son así, con ellos no mantengo relación así de mucha amistad, los tengo de larguito” (José).

“Yo me imagino que cuando una persona es así es que tal vez nunca ha tenido un corazón que los haya querido o en la casa no los han apoyado. Hay personas como que les dan asco o cosas así, otras que como están metidas en cosas de la iglesia lo ven como algo malo” (Juan).

“Si usted tiene un amigo gay mucha gente va a pensar que usted es gay también” (Pablo).

“Que hagan lo que quieran mientras no se metan con uno” (Carlos).

“Yo no los juzgo, pero que feo ser así. Cada quien en su mundo” (Julio).

Los jóvenes de la investigación se defienden cuando los tratan de considerar como personas gais; incluso, usan la expresión “playo” para ofender a otros varones. En el caso de David, que es gay, hace referencia a la homofobia que recibe de parte de otras personas, varones y mujeres, e instituciones como la iglesia evangélica, la policía, la familia y la comunidad. Expresa que:

“La gente lo que hace es señalarlo; digamos en un ambiente de la iglesia, que ya me ha pasado, se dan cuenta, entonces ya empiezan a murmurar” (David).

“Un oficial de la Fuerza Pública nos dijo: no, para qué pedirles cédula, llevémonos para adentro a todos estos playos; uno de mis amigos les dijo: bueno, por ser así usted no nos puede ofender, entonces vino uno de los policías y comenzó a ofendernos, a golpearnos, fue terrible. Ese día nos tocó dormir en la poli, casi todos somos menores de edad” (David).

“En el barrio no pueden verlo a uno porque dicen: uy, ahí va el playo; las personas ofenden, dicen groserías” (David).

Además, David expresa la agresión que reciben sus amigos gais; una de estas historias refleja muy duramente la agresión y dominación del padre sobre el hijo:

“Conozco varios compas que sí han llevado vidas duras, la familia los niega o la mamá les da la calle por ser así; los excluyen de todo. Uno fue violado por el papá, donde se dio cuenta le dijo: entonces, antes que otro mame lo llegue a tocar a usted, lo voy a agarrar yo primero y el mame fue violado por el papá” (David).

En las experiencias de vida de los jóvenes, constantemente y desde muy niños, han tenido que estar defendiendo su masculinidad hegemónica por medio de la confrontación con otros varones, lo cual no deja de tener un costo para ellos. Por ejemplo, en el caso de

las bandas, mantener el poder termina siendo una experiencia individual de dolor que pone en riesgo la propia vida, porque se expresa con la violencia. Cada vez que los jóvenes compiten con otros varones para obtener la satisfacción del poder esto se vuelve una experiencia contradictoria de tensión y dolor; el poder no siempre se puede lograr, es más una “ilusión de omnipotencia” que asigna la masculinidad como un mandato (Kaufman, 1997, p. 7).

III. RELACIÓN CONSIGO MISMO

Las masculinidades hegemónicas exigen el bloqueo y negación de las emociones y sentimientos, lo que se constituye en un acto de violencia contra el sí mismo. Es llevar una armadura que funciona como barrera emocional frente a los otros para mantenerse luchando y ganando (Kaufman, 1999). Al ser la masculinidad una posición de dominio y lucha para mantener un lugar dentro de la jerarquía, los jóvenes experimentan la soledad que no es vista corrientemente; se encuentran solos con sus emociones y no las expresan, quedan vulnerables e incurrir en un deterioro mayor de su salud y sus vínculos; han aprendido a vivir en pareja y familia desde la soledad y el aislamiento como una estrategia de supervivencia. Así los jóvenes expresan:

“No soy de piedra, tengo sentimientos, pero tengo presente todo lo que he vivido y digo: nombre, he vivido cosas peores y solo queda aguantar y ya” (Alex).

“Paso ahuevado todo el día, sintiendo la culpa y si digamos es algo muy fuerte no sabría qué hacer, siempre he sido yo solo, callado; me siento mal, pero no le puedo contar los problemas a mí mamá” (Bernardo).

“Casi siempre estoy triste por las relaciones, como esa muchacha que se fue” (César).

Como no hay vías seguras de expresión y descarga emocional, todas las emociones reprimidas se transforman en ira y hostilidad y parte de estas se dirigen contra sí mismos en forma de sentimientos de culpa, odio y diversos síntomas fisiológicos y psicológicos:

“Es como una nostalgia, como una angustia y en parte como odio, enojo conmigo”
(José).

Como expliqué en los apartados anteriores, parte de esta hostilidad se dirige a las mujeres y hacia otros varones. El dolor escondido se manifiesta contra sí mismos en una gran variedad de conductas autodestructivas y el autodesprecio (profundos sentimientos de odio y rechazo hacia sí mismos), enfermedades físicas, inseguridad, adicción, etc. (Kaufman, 1989, 1997). La violencia hacia sí mismo es una forma de ganar la virilidad perdida, se experimenta la culpa por no alcanzarla y se expresa en el propio cuerpo como una forma de internalización de la violencia en su dimensión más vincular; es decir, con su propio ser, como una forma de autocomplacencia, de lograr satisfacción. Esto se nota en una de estas conductas que se expresa en el siguiente comentario:

“Yo antes siempre que me sentía mal me cortaba, todo el brazo lo tenía cortado, o consumir, consumir, consumir, consumir” (Bernardo).

Al definir la violencia de los varones contra sí mismos, Kaufman (1999) parte de la estructura del ego masculino, donde la formación de este se caracteriza por un continuo bloqueo y negación, ya sea consciente o inconscientemente, de la pasividad y de las emociones y sentimientos que los varones asocian a esta, como el temor, el dolor, la tristeza, la vergüenza y, por consiguiente, es la negación de una parte del sí mismo. Implica una distancia emocional respecto a otros y una constante vigilancia psicológica y conductual de la pasividad. Esto se agrava con el bloqueo de las vías de descarga, funciona como “una olla de presión” (Kaufman, 1999, p. 6); no se desahoga el temor, el dolor, la tristeza, no se llora ni se tiembla:

“Es que yo soy serio, pienso que tengo el corazón muy duro con todo lo que he vivido, como que me da igual todo” (Alex).

“Me quedo callado yo solo, soy orgulloso cuando me rechazan, hago como que no me importa” (Bernardo).

Una parte de estas emociones se convierte en un mecanismo compensatorio para reestablecer el equilibrio masculino; se transforman en ira y temor, se dirigen contra sí mismos, generando sentimientos de culpa, odio y una gran variedad de síntomas fisiológicos y psicológicos, como ocurre, por ejemplo, con el abuso de sustancias y las conductas autodestructivas: “Las inseguridades personales conferidas por la incapacidad de pasar la prueba de la hombría, o simplemente la amenaza del fracaso, son suficientes para llevar a muchos hombres, en particular cuando son jóvenes, a un abismo de temor, aislamiento, ira, autocastigo, autorrepudio y agresión” (Kaufman, 1999, p. 6).

Es así como en sus emociones el género masculino muestra una habilidad disminuida para la empatía y una incapacidad para experimentar las necesidades y los sentimientos de otras personas como algo necesariamente relacionado con los propios, de aquí que los actos de violencia contra otra persona son posibles. Sin embargo, como explica Kaufman (1999), no se trata de una situación extrema en todos los varones, aunque para muchos la única emoción válida es la ira y es bastante típico que los niños desde edades tempranas aprendan a reprimir sentimientos de temor y dolor:

“Me enojo, pero me quedo callado y me trago las cosas; cuando estoy triste nadie se da cuenta, yo siempre soy así, todo me lo trago” (Pablo).

“Desde que estaba en la escuela yo no era de contarle los problemas a nadie” (Juan).

“Tristeza más que todo, nunca tuve la reacción de ser siempre agresivo con mis compañeros; pero más bien, al contrario, como que me deprimía” (Cristóbal).

Cuando en la comunicación con los jóvenes trato de explorar sentimientos, a ellos les cuesta hablar de estos, utilizan las expresiones como “no sé” o “no sabría decir”, “ni me acuerdo”:

“Cero en expresión, cuesta mucho; hay cosas que todavía nunca he hablado” (Andrés).

“Yo soy muy reservado; a mí lo que me pasa no me gusta que lo sepan” (Alex).

“Pienso que uno no tiene que contar las cosas” (Pablo).

Tienden a guardarse los sentimientos y no expresarlos; si lo hacen, es con los amigos y amigas o la pareja, más que con los padres:

“Personas que estén ahí como a la par de uno no identifico; tal vez mis papás, sí, pero no he tenido confianza con ellos, como que me he callado todo. Tengo cuatro amigos, un hombre y tres mujeres, no es una relación de tanta confianza, les cuento cosillas” (Andrés).

“Fuera de mi novia no hablo mis cosas con nadie” (Carlos).

“Con amigos es más de contar cosas que pasan, pero ya, como de uno no, hay cosas que tienen que estar aquí [se toca el pecho] más guardadas” (Julio).

“Si me siento mal, yo le cuento a una amiga” (Bernardo).

En la expresión de las emociones, contando las situaciones difíciles de sus vidas, los muchachos reflejan que han experimentado miedo, rencor, odio, ira, venganza, fracaso, tristeza, culpa, preocupación, incertidumbre y deseos de no vivir. Ellos cuentan situaciones como estas:

“Pequeñito, antes de entrar a la escuela, casi llegando a kínder, quería morir, creo que por la familia. No me sentía bien, siento como miedo a fracasar. He sentido odio, tristeza, rencor, ganas de desquitarme con las personas, en veces me vienen recuerdos negativos, feos a la mente, me siento como solo” (Andrés).

“A veces la vida es muy dura, entonces uno no quiere seguir existiendo; sentía tristeza, me deprimía, era callado. Cuando mi padrastro le pegaba a mi mamá, como yo era pequeño, lloraba” (Cristóbal).

“Pero con mi papá si no he podido, siempre he tenido ese rencor” (David).

“No me acuerdo nada de mi papá; obvio que me entristece, pero yo tengo que no pensar en eso y a la vez de no guardarles rencor” (Alex).

Al estar enojados o frustrados, los jóvenes reaccionan tanto reprimiendo sentimientos como expresándolos en conductas agresivas:

“Soy bipolar, me da feo; enojado me siento con mucha adrenalina, soy como una Alka Seltzer, con cualquier cosita ya estoy bravo” (Juan).

“Doy media vuelta y me voy, cuando me calmo llego; me enojo muy rápido, tengo muchas cosas del pasado que tengo que sacarlas. Mi carácter es como el de mi papá, enojado soy como un loco con un arma; mi cuerpo se pone tenso, me dan ganas como de golpear, no exactamente a las personas, como ganas de golpear lo que está a la par mía, me da mucha cólera” (Andrés).

“Me da un colerón en mi cabeza y tal vez no diga nada; antes cuando me rechazaban, me ponía a llorar, ahora pienso que no me voy a morir y le doy vuelta al asunto” (Cristóbal).

“Me pongo como loco, no me pueden decir nada porque peleo con todo el mundo” (Carlos). *“Soy como un volcán, exploto, siento confusión, como en otro mundo; me dan ganas de agarrarlo a él [el padre], golpearlo hasta decir basta”* (David).

Cuando están tristes, los jóvenes expresan que se sienten de la siguiente manera:

“Como algo aislado, como un río seco” (Andrés).

“No hablo con nadie” (Carlos).

“Me distraigo, me pongo a ver películas o a jugar play, me olvido de todo” (Julio).

“Triste, me siento muy solo, sin ayuda” (Cristóbal).

“Quiero estar en un lugar cerrado, a oscuras y meditar” (David).

“Sin ganas, no hacer nada” (Juan).

Sin embargo, cuando los jóvenes expresan sus sentimientos sobre las metas y planes para el futuro, si bien hay obstáculos para lograr sus fines, se muestran alegres, entusiastas, con esperanza, soñadores. De igual manera, cuando hablan de sus núcleos familiares y cómo han salido adelante en el medio en que se encuentran viviendo, sus actitudes son positivas, optimistas, de logro:

“No lo veo tan difícil, sí creo alcanzarlas poniendo un poco más de esfuerzo, uno puede lograr todo lo que se propone; tal vez en un futuro tenga una limitación, pero tratar de superarla para poder obtener mis sueños” (David).

“A pesar de todo, no ha sido tan tarde, yo he abierto los ojos y he querido enderezar mi camino que se había desviado, yo trato de hacer las cosas bien para llegar a ser alguien en la vida” (José).

“Trabajar mucho, ya ahora no es solo por uno es por una bebé que uno tiene que ver. Espero que ella llegue a ser algo, algún día, que llegue a tener una profesión” (Carlos).

En la tríada relacional con otros varones, con las mujeres y consigo mismo, Duarte (2006a) explica que cada varón “va produciendo representaciones sociales sobre los cuerpos que aparecen mayormente como cuerpos en disputa” (p. 7). Para Kaufman (1989) un modo de relación que los varones asumen, en las masculinidades hegemónicas, para vincularse con otros se caracteriza por la violencia.

La vida de estos jóvenes en estudio está guiada por condiciones socioeconómicas de la exclusión social y también por los mandatos de la masculinidad hegemónica que los lleva a la violencia en sus relaciones. Dejan el estudio, entran en las drogas, delinquen, tienen problemas familiares, no encuentran trabajo; estos son caminos que al paso del tiempo les deja sentimientos dolorosos, frustración, impotencia y cólera contra sí mismos por no lograr estructurar sus planes y sus metas, que en gran medida responden a lo que socialmente se espera de un varón y ellos mismos han asimilado como una guía de vida. Algunos jóvenes se encuentran estancados, sin estudio ni trabajo, lo que les genera una sensación de pasividad no acorde a los mandatos de la masculinidad hegemónica.

Es así como la exclusión social limita el desarrollo de los cuerpos de los jóvenes y las relaciones con otros varones, con las mujeres y consigo mismos. Son cuerpos “en disputa” (Duarte, 2006) que se desarrollan en territorios excluidos, en espacios limitados, carentes, inseguros, agresivos, que limitan la expresión de sus cuerpos. Moulian (1997) explica, analizando las dictaduras, que estas ejercen el poder sobre los cuerpos y las mentes; en este caso, la exclusión parece ejercer de alguna manera dominio, limitando la expresión de los cuerpos y la vida de los jóvenes. Ellos se sienten atrapados en un territorio, viviendo una vida “dura”. En la exclusión, unida a la droga, los cuerpos se reducen a la miseria o a la

muerte. Como expresan los jóvenes del estudio, muchos de sus amigos, con los que se criaron en el barrio, están muertos, en la cárcel o son indigentes. A ellos les genera mucho dolor ver a sus amigos en esos cuerpos, como los que consumen crack, que se deterioran considerablemente.

Las identidades juveniles se vinculan con el propio cuerpo, en el cual destaca la noción de “cuerpo para hacer”, para relacionarse con las otras personas, fijar distancias necesarias, estructurar los afectos y expresar sentimientos y sensaciones (Duarte, 2006, p. 7). Los jóvenes del estudio tienden a reprimir la expresión de los sentimientos que culturalmente se asocian a lo femenino. Se autocalifican como: *“reservados”, “serios”, “de corazón duro”, “de piedra”, “guardan los sentimientos en el corazón”*. La actitud ante las emociones es reprimirlas, no sentirlas, calmarlas, no pensar en ellas, así el cuerpo de ellos se caracteriza por inhibir las expresiones de los sentimientos. Se muestran entonces duros, rudos, insensibles, defensivos y viriles, para no aparecer como un cuerpo feminizado y reflejar la producción simbólica patriarcal. Esto se ve reforzado por la actitud homofóbica de los varones del estudio, quienes evitan el contacto con otros varones, principalmente con quienes han hecho opciones sexuales no heterosexuales. Por lo general, no tienen amigos íntimos, los más cercanos son los hermanos, en algunos casos.

IV. ALTERNATIVAS DE CAMBIO EN MASCULINIDAD HEGEMÓNICA

Los cambios en la asimetría de género en el patriarcado de las últimas décadas responden a variedad de acontecimientos y se manifiestan también de manera diversa. Sin seguir un curso lineal, algunos eventos históricos, que han sido señalados en América Latina como relevantes, se refieren a los cambios en los sistemas jerárquicos patriarcales, que dieron lugar a la emisión de principios de igualdad ante la ley, adquiriendo las mujeres el estatus de ciudadanas, y al retroceso del poder del padre sobre los hijos e hijas y del esposo sobre la mujer, facultades sobre las cuales ha intervenido paulatinamente el Estado. Asimismo, se dio el desarrollo de la economía del mercado globalizado con la incorporación al ámbito laboral, la revolución reproductiva, donde el descenso de la fertilidad nos permitió

a las mujeres disociar la maternidad de los proyectos de vida; y las movilizaciones políticas por los derechos de las mujeres. Sin embargo, estos motivos no han logrado cambios generalizados, presentan características diferentes según los sectores sociales; por ejemplo, los sectores populares tienen más retraso en estos logros (Fuller, 2001).

Estos acontecimientos políticos y sociales contextualizan los avances que en las relaciones de género perciben los jóvenes del estudio. Sin embargo, hay que considerar que en la exclusión social se da un desencuentro entre las expectativas de mayor desarrollo individual y la inserción a la esfera pública, la educación, el trabajo. Los varones del estudio expresan que las mujeres en sus barrios, primas y amigas quedan embarazadas a edades muy tempranas y tienen varios hijos. En estos sectores sociales las personas necesitan trabajar desde edades tempranas, tanto los varones como las mujeres, y les es más difícil el acceso a la educación o tienen niveles bajos en esta; por consiguiente, las mejoras que estos cambios históricos han provocado en las relaciones de género no se dan de igual manera en la exclusión. La pareja parece tener otros sentidos; por ejemplo, en las relaciones de género en el mundo de la droga, la mujer tiende a ser valorada por su papel sexual. En los jóvenes en estudio, las parejas parecen formarse por motivos más inmediatos, impulsivos, respondiendo a mandatos sociales como mostrar la virilidad a edades muy tempranas, cuando ya conviven y tienen hijos. Uno de ellos tuvo esta experiencia cuando tenía 17 años:

“Ella tenía una casa, era mayor que yo y anduvimos de novios como dos meses y un día yo le dije que nos juntáramos y no sé ni por qué, como le digo donde mi mamá yo siempre he estado bien y siempre voy a estar bien” (Pablo).

Las mejoras en la situación de las mujeres en las relaciones de género se han documentado; sin embargo, en el caso de los y las jóvenes en la exclusión social, se dan grandes dificultades para alcanzar los cambios, por ejemplo, para negociar sus relaciones familiares y de pareja, controlar efectivamente la fecundidad e insertarse con buenas condiciones en la esfera pública, al trabajo y al estudio. Todo esto puede conducir a las juventudes a “quedar rezagadas de manera tal que las distancias sociales ya existentes se

profundicen, alimentando el círculo vicioso de la pobreza y la discriminación de género” (Fuller, 2001, p. 126).

En sus discursos, en el plano teórico-simbólico, los jóvenes expresan nuevos conocimientos y conductas sobre los roles de género, principalmente por la transformación del rol de las mujeres que ha tenido lugar en las últimas décadas y que ellos perciben en las mujeres de su generación, más que nada en la incorporación de estas en ámbitos considerados tradicionalmente como masculinos.

Pareciera ser que los jóvenes en estudio van en transición, en una primera etapa, de información y experiencia del cambio en el rol femenino, el cual se posiciona en su pensamiento y el mismo comportamiento de las mujeres motiva cambios y nuevas conductas en ellos. En algunos momentos parecen avanzar y en otros mantenerse en los patrones tradicionales. Por ejemplo, opinan que las mujeres:

“Ahora son iguales a los hombres; antes las mujeres eran muy sumisas, se dejaban controlar por el hombre, ahora se están dando más el valor como mujer; incluso, hay mujeres en la venta de drogas, hacen lo que quieren. Una mujer exitosa es la que pudo sacar sus estudios, conseguir una carrera, trabajar. La mujer es esa que se hace valer por sí misma, no espera atenerse a un hombre, puede salir sola” (Andrés).

“¿Por qué usted con una mujer ya es dueño de la mujer? La mujer no es objeto de nadie, es igual, un ser humano, siente lo mismo que un hombre; eso del machismo no” (David).

Sin embargo, cuando a ellos se les presentan escenarios sobre qué sucede si conociendo a una muchacha esta los invita a salir y les enseña un preservativo, hacen comentarios como los siguientes:

“Depende, si es muy bonita sí me voy; si no, le digo que otro día o algo así, pero sí la juzgo” (Pablo).

“Depende de la muchacha [lo físico]. En mi pensamiento diría: nos acabamos de conocer y fueee qué lanzada, pensaría que ella no sirve para novia” (Julio).

La situación hipotética los pone en el ámbito de la conducta, ya no del pensamiento, y parece existir una contradicción entre ambos. Es decir, los nuevos conocimientos van cambiando sus pensamientos, pero las posiciones clásicas patriarcales siguen teniendo su fuerza.

En el discurso de estos jóvenes también se encuentra una actitud de mayor aceptación a los asuntos relacionados con la igualdad de género; afirman que no están de acuerdo con el machismo. Al respecto, los jóvenes señalan que:

“A mí no me gusta eso, más bien me cae mal, de que el hombre es más fuerte y le pega a la mujer, nada que ver, pienso que está mal, demasiado mal” (Andrés).

“Lo que puede hacer un hombre lo puede hacer una mujer. Yo no soy así como que las mujeres tienen que estar en la casa limpiando; al contrario, más bien me agrada ver una mujer que se prepare. Ya eso de que los hombres son superiores a las mujeres ya no existe, ahora la mujer a veces es la que manda en una relación, los tiempos ya van cambiando. Yo pienso que ya las mujeres tienen esa forma de ser más expresivas y más liberales en sus opiniones y en todo” (Cristóbal).

“No le dan el valor que la mujer tiene, para mí una mujer es igual que un hombre, tienen su misma igualdad, su mismo todo. Antes se era machista y la mujer no podía hacer nada, era sumisa a su hogar. A mucha gente se le enseñó eso y piensa que la mujer tiene que ser igual que antes y no tienen derecho de desenvolverse igual que uno” (José).

En los jóvenes se dan intenciones de cambiar el rol machista; por ejemplo, cuando se indaga sobre la relación de pareja hacen comentarios como los siguientes:

“Me comporto como tengo que comportarme: centrado, respetuoso, no digo malas palabras. Soy buena gente con ellas, estoy para cuando me ocupan, no quererlas solo para tener relaciones, sino algo bonito y serio” (Bernardo).

“Tratar de estar siempre ahí compartiendo las cosas, un día uno, un día otro, así” (David).

Para Bonino (2003, p. 8) el cambio de los varones no logra transformaciones, “su papel es todavía pequeño”; las actitudes a modelos de masculinidades más igualitarios parecen carecer de la fuerza suficiente como para determinar modificaciones en el entorno familiar y social. Los modelos hegemónicos, en este grupo de estudio, son los que dominan en las actitudes y comportamientos tanto masculinos como en actitudes femeninas. Los jóvenes están haciendo pequeñas renunciaciones a los privilegios de la masculinidad hegemónica para experimentar nuevas actitudes; sin embargo, aún en sus propias casas siguen observando los patrones tradicionales de comportamiento masculino:

“A mí me gusta cocinar, hacer oficio, si yo tengo que hacer algo yo lo hago, pero llega un punto que ya es una obligación, digamos, hoy le toca cocinar a usted y tal vez uno llega del trabajo cansado y tiene que ir a cocinar. Con mi hija yo voy a ayudarle a ella hasta limpiar porque yo sé que tal vez ella está ocupada con mi hija, una con otra” (Pablo).

Uno de los jóvenes, Andrés, se queja de que en su casa su padre y sus hermanos no hacen nada y explotan a su abuelita en el trabajo doméstico:

“Yo he estado limpiando la casa y ellos no hacen nada, se atienden mucho a las personas a que se lo hagan todo, yo me levanto y digo: voy a hacerme mi desayuno; ya veo donde se levantan mis hermanos, entonces, Tita: me regala pinto y el otro pásame un vaso de agua y mi papá: diay sí doña Rosa yo creía que ya me tenía servido. Entonces me

molesta porque siento que, por más que le estén dando algo, es una persona ya adulta mayor” (Andrés).

Estos resultados son similares a los que apunta Troya (2001): “nadie quiere ser percibido como machista” (p. 87), porque lo consideran como debilidad masculina, como rasgos de maltrato y opresión sobre las mujeres que deberían eliminarse, al menos a nivel discursivo. Este concepto puede responder en los jóvenes a la “deseabilidad social” (Lemos, 2006, p. 8); es decir, a la tendencia psicológica de atribuirse a sí mismos cualidades de personalidad socialmente deseables y rechazar aquellas indeseables como las machistas.

Sin embargo, modificar patrones genera múltiples contradicciones y resistencias. Fuller (2001) afirma que “cada vez es más común que los varones (sobre todo los jóvenes) acepten que ya no es posible ejercer los controles sobre las mujeres, que en el pasado consideraban como un derecho” (p. 125), lo cual puede indicar que el mandato de género que asignaba a los varones el control de la sexualidad femenina está modificándose.

Por otra parte, también los varones jóvenes aprueban conductas femeninas que los liberan de cargas hegemónicas, como ser los proveedores únicos de la familia, lo que Bonino (2002, p. 33) denomina como “cambios utilitarios”, ya que implican un beneficio para el varón, como por ejemplo la mujer trabaja y aporta dinero sin pedir nada a cambio o es ella la que corteja al varón. Cuando se les presenta a los jóvenes la situación hipotética de que tienen una pareja que no trabaja, pero después consigue un empleo y gana más que ellos, opinan:

“Yo feliz, más bien desde el principio le diría: qué mi amor busque trabajo. Day bien, las mujeres también pueden” (Julio).

“No me afecta porque ya me ha pasado” (Pablo).

“A mí no me afecta, pero si una mujer es mayor que el hombre en algunas cosas, entonces ya el hombre se va a sentir humillado. Si la mujer gana más, pasarían

discutiendo porque la mujer tendría más dinero que el hombre, porque el hombre siempre quiere tener más que la mujer” (Bernardo).

“Yo bien, así como el hombre es superior en cosas, la mujer también lo puede ser. Lo que ocurre normalmente es que los hombres tratan de ser superiores a las mujeres en todo sentido, en platas, en respeto” (Juan).

En cuanto a si es la mujer o el varón quien tiene que iniciar el cortejo, los jóvenes piensan que puede ser cualquiera de los dos; se sienten bien si ellas inician, pero aclaran que no ocurre así normalmente:

“Así como el hombre enamora a la mujer, la mujer también lo puede enamorar a uno, o le pueden regalar cosas a uno. En la sociedad casi siempre para todo es el hombre el que tiene que regalar; si fuera la mujer, lo vería mal, como que el novio es un mantenido. Entonces si una mujer invita a un hombre, ya al hombre no le va a gustar” (Juan).

Nuevamente, estas situaciones hipotéticas, si bien ellos manifiestan que no les molesta que su pareja trabaje y gane más que ellos o que ellas tomen la iniciativa en el cortejo, vuelven a recordar los mandatos patriarcales. Es como decir yo pienso diferente, pero lo que la sociedad me pide es otra cosa.

Por otra parte, también los jóvenes hacen la observación de que hay mujeres que responden a conductas machistas de los varones y fomentan estos patrones:

“En mi barrio hay mujeres que se atienen a un hombre o tratan de buscar dinero por sexo, por tratar de salir del barrio a un lugar mejor o de llegar al éxito, pero no por medio de ellas mismas, sino por medio del hombre” (Andrés).

En la investigación se encuentra que hay un cambio en el rol de género de los hijos con respecto a sus padres: los jóvenes tienen conciencia de que muchas de las actitudes de sus padres fueron erradas, están cargadas de dolor y no quisieran repetir las:

“Los hombres se pasan, eso a mí no me gusta porque lo viví en la infancia, mi papá le pegaba a mi mamá, le tiraba el plato de comida en la cara. Yo no quiero ser igual a él entonces yo a las mujeres trato de respetarlas mucho” (Bernardo).

Cuando se analiza la paternidad en dos de los jóvenes en estudio se encuentra en ellos actitudes de un patrón “desigualitario” (Bonino, 2002, p. 33), en el sentido de que sobrecargan a las mujeres al no compartir las obligaciones del hogar o ser “compañeros pasivos” (p. 33), dejando esta tarea a las mujeres y provocando una inversión de los roles, no se asume el comportamiento “masculino” de proveedor y protector. Esto se da en el caso de los dos jóvenes padres que no están en condiciones de mantener económicamente a su hija. Uno de ellos trabaja temporalmente, opina que la paternidad es muy difícil; la actitud que tiene ante esta es de impotencia, siente que no puede asumir su responsabilidad de padre, está muy preocupado y responde pasivamente:

“Lo más difícil es que un bebé ocupa muchas cosas y es una responsabilidad más grande. Yo pensaba que todo era fácil, la bebé está con la mamá en Cartago, no la veo todos los días” (Carlos).

El otro joven, Bernardo, que no tiene trabajo muestra también preocupación:

“Un día de estos tenía cita y yo sin plata y me dijo: consígame tres mil para ir a la cita y le dije: deme chance. Estoy todo estresado porque sin trabajo” (Bernardo).

En ambos casos es la madre y la familia de la misma la que está asumiendo el cuidado de la hija, son “compañeros pasivos” con un patrón no igualitario (Bonino, 2002, p. 33). Estos

varones siguen reproduciendo patrones de conducta de masculinidad hegemónica, una paternidad no claramente asumida. Esto es lo que ocurre con frecuencia en sus comunidades y familias, que los hijos e hijas están prácticamente en manos de las mujeres.

También se aprecia que en la relación con los otros varones no hay un reconocimiento de la pluralidad masculina, de la diversidad de opción y orientación sexual; en este campo siguen siendo apegados al mandato heterosexual. Cuando se les presenta el escenario de tener un hijo gay, responden:

“Díay, si me lo mandó Dios, yo estoy de acuerdo con eso, sí me enojaría en un principio, qué decepción, qué queda” (Julio).

“Ahí está dura la vara, yo no sé, no lo dejaría y si fuera una mujer, menos” (Carlos).

“Cada quien tiene sus gustos, porque yo llevo una hija y no sé si ella va a tener preferencias por una mujer; tal vez uno se desilusione, pero ya como está esto es normal para mí” (Bernardo).

Asimismo, los jóvenes del estudio no tienen claro que muchos de sus comportamientos autodestructivos responden a estereotipos de la masculinidad dominante y que son perjudiciales para sus vidas. Ellos no se orientan a cuestionar este modelo tradicional de masculinidad; pareciera que desempeñan el papel que les toca vivir, pero no hay una actitud de cuestionamiento sobre este. Por ejemplo, Bernardo cuenta un accidente reciente de uno de sus amigos en un juego donde participaban varios varones mostrando las habilidades de fuerza física:

“Lo que más me ha afectado a mí en la vida es lo que me pasó este fin de semana que andaba en un campamento cristiano y un muchacho voló en una llanta y yo lo tenía que atajar abajo, pero la llanta agarró mucha fuerza y no pudimos pararlo y siguió directo y se mató” (Bernardo).

Es un juego donde compiten y ponen en práctica sus habilidades masculinas, pero tiene consecuencias muy delicadas.

Solamente uno de los jóvenes está iniciando un proceso de reflexión y práctica personal hacia posiciones de género más igualitarias para lograr el cambio; él opina que:

“Una mujer no se para [significa que se desecha, se aparta] porque se ha metido con muchos hombres, acaso que por meterse con cinco hombres ya perdió valor como mujer. Yo diría como que, si le pudieran explicar más al hombre, estoy aprendiendo cosas que yo nunca las había escuchado ni en la escuela ni el colegio” (Andrés).

También, dos de los jóvenes están tratando de tener espacios para comunicar sus sentimientos y expresar el enojo sin violencia por medio de la participación en iglesias cristianas. Sin embargo, como analicé en el capítulo anterior, los varones del estudio siguen posturas hegemónicas de elaborar poco acerca de sí mismos y tener pocos contactos íntimos; hay temor a expresar los afectos sobre todo a otros varones y no hablan de sí mismos (Salas, 2005). Bernardo comenta que:

“Cuando yo quiero voy y me siento con los pastores, hacen café y ahí nos ponemos a hablar toda la tarde. Cualquiera día a la semana me reciben, me aceptan como soy” (Bernardo).

Asimismo, los jóvenes han hecho el intento de alejarse de conductas de riesgo, como pertenecer a bandas o consumir drogas, estando dentro de la casa y no afuera en el barrio, practicando deporte o fomentando acciones orientadas a su salud y a su cuidado personal:

“Me metí a deporte y de un pronto a otro dejé de juntarme con los del barrio, me centraba más en el estudio, ya la gente me veía y hasta los profesores en el colegio empezaron a ver el cambio y me felicitaron y me decían que siguiera así, todos lo notaron mucho” (Andrés).

Encuentro así a los jóvenes en la exclusión social avanzando hacia nuevas alternativas en la relación de género, pero a la vez se mantienen en posiciones clásicas patriarcales. En esto no se puede olvidar que ellos han crecido y viven en ambientes cargados de violencia, en general, contra las mujeres, los varones, las y los niños, hasta la violencia de la policía, que a veces es deseada y justificada. Incluso, para no recibir agresión, ellos tienen que ignorar estos actos en sus comunidades, les es muy difícil no tolerar ni justificar la violencia de la masculinidad hegemónica, ya sea física, sexual o psicológica, porque su ambiente se caracteriza por estas expresiones.

Son jóvenes que, en su mayoría, no han crecido en familias que se caractericen por el diálogo como método para resolver los conflictos, partiendo del respeto del otro; más bien, sus ambientes han sido adultocéntricos, donde no tienen libertad de opinar ni negociar. Además, en su espacio público y de poder, como hemos visto, la sociedad no les da el acceso y la oportunidad de igualdades sociales, de generación, ni de género. En sus familias las mujeres siguen trabajando en el cuidado y la limpieza y los varones en la construcción, principalmente en papeles diferenciados y jerarquizados.

Como señala Salas (2005), este intento de cambio “puede ser comprendido como una fractura que ellos están experimentando en las raíces de la masculinidad aprendida e introyectada y que se le manifiesta en su vivencia particular, cotidiana, inmediata” (p. 191); por consiguiente, les es difícil intentar de una manera más definida nuevos comportamientos de género.

En resumen, los jóvenes se encuentran en una posición parecida a la que apunta Díez (2002): para ella no nos estamos encontrando con nuevos modelos en la forma de ser del género masculino, sino que se trata más bien de la presencia de ciertas características y experiencias innovadoras que dan indicios de formas de vivir la masculinidad en la sociedad, pero no de modelos ya configurados. Según esta autora, se puede hablar de una “ideología progresista” (p. 218) que mantiene actitudes positivas como que la mujer pueda desarrollar una actividad profesional, que se asume la responsabilidad del reparto equitativo de tareas domésticas, el ser profeminista y prohomosexual, por lo menos a nivel teórico, siendo más difícil de determinar el nivel de implicación individual en esa lucha. Estas premisas que

plantea la autora no se cumplen a cabalidad en el grupo de estudio, como hemos visto en el análisis de la masculinidad hegemónica en esta investigación.

Estas tensiones que experimentan los jóvenes de patrones patriarcales a cambios han sido consideradas por Bonino (2002, p. 23) como actitudes “desorientadas”, donde aceptan el nuevo papel de las mujeres e intentan acomodarse a este. Están de acuerdo más intelectualmente que en sus experiencias cotidianas con la igualdad de género, “asumen la igualdad como valor y principio pero que no la practican de forma estable y consciente” (Gasteiz, 2008, p. 47).

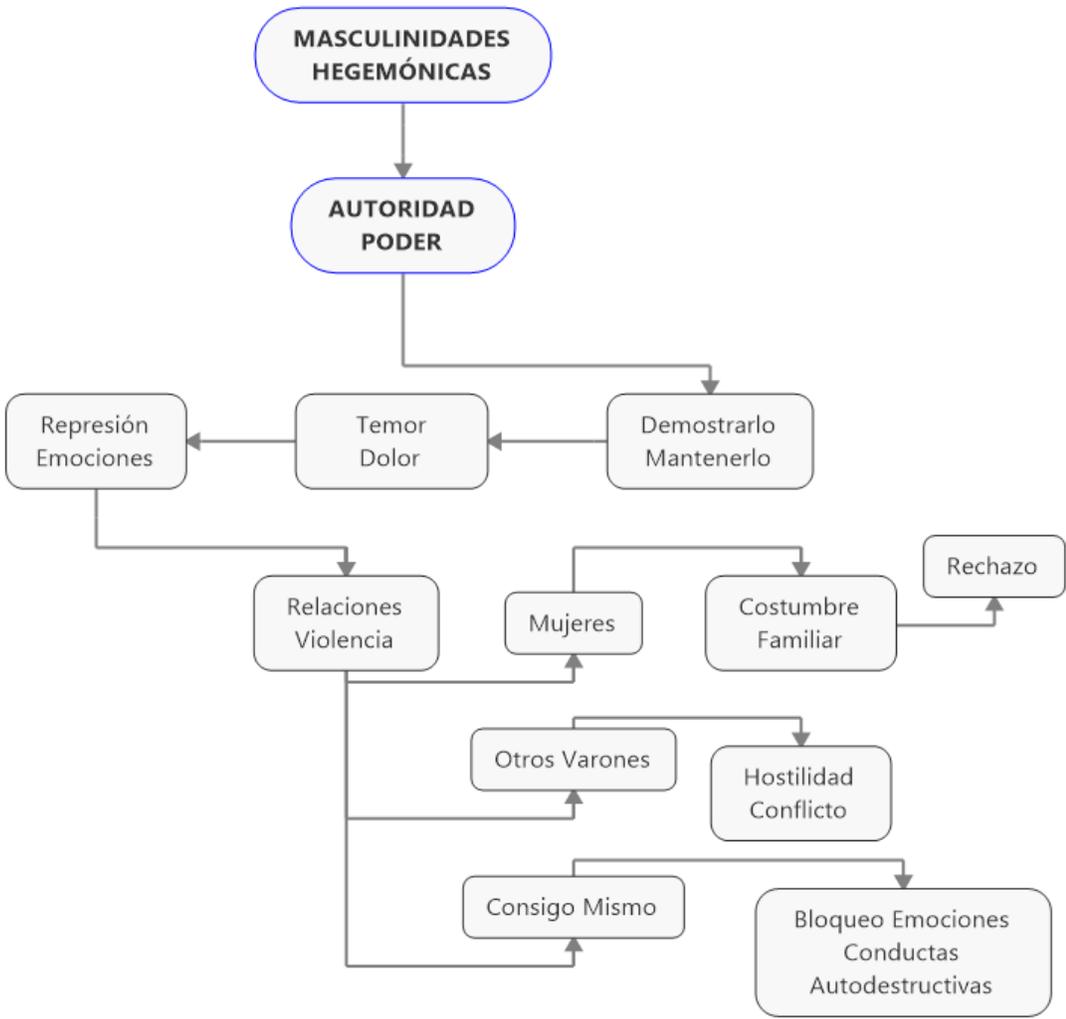
El análisis de Fuller (2001) es apropiado en este apartado en cuanto a los cambios en las relaciones de género. Señala que, en lo referente a la identidad masculina, estas transformaciones tanto colectivas como individuales son más difíciles de lograr entre los varones que en las mujeres, porque los jóvenes pueden reaccionar negativamente al cambio en las mujeres. Estos cambios del género femenino se tienden a percibir en los varones como cuestionamientos a su identidad masculina. Tal y como ocurre con el grupo de estudio, a nivel discursivo los jóvenes asumen una postura más abierta, están de acuerdo con los derechos de las mujeres a ingresar a la educación y al mercado de trabajo; incluso, ellos están dispuestos a sacrificar parte de su antiguo poder al ser los únicos proveedores del hogar y aminorar sus tensiones relacionadas con las responsabilidades económicas, pero tienen muy presentes los mandatos de la masculinidad hegemónica.

Por otra parte, las exigencias femeninas, las demandas afectivas de los hijos y las presiones económicas fomentan los sentimientos de frustración en los varones por no poder cumplir completamente su ideal de proveedor único; esto implica para las masculinidades hegemónicas una pérdida parcial de sus funciones y autoridad y una falta de definición de su rol sexual dentro del hogar, las relaciones de género y las familiares (Fuller, 2001).

Salas (2005) basado en su experiencia en el Instituto WEM, considera que si a los varones se les brindan ciertas condiciones pueden iniciar procesos de revisión en sus patrones de comportamiento. Aunque es evidente que esta tarea no es nada fácil, implica acción por desplegar en muchas generaciones. Más que una época de crisis de la

masculinidad hegemónica, se considera que se está enfrente a crisis de muchos varones que han visto alteradas las normas de su masculinidad. Para ellos “lo definido para la masculinidad se ha debilitado, confundido y opacado, en tanto hay otras nuevas exigencias, algunas no típicas para lo que tradicionalmente se ha concebido como ser hombre” (Salas, 2005, p. 191). Como he expuesto, en este grupo de estudio de jóvenes en la exclusión social, cumplir los mandatos de la masculinidad se ha tornado en algo complicado para los varones.

A continuación, presento una sinopsis de las temáticas presentadas en el este capítulo por medio de un esquema.



CAPÍTULO QUINTO. PRESENCIA-AUSENCIA DE JUVENTUDES Y LAS RELACIONES GENERACIONALES DE PODER

En esta investigación he tratado de encontrar en las trayectorias de vida de los jóvenes nuevas condiciones para avanzar en la comprensión del fenómeno juvenil en la exclusión social, analizar los cambios y transformaciones que experimenta la sociedad en las últimas décadas, como la desigualdad social, y ver las características específicas de estos jóvenes en condiciones de relaciones de dominio. Partí de considerar las juventudes como construcción social, considerando los elementos culturales y las transformaciones sociales, que varían a lo largo del tiempo, analizando cómo los varones viven y experimentan su condición de jóvenes en un espacio y un tiempo determinados (Dávila, 2005).

I. SER JOVEN EN LA EXCLUSIÓN SOCIAL

La experiencia de la juventud en los varones en estudio viene trazada por una niñez que se caracteriza, en su gran mayoría, por la ausencia del padre en el proceso de crianza; en algunos casos, no solo como modelo de enseñanza y en la relación afectiva, sino también en el aporte material para cubrir las necesidades básicas de los hijos. Se da desde una ausencia total donde el padre muere siendo muy niño; padres que existen, pero nunca han vivido con el hijo; y aquellos que viven en la familia, pero que ejercen modelos machistas en su comportamiento familiar. Por lo tanto, son adultocéntricos, distantes, poco afectivos y agresivos; solo se da una excepción en un caso donde el padre maneja un modelo de apoyo y de comunicación abierta con su hijo; sin embargo, le dedica muy poco tiempo:

“Mi papá es muy trabajador, él casi nunca está en la casa porque trabaja en seguridad y está todo el día o toda la noche, llega a dormir y con costos le dan un día libre, pero mi papá se lleva muy bien conmigo” (Julio).

Por su parte, las madres, en su mayoría, han jugado un papel importante de resiliencia en la vida de sus hijos varones, desempeñando papeles como señalan ellos mismos *“de*

padre y madre". Los casos donde en la crianza los jóvenes han sentido el abandono y, por ende, el rechazo de ambos padres son los que han tenido mayores problemas para salir adelante.

1. CARACTERIZACIÓN DE LA JUVENTUD

De la vida de los jóvenes encontré una serie de acontecimientos que podríamos decir caracterizan su juventud; estos los he identificado en seis espacios:

- Estudio
- Droga/grupo/banda
- Abandono del estudio
- Recuperación de la droga
- Desempleo
- Trabajo/estudio (por madurez) o ninguno de los dos

Estos acontecimientos se desarrollan en un ambiente carente, inseguro, que no les da adecuadamente los recursos socioculturales ni los bienes económicos y políticos para la solución de sus problemas vitales. A continuación, describo cada uno de estos eventos:

Estudio

Siguiendo la norma de la sociedad costarricense, todos los niños y las niñas ingresan a la educación primaria (escuela) y, posteriormente, a la educación secundaria (colegio). La mayoría logra sacar el sexto grado; es decir, completar la educación primaria (97.5% de los niños en zona urbana aprobaron el sexto grado en la escuela pública en el año 2014, Ministerio de Educación Pública, 2017). Dos de los jóvenes concluyen la primaria en etapas posteriores, ya de jóvenes, y en otros sistemas educativos para estudiantes que se han atrasado en la escuela o colegio.

Este primer espacio de la vida de los jóvenes se caracteriza principalmente por el estudio; podemos decir que es el rol que la sociedad les da, recordando que algunos de ellos realizan trabajos periódicos para ayudar a sus familias.

Este primer momento, de estudiar en la institución pública diurna, se caracteriza, en la mayoría de los jóvenes, por la falta de apoyo y motivación familiar para sus tareas de aprendizaje. Por lo general, los padres o encargados (abuelos) se dan cuenta del mal rendimiento del hijo cuando ya tienen el año perdido, no se involucran ni llevan control del trabajo educativo que este presenta. Hay que tomar en cuenta que estos adultos encargados de los jóvenes poseen trabajos cansados, con horarios poco flexibles, de jornadas largas y, por ende, tienen menos tiempo para compartir con sus hijos, motivarlos y ayudarlos en sus quehaceres. También, tienen niveles escolares bajos que les dificultan la motivación y la ayuda en el trabajo escolar. Como he presentado anteriormente en el capítulo segundo, los mismos jóvenes manifiestan desinterés, falta de motivación y dificultad para enfrentarse a las tareas del aprendizaje. Principalmente, la educación secundaria se les hace difícil y se quejan de falta de capacidad, de comprensión y memoria. Del grupo de estudio, el nivel educativo más alto aprobado hasta el momento es décimo año de colegio; solo dos de los jóvenes se mantienen en el sistema educativo, uno en noveno año y otro en undécimo.

Cuando se está terminando la escuela y se ingresa al colegio es un tiempo que deja a los jóvenes sin o con menos apoyo de las instituciones de las cuales depende, como la familia y las organizaciones educativas. Lo que la familia espera más que todo es que los hijos, principalmente los varones, siguiendo los mandatos patriarcales, ingresen al mercado de trabajo para aumentar el salario familiar, y los jóvenes sienten esta presión. La educación en Costa Rica es gratuita y obligatoria desde 1869 (Asamblea Legislativa de la República de Costa Rica, Ley Fundamental de Educación número 2160, 1957); es decir, la trayectoria de vida trazada para las juventudes es el estudio, pero las instituciones no velan porque esta ley se cumpla y responda a las necesidades de los diferentes grupos sociales, como en este caso los que viven en la exclusión.

En este espacio de sus vidas, los jóvenes parecen tener mucho peso sobre sí mismos, se empiezan a enfrentar al mundo adulto y no tienen las condiciones para afrontar las problemáticas que se les presentan. Para ser un varón adulto, según la estructura y las demandas sociales, debe dedicar tiempo a estudiar, obtener un puesto, demostrar sus

habilidades masculinas y formar parte del mundo de consumo capitalista. Apenas empezando con la etapa de estudio, en la exclusión, se presentan dificultades; para empezar, no hay un padre o es uno agresivo y dominante, machista, como los definen los jóvenes, y las condiciones de vida se vuelven más de sobrevivencia con falta de apoyo y cuidado por parte de la familia.

Droga, grupo, banda

Una segunda situación relevante, en la historia de la mayoría de los jóvenes, se da cuando estando en el colegio o en los últimos años de la escuela inician el consumo de drogas; lo hacen por medio de amigos del barrio, primos o compañeros de colegio al que asisten. Empiezan a socializar con nuevas personas, a participar en grupos de amigos para recrearse, estar con otros, pasar el rato, divertirse, hacer fiestas; estas nuevas experiencias van aparejadas al consumo de cigarrillos, alcohol y marihuana. Como no tienen el dinero para participar en las actividades recreativas, realizan tareas remuneradas, como ventas ambulantes, o se integran en sus comunidades a los grupos (bandas) organizados de tráfico de droga; en estas bandas se organizan para realizar asaltos y robos. Por lo menos tres de los jóvenes terminan siendo miembros de pandillas, con las cuales se involucran en actos delictivos mayores.

En esta situación, los jóvenes parecen ir motivados por líderes con los cuales se identifican y ponen en práctica los mandatos hegemónicos de la masculinidad. En un inicio, los sentimientos parecen ser agradables, de poder y confianza por pertenecer a una banda, sentirse protegido, jugar un papel y tener una posición. Estos grupos responden al poder patriarcal, a formas autoperpetuadoras de organización social e ideologías que explican, dan significado, justifican, alientan y determinan su manera particular de ser, su identidad masculina. Asimismo, entran en juego relaciones adultocéntricas de dominio y subordinación de los jóvenes. Con el tiempo, conforme se van involucrando en las bandas, estos sentimientos se transforman en desagrado. En las relaciones y el ambiente de las bandas parece acentuarse aún más las exigencias de la masculinidad, “la dominancia, el

poderío visible, la actividad, la racionalidad, individualidad, la eficacia, la voluntad de poder, la certeza y la heterosexualidad” (Bonino, 2003, p. 13). Experimentan las inseguridades masculinas por la fuerte competencia, ya que “si la masculinidad es una cuestión de poder y control, no ser poderoso significa no ser hombre” (Kaufman, 1999, p. 9). En el ambiente adultocéntrico que viven los jóvenes, siguen estando en manos de la familia y la ley (policía) y, por consiguiente, su condición de joven se ve sumida en la subordinación, están entonces ubicados en “el polo degradado de la asimetría” (Duarte, 2015a, p. 282).

Abandono del estudio

Viene un tercer momento en la vida de los jóvenes en que empiezan a perder materias o años completos; esto implica un mayor esfuerzo que es repetir. Lo intentan, pero terminan desertando del sistema educativo:

“Estuve dos años en décimo; el primer año me quedé, reprobé y lo intenté otra vez y diay igual, no pasé, me quedé en cinco materias y usted solo puede quedarse en cuatro, por lo cual yo me salí del colegio” (Cristóbal).

“En sexto y en cuarto me quedé, los volví a repetir y ya de ahí pasé y llegué a sétimo y me quedé en octavo” (Alex).

“Dejé los estudios botados y empecé a andar en otras cosas que no tenía que andar y llegué hasta tercer grado aquí y tuve que internarme en un centro [de rehabilitación] y allá saqué cuarto grado” (Bernardo).

“Entrando al colegio había un maje que andaba con un arma, una 38; a mí siempre me ha apasionado la vida peligrosa, la vida mala” (Andrés).

En el momento en que abandonan la escuela o el colegio, los jóvenes no parecen tener conciencia de lo que esto va a implicar más adelante, cuando deseen obtener un puesto laboral. Piensan que van a retomar el estudio pronto y, como hemos visto, esto también se les hace difícil. Andrés, quien deja el estudio y vuelve al colegio diurno, dice:

“Ahora me gusta más estudiar, por más que sea duro, porque en unos años que me salí del colegio tuve que trabajar y entendí lo duro que es la vida y que si seguía así no iba a llegar a ningún lado sin estudio. Pero sí quiero pasarme a colegio nocturno, porque quiero encontrar un trabajo de medio tiempo” (Andrés).

Por otro lado, parece no existir algún tipo de contención o ayuda de parte de la institución educativa para mantener a los jóvenes en el estudio; ellos deciden salir por el bajo rendimiento académico y ante esta decisión, a nivel institucional, no hay mecanismos de seguimiento estudiantil. En un caso, es la madre quien decide sacar al joven del colegio, principalmente porque en este se encuentran los amigos y el ambiente donde se consume la droga.

Son dos mundos que se les hace muy difícil llevar al mismo tiempo, el estudio y el grupo de amigos o la banda; son espacios de identificación para los jóvenes, pero, principalmente, la droga les dificulta el estudio:

“Me salí del colegio por problemas de juntas y porque iba por malos caminos y ya sentía que si me quedaba iba a seguir igual, entonces tomé la decisión de salirme” (José).

Además, cuando se está en la droga se desvaloriza el trabajo:

“Da pereza, igual que el estudio se dejan botados” (Bernardo).

Es importante resaltar que es en la misma institución educativa, en un ambiente de exclusión social, donde los jóvenes tienen el acceso a la droga e inician su consumo.

Recuperación de la droga

Estar en la droga genera conflicto legal y familiar que va desde agresión física y verbal hasta echar a los jóvenes de la casa a la calle, mandarlos a vivir con los abuelos e internarlos en instituciones o privarlos de libertad. En el caso de Bernardo, cuenta que:

“Empecé a andar en la calle, dormía en la calle, así en los camiones, andaba asaltando, andaba haciendo muchas cosas y me agarraron y me metieron a Nuevos Horizontes al Psiquiátrico” (Bernardo).

Carlos expresa que:

“Yo tenía muchos problemas con mi mamá [fumaba marihuana y no asistía al colegio] y mi mamá me echó de casa y yo me fui para donde mi papá” (Carlos).

De los diez jóvenes en estudio, ocho han sido consumidores de droga y, en la actualidad, han dejado el consumo o están tratando de hacerlo; uno de ellos comenta:

“Me cuesta un montón, me entran ansias de hacer cocaína” (Bernardo).

Reconocen que no solo se hicieron daño a ellos mismos, sino a otras personas:

“Yo ya no le hago daño a nadie, antes yo era otra cosa” (Alex).

En la mayoría de los casos, la madre o la abuela representan un importante punto de apoyo cuando el joven desea salir de la droga y continuar el camino que ellos, en general, visualizan como un *“buen futuro”*, se refieren al *“trabajo y estudio”*. Los dos jóvenes que no entraron al consumo de droga tienen madres que han estado, desde su niñez, muy pendientes de que esto no suceda, ejerciendo diferentes formas de acompañamiento y

cuidado, como que permanezcan dentro de la casa la mayor parte del tiempo y que participen en actividades religiosas o deportivas.

Participar en un grupo deportivo o religioso se suma a las actividades resilientes que han ayudado a los jóvenes a combatir el problema de adicción. En el caso de Juan, que practica deporte, este considera que es un ambiente donde *“todos se ayudan”* y se aprenden valores como *“respeto y disciplina”*.

Otras situaciones que hacen que los jóvenes decidan dejar la droga es el estímulo represivo, enfrentarse con el sistema legal y tener que cumplir condenas. Tienen claro que después de los 18 años, con la mayoría de edad, las penas a cumplir son más fuertes para ellos.

Compartir la vida y la historia de amigos y parientes muertos, en la cárcel o inhabilitados por la droga, indigentes, sumado a los conflictos con sus familiares los ha hecho reflexionar sobre la realidad de este tipo de vida y no desear seguir ese camino. Estas son situaciones que las perciben constantemente en sus familias y en sus barrios.

Desempleo

Aparece así una nueva circunstancia en la vida de los jóvenes, que no deja de ser frustrante porque visualizan el trabajo como la salida de su problemática personal y social; les es difícil conseguir un empleo y más todavía uno con buenas condiciones. No tienen estudio, si acaso el sexto grado o algunos años de secundaria; les cuesta conseguir recomendaciones y contactos para puestos y algunos son menores de edad y no tienen experiencia laboral. Uno de los jóvenes explica que:

“Yo trataba de encontrar trabajo, pero no pude encontrar, se me hizo demasiado difícil; yo tenía un amigo, me dio la posibilidad de poder trabajar ahí limpiando carrillos, eran cuatro carros, ya me ganaba ahí una platilla y con eso yo sabía que tenía para lo mío; no hacía como que algo importante para mi vida. Le pedí a Dios que me diera la

posibilidad de solucionar un poco y arreglar mi vida, porque yo la veía como no muy bien” (Cristóbal).

El momento en que se encuentran los jóvenes de la investigación se caracteriza por su apremiante necesidad de obtener dinero y una posición. Ahora, el mercado del trabajo los presiona al estudio, ya que uno de los requisitos para obtener un puesto, como a los que ellos aspiran, es al menos el título de bachiller y todavía ninguno lo tiene.

Como analicé en capítulos anteriores, en los jóvenes que viven en la exclusión social la educación y el trabajo dependen entre sí. Krauskopf (2013) explica que para las personas jóvenes marginales en América Latina las dos grandes vías de movilización social, que son la educación y el empleo, les resulta excluyentes entre sí, situación que les genera tensión y obstaculiza la satisfacción de sus aspiraciones. Por su condición económica y social tienen que realizarlas al mismo tiempo y eso se les hace muy difícil. Además, como lo expuse, funcionan en la sociedad en contradicción: para trabajar se requiere experiencia laboral y años de estudio y en los tiempos tempranos que ellos necesitan trabajar no tienen suficiente estudio ni suficiente experiencia. También se junta a esta problemática la cultura patriarcal del género masculino que orienta a los varones a las actividades económicamente productivas y, por consiguiente, a competir por ellas. Su destino social patriarcal masculino los conduce a situarse en actividades de consumo, venta, robo y sicariato. Aquí la masculinidad encuentra un espacio para su despliegue.

Trabajo y estudio

Ante estas circunstancias laborales, los varones optan por entrar de nuevo al sistema educativo para obtener al menos el sexto grado o el título de bachillerato, ya sea por madurez o en un colegio nocturno, opción que intentan no de manera sistemática y en algunos casos con malos resultados, porque nuevamente pierden los cursos. A los que trabajan se les hace difícil estudiar, por el tiempo y los horarios. Como señala Duarte (2005a), “teniendo condición de jóvenes no poseen esta condición de estudiantes o

trabajadores, porque su situación es diferente” (p. 259), ya que este grupo de estudio se encuentra en la exclusión social fuera de los principales factores que articulan el actual modo de desarrollo de la juventud, a saber: “educación, empleo y consumo” (p. 260).

Con respecto al trabajo, los puestos que logran conseguir se caracterizan por ser de baja remuneración, por tiempos y horarios variables, de mayor esfuerzo físico (bodegueros, construcción) y en algunos casos son de explotación, como cuando trabajan con familiares que pagan muy poco o no pagan, al verlo como una retribución a la familia, una obligación, un castigo o, algo peor, por no valorar la tarea, el aporte del joven, como se ve en este caso:

“Primero trabajé con mi papá en mecánica, como castigo más que todo, para que yo aprendiera; me ponía a hacer cosas y no me daba nada, era para que yo sintiera lo duro que era la vida, me daba 12 000 por semana y de estos tenía que coger 6000 para la verdura de la casa” (Andrés).

“Tenía un trabajo en un restaurante, no me gustaba, pero yo iba por necesidad, había muy poco personal y como era nuevo se aprovechaban, me dejaban todo el peso” (Cristóbal).

“El primer trabajo fue en construcción, ellos siempre le ponen a usted lo más feo, lo más duro: mezclas, que jalar block, la matada y ya cuando empezó lo bonito que era pintar y pasó lo feo me echaron. Era duro, en un camión de mudanzas, me tocaba cargar el camión y hacer bodegas” (José).

Los jóvenes entrevistados razonan en el presente que su salida a una vida mejor es obtener un buen trabajo. Los dos que estudian esperan sacar el bachillerato y conseguir un empleo para continuar los estudios. Tres de los jóvenes tienen trabajo (misceláneo, arregla celulares, construcción) y los restantes están en búsqueda.

La mayoría de estos jóvenes siente que su tiempo pasado ha sido “duro” y lo sigue siendo, pero cuando salen de la droga empieza otra etapa más difícil, principalmente para

los que han pertenecido a una banda. Por lo menos dos de ellos tienen casa o barrio o “territorio” por cárcel, por así decir, porque si salen de esos espacios corren el riesgo de que los maten.

Si bien estos datos corresponden a diez jóvenes, en sus historias se toca la vida de sus amigos y familiares que no dejan de ser distantes a estas. Es frecuente escucharlos decir que la mayoría de sus amigos están en la cárcel o están muertos.

Este grupo de estudio no responde a la fase de moratoria, sino a, como señala Duarte (2015a, p. 209), “la diversidad de itinerarios que podrían existir, así como de las modificaciones que una misma persona joven puede llegar a vivir en el trayecto y en esos tránsitos”. La vida de los jóvenes en estudio es diversa con respecto a lo que se espera de un joven normalmente en la cultura y en la ley costarricense, que es un rol de estudiante, lo cual supone mejores oportunidades de vida. Si lo analizamos considerando la campana de Gaus, en términos estadísticos normales, un año más, un año menos, los jóvenes salen de la escuela a los 12 años y del colegio a los 17 años, pero se dan los extremos en la campana, donde este joven de 20 años es el más adelantado y va por undécimo año, mientras que el que tiene 24 años solo tiene aprobado el sexto grado. Aquí es donde Maldonado (2013) nos insiste en no quedarnos con la norma que universaliza el dato medio y estudiar los extremos de la campana; si bien estadísticamente son los menos, ya vemos la importancia social, económica, política y humana de estos grupos.

Oyarzún e Irrazabal (2003, citado en Duarte, 2015a, p. 210) hacen también referencia a ese desarrollo simultáneo de las actividades de estudio y trabajo en la vida juvenil, relacionándolo con factores económicos y socioculturales, dicen que se caracterizan por “una superposición de las etapas de vida. Hoy en día se puede, efectivamente, ser estudiante y jefe de hogar, trabajador y vivir con los padres, o estudiante y trabajador a la vez, o estudiar y ser padre o madre”. De igual manera lo señala Duarte (2015a, p. 212): “no es clara la salida de la juventud, pues una persona puede salir del mercado de trabajo y volver al sistema educativo, o casarse y luego divorciarse”. Se aprecia así en esta investigación que dos de los varones acaban de ser padres en una situación en la que no cuentan con trabajo estable ni estudio.

Es así como son jóvenes que tienen sus propios modos de ser, de desplegar mecanismos de subsistencia en un mundo capitalista de asimetrías y conflictos, que los fuerza a formar parte de este, aun negándoles las herramientas para lograrlo, que son derechos básicos de los seres humanos.

2. PERCEPCIÓN DE JUVENTUDES

Los jóvenes del estudio tienen claro que no todas las personas viven la juventud de igual manera, *“en la juventud hay de todo”* (Juan). Sin embargo, de acuerdo con su experiencia, parece que identifican dos caminos de vivir la juventud: los que *“agarran caminos diferentes”* (Julio) y están *“descarriados”* (Andrés), y los que salen adelante, *“los que quieren superarse”* (Cristóbal). Esto lo explica Cristóbal desde su experiencia en el colegio:

“Había grupos diferentes, había personas que eran aplicadas, personas que eran vagos, pero le ponían y pasaban, no les costaba; había personas, que en esas me incluyo yo, que eran vagos, que no le tomaban la importancia al estudio y lo dejaban de lado” (Cristóbal).

Los jóvenes expresan que a ellos les toca en un momento de su vida decidir qué camino tomar:

“Cuando uno llega a la etapa del colegio es la decisión de si uno quiere estudiar o andar de vago, uno es el que decide, entonces no es tan fácil ser joven” (Juan).

Y estos caminos también se toman de acuerdo con las condiciones de la familia; si un joven no tiene apoyo de esta para el estudio, es más fácil convertirse en una persona *“vaga”*.

Los primeros son los que, desde edades tempranas, en la actualidad desde cuarto grado de escuela, consumen y venden droga, roban, cometen delitos, no estudian ni trabajan o

van al colegio, pero no entran a las clases, se escapan de la casa, andan en la calle, ingresan a “bandas”, “cuadrillas” o “grupos”, andan armados, les hacen daño a las personas; se tatúan el cuerpo y esto les dificulta conseguir trabajo. En ocasiones, la policía los detiene, los internan en centros para menores o van a la cárcel; incluso, son los que mueren jóvenes, principalmente en ajustamiento de bandas. A estos jóvenes los califican como “vagos” (Alex).

“Es gente mala, chusma, sacan puñal. Andan agarrando chiquitos; pegándoles y quitándoles la plata a gente menor, terminan presos o siendo indigentes” (Andrés).

Estos eran buenos amigos, pero cambiaron en el colegio, solo se saludan de largo:

“Ya juntarme con ellos, ya casi no” (Julio).

También, algunos de los jóvenes comentan que este tipo de conducta en los varones es la que atrae a las mujeres:

“Les gustan los hombres malos, los que andan haciendo feo [robar]” (Carlos).

Por otra parte, los jóvenes que han logrado salir adelante se caracterizan porque no le hacen daño a nadie, estudian, repiten años o materias y continúan, tienen un trabajo, practican deporte, fuman solo cigarro o toman alcohol moderadamente, tienen un hijo y eso los ha calmado; se compran sus cosas, han logrado adquirir una motocicleta, prosperan.

En general, tienden a una percepción negativa de lo que es la juventud. Creen que los jóvenes actúan como desequilibrados, hacen cosas malas, echan a perder la sociedad, están dedicados a vivir el momento presente y disfrutar, consumen droga, tienen hijos, viven una vida desordenada, sin sentido, son vagabundos y desordenados. Asimismo, algunas de estas conductas las asocian con ser varones, es decir, son necesarias para mostrar la masculinidad hegemónica.

“Están haciendo mucho loco, son los que están haciendo de Costa Rica una basura, se están dejando llevar por cosas malas” (Bernardo).

“La mayoría son mucha loquera y les gusta la fiesta” (Julio).

“Piensan en vivir la juventud alocadamente, disfrutar y ya” (Juan).

“Ahora todos piensan en fumar y en andar haciendo loco” (Carlos).

“Hay que aconsejarlos de que no dejen a la novia embarazada, por lo menos hasta que puedan ya cuidar un bebé; que estudien, que no se metan en drogas, que no lleva a nada” (Julio).

“La juventud es bien y a la vez mal; se tienen malas influencias, pero había personas que más bien lo corregían a uno y trataban de ayudarle, compañeros de la misma edad mía. La verdad, yo la describo como un desorden, yo veo a la juventud que a veces es muy vaga, con falta de interés por querer superarse” (Cristóbal).

“Yo calculo que ahora es la droga la que está destruyendo la juventud y se va a llegar a un momento que no se va a poder ni vivir” (Pablo).

“La juventud ahora es una cosa que están muy metidos en la droga; la mayoría anda fumando o cosas así, hacen las cosas de moda, si uno no fuma le empiezan a decir: usted es una loca o cosas así, entonces ya empieza a fumar porque no quiere que la traten así; no piensan en el futuro, andan metidos en barras, en la moda” (Juan).

Los jóvenes expresan también la necesidad en la juventud de ser aceptados por un grupo de amigos, preferiblemente por los de más edad:

“De sentirme integrado con los demás, de no andar solo. En el colegio, a la mayoría de las jóvenes, eso es algo que les afecta mucho, sentirse parte del grupo que esté de moda o andar con los que estén de moda, uno quiere ser parte de eso” (Juan).

De igual manera, los jóvenes tienen claro que hay que pagar un precio para entrar a formar parte del grupo, cambiar hábitos y costumbres; en algunos casos, cometen actos delictivos:

“Para entrar a un grupo tiene que hacer cosas que le van a afectar el desarrollo y en su estudio y en la personalidad de uno, empieza a hacer actos dañinos, que tal vez uno piensa que los puede controlar o voy a hacerlo nada más porque están ellos, pero eso lo empieza a consumir a uno” (Juan).

Asimismo, cuando se salen del grupo también reciben sus consecuencias, son apartados y, en casos como las pandillas, son amenazados de muerte:

“Me quedé completamente solo porque ya nadie me hablaba, todos me criticaban” (Juan).

Por consiguiente, los jóvenes pueden salir de estos grupos cuando tienen otro apoyo como la religión o el deporte; es decir, cuando logran cambiar de grupo. En su experiencia de juventud, ellos no perciben el apoyo del mundo adulto, principalmente en las oportunidades de trabajo, sienten que:

“La vida del joven es muy dura porque en este caso de los trabajos hay mucho joven en la calle mal” (Juan).

Uno de los jóvenes, Juan, hace referencia a las leyes que *“apadrinan”* a los jóvenes en el país y a proyectos municipales para la persona joven, pero considera que estos no han

sido lo suficientemente efectivos en esta población, *“están como escondidos”*. Asimismo, considera que los jóvenes no muestran el interés, no quieren relacionarse con otros jóvenes, son inhibidos, les da *“vergüenza”* participar. Esto puede estar asociado a su exclusión social y territorial porque se sienten inhibidos de participar en espacios ajenos a los suyos o no saben cómo llegar a estos.

En la exclusión social, los jóvenes viven más solos, sin el acompañamiento y el apoyo de los adultos, llegando incluso a ser expulsados por la familia y la sociedad; por esto, la juventud viene a ser algo más que un periodo de transición. La moratoria en este caso no se da, no viven *“un espacio social protegido”* (Arévalo, 1996, p. 51) que los adultos permiten para que el joven dedique tiempo a su educación, a madurar para la adultez. No están cumpliendo las condiciones de la moratoria, culminar la educación, obtener un empleo y ser independientes respecto del hogar. Se da más bien la situación que señala Arévalo para la realidad de América Latina: *“Aquí, muchos jóvenes pasan de la niñez al trabajo o a la realidad del desempleo y a la lucha por la supervivencia”* (p. 52).

Los jóvenes del estudio se desenvuelven en un ambiente que ejerce sobre ellos una fuerte presión para asumir ciertas actitudes y conductas. Por ejemplo, la aceptación por parte de los grupos de jóvenes líderes en la comunidad o en el colegio es muy importante para los varones jóvenes; ellos quieren ser también reconocidos, ser aceptados por otros varones, populares, importantes y estar a la moda. Para esto hay que adaptarse a las normas de los grupos líderes que en sus comunidades están asociados al consumo y venta de droga y a los actos ilícitos. Estas conductas son validadas en sus comunidades, son parte de la costumbre; las drogas cambian, aparecen nuevas que hay que probar y, por otra parte, son el medio para obtener dinero, para entrar en el sistema de consumo capitalista y, en consecuencia, para llegar a ser adulto y poder expresar la masculinidad hegemónica de acuerdo con los mandatos sociales. Esto los lleva a vivir la juventud que ellos llaman de *“vagos”*, a cubrir necesidades más inmediatas, tener parejas y embarazos a edades tempranas, no estudiar, no trabaja, a vivir en *“el desorden”*, sin un rumbo claro, desorientados, desmotivados. A pesar de esta realidad, en la vida de estas juventudes

siempre aparecen las personas que ayudan y corrigen, como explico en el apartado siguiente.

3. RESILIENCIA

De los diez jóvenes del grupo de estudio, dos de ellos no han seguido exactamente las situaciones antes descritas, porque si bien han tenido problemas familiares, escolares y de trabajo, no entraron en las drogas; ambos han perdido cursos y años de escuela y colegio, uno se mantiene en el sistema educativo, en undécimo año, y el otro llegó a séptimo y actualmente trabaja. Ambos practican deporte.

El conocimiento de las habilidades de resiliencia de estos jóvenes es importante, porque de aquí surge la posibilidad de desarrollar estrategias de prevención, ya que se centra en las condiciones que posibilitan un desarrollo positivo aun cuando se viva en ambientes de exclusión (Kotliarenco, Cáceres y Fontecilla, 1990; Muñoz-Silva, 2012).

En esta investigación es muy valioso conocer factores que actúan como protectores de las situaciones de adversidad en las que viven los jóvenes del estudio y la dinámica y los mecanismos de estos. Estos factores protectores aminoran directamente el riesgo, algunos son a nivel individual o pueden surgir del apoyo brindado por la familia, por los recursos a nivel social, ambiental y las experiencias en las instituciones educativas y de la comunidad que dan apoyo. Las familias que dan soporte incluyen como mecanismos protectores la calidez, el estímulo, la ayuda parental y el apoyo marital; se caracterizan por la cohesión y el cuidado dentro de la familia, dándose una relación cercana con un adulto que proporciona cuidado, que cree en el joven, no lo culpa y valora sus talentos (Becoña, 2006). En una familia con un modelo de comunicación abierta de acuerdo con Satir (1978), donde las relaciones se caracterizan por ser fáciles, libres, honestas y hay pocas amenazas para la autoestima, estos se constituyen en factores protectores.

Los dos jóvenes que han estado fuera de las drogas han convivido siempre con amigos que sí lo han hecho:

“Andaba siempre con amigos de la misma aula, molestando a todo el mundo; después de un tiempo con los que yo anduve se escocheraron, empezaron a asaltar a la gente en las aulas. Entonces como yo andaba con ellos a mí también me metían en problemas, prácticamente yo era de los malos del colegio, uno siempre tenía problemas. Mi comportamiento era tranquilo, porque digamos, ellos fumaban en el colegio y yo nunca fumé, nunca me gustó. Yo andaba con ellos, pero no hacía lo mismo que ellos hacían, entonces los profesores no me creían. A veces estoy con la misma gente ahí y la policía llega y nos empieza a revisar a todos, pero uno está tranquilo porque uno sabe que no tiene nada” (Juan).

“Yo tenía muy buenos amigos, pero después ya pasó el tiempo y se pusieron, así como a fumar y ya cambiaron mucho. Cuando uno entra a sétimo, no sé, yo tenía compañerillos muy vagos, entonces nos escapábamos de las clases, perdía muchas clases, ese año lo perdí” (Julio).

Estos dos jóvenes analizan que ellos formaban parte de los grupos de jóvenes en riesgo, la situación que los mantuvo lejos de caer en los problemas de sus amigos fue la condición de sus familias, ya que las de sus amigos con problemas de comportamiento se caracterizaban porque:

“Tenían a familiares en la cárcel, con muy pocos recursos en la casa, no tenían mucha plata, algunos vivían en precarios. Ahora con los que yo estuve en sétimo, unos están en la cárcel, otros están en la drogadicción y otros andan asaltando” (Juan).

“En la casa no tienen un apoyo o no tienen una persona que les pase diciendo que estudien o que hagan tal cosa. Ese amiguillo mío que fuma, el hermano de él estaba en la cárcel, también robó y también fumaba, entonces yo digo que es por la familia” (Julio).

Asimismo, resaltan en su familia el papel de la madre o la abuela; una de las razones por las cuales estos jóvenes señalan que no están en la delincuencia es por el acompañamiento que estas han desempeñado en sus vidas, en el sentido de enseñarles ciertos valores y procedimientos de comportamiento y también ejerciendo vigilancia sobre las acciones de los hijos. Un elemento clave de la resiliencia es la aceptación del joven como persona humana, como explica Vanistendael (2005) en las relaciones familiares, de vecindad, de amistad es donde el joven pueda sentir “el otro me ama, me escucha, me dedica tiempo o todavía más: no me deja caer, incluso si yo hago tonterías, cree verdaderamente en mí” (p. 5). Estas madres y otras personas como los entrenadores de deporte y los pastores de las iglesias evangélicas se han convertido para los jóvenes en tutores de resiliencia (Vanistendael, 2005)

“Es porque la mamá siempre está encima de uno, uno no puede hacer nada porque se da cuenta. Entonces esas personas si la mamá estuviera encima de ellas no estarían como están ahora. Mi mamá toda la vida me ha cuidado, entonces ella era como: no haga esto, si usted hace esto lo castigo; entre ya, no salga y cosas así. Siempre me dijo una cosa que todavía me la dice: usted marca la diferencia, siempre que yo voy a salir con alguien me lo dice. Ella me regaña por algunas cosas, yo le tengo respeto. Solo cuando estaba en la escuela me pegaba, cuando yo me portaba mal” (Juan).

En el caso de Julio cuenta la relación que su madre ha tenido con los hijos y como esta los ha beneficiado:

“Todo el mundo dice que los hijos de mi mamá son únicos, los mejores por cómo nos educó. También yo creo que fue porque no estuve mucho tiempo afuera, yo después de un tiempo ya no salía; si mi mamá no hubiera estado ahí, yo me hubiera quedado más en la calle o agarrado malos caminos, yo pedía permiso y me decía: vuelva a tal hora” (Julio).

La madre de Julio trabajó como empleada doméstica por horas y en los últimos años cuida en su casa a un hermano que está enfermo y recibe de pago la pensión de este; esto le ha permitido hacer su trabajo desde su casa y tener más cerca a sus hijos. En el caso de Juan, la madre es pensionada por enfermedad, entonces ha estado en la casa. Ambas madres han sido vigilantes de sus hijos para que no entren en la droga y logren avanzar en el estudio.

También, aparece otra figura femenina, la hermana mayor de Juan, quien desempeña un papel similar a la madre y hace sentir al joven que es querido, cuidado y que tiene que responder a alguien:

“Ella siempre ha estado conmigo, siempre me ha apoyado en todas las cosas; si uno no tiene algo, ella le ayuda a uno. Ella siempre lo ha querido ver a uno bien” (Juan).

Solamente en el caso de Julio el padre está pendiente de su rendimiento y mantiene muy buena comunicación con su hijo:

“Mis papás estaban bravos, fueron al cole y les dijeron que tenía un montón de ausencias; yo estaba todo asustado, pero me dijeron: el otro año no quiero ver que se quede, cada mes vamos a ir al colegio a estar viendo si hay ausencias, entonces yo estaba como más apuradillo y pasé octavo. Yo podía ir mal, pero yo siempre iba; en cambio, mis compañeros si iban mal a medio año se salían, puede ser por mi papá, porque no le gusta que yo salga del cole, yo siempre iba, en la escuela siempre fui puntual y en el cole igual, yo creo que es a mi papá que yo salí así” (Julio).

Por otro lado, estos jóvenes pasan la mayor parte de su tiempo dentro de la casa y no participan de las actividades del barrio; su entretenimiento principal es practicar deporte:

“Antes jugábamos chiquitillos bola, yo iba a la casa de ellos y usted los va a ver ahorita están ahí en la esquina fumando y yo la verdad antes salía mucho a la calle a jugar bola

y después de un tiempo yo fui quedándome más en la casa y la gente seguía en las calles y agarraron caminos diferentes y ahora están ahí, no sé qué están esperando de la vida. Juego futbol con el colegio, voy a correr, alzo pesas y juego futbol cinco con los amiguillos” (Julio).

“Yo lo que hago es que casi ya no salgo, solo voy a San José a comprar repuestos o salgo con amigas y cuando llego a la casa me alisto y me voy a entrenar jiu-jitsu y defensa personal” (Juan).

Asimismo, este centro de deporte donde entrena tiene características particulares que hacen que el joven se sienta acogido:

“Ahí es como una familia. Estar metido en eso es totalmente diferente a lo que uno ve en la calle” (Juan).

Cristóbal anda en bicicleta, Andrés practica boxeo y Juan, jiu-jitsu. Estas actividades deportivas se han convertido en conductas de resiliencia, que les dan capacidad para superar circunstancias adversas de su ambiente. Además, los entrenadores son figuras de apoyo importantes para los jóvenes:

“Es un compromiso conmigo mismo y con el entrenador. Él es calificado, es muy buena persona, cree en mí, me ha ayudado mucho; no solo como entrenador, sino como persona” (Andrés).

“Es muy diferente, es como una familia, uno va a tantos entrenamientos que ya entre las personas se conocen y se ayudan entre sí. Estar metido en eso es totalmente diferente a lo que uno ve en la calle, porque ahí le enseñan el respeto y la disciplina. Me llevo muy bien con el entrenador, nos tenemos mucha confianza, a veces vamos todos

a la casa de él a ver tele, a comer, es como un amigo porque él siempre trata de darnos consejos” (Juan).

Por consiguiente, vínculos que los jóvenes establecieron con su madre, otras mujeres de la familia y los entrenadores o pastores han funcionado como figuras de apego que dan resiliencia a los jóvenes, les han dado un valor y una base de identidad y autoestima (Ainsworth, 1989). Es interesante aquí analizar la relación entre la exclusión social y la personal. Los jóvenes han experimentado ambas exclusiones, por lo menos dos de ellos han sido excluidos de sus propias familias; esto nos da un indicio del dolor y la fragilidad psicológica que viven, excluidos de vínculos familiares y sociales.

Entre los factores protectores al riesgo se encuentran los de carácter individual, donde se consideran recursos constitucionales la sociabilidad, la inteligencia, las habilidades de comunicación y los atributos personales (Becoña, 2006). Algunos de los jóvenes del estudio han usado su razonamiento, la reflexión y la observación de su ambiente y analizan acerca de las situaciones complicadas y dolorosas que les toca ver a su alrededor y en su familia. Esto les sirve de reflexión para sus propias vidas:

“Ver tantas cosas, a mi sobrino, que le ha traído tantos problemas. Uno empieza con la marihuana y ya no le hace nada, entonces sigue con algo más fuerte y cuando ve ya está metido en más cosas; mi sobrino tiene 24 años y ayer lo agarró la policía, porque tenía una orden de captura, supuestamente por no ir a firmar, entonces entre hoy y mañana lo pasan a la cárcel. Uno ve tantas cosas que uno dice: esa vida no va a llevar a nada bueno, es algo muy duro para toda la familia. Ninguno de los amigos que han entrado a la droga han salido, más bien se van hundiendo más” (Juan).

Pensar en el futuro es otra de las actitudes resilientes de estos jóvenes:

“Está en lo que uno quiera para el futuro; cuando se llega a la etapa del colegio es la decisión de uno si quiere estudiar o andar de vago” (Juan).

También, otro mecanismo protector de estos jóvenes es formar parte de una iglesia cristiana, donde todos los sábados y domingos hay actividades especiales para ellos; participar en cultos y actividades especiales es una conducta de resiliencia donde los pastores, al igual que los entrenadores deportivos, juegan un papel de apoyo importante:

“Los pastores saben lo que yo soy, pero nunca me han dado la espalda, me dicen: vaya, sálgase de la droga. Solo tengo apoyo de la gente de la iglesia; yo sé que con la ayuda de Dios voy a poder lograr mis metas, entonces nada más me agarro de él. Me siento ya como parte de la iglesia, ya no soy un peso más” [refiriéndose a una persona más en la droga] (Bernardo).

“Si una persona llega nueva, todo el mundo le empieza a hablar, son muy amigables, hasta los pastores le dan a uno la bienvenida. Si alguien tiene un problema, entre ellos mismos se ayudan. Le dan mucho apoyo; cuando uno está triste, ellos siempre lo motivan; todos se llevan bien, uno se mete más en las cosas, me gusta participar, hacen juegos, noches de talentos y cosas así y los pastores siempre lo pasan motivando a uno” (Juan).

“Había escuchado de esta iglesia y empecé a tomar como una consejería aquí; yo sentía que ya no podía, había algo en mí que necesitaba que alguien me escuchara, hablar con alguien, entonces busqué una persona de aquí y me ayudó. En la iglesia he tenido la oportunidad de trabajar en precarios, gente con muy pocos recursos y yo visualizo mucho y uno va sentando cabeza y visualiza a ser algo o tratar de no meterse en problemas” (José).

La integración a un grupo religioso se percibe como una conducta resiliente, ya que aporta una visión a las grandes necesidades de los jóvenes, quienes andan en búsqueda de seguridad y apoyo. Los pastores los acogen y establecen con ellos nexos tanto de comunicación como afectivos, lo cual les permite desahogar sus frustraciones y

sufrimientos producto de las desigualdades en que se encuentran sus vidas, y establecer cambios y encontrarle un sentido a esta.

Por otra parte, es importante asociar el apoyo que los jóvenes reciben de estas iglesias con el contexto en que el elemento religioso cobra importancia. Para Valverde (1990) la crisis económica de Centroamérica ha provocado empobrecimiento con el consecuente desfase entre los antiguos valores y deseos de las personas con las posibilidades reales que se tienen ahora de alcanzar sus metas y vivir de acuerdo con sus valores; de aquí surge la necesidad de rehacer la educación moral. Lo que antes daba sentido se resquebraja y se da una crisis de hegemonía en todos los campos, quedando un vacío cultural y la demanda de un nuevo sentido. Aquí lo religioso cobra relevancia, es así como “la religión se convierte en una fuente de sentido para sectores de la población, en donde la posibilidad de la muerte es real; asimismo, en donde la incertidumbre, la impotencia y la escasez de recursos se vuelve algo cotidiano” (Valverde, 1990, p. 21).

Es así como el deterioro de las condiciones de vida de la población se ha convertido en “caldo de cultivo” para que proliferaran en los sectores excluidos las iglesias con sus “ideologías de salvación”. La frustración y desesperanza que viven las personas en estas condiciones hacen que pierdan confianza en el sistema dominante, ya que no da solución a los problemas de sus vidas y se genera una búsqueda de algo superior que permita trascender el dolor de la vida cotidiana (Valverde, 1990, p. 21). El problema se da cuando el pensamiento religioso se centra en la “otra vida” y de igual manera la solución de los problemas que se padecen en la actualidad, lo cual supone implícitamente una negación del orden presente de la sociedad actual. En el caso particular que ha jugado la religión en la “teología de la liberación y la iglesia de los pobres” en Centroamérica, esta se ha convertido en fuente de sentido para la vida de sectores excluidos de cara a la realidad social, cuyo objetivo es la transformación de esta y no la evasión (p. 23).

En resumen, en la vida de los jóvenes se dan factores que moderan los efectos de vivir en la exclusión social. Si bien la adversidad en la familia expone más a los jóvenes al riesgo (Vinaccia, Quiceno y Moreno, 2007) y este problema se da en la mayoría de los jóvenes del estudio, dentro de esta destaca el papel de apoyo de la madre, principalmente de aquellas

que están conscientes de los peligros que corren sus hijos en el ambiente en que viven y frecuentemente aconsejan y vigilan el comportamiento de sus hijos. Ellas logran que estos se mantengan más tiempo en el sistema educativo y no entren a la droga. Asimismo, por lo general, son las madres en el hogar las que están presentes para acompañar a sus hijos con los problemas que se les presentan.

El deporte y el consecuente papel de los entrenadores es otro de los factores que ayuda a enfrentar situaciones críticas; no solo trabajan la parte física, sino que desarrollan y fomentan valores en los jóvenes y enriquecen de forma positiva su calidad de vida. El deporte viene a ser un recurso más para desenvolverse en el entorno adverso en que viven; se ha encontrado que la educación física planificada y centrada en la promoción de valores tiene una relación importante para ayudar a la prevención de conductas antisociales (favorece la reducción de la violencia y su reincidencia, reduce el consumo de drogas y propicia la abstinencia), mejora la autoestima y el autoconcepto, el sentimiento de bienestar y la estabilidad emocional, las relaciones familiares, el interés escolar, la responsabilidad, los niveles de destreza de vida y la percepción del estrés. Es decir, potencia la situación de los jóvenes ante la situación que los rodea, ofreciéndoles recursos para conseguirlo (Jiménez y Durán, 2005).

En el ambiente social en que viven los jóvenes existen algunas instituciones que dan soporte principalmente a niños y funcionan como factores protectores; sin embargo, los jóvenes en estudio no han recibido este apoyo. La institución que ha funcionado como factor resiliente son las iglesias cristianas, que han tenido un papel de apoyo en algunos de los jóvenes. Sin embargo, en el caso del joven que es gay fue lo contrario, pues más bien tuvo que salirse por críticas y discriminación.

Si bien esta investigación no partió de estudiar a profundidad las habilidades individuales de los jóvenes que den indicios de actitudes de resiliencia, sí se puede considerar, a manera de hipótesis, que aquellos que expresaron mayor capacidad de comunicación oral, de pensamiento analítico y de memoria parecen tener mayores actitudes resilientes, permanecen más años en el sistema de estudio, tienen un trabajo,

tuvieron mayor fuerza para salir a edades más tempranas de la droga y dar un cambio a su vida.

II. ADULTOCENTRISMO COMO EXTENSIÓN DEL DOMINIO PATRIARCAL

El adultocentrismo se concibe como una estructura sociocultural que impone una noción de adulto; esta se ha configurado como el momento de madurez psicosocial de la persona, la plenitud de su desarrollo, como un estatus de independencia y autonomía, donde se tiene acceso al mundo del trabajo, a la paternidad/maternidad; es una categoría que da la entrada a la producción y el consumo. La adultez viene a ser el punto de referencia para la niñez y la juventud, en función de lo que estos deben ser para llegar en un momento determinado a considerarse en la sociedad como adultos; así, lo adulto es lo que vale, lo que decide y lo que tiene control sobre la niñez y la juventud, quedando estos en una condición de subordinación e inferioridad (Duarte, 2015a).

Por consiguiente, el adultocentrismo es un sistema social de dominio como el que hemos venido analizando en la clase social, en la exclusión social y en el género con la masculinidad hegemónica; de aquí que se habla de “una condición de pluridominio” que caracteriza a las sociedades actuales (Duarte, 2015a, p. 413).

Los jóvenes en estudio son producto de este dominio de los adultos y, por ende, de la estructura social que enmarca las relaciones de generaciones como unas relaciones que son asimétricas y autoritarias, llegando incluso a ser violentas. Como he analizado en la historia de vida de los varones, desde la organización familiar, las figuras paternas, maternas y adultas, en general, tienden a reproducir actitudes y comportamientos adultocéntricos. El padre y otros varones que son modelos de identificación han mantenido una superioridad masculina sobre los jóvenes en estudio, que ha llegado incluso a la agresión y estos han tenido que vivir también el dominio que han sufrido sus madres, y las mujeres en general, por parte de varones con modelos hegemónicos de masculinidad.

Según Bourdieu (2000, p. 20), al estar en relación asimétrica a los jóvenes les corresponde desplegar una serie de dinámicas en esta postura de desventaja, viviendo un

proceso de “asimilación” de las relaciones de poder, pese a la distinción que ejercen sobre ellos y a la presión que los adultos les imponen. Asumen su papel de subordinación como una creencia que no tiene que pensarse. Surge así la “violencia simbólica” (p. 29), que se instaura a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador; es decir, en este caso a los adultos; esto se da cuando no se dispone de otro instrumento de conocimiento para imaginar la relación asimétrica que se da entre ambos. El joven viene a asimilar la relación de dominación; por consiguiente, esta parece natural, forma parte del mundo social. En los jóvenes en estudio se da este proceso, reconocen que los adultos son importantes y responden a su autoridad:

“Mi tío siempre me decía: pórtese bien. Mi abuelo no aguanta nada, se enoja rápido, me decía vuélvase y me daba esos semillazos, para que aprenda” (Alex).

“Ellos no ven nada, nada más ven lo que uno hizo malo, no ven lo que uno quiere ser, mi mamá solo grita, grita y grita, no puede sentarse con uno a hablar y mi padrastro solo malas palabras” (Bernardo).

“Muchos adultos piensan al ver a una persona tatuada o con el pelo largo que es un maleante, una pinta. Las empresas critican mucho esto y no dan trabajo” (Cristóbal).

“Me ha tocado trabajar con adultos que: como usted es joven no sabe hacer bien las cosas y yo sí” (Pablo).

“Un joven no puede dar la opinión entre adultos porque piensan que la opinión de un joven no es la misma que la de una persona adulta que está bien” (Juan).

“Si está con un adulto uno no tiene que comportarse tan inmaduro, uno tiene que comportarse serio, adaptarse. Los adultos le echan mucho la culpa a los jóvenes, pero yo digo que también los adultos tienen cierta parte por la forma como tratan a los jóvenes” (José).

Los varones que ejercen relaciones menos adultocéntricas son los entrenadores de deporte y los pastores de las iglesias cristianas:

“El lunes el entrenador llegó hasta mi casa y habló conmigo, me aconsejó mucho y me dijo que él confiaba en mí y que si yo necesitaba algo ahí siempre él iba a estar como entrenador y como amigo” (Andrés).

En el grupo de estudio, en su mayoría, no se da un modelo de varón orientado al apoyo, al servicio, a la comunicación, a la comprensión, que acompañe en el desarrollo del joven.

Ellos desean trabajar, tener una familia y así convertirse en adultos también, librándose de la tensión adultocéntrica, siendo ellos la estructura de dominio: “En este proceso quienes quedan en las posiciones de subordinación, experimentan la exclusión y el rechazo, y deberán construir estrategias para ascender pronto en la jerarquía que se ha formado, así como protegerse estableciendo mecanismos de sometimiento funcional hacia sus propios 'menores'” (Duarte, 2015a, p. 336). Esta es una de las razones por las cuales los jóvenes del estudio para no vivir esos sentimientos de rechazo e inferioridad, de estar en la parte degradable de la asimetría, entran tempranamente en conductas como trabajar o integrarse en la vida de la droga, para ser alguien y obtener dinero, convivir en pareja, tener hijos, por ejemplo, tratando de alcanzar el mundo adulto y salir de su estado de subordinación.

Desde el punto de vista adultocéntrico, los jóvenes no poseen suficiente valor para formar parte del grupo laboral en condiciones de derecho, igual que los adultos. Una de las razones por las cuales les niegan el trabajo es por ser menores de edad, no tener experiencia ni estudios. También, desde una postura adultocéntrica, el sistema educativo no parece estar considerando la situación de estos jóvenes en exclusión social. Falta un sentido de valor hacia esta población joven; las mismas instituciones educativas presentan antivalores para los estudiantes, se vende y se consume droga, se dan asaltos y robos, funcionan las bandas dentro del colegio y es donde inician con la droga que, en última instancia, los lleva

a abandonar el estudio. Tal como señala y critica Duarte (2015a, p. 259), esto los convierte en seres “inexistentes”, porque no sirven para el estudio ni para trabajar en estos momentos, únicas armas que poseen estos grupos para sobrevivir; no pueden construir nada en el presente, sino hasta que sean adultos.

Los jóvenes tienen claro el mandato adultocéntrico de que logran sus metas y la movilidad social a través del estudio, pero la sociedad se lo impone, como señala Oyarzún e Irrazabal (2003, en Duarte 2015a, p. 209), “de manera lineal y continua”, un sistema que es difícil seguir en su condición de exclusión. Para ellos un varón exitoso es aquel que logra estudiar y trabajar; sin embargo, la sociedad adulta no les da las condiciones para lograr estas metas y mucho menos de manera continua.

La organización que sobresale y tiene poder en su barrio es la del narcotráfico, también de carácter adultocéntrica. Impone las normas de manera totalmente autoritaria y asume a niños y jóvenes como miembros activos. Ante la desobediencia del niño y joven, la organización de la droga castiga con la agresión o la muerte y, por otra parte, el Estado los juzga y encarcela. La vida de algunos de estos jóvenes es algo más que ser invisibles, es estar como ellos mismos dicen “*en la boca del lobo*” (Alex). La justicia, la educación y el trabajo siguen estando en manos de los adultos y pareciera que no a su favor.

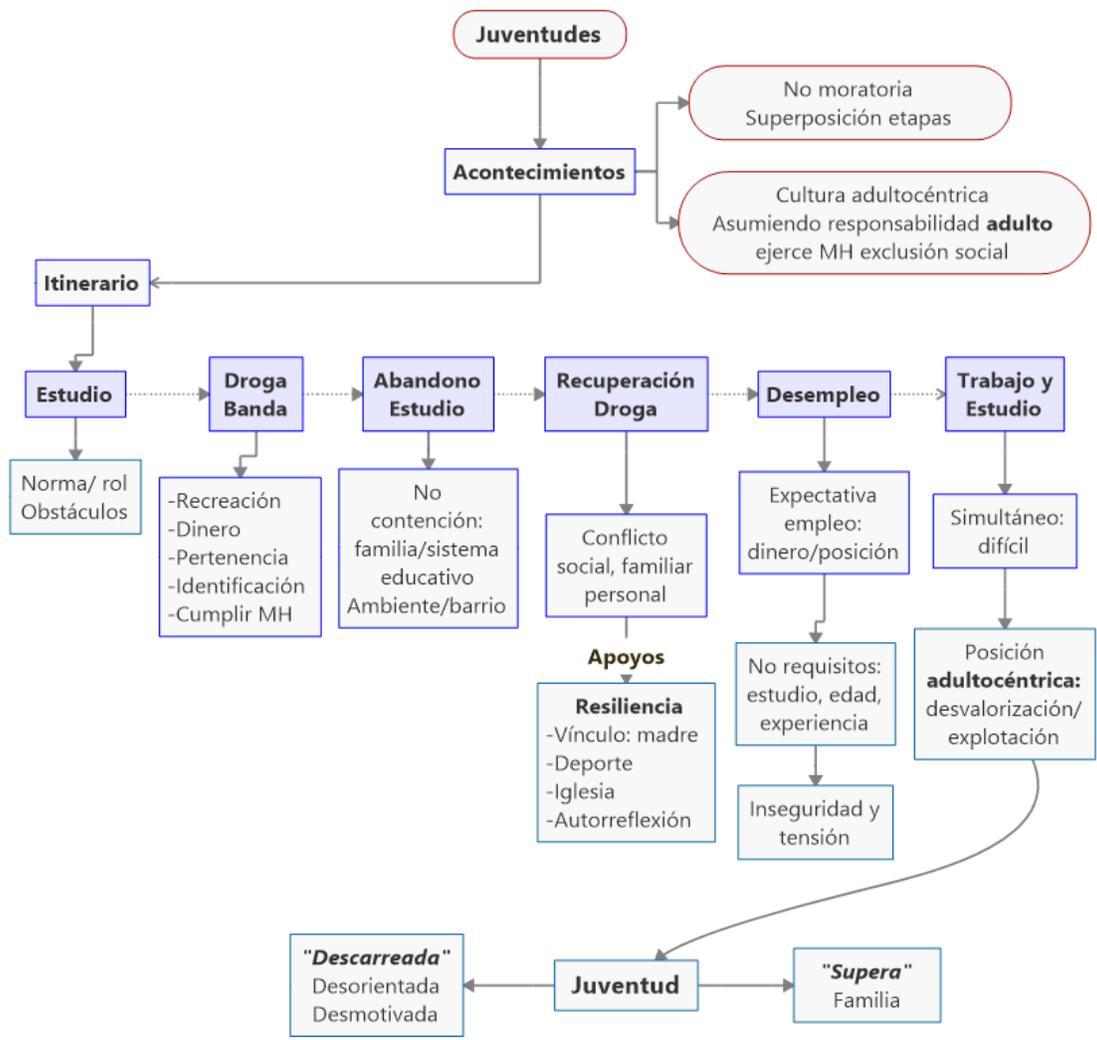
Tampoco estos jóvenes gozan de esa percepción de “permisibilidad selectiva” que les da la sociedad en ese período moratorio de la juventud; ellos no parecen ser vistos como adolescentes inmaduros, sino que se estigmatizan como “*vagos*”, “*pintas*”, “*chusmas*”, “*delincuentes*”, “*playos*”, etc. más peyorativamente. Se ganan esta percepción por los barrios en donde viven o por los tatuajes, el corte de pelo, que en algunos casos son producto de su primer trabajo en la droga.

Los jóvenes no solo viven las consecuencias del adultocentrismo, sino que también, aún en su condición de asimetría, les toca en muchas circunstancias asumir los papeles propios de los adultos en las familias y en las comunidades en que viven. Como señalan Oyarzún e Irrazabal (2003, p. 209, citados en Duarte, 2015), “los jóvenes cada vez más, producto de la incertidumbre de sus itinerarios de vida, se ven provocados a cambiar roles de jóvenes y de adultos que antes eran impensables para el desarrollo de la juventud en la sociedad”.

Algunos de los jóvenes en estudio desde edades tempranas, escolares, han tenido que trabajar para ayudar a la familia, defender a la madre de la agresión masculina, cuidarse de la inseguridad del barrio, protegerse de la furia del padre, cuidar a los y las hermanas menores. En este sentido, estos jóvenes no viven la etapa moratoria, esa situación de espera para ser adultos bajo el control de estos mismos, de dependencia familiar y dedicada al estudio (Duarte, 2015a). Estos jóvenes cargan con un sentido de responsabilidad por su familia, ya sea que lo puedan cumplir a cabalidad o no. A veces parece que los padres pierden el control y son los hijos quienes tienen que asumir el equilibrio de la situación.

Se puede ver entonces que los varones en estudio tienden a “carecer de juventud” en el sentido moratorio de esta. Y si bien es una juventud caracterizada por el adultocentrismo, también les toca “ser adultos”, situación provocada principalmente por las condiciones sociales, económicas y culturales en las que viven. Se dan transformaciones en el ámbito familiar, la sociedad los motiva al ingreso al mercado de trabajo, principalmente para su sobrevivencia y para aportar con su salario a la familia; “las generaciones jóvenes comienzan a buscar ser incluidas en los beneficios que la sobreproducción capitalista dispone en esta fase (...), aunque en condiciones precarias –bajo salario, mínimas provisiones legales y otras– lo que ganan les permite participar en esa fiesta del consumo” (Duarte, 2015a, p. 40). Es una situación bastante desventajosa para los jóvenes; por ejemplo, son buenos y aceptados por los adultos para trabajar como operarios de construcción o bodegueros, pero el trato, los salarios y las condiciones no son iguales a las de los adultos, siguen siendo considerados niños o jóvenes que están aprendiendo.

El siguiente esquema presenta un resumen de las ideas más importantes presentadas en este capítulo.



CAPÍTULO SEXTO. REFLEXIONES FINALES Y RECOMENDACIONES

I. REFLEXIONES FINALES

Exclusión social

Siguiendo la historia de Costa Rica, la sociedad colonial fue desigual económica y socialmente y lo ha seguido siendo hasta el presente, incluso aumentando considerablemente en las últimas décadas de la liberación económica. Sin embargo, como lo señala Sojo (2010), en un momento dado, cuando se construyó la Segunda República y se impulsaron las políticas sociales retributivas, se creó el mito de la igualdad que ha sido reforzado por la cultura política, y hoy tendemos a considerarnos en “el paraíso de la clase media” donde “la riqueza se asocia con la herencia y la ventaja adquirida más que con el esfuerzo propio y el emprendimiento, mientras la pobreza se confunde con la humildad y la austeridad” (p. 168). Esta postura de Sojo (2010), “igualitarios no hemos sido ni antes ni ahora” (p. 11), es la que compruebo en este estudio, donde pareciera que históricamente los costarricenses no deseamos comprender ni resolver. No solo no somos iguales, sino que la desigualdad alcanza niveles de falta de derechos humanos. Como he presentado, los varones jóvenes de la investigación y sus familias son ciudadanos costarricenses, no están fuera de esta sociedad, pero sí parecen vivir en otro mundo que no es ese paraíso de la clase media, sino en una enorme desventaja social.

En este estudio revelo una franca desigualdad, el extremo de la asimetría de clase y lo territorial. Los jóvenes y sus familias carecen de derechos humanos, lo cual se advierte en la privación de bienes económicos, en la insuficiencia de ingresos, el desempleo, la inseguridad laboral, la carestía material y la falta de competencias para entrar al ámbito productivo. Asimismo, sufren carencias en la educación, la salud y la recreación. Habitan en ambientes violentos e inseguros y en su condición de exclusión se ve la dificultad e impotencia de mejorar su calidad de vida. Lo que más me asombra de este extremo de la asimetría es la pérdida de uno de los derechos ineludibles: el de la vida, debido a la

inseguridad social y el control en sus barrios por parte de las organizaciones del tráfico de droga y la policía; los jóvenes están expuestos a morir o a tener muy mala calidad de vida, convertirse en privados de libertad, drogadictos o indigentes.

Por su condición de exclusión socioeconómica, los jóvenes del estudio viven un marco social con problemáticas en cadena que van generando la impotencia de hacer un plan de vida, lograr sus metas y salir de la exclusión. Nacen y crecen en familias con recursos limitados, en la mayoría de los casos con el apoyo de solo uno de los padres, generalmente la madre.

El sistema escolar como medio de transmitir conocimiento, brindar capacidades, formar identidades y también de dar prestigio y acceder al trabajo, no logra mantener a la mayoría de los jóvenes. Esta investigación muestra cómo las instituciones educativas, en las zonas de exclusión que abarcan este estudio, han sido susceptibles a la organización de la droga y estas han permeado la dinámica del estudiantado. Asimismo, no atienden el problema de la deserción; los jóvenes abandonan el sistema educativo con niveles de estudio bajo, no competitivo en el mercado de trabajo para obtener un empleo digno.

Parece que la exclusión social, el trabajo y el estudio van de la mano hacia un fracaso. Se necesita un empleo para la sobrevivencia personal y familiar, pero para encontrarlo, con las características mínimas, hay que haber completado por lo menos el colegio; por otra parte, dedicarse solo al estudio requiere del apoyo de dos instituciones: la familia y el colegio, y en la exclusión social ambas tienen dificultad para sostener al joven en el medio educativo. Asimismo, vivir en una zona de exclusión social y territorial dificulta contar con recomendaciones de personas que ocupan puestos importantes para presentar en la solicitud de empleo y sin estas no es aceptada. Además, si no tienen experiencia, no les dan el empleo, pero si no logran obtener un empleo, jamás van a tener experiencia, de aquí que les toca aceptar condiciones laborales en gran desventaja para ingresar al mundo del trabajo e ir adquiriendo la experiencia; se encuentran en un círculo vicioso donde confluyen deficiencias de la estructura social. Las competencias laborales exigidas demandan una fuerte base de formación general y, como he presentado en capítulos anteriores, los jóvenes en la exclusión social carecen de competencias sociales de empleabilidad.

A esta problemática se le suma la ocurrencia de la violencia en la exclusión social: las zonas en que viven los jóvenes, por lo general, han sido abandonadas por el Estado, se deja de mantener en ellas la vigilancia, el orden y la ley, la policía se hace presente solamente en forma represiva. Surge así la violencia armada por actores no estatales del crimen organizado y tráfico de droga, los cuales se aprovechan de estos jóvenes sin recursos y los reclutan en bandas, lo que ha sido llamado “vacíos de gobierno” (Alba y Kruijt, 2007, p. 491) y donde se desarrolla el “capital social perverso” (p. 492), caracterizados por actores armados, violentos, que imponen su propio orden y someten a los jóvenes a su servicio. Así los barrios donde habitan estos varones se han transformado en sitios dominados por personas que ejercen el terror y el miedo, y es evidente que desde edades tempranas los niños y las niñas están conviviendo y participando de la violencia cotidiana. De los jóvenes en estudio, la mayoría, ocho de diez, se han visto involucrados, en diferentes grados, en este ambiente de las organizaciones perversas. Algunos han logrado salir del todo y dos todavía están muy implicados con estas.

Es así como en la vida de los varones en exclusión social surgen y sobresalen cuatro grandes problemáticas, a saber: el estudio, el trabajo, la violencia y el vínculo afectivo; estas les generan sentimientos muy desagradables e implican un estado mantenido de defensa y auto protección. La violencia permea también la recreación, ya sea que forme parte de esta o que la limite. Estas problemáticas están entrelazadas a una estructura social e historia familiar con modelos hegemónicos de masculinidad, caracterizados por el abandono y la agresión del padre a los hijos y a las madres, además de la posición de inferioridad de los jóvenes, en un mundo donde el control está en los adultos, y viviendo también la exclusión territorial.

En el vínculo afectivo, la madre sobresale como figura de apego primaria que les da seguridad y protección dentro de un mundo ampliamente hostil y peligroso; es la única base segura que tienen los jóvenes para poder enfrentar la angustia de la vida; más adelante, aparecen otras mujeres como las abuelas, tías, las parejas y las amigas. Prácticamente, los padres no han sido figuras de apego primarias, lo cual afecta la capacidad de los jóvenes

para establecer nuevos vínculos y, a la vez, para dar seguridad a las personas con las que se vinculan.

Masculinidades hegemónicas

La identidad de género como construcción social se forma en la vida cotidiana, donde los jóvenes del estudio viven tratando de cumplir los ideales que la masculinidad hegemónica les impone en su relación con la familia, las y los amigos y la sociedad en general. Los roles femeninos y masculinos en su familia nuclear y extendida corresponden en su mayoría a modelos patriarcales y machistas. Si bien las mujeres han logrado mayor independencia de su pareja, principalmente en su generación, y sus madres suplen las deficiencias de los padres mostrando cualidades que socialmente se les atribuyen a los varones, como ser proveedoras del hogar, los hijos parecen naturalizar este papel de incondicionalidad de la madre, no lo perciben como un cambio en el rol de género. Ellos valoran el papel que están jugando sus madres, pero pareciera que las siguen ubicando en su condición de género de cuidar esmeradamente a la familia. Sin embargo, ellas van más allá, son figuras de gran fortaleza, las que protegen y defienden a la familia de las adversidades que viven en la exclusión social.

Las familias de los jóvenes en la exclusión social se caracterizan por ser extensas, compuestas por varios núcleos familiares, donde se requiere y puede ser que todos los miembros sean proveedores; por lo general, el padre no cumple cabalmente su papel de único proveedor y emocionalmente, en la comunicación con la familia, tiene un trato agresivo, su comportamiento corresponde a una masculinidad caracterizada por el machismo. Si bien en su mayoría estos jóvenes han tenido en sus vidas un padre ausente que les genera sentimientos muy negativos, en el grupo en estudio encontré que se han identificado con estos y su personalidad depende, en gran medida, de la aceptación y estima que el padre les ha dado, así la masculinidad se apropia por la ausencia y se construye a nivel de la imaginación (Kaufman, 1999). Esto se da, por ejemplo, en los jóvenes que son padres y siguen sus propios modelos de paternidad, en cuanto a que no son

proveedores ni cumplen con el cuidado, sienten la necesidad de dar el afecto a su hija, pero no lo expresan y les preocupa más lo económico que lo doméstico.

Los varones del estudio han asimilado las creencias de las masculinidades hegemónicas y responden a estas como mandatos que la sociedad les pide cumplir por su género. Además, por ser varones entienden que deben defender estos mandatos y mostrarlos socialmente por medio de logros y símbolos visibles.

En la exclusión, el mandato de la masculinidad hegemónica de ser autosuficiente y prestigioso se expresa de manera particular, no por los medios que socialmente se acostumbra; es decir, en las estructuras formales y legales del mercado laboral, ya que en su mayoría los jóvenes no tienen acceso al trabajo y no pueden surgir por medio del estudio; quedan desvinculados de la sociedad, del mundo del consumo capitalista, de aquí que optan por actividades informales e ilícitas para mostrar su masculinidad. Sin embargo, es importante considerar que la narcoactividad es una organización que obedece también a la lógica capitalista. No es posible para los jóvenes sin los medios económicos ser autosuficientes, independientes, tener éxito, destacar, no apoyarse en nadie y más bien ser responsable de otros, como la sociedad lo plantea.

Los varones jóvenes en exclusión social carecen de recursos socioeconómicos para ejercer el control por medio de los bienes materiales; es más difícil obtener dinero, una moto, un auto, con el cual poder expresar los mandatos de la masculinidad hegemónica, excepto que se pertenezca a la organización criminal y de la droga y, aun así, escalar en esta no es fácil. Muchos jóvenes se quedan perdidos en el intento, el control está concentrado en pocos y las relaciones son adultocéntricas, un joven tiene que pasar muchas y duras pruebas para llegar a ser alguien en la organización. Aunque en su mayoría los miembros de las bandas son jóvenes y sus dirigentes también, se comportan como adultocéntricos, repiten el modelo.

La mayor parte de los jóvenes del estudio expresan autosuficiencia por otras vías, unidas a la supervivencia. Al no contar con un grupo familiar que brinde un apoyo completo desde niños, se ven obligados a ser más independientes, a trabajar en lo que sea; no es que no necesiten de nadie, es que en muchas ocasiones no cuentan con nadie y desde edades

tempranas les toca resolver ellos mismos, buscar los mecanismos para establecer su propia confianza, su autoafirmación, con los recursos que cuentan, con su cuerpo y un ambiente basado en la estructura de la droga que les ofrece medios para mostrar y manifestar su masculinidad hegemónica.

De igual manera, el ambiente de la exclusión social obliga a los jóvenes, por sobrevivencia, a cumplir con el mandato masculino de mostrarse valientes, agresivos, alertas y hacerse respetar. Ellos han crecido en hogares y ambiente cargados de hostilidad y violencia donde la masculinidad hegemónica se afirma a través del enfrentamiento; así aprenden desde muy niños a responder peleando dentro de sus propias familias y en el barrio. Las bandas características de la exclusión social imponen poder y dominación por medios agresivos. Los jóvenes no solo tienen que enfrentarse a otros varones y defenderse de ellos, sino que por la intensidad y fuerza de la agresión se ven obligados a apartarse y alejarse de los enfrentamientos, situación que les genera conflicto porque no pueden visibilizar su masculinidad; de hacerlo, quedarían en riesgo hasta de muerte. Por ello, con frecuencia esta agresión reprimida se puede expresar contra sí mismos.

Como respuesta a los mandatos de las masculinidades hegemónicas, los jóvenes también se sienten obligados a ocupar una posición de liderazgo o supremacía. El ambiente inseguro y carente en que viven se vuelve muy competitivo para ellos y, por lo general, los logros se consiguen por medio de la violencia. Obtener el reconocimiento de los otros varones obliga a defenderse, a luchar, a hacerse respetar, lo cual está legitimado con el modelo de sus padres y otros varones con los que se criaron y conviven cotidianamente; además, tienen que someterse y obedecer la autoridad de estos para lograr respeto y un valor dentro de la estructura jerárquica masculina. También los obliga a replegarse, a mantenerse en sus casas, limitando la vida social para no enfrentar la violencia que despliegan los varones en su lucha por tener un puesto mayor en la jerarquía masculina.

En relación con el mandato de masculinidad de la superioridad de los varones con respecto a las mujeres, los jóvenes son conscientes del cambio de estas a posiciones más igualitarias con respecto a los varones, y en su discurso están de acuerdo con que ellas pueden surgir, estudiar, trabajar igual que ellos. Sin embargo, se distinguen de las mujeres,

critican algunas de sus conductas, por ejemplo, en la forma de vestir o en la participación en actividades propias de los varones; en la vida cotidiana y doméstica, se mantienen distantes de los roles tradicionales femeninos, a pesar de que expresan su aceptación por realizarlos. En el ambiente de la droga, las mujeres parecen jugar un papel exclusivo a lo amoroso (lo caballeresco) y sexual. La mujer sigue siendo un centro de atracción y responde a la necesidad de tener descendencia, todos quieren tener una familia e hijos. Los que ya son padres, han deseado este papel, pero siguen ejerciendo actitudes de masculinidad hegemónica con respecto a sus parejas e hijas.

Ejercer la masculinidad hegemónica no deja de ser una experiencia contradictoria para los jóvenes; si bien la sociedad les da privilegios como varones, estos hay que mantenerlos y demostrarlos constantemente; cuando no se logra, aparecen sentimientos de dolor y temor que se reprimen y con frecuencia se expresan con agresividad hacia las mujeres, otros varones y consigo mismos (Kaufman, 1999). Los jóvenes en la exclusión tienen una fuerte carga de sentimientos reprimidos que vienen desde la niñez y con facilidad pueden expresarse por medio de la agresión, que es parte del aprendizaje en un barrio caracterizado por la hostilidad. Son muchos los factores de su ambiente y personales que intervienen para ejercer la masculinidad hegemónica y que podrían desencadenar en expresiones agresivas: carencia económica, ambiente inseguro, limitaciones territoriales, conflictivos familiares, hacinamiento, falta de ideales, pérdida de la esperanza, entre muchos otros.

La expresión de la agresividad por parte de los jóvenes parece dirigirse más hacia a otros varones y a sí mismos que a las mujeres. Con estas mantienen una relación más de dependencia y descarga de sentimientos. Los jóvenes parecen estar llenos de emociones y necesidades no completamente confrontadas y conocidas; estas no desaparecen, se presentan en sus vidas, en gran parte, en conductas autodestructivas, en violencia dirigida hacia sí mismos, principalmente. Así, la mayoría de ellos experimenta sentimientos de ira, tristeza, frustración, impotencia; algunos se aventuran en las drogas, en el robo, en el crimen, en juegos peligrosos, poniendo sus vidas y las de otras personas en riesgo.

Esta forma de violencia contra sí mismos ayuda a crear las otras (contra las mujeres, otros varones, los y las considerados menores), como señala Kaufman (1999), y esto ocurre en el ambiente en que viven los jóvenes, caracterizado por las demandas de consumo de las sociedades capitalistas, el patriarcado ejercido por los varones y los adultos, como formas de organización social que se han perpetuado, explican y dan significado a estas realidades. Debemos entender claramente, desenmascarar y hacer visibles estas ideologías en una realidad concreta, tal como lo hago en este estudio, donde queda ejemplificada la destrucción de la vida de los jóvenes por cumplir los patrones sociales y estructurar su identidad, sumado al enorme daño que generan en las mujeres y en las y los considerados menores.

Los jóvenes en estudio crecieron presenciando violencia en sus familias y en su entorno y ellos mismos han padecido violencia, lo que les da mayores probabilidades de responder de esta forma. En estos ambientes de inseguridad que genera la exclusión social, pareciera que la práctica de la violencia es también una forma de sobrevivencia.

Juventudes

Entendiendo a los jóvenes del estudio en su proceso histórico social, caracterizado por un mundo material y global que ha generado asimetrías, ubicándolos en la posición desventajosa, en esta investigación encontré una trayectoria de vida, una juventud entre las juventudes de la exclusión social, que viene de una experiencia de niñez con una paternidad agresiva y ausente y con una madre que asume ambos roles, quedando con carencias materiales, grandes vacíos de afecto y apoyo. Sobresalen en esta juventud acontecimientos que la podrían caracterizar.

Como muchas de las juventudes en el mundo, y en todos los casos del estudio, los jóvenes inician también con el papel de estudiante, pero este proceso se trunca para la mayoría de ellos. Aparece una nueva institución que acoge al joven: la droga, aparejada a la banda y que no es compatible con el estudio; por consiguiente, este se abandona. Entran en un tiempo de satisfacer necesidades momentáneas y buscan el dinero para

completarlas; luchan por tener lo que los varones adultos tienen, lo que el consumo les exige y los mandatos de la masculinidad hegemónica les pide para ejercerla, sin importar los medios para lograrlo; desean ser alguien con una posición, con un lugar social. En esta condición aparecen los conflictos con la familia, la ley y consigo mismos; llegan a un punto en que se agotan y con ello afloran también los problemas de salud, entran en un proceso reflexivo y ven la necesidad de hacer un alto.

Viene para los jóvenes un proceso de cambio donde visualizan la necesidad de salir de la droga, estudiar y buscar empleo, tres panoramas bastante difíciles cuando la realidad de sus vidas es luchar contra la adicción, defenderse de los ambientes violentos, de otros varones, de amistades que forman parte de este y de su entorno; es la realidad de su barrio, la de sus amigos, de lo que conocen y a lo que tienen acceso; en diferentes grados, tienen que permanecer en una constante defensa y lucha. Este panorama es muy agotador para los jóvenes, de aquí su expresión *“la vida es dura”*, siguiendo la metáfora: con la piedra encima, en una sociedad que los aplasta. Aún con toda esta realidad, siguen siendo jóvenes luchadores que buscan la manera de salir adelante, apartando pensamientos pesimistas, tratando de conseguir una carta de recomendación, un contacto, un empleo, soñando con estudiar en un futuro y tener una familia que recree algo nuevo, diferente a lo vivido, a la actual.

No es una tarea más fácil acceder nuevamente al estudio, que ya de por sí les costaba y perdieron el ritmo que llevaban con este, les es ajeno y tienen que optar por sistemas diferentes de enseñanza menos acompañados. Sumado al estudio, tienen la presión del trabajo y se topan con el desempleo y la explotación laboral.

Parece ser que las instituciones les fallan a estos jóvenes, la familia, el colegio, el trabajo, el Estado, el mercado; entre las juventudes de la exclusión son una juventud no importante para la sociedad. Las condiciones de estos jóvenes los obligan a ser autosuficientes desde muy pequeños; casi pasan de la niñez al trabajo, pero se topan con la realidad del desempleo. Incluso en sus barrios algunos niños ya están en la calle, no son los jóvenes típicos del concepto de moratoria psicosocial.

Si bien los varones del estudio entienden que la juventud se vive de maneras diversas, ellos visualizan en su experiencia dos caminos: los “*descarriados*” y los que “*se superan*”. La mayoría de ellos se han sentido perdidos, tomaron el camino equivocado y ahora necesitan cambiar la dirección y superarse. Esta experiencia les ha dejado un sin sabor, una percepción negativa de la juventud y de ellos mismos; como explica Satir (1978), una autoestima baja.

También aflora en los jóvenes del estudio el deseo de luchar, de superarse, de salir del barrio; así, intentan de nuevo entrar al sistema educativo, buscan un trabajo, se alejan de la organización y el consumo de la droga. Sin embargo, ellos mismos son conscientes de que esto no es fácil, se sienten “*marcados*” (Andrés) por el barrio y en condiciones familiares difíciles de cambiar; pertenecen al sector laboral informal, al empleo precario. Hay una serie de elementos ideológicos, culturales, condiciones socioeconómicas de exclusión, ambientales del entorno del barrio, que confluyen sobre las voluntades individuales de los jóvenes del estudio, sobre sus sueños, deseos y fantasías.

Adultocentrismo

Se presentan situaciones en la vida de los jóvenes que los llevan a ocupar ambos roles de adultos y de jóvenes, pero siempre ubicados en la polaridad negativa de la asimetría, porque el papel que desempeñan de adultos se refiere a la responsabilidad en roles que aparentemente los hace grandes, pero les exige demasiado. Encontré que la inmadurez, asignada a los jóvenes dentro de la lógica del adultocentrismo, se da también en los adultos. Esto hace pensar que en la exclusión la construcción social de juventud no se da como opuesta a la adultez, igual que en otros contextos donde más bien de la niñez se pasa a la vida adulta (Duarte, 2005a). Sin embargo, en la exclusión social la adultez no es tampoco el imaginario determinado de plenitud del desarrollo, integración social, seguridad, trabajo, consumo, independencia y autonomía; como he presentado en esta investigación, la exclusión es producto de la desigualdad social, es una vida de carencias, conflictos y

necesidades no resultas, ya que se vive en la desventaja de las asimetrías de clase y lo territorial.

El adultocentrismo es el punto de partida para analizar las juventudes, es el eje central, como una asimetría más de la cual son víctimas. En una sociedad adultocéntrica, otros son los que definen y ordenan la situación del joven, los adultos que tienen la sabiduría y el control. En la exclusión social, la dominación del adulto pareciera ejercerse de una manera cruel e inmediata, sin darle habilidades, destrezas y valores al joven; es como sometimiento por sometimiento no para que llegue a ser alguien cuando sea grande; es una relación utilitaria, en la cual se aprovechan de lo que el joven pueda dar ahora sin prepararlo para que llegue a ser eficiente, productivo, como se considera en otras clases sociales en el mundo capitalista. Prácticamente, lo tratan como si fuera un objeto más del consumo y se explota; esto es lo que se encuentra en la actitud y conductas de algunos padres para con sus hijos, educadores, patrones laborales y jefes en la organización de la droga. Estos varones jóvenes ni siquiera parece que puedan repetir el mandato y asegurarlo en otras generaciones, porque muchos mueren en el intento de serlo; como si ser joven fuera una mercancía que se usa y se deshecha. Es el caos de la asimetría, se desaparece a los seres humanos; es una dominación que destruye la vida, como se ve también en las asimetrías de género, en la violencia de los varones contra las mujeres, entre otros.

Al analizar las juventudes en esta investigación, considero necesario partir de la concepción de construcción social y cuestionar la definición de esta como una etapa etaria, lineal, del desarrollo (ciclo vital), concepto que se ha universalizado y ha fortalecido criterios adultocéntricos que definen la juventud como un tiempo de preparación para la vida adulta (moratoria psicosocial), la cual se mide por parámetros de productividad, reproducción social e independencia. Planteo el análisis de las juventudes como una construcción social e histórica en cuya emergencia y constitución confluyen distintos factores; por consiguiente, la juventud emerge y se experimenta de manera diferenciada en la sociedad; es decir, depende de la clase social, del género, de la ubicación geográfica y de la étnica, entre otros factores.

En esta investigación encuentro que la posición de moratoria psicosocial no se aplica al grupo de estudio de jóvenes varones que viven en la exclusión social. La comprensión de sus experiencias juveniles va más allá de la edad y de la linealidad de conductas juveniles a adultas; en este grupo aparecen simultáneas: el trabajo, el estudio, la paternidad, la vagancia, el desempleo, la dependencia, la cárcel, la calle, la convivencia en pareja, todo en una complejidad de acontecimientos y no en un orden establecido. De igual manera, parece no cumplirse el criterio de “integración social” (Duarte, 2015a, p. 131), el cual parte del imaginario de conceptualizar la juventud como proceso para llegar a la integración social; en este grupo de estudio nunca se sabe cuándo se van a integrar los jóvenes, más bien pareciera que siempre han estado integrados en lo que los adultos hacen, pero siempre bajo su dominio y poder, haciendo lo que les toca hacer en sus circunstancias. Además, como viven en exclusión social, según este errado concepto de lograr la integración social, nunca podrán integrarse plenamente; serán entonces una amenaza para la sociedad, la misma que los excluye.

Sistemas de dominio de clase, género y generación

En la experiencia de vida de los jóvenes de la investigación se encuentra una articulación entre los sistemas de dominio, que se originan en las relaciones asimétricas en las sociedades de organización capitalista. Esta relación la analicé propiamente en la diferencia de los grupos económicos dominantes y los que viven en exclusión social; en la asimetría entre los sexos que se manifiesta en la diferencia de género, en el patriarcado y, en la asimetría etaria que se revela en el adultocentrismo. Estos sistemas de dominio actúan en la sociedad en estrecha y dialéctica vinculación y se refuerzan entre sí, como constelaciones de dominio (Duarte, 2015a) o pares categóricos (Pérez-Sáinz, 2012) que están socialmente legitimados permitiendo su reproducción.

Se encuentra así en la población joven en estudio una interrelación entre estos sistemas de dominio; ellos son producto de la organización económica capitalista que los ubica en la exclusión social, con grandes carencias y bajo el dominio de organizaciones perversas. A su

vez en el mundo capitalista se reproduce el dominio de los adultos, quedando los jóvenes en una posición de subordinación. Asimismo, esta organización económica reproduce el dominio de los varones, ubicando a los jóvenes, por mandato de masculinidad, en una posición de superioridad y poder que no pueden alcanzar ni ejercer, expresando así sentimientos de frustración y miedo, donde la carencia de bienes materiales y el ambiente inseguro obliga a expresar dicho mandato por medio de la agresión, poniéndose ellos mismos en alto riesgo, asimismo ponen en riesgo en sus relaciones a las mujeres, los niños y niñas.

Por lo tanto, no solo se le exige al joven ser un adulto para ser alguien, sino que en una sociedad patriarcal se le pide anteponer una serie de principios en la vida cotidiana. Por ser varón ha de ser fuerte, no demostrar la tristeza de su vida, las carencias y maltratos, asumir un comportamiento de valentía y reprimir el temor de no lograrlo, además de sacar ese temor como lo ha experimentado en su ambiente por medio de conductas agresivas.

Ambas asimetrías aparecen unidas; el adultocentrismo es una expresión del patriarcado, que define y diferencia posiciones sociales como varón/mujer, joven/adulto, y exige el poder sobre los otros, principalmente la subordinación de las mujeres y los llamados menores, a los adultos varones con base en justificaciones biológicas y de edad. Estas ideas responden a la lógica del capitalismo, no son nada porque no tienen experiencia, su productividad no es plena. Aunque sabemos que miles de mujeres, jóvenes y niños en el mundo, y como lo vemos en este grupo de estudio, son explotados como mano de obra barata, no se les da el valor que merecen porque son mujeres y, por consiguiente, inferiores o son jóvenes, niñas o niños, lo que implica que todavía no están listos para hacer las tareas correctamente, no tienen el valor del adulto varón.

Los jóvenes varones del estudio viven diversas exclusiones, en el sentido de estar en posiciones de desventaja. En el caso de la asimetría de clase, se encuentran en el nivel socioeconómico más bajo y excluidos en un territorio que no tiene buenas condiciones de vida; por ser jóvenes viven la dominación y subordinación de los adultos. Asimismo, una asimetría muy discutible, pero importante de señalar aquí, es la de género, en el sentido de que se ha estudiado y fundamentado a través de la historia la masculinidad hegemónica, la

cual ha legitimado para el varón los privilegios de poder, control y superioridad sobre las mujeres, estando estas en la desventaja de la asimetría. También, los estudios de género demuestran la trampa en que han caído los varones para ejercer esa identidad masculina definida estructuralmente. Sin justificar la violencia sobre las mujeres, más bien en el afán de comprender la dinámica de esta, estudiosos como Kaufman (1997, p. 1) consideran que “el poder social de los hombres es la fuente de su poder y privilegios individuales, pero como veremos, también es la fuente de su experiencia individual de dolor y alienación”. Es decir, de alguna manera los varones también se encuentran en desventaja al seguir mandatos de la masculinidad hegemónica; es una asimetría donde aparentemente en el lado de la desventaja estamos las mujeres, pero un estudio como el presente permite ver que todos perdemos; es un ciclo de violencia, donde en alguna medida están violentados también los que la ejercen.

Unida a la asimetría de género, en la estructura de la masculinidad hegemónica, también determiné en esta investigación la exclusión por la diversidad sexual, la condición de violencia que vive un joven por ser homosexual y la lucha de nueve jóvenes por mantenerse homofóbicos, ya que de lo contrario estaría en juego su hombría.

En general, todas las asimetrías son fuente de dolor y todas tienen un origen; el dolor de las juventudes tiene una explicación, un espacio social e histórico determinado. La forma de vida capitalista que lleva a la exclusión y a la explotación ha empeorado las condiciones de las juventudes, como se da en el grupo de varones en estudio.

En este estudio sobre las juventudes planteo la importancia de contextualizarlas en los sistemas de dominación que caracterizan al mundo, entre estos la clase social, el patriarcado como un sistema de dominación que contiene el adultocentrismo. Asimismo, considero fundamental analizar que estas asimetrías responden y fortalecen el sistema de organización social capitalista; es decir, favorecen la reproducción del sistema económico y político.

Alternativas de cambio en las juventudes

Los jóvenes del estudio se encuentran en el lado negativo de las asimetrías de clase y lo territorial, no pueden salir fácilmente del barrio ni de su situación socioeconómica. En este sentido, no se muestra en ellos una actitud de acción transformadora de su condición de clase y lo territorial a nivel comunal; en su mayoría no tienen una posición de estudiantes o trabajadores, por lo cual quedan fuera de estructuras sociales que los podrían orientar y agrupar en colectivos que luchen por el cambio. No hay en ellos prácticas que puedan plantear perspectivas alternativas a su condición de vida.

Sin negar en las juventudes su capacidad de actoría social, las experiencias de los jóvenes del estudio en su contexto de exclusión no parecen estar dirigidas en el presente a cambios estructurales en su condición de asimetría de clase y lo territorial. Por su condición de exclusión, parece que se acercan a un “individualismo alienante” (Duarte, 2015a, p. 267), donde los jóvenes se muestran lejanos de todo interés por los asuntos públicos y colectivos.

Con respecto al cambio en la asimetría de género, propiamente en el ejercicio de la masculinidad hegemónica, si bien los varones de la investigación hacen referencia a los cambios históricos visibles provocados por las mujeres en la relación de los géneros, en la exclusión social se dan condiciones particulares para acceder a estos, a diferencia de otros grupos sociales, ya que hay un menor desarrollo individual y menor inserción en la esfera pública, la educación y el trabajo que puedan ayudar a permear estos cambios. En el contexto de la exclusión, los jóvenes del estudio reportan que las mujeres de su comunidad quedan embarazadas a edades muy tempranas, tienen varios hijos, viven en condiciones carentes, dependiendo en gran parte de los varones; también trabajan y cuidan a la familia a la vez, son explotadas sexualmente y en el trabajo de la droga. Asimismo, la historia de sus madres y abuelas está caracterizada por el machismo, el abuso y la agresión masculina, también sobrecargadas en el cuidado y la manutención de la familia.

Pareciera ser que tanto los varones como las mujeres en la exclusión social, en el plano teórico-simbólico, expresan nuevos conocimientos y conductas sobre los roles de género, pero el cambio en sus actitudes no es contundente. Si bien en los varones del estudio se

encuentran pequeñas renuncias a su posición masculina, no corresponden a modelos configurados, las clásicas patriarcales predominan. Es lo que señala Gasteiz (2008), cuando afirma que asumen la igualdad de los géneros como valor y principio, pero no lo practican de forma estable. Además, con respecto a las conductas machistas, puede que intervenga la deseabilidad social (Lemos, 2006), cuando se parte de que el machismo también es considerado como debilidad varonil, porque expresa inseguridad y el descontrol en conductas; los jóvenes, por consiguiente, no quieren atribuirse características indeseables.

En relación con la asimetría generacional, las condiciones de la exclusión parecen ubicar, en diferentes circunstancias, a los niños y jóvenes en la condición de adultos. Les toca asumir responsabilidades familiares, como ayudar económicamente al hogar, cuidarse a sí mismos y cuidar de la familia, lo cual los hace más autónomos e independientes, pero a un costo mayor, ya que siempre quedan en la situación de asimetría generacional. Fueron niños y siguen siendo jóvenes en un mundo adultocéntrico, excluido y dominado por los varones adultos, con grandes limitaciones para desarrollarse.

Atendiendo a estas conclusiones, vale la pregunta ¿qué huella deja la condición de exclusión en la construcción de la juventud y la masculinidad hegemónica de estos jóvenes en estudio?, ¿hay diferencia con otras juventudes? Esto me lleva a la característica que identifica Duarte (2006a) en las identidades juveniles como cuerpos para hacer, para actuar en el presente, para relacionarse con otras personas, estructurar afectos y expresar sentimientos y sensaciones. La exclusión social se caracteriza por las limitaciones, incluso por el claustro territorial; los jóvenes se llegan a sentir impotentes, inhibidos en muchos de sus deseos y acciones, se autocalifican como *“reservados”, “serios”, “de corazón duro”, “de piedra”*. Asimismo, el entorno de agresividad en la exclusión también los ubica como *“cuerpos en disputa”* (Duarte, 2006a), en defensa, en lucha, lo cual caracteriza la forma de expresar la masculinidad en su ambiente y los pone en riesgo de muerte. Estas juventudes no se muestran tan libres y plácidas. La exclusión social duele física y emocionalmente, los jóvenes la sienten y los limita, deja a las juventudes sin derechos humanos; por consiguiente, no pueden tener una vida con dignidad.

Resiliencia

De los diez jóvenes del estudio, hay una familia que se distingue por mostrar modelos de comunicación y relación más igualitarios, una familia “nutridora” (Satir, 1978). Esto es importante por dos razones: por un lado, nos muestra la heterogeneidad de los jóvenes, que aún en grupos determinados, como en este caso de exclusión social, no todos viven de igual manera las asimetrías de género y de generación; esto muestra la necesidad de partir de concepciones plurales como las “juventudes” y las “masculinidades”. Existe en la misma exclusión subsectores con diferentes logros; por ejemplo, de los diez jóvenes en estudio, dos no han consumido drogas, el resto sí, y de estos ocho restantes, dos todavía están lidiando por salir de la represión de una banda. Esto los coloca en diferentes trayectorias. Por otra parte, esta familia da indicios de conductas resilientes donde se establecen vínculos de afecto y seguridad. Dentro de sus actitudes está el trato a su hijo, el cual se caracteriza por una comunicación abierta, no agresiva, respetuosa y motivadora, que no daña su autoestima, y por el acompañamiento en todas sus actividades, lo cual ha permitido controlar conductas de riesgo y mantenerlo en el sistema educativo a pesar de la pérdida de cursos lectivos.

Asimismo, las situaciones de resiliencia que han permitido a los jóvenes vivir en ambientes cargados de exclusión y violencia han sido el cuidado y apoyo de algún miembro de la familia, principalmente el vínculo establecido con la mujer: la madre, la abuela o la tía. Sumado a esto, pertenecer a grupos deportivos o religiosos, con cuyos líderes también han establecido vínculos, son modelos masculinos nutritivos, que escuchan, orientan y dan apoyo. Las actividades deportivas también les han permitido a los jóvenes que participan en estas, competir con otros varones, sacar su agresividad reprimida y expresar la afectividad con los varones.

Consideraciones metodológicas, vivencia de la investigadora

Consideré valioso en este estudio incluir un comentario sobre la experiencia con la práctica de la investigación cualitativa y la técnica de historia de vida aplicada a las

juventudes en la exclusión social. Esta técnica tiene la gran virtud de recuperar la memoria y narrarla desde los propios actores sociales, donde se capturaron los sentidos de la vida social, con sus vinculaciones y contradicciones. Obtuve los relatos de los varones jóvenes tal y cómo estos surgen para “dar voz a los sin voz”, como señalan Delgado y Gutiérrez (1995, p. 259).

Las historias de vida de los jóvenes en estudio se convirtieron en discursos particulares a pesar de la toda la influencia del medio, reflejaron las experiencias, los propios saberes prácticos de los jóvenes, pero a la vez expresaron la articulación con lo social; sus relatos formaron parte de una memoria en un tiempo y de un espacio, de una dimensión estructural, orientaron la acción no sólo individual, sino colectiva, de clase, de género y de generación como se presentó en esta investigación.

La historia de vida me permitió conocer la construcción de identidades en los varones jóvenes que viven en la exclusión social y a la vez ellos se reconocieron como personas que podían aportar al conocimiento social, principalmente se mostraron motivados a hablar de su propio rol en la sociedad y de las juventudes en general. La reflexión sobre sus propias vidas, el recuerdo de los acontecimientos sobresalientes, el dolor y la alegría; las relaciones que han mantenido y las huellas que han dejado en sus vidas, permitió en alguna medida hacer un alto, estar consciente de su historia, del presente y del futuro. Esto lo noté muy claramente, en el espacio de tiempo entre una y otra entrevista, donde los jóvenes varones llegaban con un material procesado, más elaborado, con nuevas y propias preguntas sobre su historia, lo cual permitía entender el proceso de reflexión después de la primera entrevista.

Los jóvenes varones fueron una fuente activa en la investigación, recordaron y crearon conocimiento sobre las juventudes, así aportan a la inclusión, desde su condición de exclusión mostrando sus experiencias y vivencias. Sus voces se constituyeron en una demanda hacia la inclusión, se partió de la subjetividad de los varones jóvenes para comprender su realidad de exclusión.

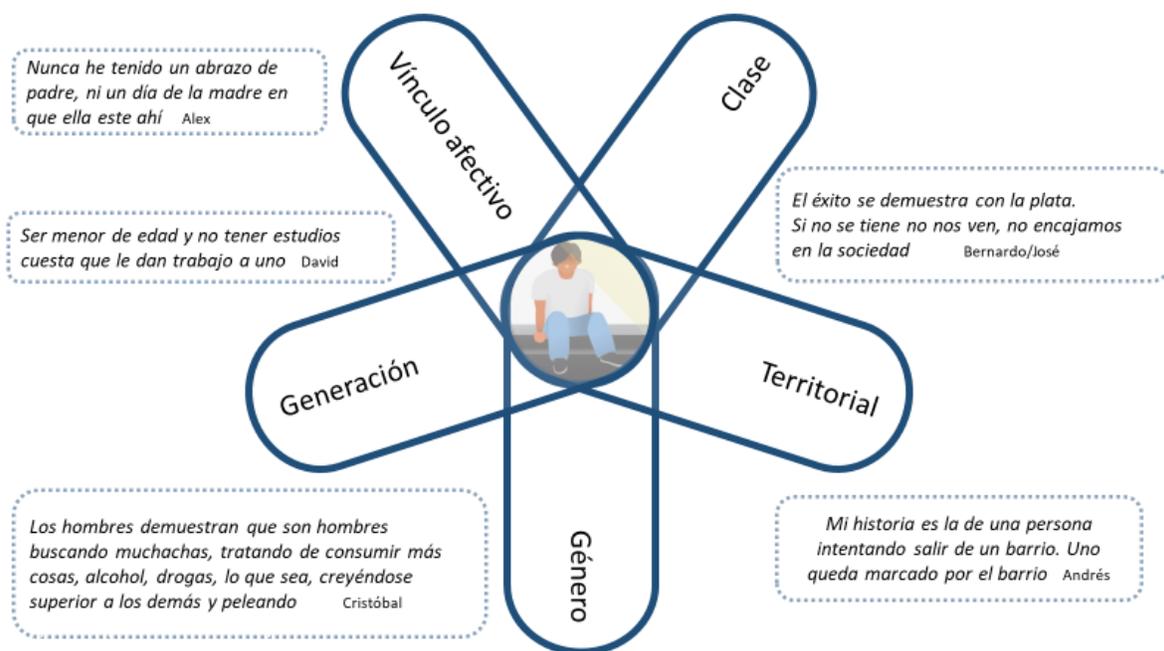
Desde mi posición de investigadora, los jóvenes del estudio me permitieron unirme a ellos y dialogar. En un inicio en esta investigación albergué varios temores sobre mis

condiciones para trabajar con una técnica tan íntima como la historia de vida con las juventudes, tales como: ser adulta, ser mujer, no vivir en la exclusión y ser investigadora; por consiguiente, trabajé primero mis propias limitaciones, principalmente, observando y luego realizando sesiones de trabajo con grupos de jóvenes similares a los que iba a estudiar. Partí así muy consciente de mi posición a un encuentro sincero con ellos. No puedo negar que como persona pasé profundos y difíciles momentos, donde quería ser madre y padre, llorar con los jóvenes y llevármelos para mi casa, pero bueno, ganó mi papel de investigadora y en una relación sincera, abierta, apoyante, respetuosa, logramos, los jóvenes y yo, entender un poco más nuestras vidas en el entorno en que nos toca caminar.

La experiencia de investigación en estas comunidades de exclusión social estuvo caracterizada por la inseguridad, que me obligó a trabajar con un vigilante todo el tiempo mientras estaba con los jóvenes y tener a disposición un taxista de la zona para los ingresos y salidas de la misma. No dejé de ser un ente de afuera, vigilado por las bandas y custodiado por líderes comunales; pude observar y sentir la tensión de vivir en estos sitios. Sin embargo, dentro de este ambiente, también se vive cotidianamente la solidaridad de las personas, el apoyo que unos vecinos se dan a otros y el que personalmente me brindaron.

Lo más valioso de este estudio para mi persona fue tener contacto, partiendo de mi metáfora, con lo que había debajo de la piedra, descubrir dolorosas pero hermosas vidas en cada uno de estos jóvenes y muchos otros y otras que se enlazaban en sus historias. Fue una experiencia muy importante en el sentido que despertó aún más la sensibilidad por los grupos jóvenes que viven en exclusión y me empoderó de un conocimiento y una actitud valiente para trabajar con las personas en la exclusión social.

A continuación, se presenta un diagrama que ejemplifica las problemáticas relevantes del grupo de estudio de varones jóvenes que viven en la exclusión social.



II. RECOMENDACIONES

La vida de los jóvenes en la exclusión social no está asegurada, y ¿cómo revertir esta situación? Es fundamental responder a la ética por el bien común que da posibilidad a la existencia humana, afirmándose frente a la muerte, construyendo una economía orientada para la vida, que se ocupe de las condiciones que hace posible la supervivencia a partir del hecho de que, en este caso, los jóvenes son seres humanos viviendo en comunidad con necesidades reales. La situación de los jóvenes se reestablece “reivindicando una lógica de la vida que permita reorientar la organización de la sociedad por el imperativo ético de la vida: mi vida, la vida del otro, la vida de la naturaleza externa al ser humano” (Hinkelammert y Mora, 2008, p. 31). Es urgente visibilizar la situación de los jóvenes en la exclusión y poner como valor supremo la vida, sus derechos humanos, antes que la producción, la eficiencia, la competencia, el rendimiento, la utilidad, principios de la economía mercantil capitalista que dejan por fuera la protección y la defensa de esta. Es decir, como país, debemos partir de una ética que coloca al ser humano, en este caso a las juventudes, en el centro de las instituciones, las leyes y acciones gubernamentales y no en una posición de humillado, abandonado y excluido.

El pensamiento de Hinkelammert y Mora (2008) no deja de resonar en el cierre de esta investigación cuando afirman que “En un país como Costa Rica, con un nivel de desigualdad en los ingresos cercano al promedio mundial, bastará una pequeña redistribución del ingreso desde los estratos más ricos hacia los más pobres para radicar la pobreza extrema” (p. 33). Esta investigación es una contribución que visibiliza la dura realidad de los varones jóvenes en situación de exclusión social, mostrando desde sus propias voces, el atrapamiento y la desesperanza que ese contexto les produce; ahora queda demandar lo que señalan los autores antes citados, “una economía para la vida”, donde se logre alcanzar una recuperación radical de los jóvenes en exclusión social.

Esta problemática debe ser una preocupación central del Gobierno y los organismos internacionales que trabajan en nuestro país en este sentido, para lograr alcanzar las necesidades básicas de los hogares y que estos jóvenes puedan tener los servicios de educación, salud, alimentación, recreación, acceso y oportunidades de trabajo. Desde el punto de vista de su construcción subjetiva, ellos parecen clamar por acompañamiento, por ser visibilizados, escuchados, por poder imaginar o visualizar alternativas constructivas que les permita insertarse en la sociedad y no quedar en la exclusión como destino, poder conectarse con su anhelo de vivir y no con el deseo de muerte, atentando contra sí mismos al involucrarse en el mundo de la droga y de la delincuencia en donde la exposición a la violencia y la destrucción es aún mayor. Hay que tener claro que la situación de exclusión es producto de procesos globales que afectan las políticas públicas en detrimento de ciertos sectores populares. Como he planteado en capítulos previos, las políticas de inclusión en las juventudes están definidas, pero no se traducen en acciones claras para lograr los procesos de integración. Además, no es un proceso sencillo, requiere de una coordinación nacional, institucional, que atienda el problema desde todos los ministerios e instancias políticas del país y organizaciones que trabajan con las poblaciones excluidas; estas deben crear un diseño y plan conjunto frente a esta problemática. Debemos partir del principio de que la exclusión social es un proceso, no una condición; por consiguiente, puede y debe variar.

No obstante, diversas iniciativas provenientes tanto del sector gubernamental como privado intentan paliar con la situación de las familias y los sujetos de la exclusión. Una de ellas es el proyecto iniciado en este Gobierno, Puente al Desarrollo, que consiste en un mecanismo de articulación de programas y acciones que ofrecen instituciones públicas cuyo eje central es combatir la pobreza y la reducción de la desigualdad. Este tipo de programas deben ser cuidadosamente acompañados de procesos de investigación, como el presente, que los orienten y retroalimenten en la consecución de sus objetivos. (<http://presidencia.go.cr/puentealdesarrollo>).

Los jóvenes viven la violencia estructural y vincular a lo largo de sus vidas, lo cual ayuda a perpetuar el statu quo del sistema y, por lo tanto, deben crearse intervenciones estatales que apoyen la disminución de esta. Hay que tomar en cuenta que las políticas y acciones en el país han sido insuficientes para detener y bajar la desigualdad social causa de la exclusión social. Este descuido ha permitido, entre otras razones, el desarrollo en las zonas de exclusión de las organizaciones perversas producto del proceso laboral de la economía informal criminal, cuyo insumo fértil para su desarrollo son los niños, las niñas y la población joven. Como he expuesto en esta investigación, las organizaciones perversas dominan los barrios y también están presentes en los colegios de secundaria, situación seria que el Gobierno y las instituciones del país deben atender eficientemente como una emergencia nacional, porque esto se ha convertido en una dinámica social donde diariamente mueren, principalmente, varones jóvenes o son privados de libertad por esta condición.

El Gobierno debe ampliar sus recursos hacia estas zonas de exclusión territorial no solo en los aspectos materiales, sino en el conocimiento y el desarrollo psicosocial de las personas que viven en estos espacios. Resulta muy importante coordinar con los programas sociales, como ONG, organizaciones de desarrollo o asistencia social, que ya están trabajando con estas poblaciones. En algunas zonas excluidas ya existen programas relevantes para revertir sus problemáticas; por ejemplo, en esta investigación he coordinado con dos organizaciones: la Fundación Mentes Sanas (Fundamentos) y el Instituto WEM, pero hay muchos más. Por consiguiente, el Gobierno debe apoyarse en

programas ya existentes que han comprobado sus buenos resultados durante varios años, fortalecerlos y tomarlos como modelo para desarrollarlos en otras zonas excluidas del país.

Esta investigación deja expuesto el dolor psicológico que viven los jóvenes en la exclusión social, a partir de estos resultados encuentro la importancia de recomendar, desde la psicología, estrategias de atención terapéuticas a nivel individual y grupal, me aventuro en ello, aunque no corresponde de manera inmediata con los objetivos de la investigación. Precisamente organizaciones como el Instituto WEM y Fundamentos desarrollan programas de atención que abarcan tanto políticas globales como el trabajo de base con población en exclusión social. Me permito recomendar las acciones de estas organizaciones porque van de la mano con problemáticas psicológicas encontradas en la investigación.

El Instituto WEM ha venido construyendo un modelo de tratamiento para varones tanto adultos como jóvenes que presentan problemas de poder, control y dominio al ejercer masculinidades hegemónicas, que se expresan, en gran medida, por medio de la violencia en el seno familiar y en otros ambientes; como expuse en este trabajo en la exclusión social las relaciones de los varones con las mujeres, las y los niños, otros varones y, principalmente consigo mismos tienen en muchas ocasiones un componente de violencia. Este modelo de atención parte de un abordaje integral donde se considera la intervención psicológica, social y legal de la población masculina. Asimismo, considera que la atención de los varones debe adaptarse a las condiciones de las masculinidades, en este caso a la práctica de las masculinidades en la exclusión social (Campos, González y Sánchez, 2002).

Este modelo de atención del Instituto WEM se ha extendido en diferentes zonas del país, con diversas intervenciones; una de estas son los Grupos de Apoyo a varones donde se trabajan ejes temáticos como: los procesos de socialización y de construcción de las identidades masculinas, la violencia y sus aspectos legales, el aprendizaje de destrezas psicológicas para afrontar diversidad de problemáticas como los trastornos emocionales, de pareja, la separación y duelos, el manejo del enojo, conductas machistas, la conducta violenta, la sexualidad, la depresión, la ansiedad, el estrés, los celos, entre otros temas que afloran en el grupo y están por lo general relacionados con la respuesta a los mandatos de

las masculinidades hegemónicas. Se fomentan en estos grupos de varones habilidades comunicativas, la expresión emocional, asertividad, el aprendizaje de la empatía, el respeto a las diferencias y derechos de los otros y otras y el manejo pacífico de conflictos. Con los varones jóvenes se trabaja además problemas con los padres, madres, otras personas adultas y con los jóvenes con las cuales se relacionan. De igual modo en este grupo han considerado muy importante trabajar los modelos de comunicación, la falta o expresión de emociones, los sentimientos de frustración, estrés y desmotivación. Igualmente, las dudas sobre sexualidad y la identidad como varón y su posición de joven. La dinámica en estos grupos ayuda a los varones a expresar sus emociones, conocerse mejor a sí mismos, ejercer masculinidades más igualitarias en su familia y en la sociedad en general. Los Grupos de Apoyo son instancias de contención, reflexión y prevención de las conductas nocivas de las masculinidades hegemónicas (Campos, González y Sánchez, 2002).

En estas problemáticas el Instituto WEM ofrece también la psicoterapia individual, de pareja y familia. Asimismo, la atención especial a grupos de varones ofensores físicos, verbales y emocionales. Cuenta con una línea telefónica confidencial para varones donde operadores capacitados los van a escuchar y orientar. De igual manera ofrece cursos y talleres sobre masculinidad, paternidad afectiva, sexualidades masculinas, prevención de la violencia y habilidades comunicativas. A instituciones o grupos que trabajan con personas jóvenes les ofrecen cursos sobre masculinidad, machismo, violencia desde una perspectiva crítica del enfoque adultocéntrico y pautas metodológicas para el trabajo con varones jóvenes (<https://www.institutowemcr.org/index.php/servicios.html>).

La psicoterapia en el Instituto WEM se considera una construcción crítica, en el sentido de crear con el varón un diálogo en el que se detalla las opresiones sociales y emocionales en las que este está envuelto, la relación que hay entre ellas y los mecanismos de defensa que se han puesto en juego. La perspectiva social y ecológica de WEM incorpora a los varones en programas comunitarios con el fin de trascender al tratamiento centrado en aspectos psicológicos individuales o subjetivos de los varones y extenderlo al ámbito familiar, comunitario, laboral y otros escenarios en donde ellos tienen presencia. En general y en este sentido considero que es un modelo valioso para trabajar con varones jóvenes en

la exclusión social, donde se hace un intento de articular los conceptos psicológicos con los de explotación, violencia, poder, seguridad, etc., propios de la desigualdad social, las masculinidades hegemónicas y los procesos adultocéntricos, considerando la realidad nacional y las particularidades concretas de los varones costarricenses. (Campos, González y Sánchez, 2002).

Por su parte, Fundamentos cuenta con catorce Casas Infanto-Juveniles en diferentes zonas de exclusión social del país; dedica sus esfuerzos a niñas, niños y personas jóvenes en riesgo psicosocial y a la atención e inclusión social de estos. La teoría principal que fundamenta el trabajo de esta Fundación es el psicoanálisis desafiado por Derrida (2000) quien plantea que este debe abordar la crueldad que se manifiesta en los últimos tiempos y que abarca la problemática de la dominación y el poder y cómo se abre o destruye el lazo social. Con este enfoque se trabaja en la exclusión social con la posibilidad de ampliar el espacio de elección de las niñas, los niños y las personas jóvenes en su construcción subjetiva, en el sentido de posibilitar el impulso hacia la vida. El modelo de atención clínica no pretende la normalización del sujeto sino partir de la angustia que le dificulta aprender y relacionarse, que lo deja presa de acciones destructivas o autodestructivas, por lo tanto es una atención basada en la vulnerabilidad psíquica, considerando que la persona se construye en relación con el otro, singular o plural, y que se trata de tomar en cuenta su angustia, el sufrimiento psíquico y ayudar a construir el vínculo con el otro, establecer el lazo social y de creación. La clínica de la vulnerabilidad psíquica que ofrece Fundamentos se basa en la escucha porque por medio de esta “la palabra dolor puede alcanzar la superficie de la expresión; entrar en el mundo del niño o adolescente como si fuese una casa donde los muros, las paredes, los objetos que lo ocupan adentro no son solo extraños, sino también completamente amenazantes” (L. Chacón, comunicación personal, 2 de octubre, 2017). Se trabaja también con la fijación de la presencia, es decir con la permanencia física del otro para permitir el nacimiento y la introducción del lazo social. Asimismo, están presentes el goce y la creación como sistema de estabilización psíquica (Chacón, Fernández, Romero y Solera, 2016).

Este programa se establece como un modelo integrado con las instituciones estatales, la sociedad civil en general, expertos en las temáticas vinculadas al funcionamiento de la Fundación e instancias de apoyo privadas. En este programa se logra la prevención de niñas, niños y las personas jóvenes que viven en la exclusión social por medio del trabajo en ejes internos: lo clínico, lo educativo y lo creativo y externos: la familia, las redes y la investigación. Estos ejes se unen en el trabajo de tal manera que la prevención se enfoca desde un modelo integral. Se considera también que en la exclusión social no se es dueño del espacio, los padres y abuelos han sido invasores del terreno y la espacialidad se considera como una proyección del aparato psíquico, por consiguiente, la atención implica una búsqueda del significativo espacio, para así reconocer y reconstruir su historia en su propio lugar geográfico (Chacón, Fernández, Romero y Solera, 2016).

Considerando en Fundamentos el eje de atención clínica individual y familiar, las intervenciones psicológicas intentan dar palabra a la frustración y al sufrimiento de las personas que viven en la exclusión social y buscar alternativas no destructivas en la construcción de proyectos de vida. Este eje se ha estructurado en talleres como el de Enfermería que trabaja temas de autocuidado, autoestima, sexualidad, relaciones interpersonales, hábitos de higiene y estilos de vida saludables. El taller de Sexualidad toca aspectos primordiales de este tema que facilita un plan de reeducación integral, preventivo y terapéutico. De igual modo el eje Clínico incluye terapia ocupacional que tiene como objetivo maximizar las destrezas y habilidades para el desempeño ocupacional en los componentes cognitivo, psicomotriz y psicosocial para mejorar la realización de actividades en la vida diaria básica e instrumental (Chacón, Fernández, Romero y Solera, 2016).

El eje Educativo da apoyo a las niñas, niños y personas jóvenes que asisten a la Fundación en sus tareas escolares y motivan la curiosidad por el saber, se fortalecen temas importantes a través de juegos y estrategias personalizadas. Las tutorías académicas refuerzan los contenidos escolares y dan apoyo para evitar la deserción escolar y colegial y propiciar el éxito académico. Asimismo, existe un programa que consolida el ingreso a la educación primaria y reforzando las bases esenciales para la entrada a la escuela con el fin de evitar la deserción. Se brindan además otros apoyos para acercar y estimular destrezas

en áreas como: ciencias, matemáticas, programación, lenguaje y habilidades sociales (Chacón, Fernández, Romero y Solera, 2016).

Por su parte, el eje Creativo en Fundamentos busca involucrar y explorar la capacidad de innovación de las niñas, los niños y las personas jóvenes por medio de actividades como el arte, la cocina, la música, el teatro, la danza, la serigrafía, la caricatura, la magia y otras formas de comunicación. En estas actividades se utilizan diferentes herramientas y técnicas que permiten promover espacios de escucha y socialización, expresar emociones y sentimientos, desplegar la expresión corporal, desarrollar un conocimiento más profundo de sí mismo, propiciar la experimentación de diferentes respuestas a situaciones conflictivas o dificultades de la vida cotidiana, aumentar conductas resilientes, facilitar el acceso a la palabra desde las experiencias sonoras y musicales apuntando a la personalización, la identidad y lo propio de cada persona en el desarrollo de sus capacidades expresivas y receptivas. Estos talleres favorecen la exploración y el trabajo con diversos temas propios de la población en exclusión social como la muerte, la violencia, la identidad, el amor, las carencias, entre muchos otros (Chacón, Fernández, Romero y Solera, 2016).

Estas terapias amplían el conocimiento de los niños, niñas y personas jóvenes que asisten a Fundamentos, les permite explorar nuevos olores, sabores, texturas, sonidos; los llevan a fomentar y fortalecer la cohesión grupal y comunitaria y a conocer y apreciar otros ambientes y culturas, los ponen en contacto con el mundo y el día a día (Chacón, Fernández, Romero y Solera, 2016).

Se puede apreciar, como un trabajo de base con personas consideradas menores y jóvenes como el que realiza Fundamentos genera espacios que permiten la apertura a la inclusión, a ambientes que están más allá de su exclusión social y territorial. Además, en estos espacios la relación de los adultos con la población más joven que atienden no se caracteriza por una postura adultocéntrica de superioridad y dominio.

Considerando el amplio conocimiento que ambas instituciones, el Instituto WEM y Fundamentos, poseen sobre las personas jóvenes que viven en exclusión social, considero que los resultados de esta investigación pueden aportar a obtener un panorama profundo de la experiencia de las juventudes en esta condición, en zonas donde estas instituciones

realizan sus proyectos. Asimismo, les planteó la necesidad de tratar las juventudes desde las constelaciones de las asimetrías sociales en las que viven, es decir en la unión que se establece entre las carencias, el territorio, el género y la generación. Asimismo, es importante tener presente la particularidad de cómo estos jóvenes experimentan la juventud, donde no se da una moratoria psicosocial, pero si están subordinados a la autoridad adultocéntrica.

Los relatos de los jóvenes del estudio mostraron como, en sus comunidades, los colegios en particular son instituciones que no los sostienen, no los acompañan, son lugares de encuentro con la droga, con la incompreensión, con la indiferencia. Las instituciones educativas y la familia suponen ser las fuentes de vínculo social para la construcción subjetiva. Estos jóvenes proceden de familias en exclusión, pero ¿qué pasa con los colegios?, de acuerdo con los jóvenes del estudio pareciera que reproducen la situación de exclusión. Si bien son instituciones de naturaleza distinta a la familia comparten un buen trecho de la formación de las personas, en ese sentido ¿cómo debemos entenderlas? ¿cómo transmisoras de saber?, esto es importante sin duda, pero en el andamiaje estructural, bien podrían comprender su función en el sentido de ser portadoras de vínculo social.

Los jóvenes de la investigación señalan que ellos cuentan con diversas opciones de instituciones donde podrían continuar sus estudios (diurna, nocturna, por madurez), lo cual no representa en sí el problema para no estudiar. Pero, como he presentado en capítulos anteriores, el problema de la educación en las zonas excluidas no es la cantidad de opciones, sino las condiciones y calidad de estas, ya que deben estar dirigidas específicamente a las poblaciones con características especiales. Se ha recomendado para estos grupos sociales programas educativos no formales (capacitación para el trabajo relacionada con proyectos de empleo) o paraformales, considerando que los jóvenes excluidos tienden a estar inactivos o desocupados (Gallart, 2000). No se descartan del todo los programas formales (permanentes, del Estado) según las características de las poblaciones, pero debe considerarse siempre la problemática de la exclusión social. Los programas educativos en estas zonas deben ser abarcadores, integrales e ir asociados a otras necesidades de las poblaciones infantiles y juveniles, de manera que cubran diversos aspectos de la vida de los

jóvenes como la alimentación, la salud y la recreación. En algunos países, y los hay en Costa Rica (El Hogar Calasanz), estos programas se ofrecen como una institución residencial o como un hogar diurno con formación más integral y apoyo institucional. Lo importante es que exista un plan conjunto, esfuerzos coordinados entre Estado y organizaciones frente a esta problemática social para que no se dé superposición, espacios vacíos de atención, recursos mal empleados, competencia, deficiencias y no se logre la continuidad y evaluación de los programas.

Debe existir una coordinación entre las ofertas de empleo y la formación para este, lo que asegure que las ocupaciones para las cuales están formando a los jóvenes en la exclusión social van a tener posibilidades de empleo. Esto implica coordinación y una fuerte interrelación entre Estado, entidades de capacitación y organizaciones empleadoras. En este sentido, existen experiencias en países de América Latina donde las empresas contribuyen a pagar los viáticos de los jóvenes que están en capacitación y realizan diferentes acompañamientos cuando ya estos ingresan al mercado laboral, todo esto tomando en cuenta que se está trabajando con una población excluida.

La coordinación con el Instituto Nacional de Aprendizaje (INA) es básica para ofrecer formación a personas jóvenes que viven en la exclusión social con problemas de empleo; por ejemplo, uno de los jóvenes del estudio quería estudiar cocina en esta institución, pero no contaba con el dinero para pagar buses y trasladarse al sitio. Hay que tener presente que se trata de exclusión territorial, por lo que se debe romper esta barrera para llegar a las juventudes excluidas, las cuales requieren promoción humana y social. Asimismo, hay que considerar que los oficios tradicionales de las familias de donde provienen los jóvenes; por lo general, corresponden a trabajos informales, aspecto que los ha limitado a acceder a ocupaciones calificadas. De aquí que los programas de formación para ellos deben ser de calidad y lograr cubrir los vacíos que arrastran de sus familias.

Una de las grandes inquietudes que me queda con esta investigación es cómo atender las problemáticas de las mujeres en la exclusión social, ya que desempeñan una labor muy importante para el bienestar de sus familias sin contar con un mayor apoyo. Es fundamental en estas zonas hacer un estudio sobre las condiciones del embarazo y en general de la vida

de las mujeres jóvenes. Recomiendo seguir en la atención de las mujeres jóvenes el modelo de Fundamentos, con varias instalaciones “casitas” en el corazón de los barrios excluidos, donde organismos como el Instituto Nacional de la Mujer (INAMU) desarrollen proyectos permanentes directamente en los barrios excluidos para atender la situación de las mujeres, conociendo las condiciones de la exclusión social; ellas tienen mayor dificultad para salir de sus entornos a pedir ayuda y menor conocimiento de las posibilidades de desarrollo que ofrece el país para las mujeres, viven en la exclusión territorial.

De igual manera, es importante trabajar con los grupos familiares para lograr un mejor funcionamiento de estos como fuente de resiliencia, contención, acompañamiento, es decir de vínculo social, identificar en ellos las potencialidades individuales y grupales que los han mantenido con vida, los procesos claves que pueden disminuir el estrés y la vulnerabilidad en las situaciones de alto riesgo, propiciar la salud y el crecimiento más allá de las crisis. Algunas experiencias del trabajo familiar consideran las creencias, los modos de organización y los procesos de comunicación en las familias. En la exclusión son más comunes los programas de trabajo que abarcan la niñez y la juventud, pero no las familias. Enfoques de resiliencia y comunicación, como los desarrollados por Walsh (2005) o por Satir (1978), pueden ser adecuados para trabajar con los grupos familiares en la exclusión social que se enfrentan a la pérdida, la incertidumbre y el desequilibrio. En la misma exclusión social, hay familias que hacen frente a los desafíos, cuyas dinámicas son de gran importancia para tratar otras en el mismo ambiente; las familias de los jóvenes necesitan un enfoque no puesto solo en los déficits, sino en cómo enfrentan los desafíos, de tal manera que dispongan de más recursos para combatir las condiciones de la exclusión social.

Sin dejar de considerar que los programas para fomentar resiliencia en estos casos deben estar basados en la comunidad y valorar las condiciones estructurales que generan el problema de la exclusión social y comprender las relaciones de poder existentes entre las personas excluidas y los actores y condiciones que inciden en la vulnerabilidad. Requieren una nueva organización, capacidad para enfrentar los riesgos y relaciones sociales que permitan el desarrollo.

Asimismo, en la atención a las juventudes en exclusión social, hay que tomar en cuenta que son poblaciones diversas aún dentro de la misma exclusión; algunos tienen un poco más de recursos materiales que otros, familias con mejores niveles de instrucción muestran mayor apoyo y acompañamiento a los jóvenes. También, algunos no han entrado a la droga y otros todavía están en esta; por ello, en este último caso se requiere también en el sitio programas de ayuda y recuperación de la drogadicción. En este aspecto, instituciones gubernamentales que velan por la seguridad de la población y organizaciones que trabajan con adicción deben coordinar para desarticular en las zonas las organizaciones de la droga. Este es uno de los problemas fundamentales a solucionar en los territorios excluidos.

Con respecto a la investigación y a las estadísticas sobre la población joven en el país, recomiendo considerar de manera particular a la que vive en la exclusión social; variedad de estudios oficiales se realizan en los centros educativos donde la población está cautiva y es de mejor acceso, pero ¿cuántos jóvenes en los barrios excluidos no estudian ni trabajan? Es muy común ver en los altos de los semáforos y en muchos otros sitios, en el Área Metropolitana del país, jóvenes como vendedores ambulantes o solicitando una ayuda. ¿Qué hay detrás en la vida de estos jóvenes?, de los varones y las mujeres y de otras orientaciones sexuales que son maltratados por la misma policía. Se requieren también estudios cuantitativos sobre la condición de las juventudes en la exclusión social; por ejemplo, datos específicos sobre la situación de empleo y desempleo en esta población joven. Además, es oportuno conocer los programas de atención que se están desarrollando en estas comunidades y sus resultados, de forma que den sustento a las acciones que se deben tomar al respecto.

He presentado también en esta investigación cómo las mujeres y los varones realmente sufren ejerciendo sus posiciones de género desiguales. Este debe ser un tema de prioridad en los programas educativos y en las poblaciones de exclusión social donde, en el caso de los varones, ejercer las masculinidades hegemónicas los acerca a la práctica de la agresión, a la autodestrucción e incluso a la muerte, y donde las mujeres están sobrecargadas en las responsabilidades familiares, entre otros daños, por su condición de género.

Considerando las conductas resilientes en la exclusión social, reflexiono sobre la importancia de trabajar con las mujeres para apoyar su trabajo efectivo en la familia y apartar a las hijas e hijos del riesgo; asimismo, la necesidad de trabajar con los varones, sus comportamientos machistas y las formas hegemónicas de ejercer las masculinidades. Trabajo como el que desarrolla el Instituto WEM es recomendable replicarlo directamente en las zonas de exclusión social, como prioridad a aquellos varones que ejercen la paternidad.

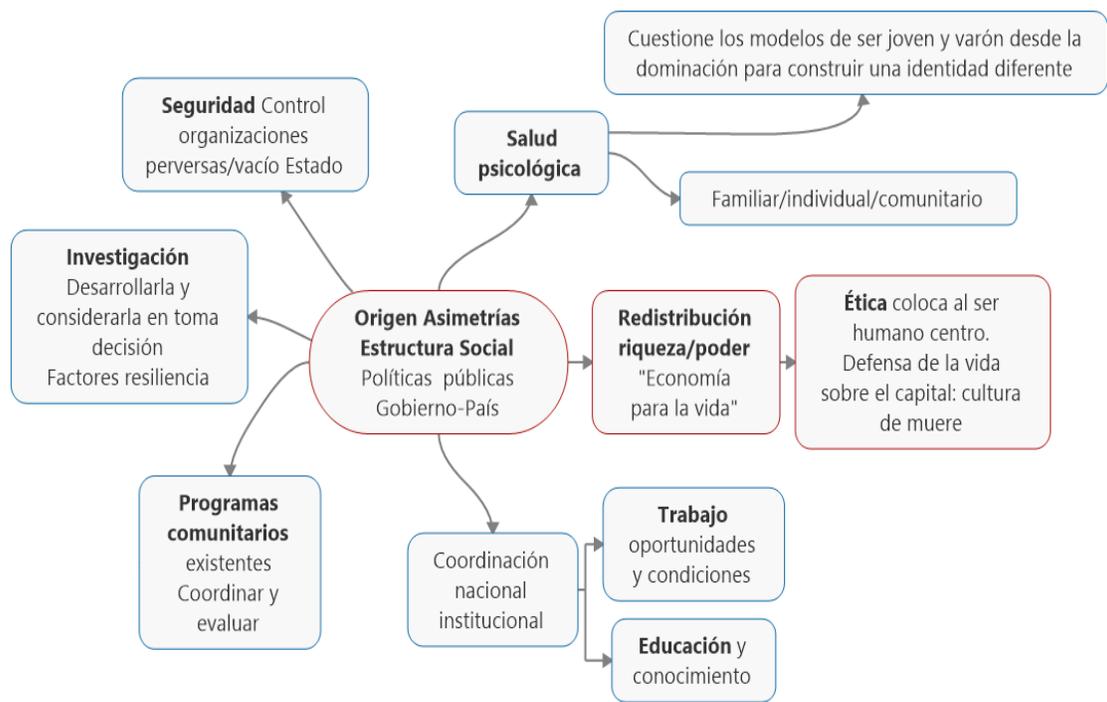
De la misma forma, de acuerdo con los factores protectores del riesgo, están las agrupaciones juveniles recreativas y deportivas, las cuales deben fomentarse masivamente en estas zonas de exclusión social porque, como he encontrado en el estudio, posibilitan capacidades para superar circunstancias adversas de su ambiente, al igual que los entrenadores se convierten en vínculos de apoyo significativos para las personas jóvenes.

Lo más importante de considerar en la exclusión y en las asimetrías estudiadas en esta investigación es que tienen su origen en la estructura social, en el contexto socioeconómico, y la respuesta dada a la multiplicidad de las carencias de la población excluida debe ser integral.

Es necesario el conocimiento, la historia, el contexto, el contacto, la vivencia, la comprensión, de la vida de estos varones jóvenes en exclusión social, para poder llegar a la acción. Aspectos que comparto en la investigación esperando lograr esa empatía con estos grupos, mover algo dentro, que nos permita actuar al cambio. Cuando uno toca la historia de los otros no queda inmune a esta, mueve y remueve, se es un ser diferente.

Cierro esta investigación con un sentimiento de respeto, solidaridad y cariño por esto jóvenes del estudio que lograron estimular todos mis sentidos, ampliar mi conciencia y cambiar mi perspectiva de país; no somos “igualíticos”, tenemos que mirar a todos lados, principalmente a aquellos espacios invisibles.

Seguidamente presento un esquema donde aparece un resumen de las recomendaciones consideradas en la investigación.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguayo, F. y Nascimento, M. (2016). Dos décadas de estudios de hombres y masculinidades en América Latina: Avances y desafíos. *Sexualidad, Salud y Sociedad: Revista Latinoamericana*, 22, 207-220.
- Aguayo, F., Correa, P. y Cristi, P. (2011). *Encuesta IMAGES Chile: Resultados de la Encuesta Internacional de Masculinidades y Equidad de Género*. Santiago, Chile: Cultura Salud/EME.
- Aguayo, F. y Sadler, M. (Eds.) (2011). *Masculinidades y políticas públicas: Involucrando hombres en la equidad de género*. Santiago, Chile: Departamento de Antropología de la Universidad de Chile.
- Ainsworth, M.D. (1989). Attachment beyond infancy. *American Psychologist*, 44 (4), 709-716.
- Alba, C. y Kruijt, D. (2007). Viejos y nuevos actores violentos en América Latina: Temas y problemas. *Foro Internacional*, 43(3), 485-516.
- ALTER Grupo de Investigación. (2008). *Plan de lucha contra la exclusión social en Navarra: Mono parentalidad y exclusión social*. Navarra, España: Universidad Pública de Navarra.
- Álvarez, C. (2016). Lo juvenil y el género: Pistas para un abordaje. En C. Duarte y C. Álvarez (Eds.), *Juventudes en Chile: Miradas de jóvenes que investigan* (pp. 48-69). Santiago, Chile: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile.
- Amador, G. (23 de junio de 2013). Drogas en los colegios. *La Nación*. Recuperado de <http://www.nacion.com>
- Amar, J. J., Kotliarenko, M. A. y Abello, R. (2003). Factores psicosociales asociados con la resiliencia en niños colombianos víctimas de violencia intrafamiliar. *Investigación & Desarrollo*, 11(1), 162-197.
- Andrade, X. (2001). Introducción. En X. Andrade y G. Herrera (Eds.), *Masculinidades en Ecuador* (pp. 13-26). Quito, Ecuador: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Arévalo, O. (1996). Croquis para algún día (Jóvenes de América Latina en los noventa). *Pasos*, 6, 48-68.

- Arias, R. y Muñoz, J. (2007). La reforma económica y su impacto social en Costa Rica durante el período de ajuste estructural: Apuntes críticos para el análisis. *Economía y Sociedad*, 31-32, 5-34.
- Asamblea Legislativa de la República de Costa Rica. (1957). *Ley fundamental de educación (No. 2160)*. San José, Costa Rica: Autor.
- Baeza, M. (2008). *Mundo real, mundo imaginario y social: Teoría y práctica de la sociología profunda*. Santiago, Chile: RIL.
- Balderas, J. (noviembre, 2015). *La banalidad de la muerte cotidiana: Datos y narrativas del horror en el México contemporáneo*. Trabajo presentado en el XXX Congreso Latinoamericano de Sociología, San José, Costa Rica.
- Bansart, A. (2007). Los cambios sociales y políticos en América Latina. En F. Navarro (Ed.), *Orbis incognitvs: Avisos y legajos del Nuevo Mundo: Homenaje al profesor Luis Navarro García* (pp. 627-632). Huelva, España: Universidad de Huelva.
- Barker, G. y Greene, M. (2011). ¿Qué tienen que ver los hombres con esto?: Reflexiones sobre la inclusión de los hombres y las masculinidades en las políticas públicas para promover la equidad de género. En F. Aguayo y M. Sadler (Eds.), *Masculinidades y políticas públicas: Involucrando hombres en la equidad de género* (pp. 23-49). Santiago, Chile: Departamento de Antropología de la Universidad de Chile.
- Barranco, C. (2009). Trabajo social, calidad de vida y estrategias resilientes. *Portuaria*, 9(2), 133-145.
- Barroso, J. M. (2014). Feminismo decolonial: Una ruptura con la visión hegemónica eurocéntrica, racista y burguesa: Entrevista con Yuderkys Espinosa Miñoso. *Iberoamérica Social: Revista-Red de Estudios Sociales*, 3, 22-33.
- Becoña, E. (2006). Resiliencia: Definición, características y utilidad del concepto. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 11(3), 125-146.
- Berber, J. (1984). *Strong democracy: participatory politics for a new age*. Berkeley: University of California Press.

- Blanco, R. (2015). Los del sur de la ciudad capital: Control social y estigmatización en los barrios del sur de San José: 1950 - 1980. *Diálogos: Revista Electrónica de Historia*, 16(2), 59-82.
- Bolívar, A. (2002). "¿De nobis ipsis silemus?": Epistemología de la investigación biográfico-narrativa en educación. *Revista Electrónica de Investigación Educativa*, 4(1), sin números de página.
- Bolívar, A., Domingo, J. y Fernández, M. (2001). *La investigación biográfico-narrativa en educación*. Madrid, España: La Muralla.
- Bonino, L. (1998). *Micromachismos: La violencia invisible en la pareja*. Trabajo presentado en las Jornadas sobre Hombres e Igualdad, Zaragoza, España.
- Bonino, L. (junio, 2002). *Varones frente al cambio de las mujeres*. Trabajo presentado en el Congreso Internacional sobre los Hombres ante el Nuevo Orden Social, Bilbao, España.
- Bonino, L. (2003). Masculinidad hegemónica e identidad masculina. *Dossiers Feministes*, 6, 7-35.
- Bonino, L. (2004). *Obstáculos y resistencias masculinas al comportamiento igualitario: Una mirada provisoria a lo intra e intersubjetivo*. Trabajo presentado en el Séminaire International Les Hommes en Changements dans une Perspective d'Égalité, Toulouse, Francia.
- Bowlby, J. (1993). *La pérdida afectiva: tristeza y depresión*. Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura* (M. Pou, Trad.). México D. F., México: Grijalbo. (Trabajo original publicado en 1984)
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina* (J. Jordá, Trad.). Barcelona, España: Anagrama. (Trabajo original publicado en 1998)
- Brenes, M. (2007). *El diseño de la investigación y el análisis cualitativo utilizando ATLAS.ti*. San José, Costa Rica: Instituto de Investigaciones Psicológicas.
- Brisson, M. (1999). La globalización capitalista... Una exigencia de las ganancias. En F. Hinkelammert (Comp.), *El huracán de la globalización* (pp. 55-104). San José, Costa Rica: Departamento Ecuménico de Investigaciones.

- Buitelaar, R. M., Echeverri, R., Silva, I. y Riffo, L. (2015). *Estrategias y políticas nacionales para la cohesión territorial: Estudios de caso latinoamericanos*. Santiago, Chile: Naciones Unidas.
- Burin, M. (2000). Género: Una herramienta teórica para el estudio de la subjetividad masculina. En M. Burin y I. Meler (Eds.), *Varones: Género y subjetividad masculina* (pp. 21-70). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Burin, M. (2000). Género: Una herramienta teórica para el estudio de la subjetividad masculina. En M. Burin y I. Meler (Eds.), *La hostilidad: Modalidades de procesamiento propias de la masculinidad* (pp. 199-222). Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa: El feminismo y la subversión de la identidad* (M. A. Núñez, Trad.). Barcelona, España: Paidós. (Trabajo original publicado en 1999)
- Calaft, A., Fernández, C., Juan, M. y Becoña, E. (2005). Cómo el propio consumo de drogas de los mediadores recreativos tiene implicaciones preventivas. *Adicciones*, 17(2), 145-155.
- Campos, A. y Salas, J. (2002). *Masculinidades en Centro América*. San José, Costa Rica: Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad.
- Campos, A., González, P. y Sánchez, M. (2002). Principios metodológicos y técnicas de psicoterapia grupal para hombres ofensores físicos (Hombres con problemas de poder y control). En A. Campos y P. González (Eds.), *Hombres con problemas de poder y control. Aspectos teóricos y propuesta psicoterapéutica* (pp. 112-177). San José, Costa Rica: Consejo Directivo de Violencia Intrafamiliar del Sector Salud.
- Carabí, A. (2000). Construyendo nuevas masculinidades: Una introducción. En A. Carabí y M. Segarra (Eds.), *Nuevas masculinidades* (pp. 15-28). Barcelona, España: Icaria.
- Carvajal, G. (1993). Costa Rica en la época de los Programas de Ajuste Estructural 1985-1992. *Revista Reflexiones*, 7(1), sin números de página.
- Casares, E. (2008). La función de la mujer en la familia. Principales enfoques teóricos. *Revista de Ciencias Sociales*, (36), 1-21

- Castells, M. (2001). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura: El poder de la identidad* (Vol. 2). (C. Martínez, Trad.). México D.F., México: Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1977)
- Chacón, L., Fernández, M., Romero, S. y Solera, A. (2016). Informe de labores 2016 Programa de Casas de Prevención Infanto Juvenil. Costa Rica, San José: Fundación Fundamentos.
- Clodorow, N. (1999). *The reproduction of mothering: psychoanalysis and the sociology of gender*. Berkeley: University of California Press.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (2014). *Panorama social de América Latina, 2013*. Santiago, Chile: Autor.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (2016). *Panorama social de América Latina, 2015*. Santiago, Chile: Autor.
- Connell, R. W. (1997). La organización social de la masculinidad. En T. Valdés y J. Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es: Poder y crisis* (pp. 31-48). Santiago, Chile: Ediciones de las Mujeres.
- Connell, R. W. (2003). *Masculinidades* (M. Artigas, Trad.). México D. F., México: Universidad Nacional Autónoma de México. (Trabajo original publicado en 1995)
- Consejo de la Persona Joven. (2004). *Política pública de la persona joven 2004*. San José, Costa Rica: Autor.
- Consejo de la Persona Joven. (2013). *Segunda encuesta nacional de juventudes: Informe de principales resultados*. San José, Costa Rica: Autor.
- Coronil, F. (2000). La naturaleza del poscolonialismo: Del eurocentrismo al globocentrismo. En E. Lander (Comp), *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales: Perspectivas latinoamericanas* (pp. 87-112). Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Creswell, J. (2009). *Research design: Qualitative, quantitative and mixed methods approaches* (3a. ed.). Londres, Inglaterra: Sage.
- Dávila, O. (2005). Adolescencia y juventud: De las nociones a los abordajes. *Última Década*, 12(21), 83-104.

- Davis, A. (2001). *Mujeres, raza y clase*. Madrid. Ediciones Akal.
- De Barbieri, T. (1993). Sobre la categoría género: Una introducción teórico-metodológica. *Debates en Sociología, 18*, 145-169.
- De Beauvoir, S. (1969). *El segundo sexo* (P. Palant, Trad.). Buenos Aires, Argentina: Siglo Veinte. (Trabajo original publicado en 1949)
- De la Cruz, Y., Chen-Apuy, S., Morales, M. y Zamora, C. (2012). El programa de ajuste estructural: Salud y pobreza. *Revista Costarricense de Salud Pública, 4(6)*, 25-41.
- Delgado, J. M. y Gutiérrez, J. (1995). *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*. Madrid, España: Síntesis.
- Derrida, J. (10 de julio del 2000). Estados de ánimo del psicoanálisis. Lo imposible más allá de la soberana crueldad. *www.philosophia.cl. Escuela de Filosofía de la Universidad de ARCIS*. Recuperado de <https://es.scribd.com/document/442212/Derrida-Jacques-Estados-del-psicoanalisis>.
- Díez, C. (junio, 2002). *Nuevos modelos de hombre. Emergencia y contextualización*. Trabajo presentado en el Congreso Internacional sobre los Hombres ante el Nuevo Orden Social, Bilbao, España.
- Duarte, C. (2001a). ¿Juventud o juventudes? Acerca de cómo mirar y remirar a las juventudes de nuestro continente. En S. Donas (Ed.), *Adolescencia y juventud en América Latina* (pp. 57-64). Cartago, Costa Rica: Editorial Tecnológica de Costa Rica.
- Duarte, C. (2001b). ¿Juventud o juventudes? Versiones, trampas, pistas y ejes para acercarnos progresivamente a los mundos juveniles. En K. Duarte y D. Zambrano (Eds.), *Acerca de jóvenes, contraculturas y sociedad adultocéntrica*. San José, Costa Rica: Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- Duarte, C. (2002). Mundos jóvenes, mundos adultos: Lo generacional y la reconstrucción de "Los Puentes Rotos" en el liceo: Una mirada desde la convivencia escolar. *Última Década, 16*, 95-113.
- Duarte, C. (2005). Violencias en jóvenes, como expresión de las violencias sociales: Intuiciones para la práctica política con investigación social. *Pasos, 120*, 1-19.

- Duarte, C. (2006). Cuerpo, poder y placer: Disputas en hombres jóvenes de sectores empobrecidos. *Pasos*, 125, 31-43.
- Duarte, C. (2012). Sociedades adultocéntricas: Sobre sus orígenes y reproducción. *Última Década*, 36, 99-125.
- Duarte, C. (2015a). *El adultocentrismo como paradigma y sistema de dominio: Análisis de la reproducción de imaginarios en la investigación social chilena sobre lo juvenil* (tesis de doctorado en sociología). Universidad Autónoma de Barcelona, España.
- Duarte, C. (2015b). Estudios juveniles en Chile: “Devenir de una traslación”. En P. Cottet (Ed.), *Juventudes: Metáforas del Chile contemporáneo* (pp. 23-45). Santiago, Chile: RIL.
- Dussel, E. (1994). *1492: El encubrimiento del Otro: Hacia el origen del mito de la modernidad*. La Paz, Bolivia: Plural.
- Echeverría, B. (2012). Tiempo libre, deporte, discapacidad y exclusión social: Un enfoque desde la educación social. *Revista de Educación Social*, 14, 1-5.
- Espinosa, Y. (2009). Etnocentrismo y colonialidad en los feminismos latinoamericanos: Complicidades y consolidación de las hegemonías feministas en el espacio transnacional. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 14(33), 37-54.
- Espinosa, Y. (2014). Pensando la academia feminista desde una mirada co-constitutiva de la opresión. En M. Rifà, L. Duarte y M. Ponferrada (Eds.), *Nuevos desafíos para la inclusión social y la equidad en la educación superior: Actas del III Congreso Internacional MISEAL* (pp. 19-35). Berlín, Alemania: Medidas para la Inclusión Social y Equidad en Instituciones de Educación Superior en América Latina.
- Feixa, C. (1996). *Antropología de las edades*. En J. Prat y A. Martínez (Eds.), *Ensayos de antropología cultural: Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*. Barcelona, España: Ariel.
- Flick, U. (2004). *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid, España: Morata.
- Forcinito, A. (2004). *Memorias y nomadías: Géneros y cuerpos en los márgenes del posfeminismo*. Santiago, Chile: Cuarto Propio.

- Fuller, N. (1997). *Identidades masculinas*. Lima, Perú: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica de Perú.
- Fuller, N. (2001). *Masculinidades: Cambios y permanencias: Varones de Cuzco, Iquitos y Lima*. Lima, Perú: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Gallardo, H. (1989). *Elementos de política en América Latina* (2a. ed.). San José, Costa Rica: Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- Gallardo, H. (1990). *Fundamentos de formación política: Análisis de coyuntura*. Santiago, Chile: Literatura Alternativa.
- Gallart, M. A. (2000). Los desafíos de la integración social de los jóvenes pobres: La respuesta de los programas de formación en América Latina. En M. A. Gallart (Ed.), *Formación, pobreza y exclusión: Los programas para jóvenes* (pp. 13-44). Montevideo, Uruguay: Organización Internacional del Trabajo, Centro Interamericano de Investigación y Documentación sobre Formación Profesional, y Red latinoamericana de Educación y Trabajo.
- Gasteiz, V. (2008). *Los hombres, la igualdad y las nuevas masculinidades*. Bilbao, España: Instituto Vasco de la Mujer Manuel Iradier.
- Gilmore, D. (1997). Cuenca mediterránea: la excelencia en la actuación. En T. Valdés y J. Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es: Poder y crisis* (pp. 82-101). Santiago, Chile: Ediciones de las Mujeres.
- González, N. I, Valdés, J. L., Pasafloras, A. E. y González, S. (2009). Resiliencia en niños en situación de pobreza de una comunidad rural. *UCMaule*, 37, 33-46.
- Gramsci, A. (1972). *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel* (A. M. Palos, Trad.). México D. F., México: Era. (Trabajo original publicado en 1975)
- Gros, A. E. (2016). Judith Butler y Beatriz Preciado: Una comparación de dos modelos teóricos de la construcción de la identidad de género en la teoría queer. *Civilizar*, 16(30), 245-260.
- Hinkelammert, F. (1978). *Las armas ideológicas de la muerte*. Salamanca, España: Sígueme.

- Hinkelammert, F. (1999). *El huracán de la globalización*. San José, Costa Rica: Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- Hinkelammert, F. (2003). *Solidaridad o suicidio colectivo*. Heredia, Costa Rica: Ambientico.
- Hinkelammert, F. y Mora, H. (2008). *Hacia una economía para la vida: Preludio a una reconstrucción de la economía* (2a. ed.). Cartago, Costa Rica: Editorial Tecnológica de Costa Rica.
- Hinkelammert, F. J., Pérez, D., Mora, H., Salom, A. y Solórzano, N. J. (2013). *Haciendo ciencia social: La investigación en el doctorado de ciencias sociales*. Heredia, Costa Rica: Doctorado de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional.
- Hooks, B. (2004). Mujeres negras. En B. Hooks, A. Brah, C. Sandoval, G. Anzaldúa, A. L. Morales, K.-K. Bhavnani ... C. T. Mohanty (Eds.), *Otras inapropiables: Feminismos desde las fronteras* (pp. 33-50). Madrid, España: Traficantes de Sueños.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos. (2017). *Coeficiente de Gini por hogar y per cápita, julio 2010 – 2016*. Recuperado de <http://www.inec.go.cr/buscador?buscar=coeficiente+de+gini>.
- Jerlin, E. (2010). *Pan y afectos: La transformación de las familias* (2a. ed.) Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jiménez, P. J. y Durán, L. J. (2005). Actividad física y deporte en jóvenes en riesgo: Educación en valores. *Apuntes: Educación Física y Salud*, 80, 13-19.
- Kaufman, M. (1989). *Hombres: Poder, placer y cambio*. Santo Domingo, República Dominicana: Centro de Investigación para la Acción Feminista.
- Kaufman, M. (1997). Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En T. Valdés y J. Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es: Poder y crisis* (pp. 63-81). Santiago, Chile: Ediciones de las Mujeres.
- Kaufman, M. (1999). *Las siete P's de la violencia de los hombres*. Recuperado de <http://www.euskadi.eus/bilaketa/>
- Kaufman, M. y Kimmel, M. (1993). The new men's movement: retreat and regression with America's weekend warriors. *Feminist Issues*. 13(2), 3-21.

- Keck, M. y Sakdapolrak, P. (2013) ¿What is social resilience? Lessons learned and ways forward. *Erdkunde* 67(1): 5-19.
- Keijzer, B. (2011). Prólogo. En F. Aguayo y M. Sadler (Eds.), *Masculinidades y políticas públicas: Involucrando hombres en la equidad de género* (pp. 11-21). Santiago, Chile: Departamento de Antropología de la Universidad de Chile.
- Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En T. Valdés y J. Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es: Poder y crisis* (pp. 49-62). Santiago, Chile: Ediciones de las Mujeres.
- King, G., Keohane, R. y Verba, S. (2012). *El diseño de la investigación social: La influencia científica en los estudios cualitativos*. Madrid, España: Alianza.
- Kotliarenco, M. A., Cáceres, I. y Fontecilla, M. (1990). *Estado de arte en resiliencia*. Recuperado del sitio Web de la Organización Panamericana de la Salud, <http://www1.paho.org>
- Krauskopf, D. y Muñoz, S. (2002). *Análisis de la inseguridad ciudadana, violencia y desprotección social de la niñez y la adolescencia*. San José: UNICEF.
- Krauskopf, D. (2013). *Adolescencia y educación* (3a. ed.). San José, Costa Rica: Universidad Estatal a Distancia.
- Lemos, V. (2006, marzo). La deseabilidad social en la evaluación de la personalidad infantil. *Suma Psicológica*, 13(1), 7-14.
- Lerner, G. (1990). *La creación del patriarcado* (M. Tusell, Trad.). Barcelona, España: Crítica. (Trabajo original publicado en 1986)
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, 9, 73-101.
- Lutte, G. (1992). *Liberar la adolescencia: La psicología de los jóvenes de hoy*. Barcelona, España: Heber.
- Maddaleno, M., Morello, P. y Infante-Espínola, F. (2003). Salud y desarrollo de adolescentes y jóvenes en Latinoamérica y El Caribe: Desafíos para la próxima década. *Salud Pública de México*, 45(1), S132-S139.
- Mahler, M., Pine, E. y Bergman, A. (1975). *The psychological birth of the human infant*. New York: Basic Books.

- Maier, H. W. (1969). *Tres teorías sobre el desarrollo del niño: Erikson, Piaget y Sears* (A. C. Leal, Trad.). Buenos Aires, Argentina: Amarrortu. (Trabajo original publicado en 1969)
- Maldonado, C. E. (agosto, 2013). *La complejidad de las ciencias sociales*. Trabajo presentado en la Universidad Nacional de Costa Rica, Heredia, Costa Rica.
- Margulis, M. (2001). Juventud: Una aproximación conceptual. En S. Donas (Ed.), *Adolescencia y juventud en América Latina* (pp. 41-56). Cartago, Costa Rica: Editorial Tecnológica de Costa Rica.
- Margulis, M. y Urresti, M. (1998). *La construcción social de la condición de juventud*. Bogotá, Colombia: Signo de Hombre.
- Marqués, J. V. (1997). Varón y patriarcado. En T. Valdés y J. Olavarría (Eds.), *Masculinidad/es: Poder y crisis* (pp. 17-30). Santiago, Chile: Ediciones de las Mujeres.
- Mettifogo, D. y Sepúlveda, R. (2004). *La situación y el tratamiento de jóvenes infractores de ley en Chile*. Santiago, Chile: Centro de Estudios en Seguridad Ciudadana.
- Ministerio de Educación Pública. (2017). *Cuadro Nº14 Aprobados en I y II ciclo por: Año cursado y sexo según: Zona y dependencia año 2014*. San José, Costa Rica: Departamento de Análisis Estadístico.
- Ministerio de Justicia y Paz. (2012). *IX Informe estadístico: Análisis cantonal de la violencia y la inseguridad en Costa Rica*. San José, Costa Rica: Dirección General para la Promoción de la Paz y Convivencia Ciudadana, Observatorio de la Violencia.
- Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica. (2013). *Índice de desarrollo social 2013*. San José, Costa Rica: Autor.
- Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica. (2014). *Plan nacional de desarrollo 2015-2018 "Alberto Cañas Escalante"*. San José, Costa Rica: Autor.
- Ministerio de Salud. (2012). *Política nacional de salud mental 2012-2021*. San José, Costa Rica: Autor.
- Ministerio de Vivienda y Asentamiento Humano. (2013). *Políticas, directrices y planes: Plan nacional de desarrollo urbano para el Gran Área Metropolitana*. Recuperado de https://www.mivah.go.cr/Biblioteca_PlanGAM.shtml

- Moulian, T. (1997). *Chile actual. Anatomía de un mito*. Chile: LOM Ediciones.
- Montecino, S. (1996). Devenir de una traslación: De la mujer al género o de lo universal a lo particular. En S. Montecino y L. Rebolledo (Eds.), *Concepto de género y desarrollo* (pp. 9-34). Santiago, Chile: PIEG-Universidad de Chile.
- Mora, M. y Pérez-Sáinz, J. P. (2009). *Se acabó la pura vida: Amenazas y desafíos sociales en Costa Rica del siglo XXI*. San José, Costa Rica: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Munist, M., Santos, H., Kotliarenco, M.A, Suárez, E.N., Infante, F & Grotberg, E. (1998). *Manual de identificación y promoción de la resiliencia en niños y adolescentes*. Washington, Estados Unidos: Organización Panamericana de la Salud.
- Muñoz-Silva, A. (2012). El estudio de la resiliencias de la perspectiva evolutiva y su aportación a la comprensión del riesgo y la protección en la intervención social. *Portularia*, 12(1), 9-16.
- Noguera, A. (2011). La teoría del estado y del poder en Antonio Gramsci: Claves para descifrar la dicotomía dominación-liberación. *Nómadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 29, sin números de página.
- Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos. (2012). *Los principios rectores sobre la extrema pobreza y los derechos humanos*. Ginebra, Suiza: Autor.
- Olavarría, J. (2001). *Y todos querían ser (buenos) padres: Varones de Santiago de Chile en conflicto*. Santiago, Chile: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Organización Mundial de la Salud. (2016). *Adolescentes: Riesgos para la salud y soluciones*. Recuperado de <http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs345/es/>
- Organización Panamericana de la Salud. (2011). *El derecho a la salud de los jóvenes y las identidades de género: Hallazgos, tendencias y medidas estratégicas para la acción en salud pública*. Washington, D. C., Estados Unidos: Autor.
- Papalia, D. y Olds, S. (1988). *Psicología* (A. M. Holm, P. Castellví y M. E. Cabestany, Trads.). México D.F., México: McGraw-Hill. (Trabajo original publicado en 1987)
- Paredes, J. P. (2014). Pensamiento epistémico y conocimiento social: Emergencias y potencialidades en la investigación social. *Revista de Estudios Sociales*, 48, 125-138.

- Parrilla, A. (2009). ¿Y si la investigación sobre inclusión no fuera inclusiva? Reflexiones desde una investigación biográfico-narrativa. *Revista de Educación*, 349, 101-117.
- Perea, C. (2008). *¿Qué nos une?: Jóvenes, cultura y ciudadanía*. Medellín, Colombia: La Carreta.
- Perea, C. (2015). *Un extremo de nosotros: Lo público y la paz en El Salvador y Nicaragua*. Santiago, Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Pérez-Sáinz, J. P. (2012). Exclusión social: Una propuesta crítica para abordar las carencias materiales en América Latina. En J. P. Pérez (Ed.), *Sociedades fracturadas: La exclusión social en Centroamérica* (pp. 11-48). San José, Costa Rica: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Pérez-Sáinz, J. P. (2015). *Exclusión social y violencias en territorios urbanos centroamericanos*. San José, Costa Rica: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Pérez-Sáinz, J.P. y Mora, M. (2009). Excedente económico y persistencia de desigualdades en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, 71(3), 411-451.
- Pérez-Soto, C. (2009). *Sobre la condición social de la psicología* (2a. ed.). Santiago, Chile: LOM.
- Perlman, J. E. (1976). *The myth of marginality: Urban poverty and politics in Rio de Janeiro*. Berkeley, CA: University of California Press.
- Programa Estado de la Nación. (2015a). *Estado de la educación*. San José, Costa Rica: Autor.
- Programa Estado de la Nación. (2015b). Vigésimo primer informe en desarrollo humano sostenible. San José, Costa Rica: Autor.
- Programa Estado de la Nación. (2016). *Quinto informe estado de la región en desarrollo humano sostenible 2016*. San José, Costa Rica: Autor.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander (Ed.), *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales: Perspectivas latinoamericanas* (pp. 201-246). Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales y Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.

- Quijano, A. (2014). Colonialidad del poder y clasificación social. En A. Quijano (Ed.), *Cuestiones y horizontes: De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder* (pp. 285-327). Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Richard, P. (1999). Teología de la solidaridad en el contexto actual de economía neoliberal de libre mercado. En F. Hinkelammert (Comp.), *El huracán de la globalización* (pp. 223-237). San José, Costa Rica: Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- Rodríguez, E. (2010). *Políticas públicas de juventud en América Latina. Avances concretados y desafíos a encarar en el marco del Año Internacional de la Juventud*. Brasilia, Brasil: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura.
- Salas, J. (2005). *Hombres que rompen mandatos: La prevención de la violencia*. San José, Costa Rica: Lara Segura y Asociados.
- Salas, J. y Campos, A. (2005). *Masculinidades en Centro América*. San José, Costa Rica: Instituto Costarricense para la Acción, Educación e Investigación de la Masculinidad, Pareja y Sexualidad.
- Salas, J. y Campos, A. (2010). *Explotación sexual comercial y masculinidad: Un estudio regional cualitativo con adolescentes hombres*. San José, Costa Rica: Organización Internacional del Trabajo.
- Salazar, Z. (2007). Imagen corporal femenina y publicidad en revistas. *Revista de Ciencias Sociales*, 116, 71-85.
- Salazar, Z. (2008a). Adolescencia e imagen corporal en la época de la delgadez. *Revista Reflexiones*, 87, 67-80.
- Salazar, Z. (2008b). *Modelos televisivos y su relación con los trastornos de la conducta alimentaria, en adolescentes de ambos sexos del área metropolitana de San José* (tesis de maestría en comunicación). Universidad de Costa, San José, Costa Rica.
- Salazar, Z. (2011). *Adolescencia y trastornos alimenticios: Influencia de los modelos televisivos*. San José, Costa Rica: Instituto de Investigaciones Psicológicas.
- Salazar, Z. (2012). El test de actitudes hacia la alimentación en Costa Rica: Primeras evidencias de validez y confiabilidad. *Actualidades en Psicología*, 26, 51-71.

- Salvia, A. (2008). *Jóvenes promesas: Trabajo, educación y exclusión social de jóvenes pobres en la Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Miño y Dávila.
- Santos, B. de S. (2009). *Una epistemología del sur: La reinención del conocimiento y la emancipación social*. México D.F., México: Siglo XXI.
- Santos, B. de S. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo, Uruguay: Trilce.
- Satir, V. (1978). *Relaciones humanas en el núcleo familiar*. México D. F., México: Pax.
- Savenije, W., Beltrán, M. y Cruz, J. (2007). *Exclusión social, jóvenes y pandillas en Centroamérica*. San Salvador, El Salvador: Fundación Dr. Guillermo Manuel Ungo.
- Sojo, C. (2010). *Igualitarios: La construcción social de la desigualdad en Costa Rica*. San José, Costa Rica: Master Litho y Programas de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Susinos, T. y Parrilla, A. (2008). Dar la voz en la investigación inclusiva. Debates sobre la inclusión y la exclusión desde un enfoque biográfico-narrativo. *Revista Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación*, 6(2), 157-171.
- Susinos, T. y Parrilla, A. (2013). Investigación inclusiva en tiempos difíciles. Certezas provisionales y debates pendientes. *Revista Iberoamericana sobre Calidad, Eficacia y Cambio en Educación*, 11(2), 87-98.
- Susinos, T. y Rodríguez-Hoyos, C. (2011). La educación inclusiva hoy: Reconocer al otro y crear comunidad a través del diálogo y la participación. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 25(1), 15-30.
- Tarrés, M. L. (2001). *Observar, escuchar y comprender: Sobre la tradición cualitativa en la investigación*. Ciudad de México, México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Tenti, E. (2008). La escuela y la cuestión social. *Diálogos Pedagógicos*, 6(11), 127-146.
- Torres-Rivas, E. (2008). *Centroamérica: Entre revoluciones y democracia*. Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre y Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Troya, M. P. (2001). No soy machista pero....Masculinidades en profesionales de clase media de la ciudad de Quito. En X. Andrade y G. Herrera (Eds.), *Masculinidades en Ecuador* (pp. 67-97). Quito, Ecuador: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

- United National Entity for Gender Equality and de Empowerment of Women. (1979). *Convention on the elimination of all forms of discrimination against women*. Recuperado de <http://www.un.org>
- Universidad de Costa Rica y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. (2015). VIII Informe Estado de los Derechos de la Niñez y la Adolescencia en Costa Rica. San José, Costa Rica: Autor.
- Valencia, S. (2011). *Capitalismo gore: Narcomáquina y performance de género*. Recuperado de <http://hemisphericinstitute.org/hemi/es/e-misferica-82/triana>
- Valverde, J. (1990). *Las sectas en Costa Rica: pentecostalismo y conflicto social*. San José, Costa Rica: Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- Vinaccia, S., Quiceno, J. M. y Moreno, E. (2007). Resiliencia en adolescentes. *Revista Colombiana de Psicología*, 16, 139-146.
- Vanistendael, S. (noviembre, 2005). *La resiliencia: desde una inspiración hacia cambios prácticos*. Trabajo presentado en el II Congreso Internacional de los Trastornos del Comportamiento en Niños y Adolescentes. Madrid, España.
- Vanistendael, S. y Lecomte, J. (2002) *La felicidad es posible. Despertar en niños maltratados la confianza en sí mismos: construir la resiliencia*. Barcelona: Gedisa.
- Vanistendael, S., Vilar, J. y Pont, E. (2009). Reflexiones en torno a la resiliencia. Una conversación con Stefan Vanistendael. *Educación Social*, 40, 93-103.
- Wacquant, L. (2001). *Parias urbanas: Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio* (H. Pons, Trad.). Buenos Aires, Argentina: Manantial (Trabajos originales publicados entre 1993 y 1999).
- Walsh, F. (2005). Resiliencia familiar: un marco de trabajo para la práctica clínica. *Sistemas Familiares*, 21 (1-2), 76-97.
- Weber, M. (1964). *Max Weber: Economía y sociedad: Esbozo de sociología comprensiva*. (J. Medina, J. Roura, E. Ímaz, E. García y J. Ferrater, Trads.). México D. F., México: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 1922)
- Weinberg, P. (2001). Prólogo. En E. Pieck (Ed.), *Los jóvenes y el trabajo: La educación frente a la exclusión social* (pp. 7-14). México D. F., México: Universidad Iberoamericana.

Zeledón, M. J. (2004). *The weight of support: Communication of social support for women diagnosed with bulimia* (tesis de maestría en artes en la comunicación). Universidad Estatal de San Diego, California, Estados Unidos.

ANEXOS

I. GUÍA DE LA ENTREVISTA

<u>Guía Entrevista a Profundidad</u>
<p>1. Contexto y datos personales</p> <ol style="list-style-type: none">1.1 Lugar y condiciones de la comunidad y la vivienda.1.2 Constitución familiar en el desarrollo y a la fecha actual.1.3 Actividades actuales (trabajo, estudio)1.4 Edad1.5 Nacionalidad1.6 Nacionalidad de los padres
<p>2. Acontecimientos más importantes de la vida</p> <ol style="list-style-type: none">2.1 ¿Si usted fuera a escribir o hacer una película sobre su vida que incluiría, que considera más importante? ¿Qué eventos o acontecimientos fueron los más importantes en su vida, ya sea porque fueron bonitos o feos?2.2 Veámoslos por etapas de la vida ¿cuáles fueron primero en la niñez, cuando estaba muy pequeñito que apenas recuerda y cuáles cuando estaba un poquito más grande como en la escuela y así, hasta llegar ahora? <p>De cada evento considerar:</p> <ul style="list-style-type: none">- Acontecimiento: ¿qué ocurrió?, ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿en qué contexto?- Razones: ¿por qué ocurrió tal hecho? ¿por qué se involucró en esta situación?, ¿qué lo motivó o lo obligó?- Papel realizado: ¿qué papel desempeñó usted en el hecho?- Lazos: personas más importantes e involucradas en el evento.- Significado: ¿Por qué fue (es) importante?, ¿cuál es su opinión del hecho?, ¿cómo calificaría el suceso?- Resultados: ¿qué sucedió al final?, ¿cuáles fueron los efectos?, ¿Qué consecuencias tuvo?, ¿cómo terminó?- Resiliencia: ¿qué hizo ante la situación?, ¿cómo afrontó esa situación?- Sentimientos: ¿cómo se sintió?, ¿qué emociones experimentó?- De omisiones: ¿qué detalles ha omitido?, ¿agregaría algo más?
<p>Categorías especiales</p> <p>En el desarrollo de la historia de vida pueden quedar aspectos importantes que son propios de los objetivos del estudio y que es necesario indagar. Algunos de los temas que podrían aflorar en la entrevista y si no se profundizaría después son los siguientes:</p> <p>3. Masculinidades</p> <ol style="list-style-type: none">3.1. ¿Cuál es el papel de los hombres en la sociedad?3.2 ¿Cómo demuestra un hombre su valor en esta sociedad?3.3 ¿Cómo demuestra un hombre su éxito (cómo es un hombre exitoso y viceversa)?3.4 ¿Qué sucede cuando un hombre no cumple su papel en la sociedad?3.5 ¿Cómo demuestra un hombre que es superior a otro hombre?3.6 ¿Cómo defiende su honor un hombre?3.7 ¿Cómo defiende su espacio un hombre? <p>Diferencia entre lo masculino y lo femenino</p> <ol style="list-style-type: none">3.8 ¿Cuál es el papel de las mujeres en la sociedad?3.9 ¿Se diferencia el papel de las mujeres y el de los hombres en esta sociedad, en qué?3.10 ¿Cómo demuestra una mujer su éxito (cómo es una mujer exitosa y viceversa)?3.11 ¿Qué sucede cuando una mujer no cumple su papel en la sociedad?

3.12 ¿Qué sucede cuando un hombre no cumple su papel en la sociedad?

Relación con los padres

3.13 ¿Cómo es la relación con el padre y la madre, padrastro, madrastra? (papel que juega cada uno (corresponsabilidad, control)

3.14 Violencia intrafamiliar (mujeres e hijos, madres, hermanas, hermanos) y hacia sí mismos

3.15 ¿Cómo es el cuidado por parte de los padres, la forma de disciplinarlos, qué episodios recuerda como más significativos?

3.16 ¿Tus padres trataron igual a todos los hijos?

3.17 ¿Cómo eran las relaciones, ¿cómo te educaban tus padres?, ¿cómo se comunicaban?

Experiencia de la paternidad

3.18 Indagar la forma en que se adaptan los hombres con el primero hijo(a) indagar si genera mucho estrés y conflicto dentro de la pareja, si se asocia con episodios de violencia doméstica.

3.19 ¿Cómo se comportan como padres?

Expresión de los sentimientos / reconocimiento de las emociones

3.20 ¿Cómo enfrentan las crisis, por ejemplo, lo afectivo?

3.21 ¿Qué hacía y hace cuando se siente triste, solo, rechazado?

3.22 ¿Cómo resuelve sus problemas en esta época de tu vida?

(En esta parte se les explica y se les pide que metaforicen cómo son las emociones para ellos (meta emoción). Por ejemplo, muchos hombres pueden decir que su enojo es como un volcán, por eso, no lo expresan a menos que sean necesario. O bien, la tristeza, se puede considerar como una emoción vergonzosa, que hace enfermar a la gente o que les trae más problemas. Cuando se utilizan las metáforas queda claro cómo los hombres expresan las emociones).

3.23 ¿Cuándo estoy enojado soy como.....?

3.24 ¿Cuándo estoy triste soy como...?

Relación de pareja, sexualidad

Indagar sobre procesos del vínculo amoroso, por ejemplo:

3.25 Atracción y cortejo

3.26 Convivencia y compromiso

3.27 Proyecto de familia o pareja

3.28 Crisis de pareja Intentos de conciliación y reparación

Creencias sobre las masculinidades (explicar sobre los mandatos de la masculinidad hegemónica y ver su percepción al respecto)

3.29 Deben ser los hombres autosuficientes, independientes

3.30 Deben ser luchadores, valerosos

3.31 Deben respetar los mandatos de otros hombres, someterse a su autoridad

3.32 Son los hombres superiores a las mujeres, tener autoridad sobre ellas, no parecerse a ellas

3.33 Ser hombres implica estar en el lugar de mayor valor y derechos

3.34 ¿Quién soy, ¿cómo me siento hombre o mujer?

3.35 ¿Qué piensa de las personas homosexuales?

4. Juventud

4.1 ¿Cómo es la relación con los adultos (subordinación, exclusión) con padres, maestros, otros hombres mayores, jefes de pandillas?

4.2 ¿Tiene amigos y amigas, cómo son, cómo es la relación con ellos?

4.3 ¿Qué piensa de los jóvenes?

4.4 ¿Cuáles es su plan de vida, sus metas para el futuro?

4.5 ¿Cómo se divierten los jóvenes, cómo se divierte usted?

4.6 ¿Qué piensa de los jóvenes y el trabajo?

4.7 ¿Qué piensa de los jóvenes y el estudio?

4.8 ¿Qué esperan los jóvenes del Gobierno, de sus políticas?

5. Exclusión social (se indaga en los siguientes aspectos)

5.1 Situación de empleo (explotación, desempleo, autoempleo de subsistencia)

5.2 Situación de estudio

5.3 Acceso a los servicios de salud

5.4 Acceso a los bienes y servicios

5.5 Carencias, necesidades

5.6 Atención y apoyo por parte de instituciones

5.7 Seguridad social

5.8 Oportunidades de desarrollo

5.9 Violencia (pandillas)

5.10 Drogas

5.11 Vivienda

6. Salud

6.1 Enfermedades personales y familiares

6.2 Intentos de suicidio

6.3 Accidentes

6.4 Autocuidado: indagar sobre uso del cuerpo, cómo lo tratan, hablar sobre las cicatrices que han tenido.

7. Resiliencia

7.1 ¿Cómo logran salir adelante con los problemas?

7.2 ¿Cómo enfrentan las situaciones difíciles de la vida?

7.3 Apoyos con que cuentan (lazos afectivos: familia, comunidad, etc.)

7.4 Características de personalidad positivas

8. Expectativas, aspiraciones de vida

8.1 Aspiraciones a futuro

8.2 Posibilidades de logro

9. Demandas

9.1 Lo que se espera de la sociedad, la comunidad, la familia y otros

Anotaciones y registros de la investigadora

Agregar a cada entrevista las impresiones, percepciones y experiencias de la investigadora en el desarrollo de la misma.

Reflexiones y anotaciones

Al finalizar cada entrevista se realiza un trabajo de reflexión y evaluación que involucra el planteamiento de la investigación y los resultados que van obteniendo. Y de acuerdo con las respuestas a estas preguntas se hacen los cambios necesarios. Se hacen aquí preguntas como las siguientes:

- ¿Es lo que tengo en mente?
- ¿Los resultados que se van obteniendo reflejan el fenómeno que quiero estudiar?
- ¿El planteamiento es adecuado?, ¿debo mantenerlo o modificarlo?
- Se evalúa si la muestra y el ambiente son pertinentes
- Se comparan los datos de una entrevista con otra (los nuevos datos con los primeros) y se analiza: ¿en qué son similares, en qué son diferentes?, ¿cómo se vinculan?, ¿qué conceptos claves se consolidan?, ¿qué otros nuevos conceptos aparecen?

Se va analizando de una vez:

- ¿Qué me dicen estos datos?, ¿por qué ocurren estos acontecimientos o hechos?

Todo esto buscando categorías iniciales, significados, patrones, relaciones, hipótesis iniciales y principios de teorías.

II. CONSENTIMIENTO INFORMADO

UNIVERSIDAD NACIONAL DOCTORADO EN CIENCIAS SOCIALES

Teléfonos: 2277 3433 o 2277 3705

FÓRMULA DE ASENTIMIENTO INFORMADO

(Para ser persona de investigación)

(Experiencia de varones jóvenes sobre aspectos de juventud, masculinidad y socioeconómicos)

Nombre de la investigadora principal: M.Sc. Zaida Salazar Mora

Nombre del participante: _____

- A. **PROPÓSITO DEL PROYECTO:** en el marco del Doctorado en Ciencias Sociales, la señora Zaida Salazar está realizando una investigación cuyo objetivo es conocer las propias percepciones y experiencias de los jóvenes sobre cómo estos afrontan situaciones de su vida en relación con aspectos socioeconómicos, la juventud y la masculinidad.
- B. **¿QUÉ SE HARÁ?:** su participación consistirá en responder a preguntas de una entrevista sobre características personales y sociales.
- C. **RIESGOS:** la participación en este estudio no representa ningún riesgo físico, psicológico, académico ni legal para usted.
- D. **BENEFICIOS:** como resultado de su participación en este estudio, no obtendrá ningún beneficio directo, sin embargo, es posible que los investigadores aprendan más acerca de las características personales, sociales de los jóvenes hombres que permitan desarrollar programas de ayuda a los mismos.
- E. Antes de dar su autorización para este estudio usted debe haber hablado con Zaida Salazar sobre este estudio y ella debe haber contestado satisfactoriamente todas sus preguntas. Si quisiera más información más adelante, puede obtenerla llamando a Zaida Salazar al teléfono 8385-7294 o al Doctorado de Ciencias Sociales al teléfono 2277 3433 de lunes a viernes de 1 a 5 p.m.

- F. Recibirá una copia de esta fórmula firmada para su uso personal.
- G. Su participación en este estudio es voluntaria. Tiene el derecho de negarse a participar o a discontinuar su participación en cualquier momento, sin que esta decisión lo perjudique.
- H. Su participación en este estudio es confidencial, los resultados podrían aparecer en una publicación científica o ser divulgados en una reunión científica, pero de una manera anónima.
- I. No perderá ningún derecho legal por firmar este documento.

ASENTIMIENTO

¿Está de acuerdo con participar en este estudio?

() Sí () No

Si acepta participar, contestará voluntariamente las preguntas.

Nombre, cédula y firma de la persona	Fecha
--------------------------------------	-------

Nombre, cédula y firma de la investigadora	Fecha
--	-------

Nombre, cédula y firma del padre/madre/representante legal del menor	Fecha
--	-------